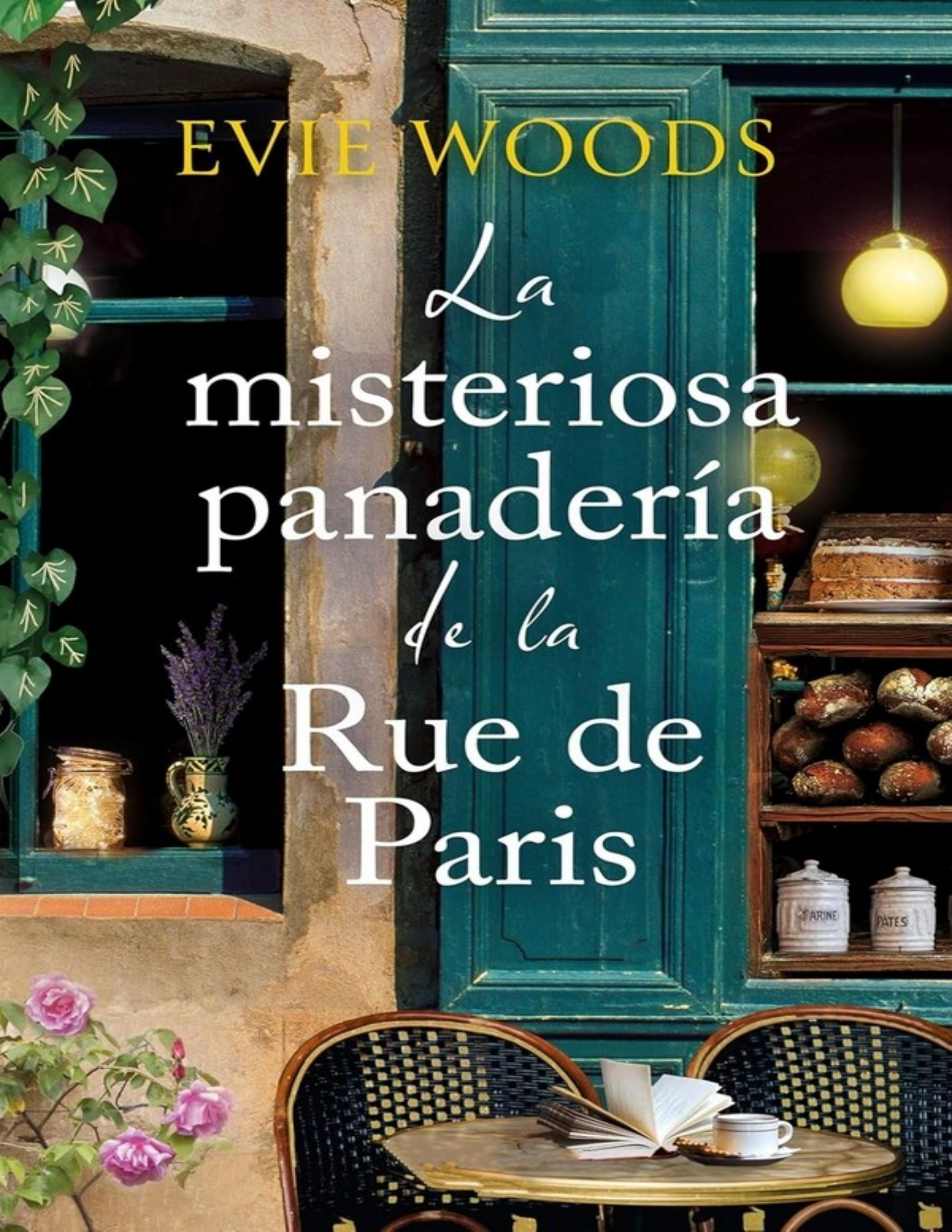

EVIE WOODS
La misteriosa panadería de la Rue de Paris
FARINE
PATES

Escondida entre las callejuelas adoquinadas de Compiègne, había una panadería que no se parecía a ninguna otra. Los rumores acerca de que sus exquisiteces ofrecían un poco de magia, capaz de ahuyentar incluso las penas más dolorosas, empezaron a propagarse pronto por el pueblo. Un simple mordisco a un *croissant* podía traer suerte, despertar un valioso recuerdo o revelar deseos ocultos. Pero en el horizonte acechaban oscuros nubarrones…

Esta es la mágica historia de Edith Lane, que se embarca en busca de fortuna en la hermosa ciudad de París. Sin embargo, la fortuna es caprichosa y Edith acabará trabajando en el corazón de Francia. Ahí descubrirá que la extraña panadería, pequeña y llena de misterio, de la Rue de Paris quizá no fuera el lugar donde soñaba vivir, pero no tardará en darse cuenta de que es justo ahí donde necesitaba estar.

Evie Woods

La misteriosa panadería de la Rue de Paris

Título original: *The Mysterious Bakery on Rue de París*
Evie Woods, 2025
Traducción: Isabel Murillo, 2026

Revisión: 1.0

11/08/2026

Para todo aquel al que le guste la magia

Prólogo

Escondida entre las callejuelas adoquinadas de Compiègne había una panadería que no se parecía a ninguna otra. Cuando cruzaban el umbral, los clientes no solo encontraban alimento para el estómago, sino también para el alma. Bajo la tenue luz del amanecer, el panadero comenzaba su jornada en el sótano y, con las manos cubiertas de harina, incorporaba a la masa un ingrediente secreto.

Pronto, los rumores sobre la misteriosa panadería cuyos dulces ofrecían un poco de magia capaz de ahuyentar incluso las penas más dolorosas se empezaron a propagar por el pueblo. Un simple bocado de *croissant* podía traer suerte, despertar un valioso recuerdo o revelar deseos ocultos.

Pero en el horizonte acechaban oscuros nubarrones, y cuando empezó la guerra todo cambió.

Capítulo 1

Una receta para el desastre no requiere muchos ingredientes. Una cantidad malsana de sueños fantasiosos, mezclada con una cucharada de temeridad a la hora de interpretar los mapas. Y si a eso le añadimos una pizca de angustia, destilada a partir del deseo desesperado de que las cosas cambien, obtenemos la receta perfecta para la que era mi situación en aquel momento: atrincherada en un cubículo de los baños de la Gare du Nord, con la única compañía de mi vergüenza y mi turbación. No estaba segura de cuándo iba a salir de ahí, si acaso salía algún día, de modo que decidí que lo mejor que podía hacer era reproducir mentalmente todos los acontecimientos que me habían conducido hasta allí para, de ese modo, sentirme todavía peor.

La tormenta había arreciado cuando llegué al aeropuerto de Dublín. El cielo tenía un aspecto plomizo y la lluvia caía torrencial sobre la pista y los edificios, como si los propios dioses tuvieran algo decisivo que decir sobre mi decisión de marcharme.

—¿París? ¿En Francia?

—Sí, papá. Lo hemos hablado un millón de veces, y me gustaría que dejaras de decir eso. Ni que me marchara a Mongolia.

Verifiqué mi pasaporte por enésima vez en cuanto el viejo y fiable Ford se detuvo delante de la puerta con el rótulo de SALIDAS.

—No te lo tomes a mal, Edie, es solo que… —dudó, se rascó la barba matutina y fijó la mirada en cualquier cosa excepto en mí—. ¿De verdad estás segura? Marcharte a Francia por capricho me

parece un poco drástico. ¿Por qué no te planteas…, no sé, tener un gato?

Estupendo. Lo único peor que sufrir una crisis de identidad era que tu padre te confirmara que la tenías. Saqué el teléfono del bolso y verifiqué que el vuelo seguía en hora.

—Tengo que irme. Escúchame bien: estaré estupendamente, y tú también lo estarás.

—Debería ser yo quien te dijera eso a ti —dijo mi padre con cierta timidez.

No era la primera vez que nuestros roles se invertían. Me había familiarizado con el mundo de las emociones de los adultos mucho antes de lo que me correspondía, y por eso ahora necesitaba hacer algo drástico. Debía emprender mi propio camino y averiguar quién podía llegar a ser sin que el peso del pasado me asfixiara. Cuando respondí al anuncio en internet me había sentido muy segura. Lo había visto una noche, después de un par de copas de vino, mientras me entregaba a mi fantasía habitual de irme a vivir al extranjero. Estaba mirando la página web que publicaba empleos para angloparlantes en Francia y, tras acotar la búsqueda a «París», de pronto apareció ante mis ojos:

> *Se busca encargado o encargada para panadería pequeña y pintoresca en la Rue de Paris. Alojamiento incluido. Se requiere inglés.*

Me incorporé en la cama y miré la pantalla con atención. Era un tipo de trabajo que sería capaz de desempeñar. Sabía que, a pesar de la barrera del idioma, podría hacerlo bien. De repente, mi imaginación se llenó de imágenes de una *boulangerie* chic y sofisticada en uno de los *quartiers* más elegantes de París. Un establecimiento moderno, pero con un toque *vintage*.

Lo cierto es que me sorprendió la velocidad con la que conseguí el empleo, incluso sin una entrevista formal. No me podía creer la

suerte que había tenido. Unas pocas preguntas rápidas por teléfono, básicamente para garantizar que hablaba bien inglés y verificar mi experiencia en el sector servicios, y eso fue todo. Hasta aquel momento, mi carrera profesional había sido una especie de callejón sin salida. Nunca había llegado a definir muy bien a qué me quería dedicar, así que había acabado trabajando como camarera en una cafetería. Se suponía que iba a ser algo temporal, una vía de escape a las presiones que había en casa y una manera fácil de ganar algo de dinero mientras me aclaraba las ideas. Sin embargo, con el paso del tiempo mi futuro se había vuelto cada vez más incierto y mi trabajo se había convertido en el único factor de estabilidad al que podía agarrarme. A mis treinta años, no me veía haciendo otra cosa. Hasta que París llamó a mi puerta.

Ya en la terminal, me esforcé por distraerme de la incómoda despedida de mi padre intentando elegir entre un colorete Mac y un *eyeliner* líquido. En condiciones normales no me habría dado ese capricho, pero a fin de cuentas me iba a París. Tenía que elevar mi nivel. Pero justo en aquel momento una voz femenina cantarina y entrecortada anunció: «Última llamada para la señorita Edith Lane, pasajera del vuelo EI754 con destino a París. Por favor, diríjase de inmediato a la puerta número nueve. El embarque cerrará en pocos minutos. Gracias».

Me decidí por ambos productos y prácticamente le lancé el dinero a la dependienta antes de echar a correr hacia la puerta de embarque. Estaba a punto de iniciar mi gran aventura y tenía la intención de aprovecharla al máximo. Durante años me había dedicado a ver películas antiguas con mi madre y me había hartado de suspirar de envidia admirando a aquellas actrices elegantes —Grace Kelly, Audrey Hepburn…— que encarnaban a la mujer intrépida y segura de sí misma que yo anhelaba ser. Pensar en los ratos que pasábamos juntas tumbadas en el sofá, escuchando los viejos discos de *jazz* de mi madre, soñando con el día en que encontraría el valor suficiente como para protagonizar mi propia película, me trajo recuerdos agridulces. Porque cuando llegó el

momento de volar del nido, ella necesitó que me quedara. No es que me lo pidiera, pero cuidarla era para mí algo tan natural como respirar. Fue entonces cuando aquellas películas, *Alta sociedad, Desayuno con diamantes*, se convirtieron en nuestra vía de escape. Y más recientemente, mis propias incorporaciones, como *Amélie y Moulin Rouge*, sirvieron para crear un mundo de fantasía atemporal donde podíamos fingir que la realidad no existía.

Desde que tenía memoria había estado obsesionada con la ciudad del amor. Mis padres pasaron su luna de miel en París y la recordaban como si fuera el lugar más mágico del mundo. Cuando necesitábamos animarnos, mi madre sacaba su álbum de fotos y me hablaba de todos los lugares maravillosos que habían visitado. En el colegio elegí el francés como idioma extranjero, y nunca me cansaba de decir que cuando fuera mayor viviría en París. Mi padre, que era pastelero, me había prometido que algún día visitaríamos la ciudad en familia. Pero hay promesas que, por mucho que lo intentes, no se pueden cumplir.

Mientras la lluvia azotaba sin descanso la ventanilla ovalada del avión, me fijé en un hombre alto y de pelo blanco que avanzaba por el pasillo en busca de su asiento. Algo en sus penetrantes ojos azules me llamó la atención. Intenté recomponer mis facciones para obtener una expresión despreocupada pero a la vez solícita y, para mi enorme sorpresa, el hombre me sonrió y se instaló con agilidad en el asiento contiguo al mío.

Ya está, pensé. Un primer encuentro romántico, y eso que ni siquiera hemos despegado.

El hombre se quitó el abrigo, y al hacerlo dejó al descubierto un característico alzacuello y una cruz prendida sobre la pechera de la camisa.

—¿Le importa si me siento aquí? —preguntó con educación.

—No, no, en absoluto, padre.

Suspiré, casi sin aliento, por la decepción que me acababa de

llevar. Aunque, por otro lado, se me ocurrió que al menos Dios velaría por nuestro vuelo con un cuidado especial. Y buena falta nos hacía porque, cuando emprendimos el laborioso ascenso hacia el cielo enfurecido, tanto mis compañeros de viaje como yo rezamos en silencio y sin pausa para que nuestra lata voladora sorteara con éxito el traqueteo provocado por las turbulencias. Los bebés lloraban, los niños gimoteaban y yo me mordía las uñas con ansiedad mientras me preguntaba por qué razón el universo había elegido precisamente ese día para desencadenar una tormenta como esa.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el elegante sacerdote sentado a mi lado, despertándome del estupor que me había generado el miedo.

—Oh, ¿yo? Sí, por supuesto, estoy muy bien —le aseguré, decididamente encantada de tener un clérigo a mi lado.

—No hay de qué preocuparse —continuó, cerrando la novela negra de Ken Bruen que estaba leyendo—. He leído el final de esta historia, y llegamos sanos y salvos.

Esta afirmación, acompañada de un guiño travieso, me hizo reír y consiguió que me relajara un poco.

—¿Qué es lo que la lleva a París? —preguntó.

—Voy a empezar un nuevo trabajo: encargada de una pequeña panadería.

—Caramba, qué interesante. ¿Y no le parece asombroso que no fueran capaces de encontrar a nadie en todo París para desempeñar esa tarea? —dijo maravillado mientras sacudía la cabeza.

Me pareció de lo más curioso no haberme planteado esa posibilidad en ningún momento, y me fastidió muchísimo que hubiera sido mi compañero de viaje quien se diera cuenta de un desliz tan evidente. Sonreí con educación y asentí, pero por dentro noté que sobre mi nueva vida se empezaba a acumular una montaña de dudas. ¿Qué sabía en realidad acerca del lugar al que iba? ¿Y por qué me habían ofrecido el puesto tan rápido, sin una entrevista formal previa?

—¿Tiene familia en París? —me preguntó el sacerdote, que aún

no había dado por terminado su interrogatorio.

—No, no tengo. Estaré sola —respondí en un tono optimista, a todas luces forzado.

—¡Una mujer valiente! —observó.

Ya no tenía muy claro si aquel tipo seguía siendo de mi agrado. Cada nuevo comentario que hacía aumentaba mi inseguridad. Hice un leve gesto de asentimiento y desvié mi atención hacia la ventanilla, dando a entender que nuestra interacción había terminado.

La luz de un relámpago iluminó el interior del avión en su totalidad, un foco cegador que silenció a todo el mundo por un momento e hizo que aumentara la potencia del llanto de los niños. Mierda, pensé, esto te pasa por ser mala con el sacerdote. Mantuve los ojos cerrados y, no sé por qué razón, apreté el bolso contra mi pecho, como si necesitara tenerlo a mano cuando el avión se estrellara.

—Ayúdame, mamá —dije en voz baja—. Ayúdame.

Al cabo de un rato, la voz del piloto restalló por los altavoces para garantizar a los pasajeros que todo iba bien y comunicar que en breve se iniciaría el descenso hacia el aeropuerto Charles de Gaulle.

Aún podía ver el encantador rostro de aquella mujer, Julie, la propietaria de la *boulangerie* ubicada en la Rue de Compiègne. Reconocí la fachada de inmediato; había pasado tiempo más que suficiente babeando delante de las fotografías de sus publicaciones en Instagram. Crucé la calle y oí música en el ambiente. Un trío tocaba la misma banda sonora de *jazz* francés clásico que yo tenía guardada en innumerables listas de reproducción. Uno de ellos estaba sentado en el suelo tocando un acordeón, otro rasgueaba una guitarra, y un hombre alto y delgado tocado con una boina punteaba un contrabajo. ¡Había llegado! Sin embargo, al cabo de una conversación titubeante en una mezcla de inglés y francés mi

estúpido error se hizo patente.

—*Désolée, mais je crois que vous vous trompez* —dijo Julie mientras depositaba varias tazas en una bandeja para que la camarera las sirviese en una mesa de cuatro personas.

Tromper. Conocía esa palabra… *Se tromper*: equivocarse. Saqué el teléfono del bolso y busqué el anuncio al que había respondido. Julie se bajó las gafas que llevaba en lo alto de la cabeza y estudió la pantalla.

—*Ah, voici la boulangerie sur la Rue de Compiègne. Vous cherchez la boulangerie sur la Rue de Paris. À Compiègne*.

Mis emociones se transformaron en un torbellino de vergüenza y pánico. Noté que incluso las nalgas se me ponían rojas. A pesar de mi mal francés, entendí a la perfección lo que me quería decir: que estaba en la panadería equivocada. Y lo peor era que me había quedado paralizada. Julie estaba esperando a que me fuera, dado que no tenía nada más que hacer allí, pero me resultaba imposible moverme. Simplemente, me había quedado sin fuerzas. ¿Y dónde demonios estaba Compiègne?

La camarera regresó y dejó la bandeja vacía en la barra, pero al ver mi cara debió de sentir lástima.

—Hablo un poco de inglés —dijo—. ¿Me deja ver?

Casi rompo a llorar ante tanta amabilidad. Mantén la calma, Edie, me dije. Lo último que necesitaba era montar una escena. La chica miró la pantalla y asintió. Gracias a Dios, pensé. Al menos había alguien que sabía adonde se suponía que debía ir.

—Tendrá que coger un tren hasta Compiègne. Queda a cerca de una hora al norte de París.

—Perdón, ¿acaba de decir a una hora al norte de París? No, debe de haber algún error. He venido para un puesto de trabajo en la Boulangerie et Pâtisserie de Compiègne… en París —dije, ya con menos confianza.

—Puedo enseñárselo si quiere —dijo la chica, tocando el mapa de la pantalla—. Mire, está en el departamento de Oise, en la región de Picardía, ¿lo ve? *Vous voyez là?* —preguntó, señalando el mapa.

—*Oui, je vois* —musité, a modo de respuesta, con un nudo en el estómago—. Sí.

Al final resultaba que ni viviría ni trabajaría en París. Y si eso era así, ¿en qué más me habrían engañado? La amable joven siguió dándome explicaciones e incluso me lo anotó todo, pues debía de parecerle que estaba completamente perdida. Y, además, ¿a qué se refería con eso de «departamento»?

—*Alors, nous sommes juste à côté…* —Me aseguró—. Estamos justo al lado de la Gare du Nord.

Al parecer, desde la estación que me decía podría coger un tren que me llevaría hasta el pueblo donde estaba la panadería en la que me habían ofrecido un puesto de trabajo. Quizá. ¿Existiría siquiera? ¿Me habrían estafado? Les di las gracias a las dos y seguí las indicaciones hasta la estación de tren, donde ahora me encontraba, llorando sentada en un cubículo de los baños.

—De acuerdo —dije, hablando en voz alta para mí misma.

Algo tenía que hacer. No podía pasarme la noche allí encerrada. Me moría de ganas de llamar a casa, pero no podía decirle a mi padre que tenía razón, que todo aquello no había sido más que un plan absurdo para reinventarme (que era, en realidad, lo que había sido). Mi dedo se posó justo encima del número de mi amiga Gemma. Habíamos empezado a trabajar juntas en la cafetería el mismo día y había acabado convirtiéndose en lo más parecido a una amiga íntima que tenía. Pero ni siquiera Gemma me conocía de verdad. Estaba tan acostumbrada a mostrar mi lado bueno en casa que había empezado a hacerlo también con la gente que me rodeaba. Y entonces comprendí que a ella tampoco podía llamarla. Se había mostrado tan entusiasmada con la idea de que con aquel cambio iba a «encontrar mi verdadero yo»… ¿Cómo iba a decepcionarla ahora contándole la verdad? No, ni yo misma tenía idea de quién era mi verdadero yo, y ella desde luego no me podía ayudar. No. Tenía que empezar a tomar mis propias decisiones y

dejar de una vez por todas de preguntarme qué harían otros de estar en mi lugar. Lo primero era lo primero: debía averiguar si el puesto de trabajo al que me había presentado era real.

Encontré el número de madame Moreau —mi futura jefa en la panadería— y, después de varios tonos de llamada, unos segundos durante los que mi corazón casi se paró por completo, obtuve respuesta.

—*Allô*? —dijo una voz de persona mayor.

Recordé la frase que había estado ensayando.

—Eem, *oui…* —respondí—. Hola, eh…, *bonjour*, madame Moreau… Eeh, *ici* Edith Lane?

Tenía pensado terminar cada frase con una pregunta, algo así como «¿Me entiende?». Porque, a pesar de que me había pasado las últimas semanas peleándome con aplicaciones de idiomas y viendo una y otra vez *Amélie*, mi nivel de francés resultaba dolorosamente bajo en aquellas circunstancias.

—*Que voulez-vous?*

—Sí, bueno, *je suis* aquí, en París, y… usted no.

Silencio.

—*Je cherche la boulangerie…?* —Mi voz titubeó.

—*Ah, vous êtes la fille qui va travailler dans la boulangerie, c'est ça?*

—*Oui*, sí, la chica que ha contratado para trabajar en la panadería. ¡Soy Edith, de Irlanda… *irlandaise*!

Suspiré con alivio al ver que reconocía mi nombre. No me había vuelto loca. El puesto de trabajo era real.

—*Vous devez aller à la Gare du Nord, et vous prenez le train à Compiègne, d'accord? À plus tard alors*.

—Sí, no, eso ya lo sé, es solo que…

La llamada se cortó.

—¿Hola? *Allô, madame Moreau?* —Resoplé con indignación—. Vale, muy bien. No me queda otro remedio que buscarlo en Google, ¿no?

Estupendo, ya empezaba a hablar sola. Los resultados de la

búsqueda de la panadería apuntaban a una callejuela sin nombre.

—Esto no puede estar bien —dije forzando la vista.

Por si no tuviera bastante, quizá necesitara gafas. Otra señal indeseada de que los años iban pasando, lo quisiera o no. Guardé el teléfono en el bolso y utilicé mi rabia a modo de combustible para salir del cubículo y empezar a hacer algo.

Cuando me miré en el espejo, el reflejo me devolvió una imagen lamentable. El moño alto que con tanto esmero me había recogido por la mañana estaba totalmente despeinado, mi elegante abrigo de color crema no podía estar más arrugado y el delineador Mac que había comprado en el aeropuerto se había corrido y me había dejado los ojos como un oso panda. La barbilla me empezó a temblar al ver mi aspecto desaliñado y todos mis sueños rotos.

—¡Contrólate! —grité—. Eres una mujer adulta.

Me di un cachete en la mejilla. Mala idea: ahora me sentía triste y acosada.

—Vale, intentemos un enfoque distinto. Nadie dijo que esto fuera a ser fácil —me aseguré a mí misma, como si estuviera grabando un audiolibro de autoayuda—. Toda heroína debe afrontar sus obstáculos, y esto no es más que eso: un obstáculo. —Hablar en un tono positivo empezó a tranquilizarme. Saqué un pañuelo, dispuesta a reconstruir mi fachada de confianza con un poco de maquillaje—. Así que es evidente que no voy a vivir una vida glamurosa en París —murmuré—, y eso de Compiègne parece que no queda tan lejos. Y vete tú a saber, quizá resulta que es la zona más pintoresca de Francia.

Ese era el espíritu. Además, ¿cómo iba a quedar yo si renunciaba a mi gran aventura antes incluso de que comenzara?

Justo en aquel momento, una mujer salió de otro cubículo y me miró con recelo.

—¡Oh, no pasa nada, es que a veces hablo sola! —dije en tono jocoso, y por toda respuesta ante mis problemas no recibí otra cosa que una mirada de gelidez.

Estaba teniendo un éxito abrumador con los franceses. De eso no

había duda.

—*Alors*, los trenes salen cada quince minutos y el billete cuesta doce euros con cincuenta —dijo la mujer de la taquilla, que a todas luces se compadeció de mí y enseguida pasó a hablarme en inglés—. Le deseo un buen viaje, madame.

—*Mademoiselle* —dije, e intenté concentrarme en el mapa que acababa de darme, lleno de extraños nombres de calles y números de carreteras.

Subí a un tren de la línea París-Saint-Quentin para llegar a Compiègne. Encontré un asiento junto a la ventanilla, aunque para entonces el cielo ya se empezaba a oscurecer. Cuando el tren emergió de la estación, las luces de la ciudad parpadearon para ofrecerme su luminosa despedida. Vi monumentos bañados en oro, fuentes que proyectaban agua con generosidad y banderas rojas, blancas y azules que ondeaban con orgullo en todos los edificios. Dejé atrás París. Descansé la cabeza contra el cristal e intenté encontrar una pizca de positividad en todo lo que me estaba pasando. Pensé en las películas antiguas que veía con mi madre. La trama nunca transcurría sin contratiempos y la gente buena no siempre conseguía lo que se merecía, o no lo conseguía hasta el final. Necesitaba creer que, a pesar de los baches que me pudiera encontrar en el camino, el viaje merecería la pena. Quizá no se trataba de hacer realidad los sueños (aunque eso estaría muy bien): quizá se trataba de convertirme en el tipo de persona que persigue sus sueños pase lo que pase. Bueno, de todos modos, eso era algo que no tardaría en descubrir.

Saqué el teléfono del bolso y llamé al número que reservaba para las ocasiones muy especiales, cuando mi corazón necesitaba de verdad un abrazo. La llamada saltó directamente al buzón de voz, y entonces pude oír la voz de mi madre cantando:

Sonríe aunque te duela el corazón,

sonríe aunque sientas que se te rompe.
Cuando haya nubes en el cielo, saldrás adelante
si sonríes a pesar de las lágrimas y el dolor.
Sonríe, y quizá mañana
veas que el sol brilla para ti…

Capítulo 2

El cielo estaba completamente oscuro cuando el tren se detuvo en la estación de Compiègne. Me noté cansada y hambrienta mientras me ponía el abrigo y me preparaba para adentrarme una vez más en lo desconocido. Al bajar del tren, me fijé en un chico de unos quince años que estaba sentado en uno de los dos bancos que había en el andén. Estaba concentrado en algún videojuego, y solo cuando las ruedecillas de mi maleta anunciaron mi presencia levantó la cabeza, cubierta con la capucha de su sudadera.

—*Pardon, madame?* —gritó.

Mi instinto me recomendó no detenerme, de modo que fingí no haberlo oído y seguí caminando.

—*Pardon, êtes-vous madame Lane?* —insistió el chico.

Al oír mi nombre, me paré y me volví hacia él.

—Oh, sí. Quiero decir, *oui*. ¿Y tú eres…?

—*Je m'appelle Manu. Madame Moreau m'a envoyé vous chercher*.

—*Oh, bonjour* —dije, pillando con esfuerzo su francés disparado a ritmo de ametralladora.

Al parecer, el muchacho se llamaba Manu y madame Moreau lo había enviado a buscarme. Entendido. El chico cogió rápidamente el asa de mi maleta y tiró de ella para salir de la estación.

—Pero, espera, yo…

Mis palabras rebotaron en el muro de indiferencia de su espalda. Pero ya estaba bien. Estaba cansada, hambrienta y harta de ser

tratada como una imbécil en aquel país.

—¡Oye, chico! —dije—. Escúchame bien, ¿vale? Llevo todo el día viajando para llegar hasta aquí y mi avión ha estado a punto de estrellarse en plena tormenta, de modo que creo que lo mínimo que podrías hacer es decirme exactamente adónde vamos en lugar de arrastrarme de cualquier manera como si yo fuera una oveja descarriada.

Me quedé tan a gusto después de decirlo, segura de no haber dejado ninguna duda acerca de la madera de la que yo estaba hecha.

El chico se volvió tranquilamente hacia mí.

—*La boulangerie* —se limitó a responder. Como si fuese lo más obvio del mundo, y de hecho lo era. Hizo una leve indicación con la mano para que lo siguiera y, arrastrando mi maleta recién estrenada, se puso de nuevo en marcha.

—¡Y, para que lo sepas, es *mademoiselle*! —exclamé para rematar, decidida a ser yo quien tuviera la última palabra.

Por fin alcancé a mi guía encapuchado cuando llegamos a una calle adoquinada. El pueblo, desierto, parecía estar a un millón de kilómetros de mi sueño parisino. No obstante, el entorno poseía el distintivo encanto clásico del viejo mundo y, a pesar del frío y la oscuridad, hice lo posible para sentirme optimista con respecto a lo que me esperaba. Una buena taza de té caliente y todo me parecerá mucho mejor, pensé para animarme. Caminamos a orillas de un río, un paseo con bancos y árboles bien cuidados, y cruzamos varios puentes ornamentados con flores que conducían quién sabía adonde. No podía imaginar sentirme como en casa o familiarizada con ese lugar; de hecho, me sentía como Dorothy cuando llegaba al mundo mágico de Oz y pronunciaba esa frase tan famosa: «Ya no estamos en Kansas». Doblamos una esquina y me llevé una sorpresa al ver una calle llena de casas con estructura de madera, un escenario que parecía sacado de la Inglaterra de la época de los Tudor. El casco antiguo era como un pueblo de cuento de hadas, e incluso empecé a albergar la esperanza de que las paredes fueran

de pan de jengibre. Nada parecía estar construido en ángulo recto, y todas las casas tenían tejados torcidos rematados con buhardillas que asomaban como sombreros puntiagudos.

—*Ici* —anunció secamente mi guía—. Aquí.

Vi un rótulo por encima de mi cabeza —LA BOULANGERIE ET PÂTISSERIE DE COMPIÈGNE— y, en la esquina del edificio, un pequeño cartel con el nombre de la calle: rue de parís. Cómo lamenté mi ignorancia en aquel momento.

—Es justo lo que decía en el anuncio: una panadería en la carretera a París.

—*Comment?* —dijo Manu arrastrando la palabra, como si el esfuerzo de hablar le robara demasiado tiempo.

—Nada, olvídalo. O… ¿cómo era? *Peu importe?*

Lo único que obtuve como respuesta fue algo a medio camino entre un gruñido y un resuello. El chico sacó una llave y abrió la puerta acristalada de la panadería. Mi excitación revivió ante la perspectiva de conocer el espacio donde se desarrollaría mi nueva «carrera profesional» en Francia. Lo primero en lo que me fijé fue en las baldosas del suelo, que tenían un diseño exquisito en azul pavo real y dorado, con toques de un naranja muy luminoso en el centro. El mostrador era sencillo pero funcional y, por supuesto, estaba vacío al final de la jornada. La tienda tenía el tamaño justo para acomodar tres mesitas y las típicas sillas de bistró francés, colocadas todas ellas junto al ventanal que dominaba la calle.

Un gran espejo con marco dorado de estilo *art nouveau* ocupaba la totalidad de una pared, desde el suelo hasta el techo, lo que ayudaba a crear la ilusión de que el espacio era más grande. Diversos apliques iluminaban con una luz tenue las paredes de color miel, y a medida que mis ojos se fueron acostumbrando me encontré de repente delante de una mujer robusta que llevaba una falda negra hasta la rodilla y una chaqueta de punto del mismo color que luchaba admirablemente por contener su generoso pecho. Su cabello canoso enmarcaba un rostro de expresión agria que conservaba ecos de una bondad desaparecida mucho tiempo atrás.

Aun sin querer hacerlo, retrocedí un paso.

—Madame Lane —anunció con un tono que no correspondía a una pregunta, ni tampoco a una afirmación.

—Hum… *je suis*, bueno, soy *mademoiselle* en realidad —tartamudeé. A pesar de la baja estatura de aquella mujer, la profundidad de su mirada castaña resultaba imponente.

—*Venez, je vais vous montrer votre chambre*.

Chambre… Oh, sí, mi habitación. Lo dijo de tal manera que por un momento tuve la sensación de que acababa de entrar en una pensión de la época victoriana. Era como si me estuviese sumergiendo en los tiempos de Jane Eyre.

Después de decir eso, se alejó en silencio del mostrador, se dirigió hacia una puerta abierta y empezó a subir una escalera bastante empinada. Me volví para darle las gracias a Manu, pero ya se había ido.

—Bienvenida a Francia, Edith —murmuré cogiendo mi maleta.

Seguí a madame Moreau escaleras arriba, haciendo malabarismos para intentar de manera infructuosa que la maleta no golpeara la estrecha pared, hasta que al final decidí cargarla sobre la cabeza. La escalera dio un peligroso giro de noventa grados, y entonces me encontré de súbito en lo que supuse que sería mi pequeño apartamento tipo estudio. El término «buhardilla» habría sido demasiado generoso para describir lo que iba a ser mi nuevo hogar. En el lado oriental de la estancia rectangular, el más próximo a la entrada, había un sofá cama acomodado estrechamente delante de una estufa sin encender, y a mi derecha había un pequeño rincón de cocina que consistía en un hornillo eléctrico, un fregadero y una estantería diminuta. En el otro lado del espacio había un armario de madera de roble que parecía gigantesco y ocupaba mucho más sitio de lo que habría resultado práctico, así como un biombo detrás del cual supuse que estaría el baño.

—*Voilà* —anunció madame Moreau, como si estuviese maravillada con su alojamiento.

Yo me había quedado literalmente sin habla, pero creo que la

mujer interpretó mi mutismo como una silenciosa muestra de alegría. Con un brusco «*bonne nuit*» y la orden de estar en pie a las siete, se marchó y me dejó sola en mi casa de muñecas.

Dejé caer la maleta sobre la cama, y a continuación me dejé caer yo también. Me quedé allí durante un buen rato, inmóvil. El viento silbaba entre las rendijas del alero mientras yo permanecía alerta ante cualquier sonido desconocido: el gorgoteo de las viejas tuberías, un gato que maullaba en la calle… Cuando miré a través del cristal del ventanuco cuadrado, vislumbré una luna que parecía una uña colgada del cielo.

Mi teléfono anunció la llegada de un mensaje de texto, un sonido que me sacó del pequeño coma en el que estaba sumida. Mi padre, claro, para ver si había llegado a Francia de una pieza. Respondí diciéndole que había llegado sana y salva y que me estaba instalando en mi encantador nuevo hogar. Por alguna razón, aquella mentirijilla me dio fuerzas para ponerme en pie, deshacer la maleta y empezar a hacer mío aquel rincón. Estaba acostumbrada a sacar el máximo partido a los espacios reducidos, y, a pesar de que siempre había esperado que ese viaje me llevara a cosas más grandes y mejores, me convencí de que las grandes cosas comienzan siempre con principios pequeños.

Aquella noche dormí de forma intermitente y me desperté varias veces al oír ruidos extraños en el edificio. Los achaqué al crujido de las vigas viejas, y cuando volví a conciliar el sueño tuve pesadillas raras, muy reales e inquietantes. Mi madre estaba allí, como siempre, y estábamos a bordo de un barco intentando llegar a alguna parte. En un momento dado la perdía, y me pasaba el resto del sueño buscándola frenéticamente por todas las cubiertas. De pronto me desperté al oír un sollozo, y no fue hasta que pasó un rato cuando me di cuenta de que aquel sonido ahogado salía de mi propia garganta. La alarma del teléfono sonó poco después para anunciar el amanecer de mi primer día en la panadería de la Rue de

Paris. Eran las seis de la mañana y el aroma a pan caliente ya ascendía por la escalera. La noche anterior no se me había ocurrido preguntar quién era el panadero, ni dónde trabajaba. Pero era mi primer día, pensé. Pronto descubriría los entresijos de aquel lugar.

La buhardilla —o el *atelier*, como decidí llamarla para darle un carácter más romántico— parecía un congelador. Tenía la nariz como si hubiera pasado la noche en el Polo Norte, y también los dedos; de hecho, todas mis extremidades corrían un grave peligro de congelación. Era evidente que el aislamiento era un concepto desconocido por esos lares, de modo que me dispuse a encender la pequeña estufa con el haz de leña que vi en una cesta a su lado. Quince minutos más tarde, después de llenar la estancia con nubes de humo que me hicieron lagrimear, acepté mi derrota y encendí el hornillo eléctrico para calentar tanto la cafetera como la habitación. Bailé a buen ritmo sobre el gélido suelo de madera mientras me ponía unas medias de lana y un vestido de cuadros escoceses rojos. Muchos dirían —mi padre entre ellos— que marzo no era el momento ideal para iniciar una nueva vida en el extranjero y, después de que un escalofrío me recorriera la espalda, tuve que reconocer que quizá tuvieran razón. Pero madame Moreau se había mostrado insistente en que necesitaba una encargada que se incorporara de inmediato, lo que de pronto me llevó a preguntarme qué habría pasado con la persona que anteriormente había ocupado aquel puesto.

Capítulo 3

Bajé la escalera con cautela a las siete menos cuarto. Tras el mostrador, madame Moreau ya estaba apilando *baguettes*, barras y panecillos de todas las formas y tamaños en distintas cestas de mimbre. El aroma resultaba embriagador. El vapor del pan caliente inundaba el ambiente con un olor ligeramente dulce y muy intenso. Era como un abrazo cálido y pastoso. Ignoré la saliva que se me estaba acumulando en la boca y me alisé el vestido antes de saludar a madame Moreau.

—*Tiens* —fue lo único que me dijo mientras me pasaba un delantal a cuadros azul marino.

—*Merci* —repliqué con alegría, evitando su estilo taciturno y monosilábico—. Madame, me preguntaba si en algún momento podría visitar los hornos… Ya sabe, ver dónde sucede toda la magia —dije y, no sé muy bien por qué, quizá por mi deseo de transmitir la emoción que sentía, rematé mis palabras abriendo las manos como lo haría un bailarín de *jazz*.

La mirada que recibí a cambio solo se podría describir como una mezcla de desdén y una buena dosis de fastidio.

—Tú nunca tienes por qué bajar ahí. Jamás.

Oír su respuesta en mi lengua me resultó chocante. Sabía que madame Moreau hablaba un poco de inglés, o al menos eso decía el anuncio cuando mencionaba la popularidad de aquel lugar entre los turistas. Pero elegir esa frase como la primera que pronunciaba en mi idioma dejaba muy claro que quería que yo la entendiera a la

perfección. Nada de ir abajo.

—Por supuesto, ningún problema —dije—. Es solo que había pensado que estaría bien…

—*Non!* —vociferó, y la mirada que me lanzaron aquellos ojos oscuros me heló la sangre.

—*Non*. Vale, entendido —dije como una niña compungida.

—*Écoutez, Édith* —empezó a decir, empleando un tono más conciliador—, el *boulanger* es *très* particular en cuanto a quién entra en su cocina, *¿hein?* Así que será mejor que te quedes aquí para gestionar la tienda, *¿non?* —dijo con un gesto de asentimiento.

Por desgracia, los francoparlantes no tienen el sonido «th» en su idioma, y me había quedado tan sorprendida al oír mi nombre pronunciado como «Ediit» que no había prestado atención a lo que me había dicho a continuación.

—*Édith, vous comprenez?*

—¿Perdón? Oh, sí, claro, la he entendido. El panadero es un gruñón y conviene no molestarlo —respondí despacio mientras copiaba en mi bloc de notas lo que estaba diciendo.

—¿Qué es eso? —preguntó madame Moreau, mirando con curiosidad el bloc.

—Bueno, es donde apunto mis notas. Tengo la costumbre de escribirlo todo por si se me olvida algo. Así luego puedo consultarlo… aquí. —Su mirada de perplejidad me resultó bastante confusa. ¿Qué quería aquella vieja cascarrabias? A fin de cuentas, le estaba demostrando que era muy profesional—. Y también me servirá para tomar nota de los pedidos. Porque habrá pedidos, ¿no?

Al oír esto, madame Moreau empezó a sonreír. Una sonrisa no del todo desagradable, pero con un toque de malicia que me puso nerviosa.

—*Ma pauvre*, poco tiempo tendrás para escribir notas —dijo con una risilla mientras seguía colocando el pan en las cestas.

Me costaba imaginar que una pequeña panadería de una ciudad de provincias llegara a estar abarrotada de clientes, pero decidí reservarme esa opinión. Justo en aquel momento apareció en la

puerta Manu, mucho más despierto y arreglado que la noche anterior. Después de un coro de «*bonjours*», se puso a cargar cajas de pan en una motocicleta que había dejado aparcada fuera, hasta construir una torre que desafiaba por completo la ley de la gravedad. Al advertir mi mirada inquisitiva, madame Moreau me informó de que Manu se encargaba del reparto del pan a los hoteles y restaurantes de la población. A pesar del aspecto anticuado del local, el negocio parecía estar muy bien organizado y ser lo suficientemente rentable como para mantener al menos a cuatro empleados en nómina.

Mi primera tarea consistió en llenar las estanterías del escaparate que había a un lado del mostrador con una buena cantidad de repostería que consiguió que se me hiciera la boca agua. Empecé con los clásicos *croissants* y *pains au chocolat*, que dispuse en cestas al fondo. A continuación coloqué dos flanes —grandes, redondos y amarillos como el sol— en el estante inferior, junto con una *tarte tatin*. Destiné la balda intermedia a los productos salados —como los *croque-madame* y los *croque-monsieur*— y a la *pizza* cortada en cuadraditos, lo que me permitió reservar la superior para las exquisiteces más tentadoras: los *éclairs* rellenos de crema, las tartaletas de frutas glaseadas con sirope de albaricoque y las pequeñas *madeleines* en forma de vieira. En aquel momento comprendí a la perfección ese viejo dicho que hablaba de «comer con los ojos».

A las siete en punto, madame Moreau dio la vuelta al cartel de OUVERT y abrió la puerta de la panadería. Sorprendida, descubrí que ya había varios clientes esperando en la entrada. Madame Moreau los recibió con una amabilidad natural que unos momentos antes habría considerado imposible. Me armé de valor para enfrentarme a mi primer cliente, con la confianza de dominar las palabras básicas del francés para poder salir airosa. ¡Error! El primer caballero que se acercó al mostrador me pidió lo que quería a tal velocidad que lo único que entendí fue «*Bonjour*». Nada más.

—Emm… *Pardonnez-moi?* —Fue todo lo que conseguí decir con

una voz que sonó vergonzosamente patética incluso para mis oídos.

—*Je prends deux croissants et une baguette, s'il vous plaît* —repitió el hombre, aunque no habría sido necesario que se tomara la molestia.

De pronto me sentí dolorosamente poco preparada para enfrentarme a la velocidad a la que hablaban los clientes, así como al acento de aquella región y su jerga. Por primera vez, y por desgracia delante de esas personas, comprendí que había cometido un error. Un gran error. Me entraron ganas de echar a correr sin volver la vista atrás.

Madame Moreau me presentó a su cliente como «*Ediit*, de Inglaterra». En otras circunstancias ese desliz habría garantizado una réplica muy patriótica por mi parte, pero en ese momento me di cuenta de que la cabeza me daba vueltas y de que lo que madame Moreau me estaba ofreciendo era el equivalente a un salvavidas.

El hombre, vestido con una gabardina y un *chapeau* que le otorgaban un aspecto de personaje de película de detectives, me saludó levantándose mínimamente el sombrero.

—Encantado de conocerla, Edith —dijo, pronunciando bien mi nombre.

Sus ojos eran amables e inteligentes, y yo le respondí con una sonrisa de agradecimiento.

—*Monsieur Legrand est un avocat* —me explicó madame Moreau.

—*Avocat, avocat…* —repetí, confiando en que así terminara por revelarse el significado de la palabra.

—Abogado —dijo el hombre echándome una mano.

—¡Oh, claro, esa la sabía! —exclamé como si estuviera en un concurso televisivo.

Con otro caballeroso gesto que hizo con el sombrero, el hombre se movió hacia la izquierda para ceder paso al siguiente cliente de la fila, que ya llegaba más allá de la puerta. En lugar de ayudar, tenía la sensación de que mi presencia lo estaba ralentizando todo. Al cabo llegamos a la conclusión de que limitarse a señalar el producto deseado era el mejor medio de comunicación hasta que mi francés

mejorara, y en general la solución empezó a funcionar bastante bien.

La Boulangerie et Pâtisserie de Compiègne tuvo un flujo continuo de clientes durante toda la mañana. Aún no me habían confiado la máquina del café, pero ya me apañaba a la perfección con la caja registradora, que, por suerte, no difería mucho de una calculadora normal y corriente. A mediodía llegó por fin la hora de comer, momento en que se me informó de que la panadería cerraba todos los días de doce a dos. Me pareció un poco anticuado, pero Manu me explicó que era una tradición a la que madame Moreau se aferraba con fidelidad. De entrada me sentí un poco desanimada ante la perspectiva de tener que pasar dos horas sola en mi estrecha buhardilla, pero, bien mirado, luego reflexioné que un tentempié y una pequeña siesta me sentarían muy bien. Casi había perdido el apetito para todo y, cuando estaba en casa, a menudo terminaba comiendo cereales tanto al mediodía como para cenar. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que allí ni siquiera tenía cereales. Los armarios de la cocinita estaban prácticamente vacíos, así que me puse el abrigo y salí a la calle en busca de un *supermarché*.

El mediodía se había transformado en uno de esos luminosos días de primavera en los que uno casi se deslumbra cuando levanta la vista. Hasta aquel momento la pequeña ciudad, que solo había visto durante el apresurado recorrido desde la estación la noche anterior, era para mí un escenario confuso de calles adoquinadas, persianas cerradas y poca cosa más. Por eso, salir a la calle a plena luz del día me alegró el corazón de una manera que no imaginaba posible. Me sentía como si me acabaran de transportar a un plato cinematográfico: todos mis clichés sobre lo que debía ser un pueblo francés estaban presentes allí. Ahora bien, la gente del lugar no iba con boina ni con camisetas a rayas marineras y ristras de ajos colgadas al cuello, sino que se limitaba a exhibir cierto aire de arrogancia y sofisticación. Y si bien las mujeres iban vestidas de manera informal y no enfundadas en *haute couture*, su estilo las diferenciaba claramente del resto de sus primas europeas. Por otro

lado, la tasa de fumadores me pareció alarmante, sobre todo entre adolescentes. «¡Pensad en vuestra dentadura!», me habría gustado decirles a las chicas más jóvenes, pero entonces recordé vagamente mi propia juventud —esa sensación de creerse invencible— y me guardé el consejo.

Para no quedarme atrás en la carrera de la moda, me subí el cuello de mi caro abrigo de color crema para protegerme del frío y me puse en marcha. En la calle adoquinada donde se encontraba la panadería había muchos otros establecimientos típicamente franceses. Una *crêperie* tradicional, cuya fachada con estructura de madera era similar a la de la panadería, ocupaba una posición envidiable en la confluencia de tres calles. A continuación había un *tabac* (un quiosco de prensa a todos los efectos), y después un *salon de thé*. Observando la calle, era fácil imaginar que los franceses no tenían nada mejor que hacer que sentarse y abandonarse a sus placeres. Sin embargo, me pareció que no éramos los únicos que hacíamos una pausa larga para comer: todo estaba cerrado. Resultaba extraordinario ver cómo diferían nuestras culturas, porque ese tipo de diabluras habrían sido impensables en mi país.

Seguí paseando, doblando una esquina tras otra, y pasé por delante de una escena digna de postal protagonizada por un grupo de ancianos que jugaban a los *boules* o a la *pétanque* en un parque precioso que tenía por nombre Parc de Songeons. Todo tenía un aire lánguido: los árboles que se balanceaban con la brisa, los hombres que discutían con buen humor qué bola era más grande o, probablemente, cuál había quedado más cerca del objetivo… Crucé el río, giré a la derecha y me encontré en la parte más moderna de la ciudad, donde las *brasseries* estaban llenas hasta los topes de clientes sentados en las mesitas del exterior mientras disfrutaban del ambiente. Fue como salir de repente de un túnel del tiempo y empezar a ver bancos, oficinas y tráfico, y, no sé por qué, me sentí un poco superada. Las elegantes fachadas de piedra clara con persianas blancas rebosaban soberbia y resultaban quizá demasiado

perfectas. Encontré un supermercado Monoprix en el que me costó elegir entre la gran variedad de alimentos frescos, sobre todo queso y fruta, aunque otros productos básicos me resultaron algo más difíciles de encontrar. Lo más parecido a un buen té que conseguí fue una marca británica para el desayuno, y la oferta de leche era tan confusa que acabé marchándome sin ella.

Emprendí el camino de vuelta a la Rue de Paris, y al llegar eché un vistazo a la curiosa puerta exterior del lado oriental del edificio, la que daba acceso al sótano, donde estaban los hornos. La pared sobre la que descansaba el hastial estaba en una calle en pendiente, de manera que, a pesar de que la tienda quedaba al nivel de la calle y el edificio tenía tres plantas, este parecía mucho más grande visto desde el lateral, con la entrada del sótano a la vista. La puerta estaba pintada de un color azul intenso y tenía un tirador decorativo de latón que debía de ser muy antiguo. Parecía como si nadie hubiera utilizado jamás esa entrada, y me empecé a preguntar cómo demonios metían allí los ingredientes o sacaban el pan. Me costaba imaginar que todo se hiciera a través de la tienda.

Miré con disimulo a un lado y otro del callejón, acerqué una mano al pomo y lo giré. No sé por qué lo hice, ya que estaba segura de que la puerta estaría cerrada, pero, para mi sorpresa, esta cedió con facilidad. Miré de nuevo a mi alrededor, incapaz de quitarme de encima la sensación de que alguien me observaba. Pero entonces, cuando apenas había abierto una rendija, la puerta se cerró de golpe como si una ráfaga de viento hubiera tirado de ella desde el interior. Posé otra vez la mano en el pomo, pero ahora la puerta estaba cerrada a cal y canto y, por mucho que lo intenté, no hubo manera de abrirla.

Capítulo 4

De vuelta en mi casita torcida, me apañé un refrigerio con galletas saladas, uvas y un queso camembert que olía a calcetines sometidos a alguna experiencia horrorosa. Me resigné a la idea de que con el tiempo me acabaría acostumbrando a ese olor. Lo acompañé con un extraño té negro que le dio un amargor de lo más peculiar al choque de sabores que se produjo en mi boca.

Bueno, suficiente, me dije antes de tirar las migas en la pila y fregar mi única y solitaria taza. En el apartamento de abajo se oían ruidos, y empecé a preguntarme si madame Moreau viviría allí. No me había atrevido a indagar la noche anterior, y además mi jefa no parecía precisamente una mujer dispuesta a colmarme de información. Me dejé caer en el sofá cama, y una vez más intenté entablar amistad con aquella rara estructura en forma de salchicha que yacía encima del colchón, en el lugar donde debería haber una almohada. Reflexioné sobre mis primeras horas en Francia, las cuales, a decir verdad, me parecían una vida entera. Eso es lo que sucede cuando sales de tu zona de confort: el tiempo se estira como una goma elástica, y eso prolonga tu incomodidad y tu desasosiego y acentúa tu aislamiento. ¿Esperaba trabajar a las órdenes de una vieja gruñona y vivir en una caja de cerillas cuando respondí a aquel anuncio varios meses atrás? ¿De verdad pensaba que presentarme de golpe en un país extranjero serviría para borrar los dolorosos recuerdos de los últimos dieciocho meses? ¿Me estaría engañando al pensar que el sueño de vivir en París podía hacerme realmente feliz?

Todos los pensamientos que cruzaban mi cabeza me decían que había sido una idiota y que, ahora mismo, dejarlo correr sería una decisión más inteligente que prolongar la agonía. Pero mi corazón no me lo permitía. A pesar de la gélida bienvenida y de la tremenda idiotez de haber actuado impulsada por un capricho infantil, mi corazón seguía albergando la esperanza de que algo maravilloso iba a pasar. ¿Y quién era yo para impedirlo?

Trabajé toda la tarde con un único objetivo: «Hay que superar este día». No dejé de animarme en silencio en todo momento, cruzando los dedos para que mi confianza fuera en aumento con cada nuevo cliente que atendía. Como era de esperar, entraron algunos turistas, en su mayoría para tomar fotografías de la pintoresca *boulangerie*. Fue un auténtico alivio poder hablar un poco en inglés después de una larga jornada de francés chapurreado y lenguaje de signos improvisado. Serví un pedido de café y *éclairs* a un hombre que se había sentado en una de las mesitas exteriores. Iba acompañado por un terrier monísimo que estaba sujeto a la silla con la correa y al que decidí llevar un cuenco de agua.

—¿Es acento irlandés eso que acabo de oír? —dijo el hombre.

—Lo es, en efecto —contesté, parándome un momento para respirar y dejar que el aire fresco me llenara los pulmones—. Y el que acabo de oír yo es definitivamente británico. ¿Está en la ciudad de vacaciones?

—Hace ya veinte años que vine a vivir aquí —respondió él—. ¿Y usted?

—Oh —dije. Aspiré el aire entre los dientes y luego miré el reloj —. Unas veinticuatro horas.

—Ah, en ese caso, bienvenida a Compiègne. Por cierto, me llamo Geoff —dijo el hombre estrechándome la mano—. Y esta es mi pequeña y dulce Ruby.

Me agaché para rascarle las orejas a Ruby.

—Me mudé desde Bristol cuando me jubilé. Pero, aunque digo

que me jubilé, la verdad es que ahora trabajo a tiempo parcial como guía turístico, sobre todo para los entusiastas de los recuerdos de la guerra que vienen a visitar el Memorial del Armisticio —me explicó antes de abalanzarse con ganas sobre su *éclair*.

—¿Y qué es eso del… armisticio que acaba de mencionar?

—Se trata de uno de los enclaves más importantes de Francia en relación con las dos guerras mundiales —empezó a decir, entrando en modo guía—. Los aliados firmaron con los alemanes el armisticio que dio fin a la Primera Guerra Mundial en un vagón de tren aquí mismo, en el bosque de Compiègne. Y en 1940 los franceses firmaron un armisticio con la Alemania nazi en ese mismo claro, una de las muchas ideas que tuvo Hitler para humillar a sus enemigos. Es un lugar muy interesante, la verdad. Debería visitarlo si piensa quedarse aquí un tiempo. —Me entregó su tarjeta y añadió—: Si me permite la pregunta, ¿qué fue lo que la trajo a Compiègne?

—El destino —respondí, confiando en que fuera cierto.

Cuando el atardecer oscureció el cielo y todos los vecinos de Compiègne volvieron a casa con su *baguette* bajo el brazo, Manu reapareció para ayudar a cerrar la tienda. Como casi todos los adolescentes, era un chico de pocas palabras, pero el vínculo que existía entre madame Moreau y él era evidente. La mujer no tuvo que decirle en ningún momento lo que tenía que hacer, y me fijé en que el muchacho seguía con diligencia una rutina ya antigua que habían forjado entre ellos mucho antes de mi llegada. A mí me dolían los pies de apenas haber parado en todo el día, pero no pensaba darle a nadie la satisfacción de verme tomar un descanso. Por su actitud hacia mí, adivinaba que ni Manu ni madame Moreau esperaban que la extranjera durara allí mucho tiempo, y, muy a mi pesar, a mí no me quedaba otro remedio que reconocer que coincidía con ellos.

Mientras madame Moreau contaba el dinero de la caja, Manu y yo empezamos a colocar las sillas sobre las mesas para que yo

pudiera fregar después el suelo hasta dejar las baldosas relucientes.

—*Ça va*? —me preguntó el chico en voz baja, y luego echó un vistazo a la panadería como queriendo decir: «¿Te estás adaptando bien?».

—*Ça va*, creo.

Esbocé una sonrisa ladeada. Sus palabras amables estuvieron a punto de resquebrajar la fachada de dureza que yo intentaba mantener, aunque con poco éxito. Me sequé los ojos, fingiendo que estaba cansada.

Con un rápido gesto de asentimiento, Manu entró en la cocina, se sirvió un gran vaso de agua del grifo y se lo bebió entero de un solo trago.

—*J'y vais* —dijo. Cogió otro montón de cajas y las apiló una vez más en la Vespa que tenía aparcada fuera.

Sabía que eso significaba que se iba a algún lado, pero ¿adónde? Y supuse que ese era el final de nuestra profunda e interesante conversación.

—¿Hace también entregas…, quiero decir, *livraisons*, a estas horas de la noche? —le pregunté a madame Moreau cuando vi que cerraba la puerta con llave justo en el momento en que el reloj daba las ocho.

Pero, en lugar de limitarse a responder a mi pregunta, como habría hecho cualquier persona normal, mi nueva jefa me hizo sentir como una idiota por habérsela formulado.

—*Non*.

—Vale, de acuerdo, entendido. O *bien compris*, como dirían aquí. No hagas preguntas ridículas, estúpida extranjera —murmuré mientras limpiaba las estanterías de cristal que había debajo del mostrador. Y entonces, de repente, madame Moreau apareció a mi lado como un fantasma.

—Son entregas para la iglesia, *mademoiselle Edith, pour les gens SDF: Sans Domicile Fixe.* —Al ver que yo ponía cara de no entender nada, madame Moreau añadió—: Gente que no tiene un lugar donde vivir.

Y después de tan airada respuesta, apagó las luces y amenazó con verme a la misma hora a la mañana siguiente.

—Oh, sí, papá, la gente de por aquí es de lo más acogedora, y enseguida he hecho buenas migas con la propietaria, madame Moreau —le dije luego a mi padre por teléfono.

Curiosamente, me sentó bien recrear el sueño francés que tenía antes de llegar a Compiègne, y creo que salí tan airosa que casi me lo creí.

Después de mi larga jornada de trabajo, decidí ir a dar un paseo por el *quartier* para respirar un poco el aire puro y fresco de la noche. Pensé que tanto a mi corazón como a mi alma les sentaría bien salir a explorar el entorno. Las calles estaban iluminadas con elegantes farolas que se curvaban como el cayado de un pastor. Las pintorescas callejuelas de Compiègne tenían su encanto, de eso no cabía la menor duda, pero me sentía muy lejos de casa y patéticamente sola. Eso de perseguir los sueños no era en absoluto como me lo había imaginado. ¿Dónde estaban todos esos amigos divertidos que se suponía iba a conocer? ¿Y las maravillosas experiencias que supuestamente debía vivir? Había visto suficientes películas como para saber lo que en teoría pasaba cuando se seguían los dictados del corazón, pero lo que me estaba sucediendo allí no tenía nada que ver con toda esa magia de la gran pantalla. Era un lugar aburrido, solitario e incluso un tanto amedrentador. Todo lo que había vivido desde que el avión había aterrizado en Charles de Gaulle no había hecho más que confirmar mis sospechas de que emprender ese viaje había sido un error.

Pasé por delante de una peluquería en la concurrida Rue Solferino y vi la foto de una modelo que llevaba un peinado a lo Audrey Hepburn. Su color de pelo, un castaño oscuro, era bastante similar al mío. Sin embargo, aquel cabello corto, en contraste con mi pelo largo, sin forma y carente por completo de estilo, encarnaba la esencia de lo chic. Me toqué la cabeza distraídamente y me pregunté

si me quedaría bien.

—*Ça vous irez bien* —dijo una voz masculina.

Me di la vuelta, pero el hombre ya se estaba alejando calle abajo. Se volvió entonces un momento, exhibiendo una sonrisa insinuante, pero antes de que me diera tiempo a decir algo dobló una esquina y desapareció. Creía que lo que me había dicho era que aquel peinado me sentaría bien.

Quizá Compiègne no hubiera sido un error tan grande después de todo.

Capítulo 5

La mañana siguiente empezó de manera muy similar a la del día anterior: madame Moreau se dedicó a colocar en las cestas las *baguettes* crujientes y todavía calientes y yo consagré mi tiempo a disponer las masas de dorado hojaldre en el mostrador y la repostería dulce en el escaparate mientras Manu se ocupaba de las cajas para las entregas. Seguía resultándome extraño verme trasplantada a un entorno tan radicalmente distinto del habitual, pero menos que el primer día. Al menos ahora sabía qué esperar cuando se abrieran las puertas y empezaran a llegar los clientes habituales. Llené unas cestas con *pains au chocolat* calientes y *croissants* de almendras y coloqué en la vitrina una bandeja de *éclairs au chocolat*.

Madame Moreau seguía mostrándose tercamente seca en su trato conmigo, aunque rebosaba personalidad con sus clientes. No alcanzaba a entender todo lo que decía, claro está, pero era evidente que aquella mujer era todo un personaje en el barrio. Siempre tenía una ocurrencia con la que sorprender a su interlocutor, y poseía un ingenio y un intelecto capaces de rivalizar con los de cualquier filósofo francés. Todo eso me hacía ser muy consciente del hecho de que ella y yo éramos polos opuestos. Puse todo mi empeño en caerle bien a la gente y, teniendo en cuenta la brevedad de las ocasiones en que daba resultado, creo que el esfuerzo ni siquiera valió la pena. Sin embargo, la vieja cascarrabias tenía a todo el mundo comiendo de su mano.

En el lado positivo, puedo decir que empezaba a captar algunas de las encantadoras frases que se utilizaban en el trato con los clientes, como «*Je vous en prie*», que significaba literalmente «se lo ruego» pero que se usaba más como un «de nada» o un «oh, no es nada». Me resultó interesante comprobar que si escuchaba una frase empleada varias veces en una misma situación era capaz de deducir su significado por mi cuenta, sin necesidad de consultar ningún diccionario. Mi acento seguía siendo terriblemente tosco y sonaba como si un par de botas con tacón de acero anduvieran como un patán por encima de las delicadas frases en francés, pero los clientes parecían apreciar mis esfuerzos.

Antes del cierre del mediodía, se me comunicó que tendría la tarde libre. Así funcionaba madame Moreau: te anunciaba las cosas, en lugar de hablarlas directamente. Al parecer, pasar dos días en Francia sin la documentación en regla era excesivo.

—*Il faut aller à la préfecture pour chercher votre carte de séjour* —me aconsejó Manu en un intento fallido de aclararme las cosas.

—¿Que tengo que ir adónde para obtener mi qué? —repliqué entrecerrando los ojos y haciendo un esfuerzo por entender qué me estaba diciendo.

Madame Moreau se subió al taburete de la cocina, justo detrás de nosotros, y por primera vez hizo gala de algunos signos de su edad. Se la veía cansada y, por el modo en que se frotó las muñecas, comprendí que sentía cierta rigidez.

—Es una tarjeta de residencia. Si vives en Francia más de tres meses debes tenerla.

¿Tres meses? Ni siquiera estaba segura de que fuera a durar allí tres días, pero no pensaba llevarle la contraria si a cambio del papeleo podía disponer de toda una tarde libre. Al fin y al cabo, ¿tan difícil podía ser rellenar un formulario?

Pero de nuevo me equivocaba.

Después de pasar casi una hora intentando encontrar el edificio correcto (que finalmente identifiqué por sus paredes grises y sus empleados grises), tuve que esperar dos horas en una cola

interminable formada por estudiantes, emigrantes y una gran cantidad de gente con aspecto cansado y triste solo para que me informaran de que podría haber hecho todo el proceso por internet. La funcionaría, una mujer bastante amable con una evidente obsesión por las pulseras, me cargó con un montón de folletos para cuya producción debían de haber deforestado media selva. Pasé el resto de la tarde sentada en una cafetería, con cuatro cafés y un diccionario por toda compañía, tratando de entender todo lo que necesitaba. Acabé elaborando una lista más o menos parecida a esta:

- Pasaporte
- Partida de nacimiento
- *Attestation de résidence* (certificado de domicilio)
- *Attestation de bourse* (certificado de ingresos)
- *Timbre fiscal* (alguna especie de sello especial que, la verdad, sonaba a invento de tebeo)
- Tarjeta sanitaria europea
- 4 fotografías de tamaño pasaporte
- Fotocopias de todos los documentos mencionados

No puedo decir que mi entusiasmo por rellenar formularios para quedarme en un país que obviamente no veía con buenos ojos mi presencia estuviera en su máximo apogeo. Sin embargo, cuando tuve claro que tener *une carte de séjour* era clave para abrir una cuenta bancaria y cobrar un salario, volví a la panadería y empecé a rebuscar en mi equipaje, que solo había deshecho en parte. Me sentía igual que mi maleta: aún no sabía si me quería quedar allí o no. Encontré la tarjeta sanitaria europea y el pasaporte, pero tendría que llamar a casa para conseguir la partida de nacimiento. Cogí el teléfono, que había dejado sobre la cama, y me senté con las

piernas cruzadas en el suelo, delante de la maleta abierta. Las tablas de madera estaban desgastadas y calientes al tacto. En realidad, desde mi llegada no me había tomado ni un momento para relajarme. Cerré los ojos y respiré hondo. Tenía la sensación de no haber parado de correr ni un instante. Respiré hondo de nuevo. Mis hombros se relajaron un poco y las yemas de mis dedos acariciaron la madera del suelo, percibiendo el calor de la planta de abajo.

Distraída, empecé a trazar dibujos imaginarios sobre la madera y me pregunté si algún día llegaría a ser capaz de dejar de huir de mí misma. De mi vida. Apenas llevaba dos días en Francia y ya tenía la sensación de haber fracasado, y precisamente por eso quería volver a huir. Una última respiración profunda. De pronto, mis dedos se engancharon en una muesca. Una de las tablas del suelo tenía la superficie algo irregular y sobresalía un poco. Con los ojos aún cerrados, me serví de las uñas para tirar de la tabla y, con un leve crujido, se levantó. Abrí los ojos y bajé la vista. Alguien había cortado una de las tablas de madera del suelo y aquella pequeña sección, de poco más de un palmo, revelaba la existencia de un escondrijo diminuto. En su interior había una libretita. Conteniendo la respiración, introduje los dedos en el hueco. Las tapas de la libreta eran de color granate y tenían los bordes curvados. Y en la tapa superior, con una pulcra caligrafía en tinta negra, alguien había escrito: «*Les Recettes*».

¿Qué haría esa libreta allí escondida? La abrí por la primera página. El papel se había vuelto amarillento, pero la tinta negra se encontraba en perfecto estado, como si el texto se hubiera escrito el día anterior.

Pierre, 1145

Me quedé totalmente perpleja al ver aquello, cautivada por los secretos que podría contener. ¿Habría estado escondida todo aquel tiempo bajo las tablas del suelo? ¿Quién era el tal Pierre? ¿Habría vivido allí? Pasé la página y encontré la primera receta.

Chocolat chaud pour réchauffer l'âme

Entendí que era una receta para preparar chocolate caliente, pero tuve que buscar el resto de las palabras en Google Translate.

—«Para calentar el alma» —leí en voz alta—. «Chocolate caliente para calentar el alma».

No pude evitar pensar que aquella receta estaba especialmente escrita para mí. Era una idea ridícula, por supuesto, pero cuando posé la vista en mi minúscula cocina vi un pequeño cazo de cobre. Ni siquiera tenía leche, y mucho menos el resto de los ingredientes. Cuando volví a leer la lista, vi algo que me resultaba totalmente desconocido.

2 gouttes de liqueur vanillao

¿Vanillao? Esa palabra removió algo en mi cabeza. La había visto en algún lado. Y entonces caí…

Bajé a paso ligero las escaleras y fui directa a la cocina. No había nadie, así que cogí la lata grande de azúcar glas y luego abrí el armarito donde madame Moreau guardaba las cajas de terrones de azúcar. Justo detrás había una pequeña botella con un tapón de corcho sellado con cera y una etiqueta escrita a mano en la que podía leerse: «*Vanillao*».

Me giré, casi esperando que apareciera alguien, pero seguía completamente sola. Dudé un instante antes de abrir la botella. Por lo poco que sabía, podía ser veneno. Aunque no sería muy normal guardarlo al lado del azúcar. A esas alturas, me moría de ganas de disfrutar de un chocolate caliente. Cogí una tableta grande de chocolate negro de la lata que había en la encimera, un cartón de leche y el resto de los ingredientes, subí corriendo de nuevo a mi apartamento y cerré la puerta con llave como si fuera una ladrona de cocinas.

Encendí el hornillo a fuego medio y calenté lentamente la leche y la nata. Eché un vistazo rápido a la receta y vi que recomendaba ir

sin prisas y aprovechar el proceso para deleitar los sentidos. No tenía ni idea de quién era el autor, pero no me cabía duda de que sabía cómo convertir la experiencia en algo especial. Comprobé de nuevo las cantidades de los ingredientes.

200 gr chocolat noir (chocolate negro)
Une cuillère à café de sucre glace (una cucharadita de azúcar glas)
350 ml lait (leche)
100 ml crème entière (nata líquida)
2 gouttes de liqueur vanillao (gotas de licor de vainilla)

Cuando se empezaron a formar burbujitas, retiré el cazo del hornillo y añadí el chocolate troceado, busqué un batidor de varillas en el cajón y volví a ponerlo al fuego. Removí con delicadeza y observé con atención la alquimia del chocolate negro al fundirse con la leche cremosa. La cucharadita de azúcar glas serviría para contrarrestar el amargor del chocolate. Cuando el líquido empezó a espesarse, cogí la botella de cristal. Vi que tenía unas varitas de vainilla en su interior, de modo que estaba prácticamente segura de que no contenía nada malo. Rompí el precinto de cera, retiré el corcho y el aroma del licor inundó enseguida el ambiente. Una vez evaporado el alcohol, mi nariz percibió una fragancia mucho más delicada. Fue como si la flor de la dulce vainilla acabara de abrirse, pero había algo más que no conseguía identificar. Vertí con cuidado dos gotas y luego retiré el cazo del fuego.

Encontré una taza de color turquesa y su correspondiente platito en el fondo del armarito que había debajo de la encimera. Después de enjuagarlos con agua para retirar el polvo, dejé la taza y el platito en la mesa y me dispuse a servir el líquido espeso y almibarado. Tenía un aspecto placenteramente oscuro, y no pude evitar sonreír al pensar en su apariencia sibarita. En casa nunca había preparado un chocolate así. Siempre utilizábamos un cacao en polvo de lata que sabía a caldo de chocolate y nunca dejaba a nadie satisfecho del

todo. La cantidad de la receta parecía suficiente para dos tacitas, pero supuse que sería demasiado intenso para bebérmelo todo. Aunque la idea de una muerte por ingesta de chocolate tampoco era la peor forma de irse.

Batí un poco de nata y puse una cucharada sobre el chocolate caliente, rematándolo con una fina capa de cacao en polvo. No me quedó otra que retroceder un par de pasos para admirar mi creación. Era como una pequeña obra de arte. Y por fin había llegado el momento del examen que en realidad debía superar. Lo removí un poco con una cucharita, no mucho, y me acerqué la taza a la boca. La superficie, casi sólida, me rozó los labios como un beso antes de romperse, deslizarse sobre mi lengua y llenar mi boca con un sabor intenso y aterciopelado. Cuando tragué el líquido oscuro, experimenté una mezcla de éxtasis y felicidad, una plenitud que no había vuelto a sentir desde… Y entonces, de repente, se despertó un recuerdo que había permanecido dormido en algún lugar desconocido. Estaba con mi madre en un concierto de Navidad, cantábamos villancicos, había lucecitas centelleantes por todos lados y yo tenía la sensación de que la vida era lo mejor que existía porque habría muchos más días como aquel. El recuerdo me dejó casi mareada. Hacía años que no pensaba en aquel momento; de hecho, lo había olvidado por completo. Bebí un poco más de chocolate, y casi fue como si pudiese aspirar el azufre, el olor como a cerilla quemada de las bengalas que teníamos en la mano. Una lágrima rodó por mi mejilla sin que llegara a percibirla siquiera. No es que estuviera triste, solo era consciente de mí misma. Llevaba mucho tiempo sin serlo. Era como si aquel chocolate caliente hubiera liberado algo dentro de mí. Y de repente me sentí hambrienta, pero no había nada que comer.

—Menos mal que vives encima de una panadería —me dije en broma, secándome las lágrimas.

Abajo, todo seguía en silencio. Destapé la cesta de bolitas de

pasta *choux* rellenas de chocolate con avellanas y chantillí y devoré unas cuantas con un apetito que hacía años que no sentía. Estoy segura de que no me habría detenido allí, pero a través del cristal del escaparate vi que Manu llegaba con su motocicleta y comprendí que ya habría terminado su último reparto. Me relamí los dedos para limpiarlos e intenté recuperar la compostura. No tenía ni idea de quién era el propietario del recetario que había encontrado, pero sin duda conocía todos los secretos del chocolate caliente.

Capítulo 6

PIERRE MOREAU
1920

Cuando contaba quince años, Pierre Moreau comenzó a trabajar como aprendiz en Maison Angelina, en París. Criado en una pequeña granja de la Francia rural, Pierre siempre había tenido la sensación de que el destino le tenía reservado algo especial. Mientras daba de comer a los cerdos o se ocupaba del huerto, soñaba despierto con una vida muy lejos de allí, llena de emociones y oportunidades. Nunca había encajado del todo en el que era su hogar, pero cuando Pierre tuvo la edad suficiente para seguir las recetas de su madre, algo cambió. En la cocina se sentía más seguro de sí mismo, y los sabrosos pasteles calientes que elaboraba con las manzanas del huerto o los frutos silvestres que recogía en las veras de los caminos le facilitaron la buena disposición de sus hermanos, inexistente en otras circunstancias. Ofrecer comida a los demás, por lo que parecía, era un acto imbuido de una especie de poder mágico que sacaba a la gente de la rutina habitual para conducirla al reino del placer e incluso de la dicha.

Y así fue como Pierre decidió hacerse panadero en el establecimiento más selecto de todo París. Maison Angelina era un lugar lleno de opulencia y estilo que atraía a toda la alta sociedad para degustar su exquisita repostería. El propietario era un pastelero

austriaco llamado Anton Rumplemayer, a quien la emperatriz Isabel había concedido el título de pastelero de la corte en Viena. ¿Por qué era todo eso tan importante para Pierre? Porque él era un perfeccionista y solo se conformaba con aprender del mejor. Trabajaba muchas horas en la confitería, y por las mañanas se levantaba tan temprano que a menudo tenía la sensación de que justo se acababa de acostar. Tanto la panadería como la pastelería le resultaban apasionantes, así como la idea de que el pan no solo alimentaba el cuerpo, sino también el alma.

Fue en Maison Angelina donde aprendió a conseguir la laminación perfecta de la pasta hojaldrada que se empleaba para elaborar el *croissant*. También se ilustró sobre su origen, el *kipferl* austriaco. Creado en Viena después del final del asedio otomano, y con una forma parecida a la luna creciente de la bandera turca, los franceses lo rebautizaron como «*croissant*» y mejoraron además la receta añadiendo capas de hojaldre y mantequilla. Rumplemayer le contó a Pierre que fue María Antonieta quien llevó el *croissant* a Francia, pero esa historia es para otro momento.

A pesar del estruendo de las cacerolas, el tintineo agudo de los batidores y el intenso calor que desprendían los hornos, en la cocina reinaba un orden sereno que Pierre adoraba. Cada repostero estaba profundamente inmerso en su trabajo, y solo emergía de su encierro para pasar el proceso a la siguiente persona. A Pierre le recordaba los pasos de un baile. Elaborar pan y pasteles era una tarea meditativa, y en esos momentos de intensa concentración él se sentía más cerca de Dios de lo que podía haberlo estado alguna vez en una iglesia.

Con el paso de los años, Pierre empezó a pensar en su futuro. Tenía algo de dinero ahorrado, pero ni mucho menos lo suficiente para poner en marcha una pastelería elegante en París. Y aunque le encantaba trabajar con Rumplemayer, en su interior albergaba el deseo de hacerse un nombre. Un martes cualquiera, mientras disfrutaba de una tarde libre, Pierre decidió dar un paseo hasta el mercado de Le Marais. Allí, entre los puestos donde vendían fruta

fresca, quesos y los mejores cortes de carne, se tropezó con un hombre de aspecto curioso que afirmaba venir de Madagascar, una isla situada frente a la costa suroriental de África, y que traía consigo una rara variedad de vainilla. El comerciante le explicó a Pierre que los indígenas de la isla cultivaban orquídeas de vainilla que crecían en las raíces del árbol del cacao, y que aquella maravilla botánica producía una vaina con el extracto intenso y terroso del chocolate y el dulce aroma floral de la vainilla.

El hombre abrió una vaina y extrajo de su interior unas pocas semillas que depositó en la punta de uno de los dedos de Pierre. Él quizá solo esperaba un sabor ligeramente matizado, algo que los clientes no pudieran identificar, pero al catar aquello casi sintió que flotaba. El perfume embriagador de la vainilla floreció en su cuerpo. Los relojes se pararon, el mercado se quedó en silencio y, con la misma claridad con la que ahora estaba en esa calle de París, se encontró de repente en la ciudad de Compiègne, comiendo una tarta rellena de fruta fresca y *crème pâtissière* en compañía de Jean-Yves, su amigo del colegio. En todos esos años no se había dado cuenta, hasta aquel momento, hasta que ese recuerdo lo había asaltado de repente, de que siempre había estado enamorado de Jean-Yves.

Con la vista nublada por las lágrimas, Pierre se volvió hacia aquel hombre tan extraño, que lo miraba con una sonrisa cómplice.

—¿Qué es esto? —preguntó Pierre.

—El deseo de su corazón, amigo mío —respondió el otro mientras se llevaba la palma de la mano al pecho.

De repente, Pierre supo exactamente qué deseaba hacer. Quería regresar a casa y abrir una panadería para que la gente humilde de Compiègne pudiera saborear la elegancia de París. Y más que eso: con aquel ingrediente especial, conseguiría derretirles el corazón.

—Me llevo toda la vainilla que tenga.

—Albergo serias dudas acerca de la oportunidad de decirle esto, *monsieur* Moreau, pero para quedarme con la conciencia tranquila

me veo obligado a hacerlo: este edificio tiene cierta… historia —dijo *monsieur* Dujardin, el agente inmobiliario, un tipo nervioso que procuraba que ningún vacío de la conversación quedara mucho tiempo sin llenar. Pierre apenas había pronunciado palabra desde que habían llegado.

—Todos los edificios tienen su historia —replicó con naturalidad mientras bajaban por la escalera después de visitar el apartamento de la planta superior.

El espacio era perfecto. Viviría justo encima de su panadería, y en el sótano ya había un horno que, después de muchos años en desuso, quizá necesitaría una puesta a punto.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Dujardin.

Se sentía aliviado por haber cumplido con su deber moral sin haber tenido que revelar nada sobre las excepcionales características del edificio. Se decía que tiempo atrás una mujer había abierto allí una panadería, y eso por sí solo ya era motivo de alarma. Todo el mundo sabía que las mujeres y los negocios nunca se debían mezclar. Demasiadas emociones, y de hecho eso era precisamente lo que había originado todos los problemas. Pero *monsieur* Dujardin no era aficionado a los chismes ni creía en cuentos de viejas. Sobre todo si se interponían entre él y sus honorarios.

—Quiero hacer una oferta —dijo Pierre con su habitual tono calmado y sereno.

—Oh, qué maravilla. Lo que quiero decir, claro, es que se trata de un edificio con carácter de verdad, *monsieur* Moreau, y a un precio muy competitivo, me atrevería a afirmar —dijo Dujardin, haciendo alusión a otro comprador que era un mero producto de su imaginación.

Pierre entregó todo el dinero que había ahorrado, que fue suficiente para garantizar la adquisición del edificio. Necesitaría un préstamo para comprar algo de mobiliario y, lo más importante de todo, ingredientes, pero ahora que era un hombre con cierta posición social confiaba en que todo saldría bien, como así fue. Después de estrecharle la mano a *monsieur* Dujardin para cerrar el

trato, Pierre salió a la calle y allí se tropezó con su viejo amigo Jean-Yves. La sorpresa le dejó la boca seca e hizo que las piernas le flaquearan. Su amigo iba acompañado por una hermosa joven que llevaba un bebé en brazos.

—¡Pierre! —exclamó Jean-Yves, y los dos amigos se fundieron en un abrazo—. ¡Has vuelto con nosotros!

Pierre se había quedado sin habla, pero consiguió sonreír a su amigo y a su esposa.

—Cuéntame, amigo mío, ¿qué tal es París?

—Tan espectacular como puedas imaginar —logró decir por fin Pierre.

—A estas alturas debes de haberte convertido en un gran *pâtissier*.

Pierre miró al niño profundamente dormido que sostenía la joven. Notó que su corazón debía hacer verdaderos esfuerzos para seguir latiendo, como si se hubiera quedado sin sangre.

—Yo puedo crear cosas maravillosas —dijo—, pero tú, amigo mío, tienes lo mejor que existe: una familia.

Jean-Yves le ofreció a Pierre que se quedara con ellos hasta que la panadería estuviese habitable.

—Tú también formas parte de mi familia —le aseguró con afecto.

Pierre habría preferido declinar la invitación, pero la verdad era que no tenía adonde ir. Fue en esas pocas semanas, durante las cuales fue testigo del amor que aquella pequeña familia compartía, cuando Pierre tomó una decisión. Se convenció a sí mismo de que el amor no era su destino y resolvió, en consecuencia, entregarse a sus panes y sus pasteles con todo su corazón.

Tan pronto abrió las puertas de la Boulangerie et Pâtisserie de la Rue de Paris, Pierre empezó a infusionar todas sus masas con su ingrediente especial. Aquel sabor excepcional transportaba a todos aquellos que lo degustaban a lugares que iban mucho más allá de los límites de la imaginación. Aquel sería su regalo para la gente de Compiègne, que ahora se había convertido en su familia. Ni siquiera Pierre se lo podía explicar, pero aquella mezcla de placer y dulzura

podía, con el equilibrio adecuado, hacer florecer cualquier corazón.

Capítulo 7

Para celebrar mi primera semana en el trabajo decidí hacerme un regalo, así que cuando la panadería cerró a la hora de comer cogí el abrigo y fui directa a la peluquería. Desde la adoquinada Rue de Paris hasta la moderna y elegante Rue Solferino había un corto paseo. Empezaba a sentirme algo menos intimidada por el entorno desconocido y, sin darme cuenta siquiera, me descubrí admirando los preciosos escaparates de las tiendas y a sus estilosos clientes. Sin embargo, cuando entré en la peluquería, de nuevo me vi transportada a otra época. La decoración era un guiño retro a los años cincuenta y el salón estaba pintado en su totalidad con luminosas tonalidades pastel de color rosa, melocotón y crema. A la derecha había una zona destinada en exclusiva a las manicuras cuyos taburetes podrían haber sido robados del típico restaurante norteamericano. El resto del salón estaba equipado en un estilo similar, con sillones tapizados en cuero blanco y espejos con marco de color rosa. Por un momento pensé que acabarían poniéndome rulos y cubriéndome la cabeza con un gorro de nailon de lunares. Una mujer de aspecto glamuroso, con el pelo rubio oxigenado y un peinado ahuecado que en absoluto habría desentonado en la cabeza de Marilyn Monroe, vino hacia mí extendiendo de tal modo unas manos rematadas en uñas rojas que me hizo retroceder un paso.

—*Bonjour, mademoiselle* —dijo a modo de bienvenida con voz cantarina y una sonrisa dibujada en sus labios rojos—. *Une coupe, les couleurs ou le brushing?*

—*Bonjour*. Yo…, bueno, no estoy segura —respondí, dubitativa y satisfecha por una vez de que alguien se hubiera dado cuenta de que no estaba casada y que no hubiera dado por sentado que a mi edad era como tendría que estar.

—*Ah, vous êtes une Anglaise? Pas de problème… Ma fille parle un peu anglais* —me explicó, y a continuación gritó con un tono que me hizo pensar en el lamento de una plañidera—: *Nicole! Viens ici!*

Sonreí con educación y tomé asiento en el lugar que la mujer me indicaba.

—*Juste* un momento, *pog favog* —consiguió decir en su mejor inglés, con el acento más adorable que había oído en mi vida.

La aparición de Nicole me dejó boquiabierta. Nunca había visto a nadie como ella. Sus curvas estaban encerradas en un vestido de lunares blancos y negros y llevaba un pañuelo rojo cuidadosamente anudado al cuello. Tenía el pelo negro azabache y lo llevaba recogido en una cola de caballo sencilla rematada con un pequeño tupé sobre la frente. Me vinieron a la cabeza las palabras «Betty» y «Boop».

—Hola, me llamo Nicole —dijo la chica tendiéndome la mano.

Intenté mostrarme poco deslumbrada por su presencia, pero fracasé de manera estrepitosa.

—Me encanta tu imagen —dije con sinceridad—. Y soy irlandesa, por cierto. Me llamo Edith, pero llámame Edie, por favor, porque todo el mundo pronuncia mi nombre de un modo que suena como «Ediit» o «Ejiit», y no soporto ninguno de los dos.

Me di cuenta de que no estaba diciendo más que tonterías, pero Nicole sonrió.

—No creo que prefieras eso —replicó sin dejar de sonreír—. Todo el mundo empezará a llamarte «Edié», con el acento en la «e», y será aún peor.

Ambas nos echamos a reír y, por primera vez desde que había subido al avión, tuve la sensación de que podía bajar la guardia.

—¿Cuánto tiempo llevas en Francia? —me preguntó Nicole.

Me levantó hábilmente el pelo y me colocó una capa sobre los hombros. De pronto encontré un café delante de mí y sorprendí a su

madre guiñándome un ojo a través del espejo mientras volvía a ocuparse de la clienta a la que estaba atendiendo.

—Una semana —dije con un suspiro y un tono de tensión en mi voz.

—Mmm… ¿Y ya quieres cambiar de peinado? Eso solo puede significar una cosa: un hombre —dijo haciendo un mohín.

—No, no, nada que ver con un hombre. Necesitaba un cambio, no sé si me explico. —No quería profundizar en las complicadas razones que me habían llevado a viajar hasta allí sin un plan definido, pero hubo algo en su mirada que me dejó claro que me entendía—. Tienes un inglés muy bueno, por cierto —añadí—. Incluso con un ligero acento londinense.

—Oh, gracias. Sí, cursé mi Erasmus en Londres. Y fue allí donde conocí a Johnny, mi marido. —Sonrió de forma instintiva al mencionarlo—. Yo estaba estudiando negocios y él historia, y ahora tenemos a nuestro pequeño Maximilien —dijo señalando la fotografía de un niño pequeño que asomaba detrás del espejo.

—Es una monada —comenté, y lo dije en serio al fijarme bien en la foto de un niño precioso con el pelo rubio oscuro peinado también con un tupé y cubierto tan solo con un pañal.

—Gracias. Ya tiene casi tres años —dijo Nicole sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Dios mío, qué rápido pasa el tiempo, *¿non?*

Hice un gesto de asentimiento para darle la razón.

—Es por eso por lo que he venido a Francia para trabajar en una panadería. ¡*Carpe diem*!

—No me digas que eres la persona que sustituye a Maria en la *boulangerie* de la Rue de Paris…

—La misma.

—Pues, en ese caso, vamos a darte un trato muy especial —dijo Nicole apoyando las manos sobre mis hombros.

—¿Qué pasó con Maria? —pregunté, sintiendo de repente cierta inquietud.

—No lo sé muy bien. Un día estaba aquí y de pronto, al

siguiente, ¡pum! Desapareció.

Tragué saliva.

—No me extraña —dije—, si es que recibió de madame Moreau una bienvenida tan cálida como la que he tenido yo.

Nicole sonrió con cariño.

—Madame Moreau puede parecer arisca, pero te aseguro que guarda mucha ternura en su interior. El paso de los años la ha vuelto así —me explicó.

Decidí reservarme mi opinión.

—Bueno, vayamos a lo nuestro: tu pelo. ¿Cómo le gustaría, *mademoiselle*?

Nicole pasó a modo profesional y deslizó los dedos entre mis mechones, una sensación divina.

—Estaba pensando en cortármelo mucho, la verdad. Lanzarme a por un peinado a lo chico —anuncié con valentía.

—Sí, sí, todo el mundo que viene a Francia quiere ese corte a lo chico que tan femenino resulta, *¿hein?* Pero *non*, no es para ti, *ma belle* —replicó Nicole.

Su franqueza me pilló por sorpresa. En mi país, la mayoría de las peluqueras me habrían seguido la corriente para luego hacer lo que les apeteciera. Nunca te llevaban la contraria.

—Pues necesito algo drástico —dije, bebiéndome rápidamente el café. Y entonces, siguiendo su ejemplo, resolví decir también justo lo que pensaba, en lugar de mostrarme tan cortés y comedida como siempre—. ¡Quiero el tipo de pelo y de peinado con el que un hombre desee jugar! —En cuanto dije aquello, no pude evitar soltar una carcajada, y por suerte Nicole también se echó a reír.

Esta vez no hubo desacuerdo. Me condujo hacia el lavacabezas y se dispuso a cambiar mi personalidad de forma radical.

Cuando regresé a la panadería para trabajar en el turno de tarde, madame Moreau apenas me miró al pasar a su lado. Si se percató de mi nuevo peinado, no hizo el menor comentario. Nicole y yo

habíamos acordado finalmente un corte *bob* a capas justo por encima de la clavícula, con un flequillo despuntado que me rozaba las pestañas cuando se deslizaba desde detrás de mis orejas. Me sentía otra persona, y cuando de camino a la panadería fui pasando por delante de los escaparates apenas reconocí mi reflejo. Parecía más joven, más viva, y tenía un aire inexplicablemente coqueto. ¡Por lo que podía ver, me estaba volviendo «francesa»! Incluso entré en una farmacia que había en la otra acera y me compré un lápiz de labios rojo como un camión de bomberos. Nicole había supuesto para mí un soplo de aire fresco y, para mi enorme alegría, me había invitado a mi primera *soirée* en un club de *jazz* donde Johnny, su marido, tocaba el contrabajo en una banda de *gipsy jazz*. Era maravilloso cómo todo había empezado a cambiar en un abrir y cerrar de ojos y ahora el mundo parecía un poco más de color de rosa. No recordaba la última vez que alguien me había invitado a salir un sábado por la noche. Quizá al final resultara que mi idea no había sido tan descabellada como podría parecer.

Monsieur Legrand se acercó al mostrador y, con mi recién descubierta confianza, lo saludé adivinando lo que iba a pedir.

—*Une tarte au citron?*

—*Justement, mademoiselle Édith* —repuso, dejando el sombrero en el mostrador—. Veo que se está aclimatando bien —añadió, y dirigió un gesto de aprobación hacia mi nuevo peinado.

—*Pas mal* —le confirmé. Guardé la tarta en una cajita—. Si no fuera por todo el papeleo… —Me lanzó una mirada interrogativa—. *Carte de séjour* —añadí.

—Ah, sí, aquí tenemos muchos protocolos. Por si alguna vez necesita de mis servicios —dijo, y me entregó su tarjeta de visita.

—*Merci, monsieur Legrand* —dije aceptándola y guardándola en el bolsillo del delantal—. Cuando me metan en la cárcel, será usted el destinatario de mi llamada de gracia.

—Confiemos en que no tengamos que llegar a ese extremo —replicó *monsieur* Legrand con una sonrisa.

—*Deux chocolats chauds et deux tranches de flan, Ediit, tout de*

suite —dijo madame Moreau con energía, dejando claro que la cháchara tenía un límite.

Me recogí mi peinado sexi detrás de las orejas y me dispuse a ser la mejor *serveuse* de Compiègne.

Capítulo 8

La vida en la Rue de Paris empezó a adquirir su propio ritmo y las jornadas ya no me resultaban tan agotadoras. Todos los errores que había cometido durante los primeros días me hicieron sentir como si estuviera siguiendo un curso de formación intensiva para principiantes, pero la segunda semana fue algo menos dolorosa para mi ego. El fin de semana llegó sin que me diera cuenta siquiera y madame Moreau me informó de que ya tenía el sueldo ingresado en mi cuenta bancada.

—¡Oh, estupendo! La embajada ya debe de haberle enviado mi partida de nacimiento a don Gruñón, el hombre ese de la *préfecture* —exclamé alborozada.

La verdad es que se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que madame Moreau me dijese que con las *baguettes*, el alojamiento y la manutención estaba más que remunerada, pero me llevé una sorpresa adicional cuando me entregó mi parte de las propinas.

—*Pas mal* —fue todo lo que dijo—. No está mal.

Me fastidió darme cuenta de lo mucho que significaba para mí contar con su aprobación. No obstante, madame Moreau no tenía por qué saberlo, de modo que me limité a asentir.

—*Je sais* —dije, y me pareció ver en ella un atisbo de sonrisa, aunque lo más probable era que fuese simplemente un efecto de la luz y las sombras, puesto que madame Moreau ya había apagado las luces principales y estábamos sumidas en una oscuridad relativa.

—*À lundi* —dijo para despedirse hasta el lunes.

Me apetecía mucho no dedicar el domingo a otra cosa que no fuera yo y no verme obligada a despertarme con los pajaritos. Aunque eso me hizo recordar los ruidos que me habían despertado cada noche desde mi llegada. En un arranque de valentía, decidí preguntar por ellos.

—Madame, ¿sabe usted qué son esos golpes que se oyen de noche? No paro de oír ruidos en el edificio.

El ya familiar velo de irritación cubrió enseguida su rostro.

—*Ce bâtiment est très vieux, mademoiselle*. —Respondió casi con un gruñido—. Todos los edificios antiguos hacen ruidos. Tienen que respirar, *¿non?*

—Eso es lo que me imaginaba, con todas esas vigas viejas y demás…. ¡A menos que se levante usted cada noche y se ponga a bailar *riverdance* por las escaleras!

La última frase la pronuncié a toda velocidad y con un marcado acento dublinés, pero madame Moreau fingió que me entendía y asintió con un gesto seco antes de empezar a subir la escalera y encerrarse en su apartamento.

—Tan encantadora como siempre, madame Moreau. Es un placer trabajar con usted —dije en tono burlón en cuanto hubo desaparecido.

Un intercambio como aquel me habría molestado mucho en mi país, donde ser educado era similar a practicar un deporte extremo. Pero en Compiègne me estaba acostumbrando a que la gente hablara de forma directa y por fin empezaba a decir lo que de verdad quería decir.

De nuevo en mi minúscula habitación, a la que le estaba cogiendo mucho cariño, me entregué a los preparativos para la noche que tenía por delante. Encendí la radio anticuada que había en la estantería encima de la estufa y encontré una emisora donde sonaban principalmente clásicos de *jazz*. Me sentí como en los viejos tiempos en casa, con mi madre; Ella Fitzgerald, Louis Armstrong y Ol' Blue Eyes —Frank Sinatra— me acompañaron mientras me

duchaba y me enfundaba mi vestido negro favorito. Pensé en lo mucho que me gustaría tener las curvas de Nicole, y enseguida pensé también que no tardaría tanto en tenerlas si seguía devorando todos esos productos de la panadería. Como una auténtica francesa, había empezado a acompañar la cena con una *baguette* reciente e incluso había adquirido la costumbre de desayunar un *croissant* por las mañanas.

Trotando por las calles adoquinadas con un par de zapatos de tacón bajo mientras la escarcha nocturna se asentaba en el suelo, estuve a punto de perder el equilibrio un par de veces. Obedecí a rajatabla las instrucciones que Nicole me había dado y llegué al club siguiendo las sinuosas calles del *quartier* antiguo. Desde el exterior parecía un local muy modesto, con unas cortinas de terciopelo azul en las ventanas y, cubriendo la entrada, una de esas guardapuertas con cuentas de plástico de colores que hablaban a gritos de un piso de estudiante. En el rótulo que coronaba la puerta, escrito en letras de neón azul, se podía leer la palabra NOSTALGIE, que sonaba bastante similar al nombre que Nicole me había dado. Aunque intenté comportarme como si quedar con amigos en un bar en Francia un sábado por la noche fuera para mí algo rutinario, tenía el estómago hecho un manojo de nervios. Sin embargo, en cuanto crucé la puerta vi el rostro de Nicole pendiente de mí y su sonrisa sincera me ayudó a relajarme.

—¡Hola, Edie! —gritó, haciéndose oír por encima de la música. Me abrazó y me dio un beso en cada mejilla—. ¡Estás *ravissante*! —declaró, radiante.

Ella sí que estaba deslumbrante con ese vestido rojo de escote barco y su collar de perlas negras.

—Este lugar es… —No supe cómo terminar la frase.

—*Petit*? —dijo Nicole, rematándola por mí—. Lo sé, no es gran cosa, pero es el único bar de *jazz* que tenemos en la ciudad, y la banda de Johnny es la banda oficial del local.

En cuanto miré a mi alrededor comprendí por qué la clientela era a buen seguro fiel a aquel lugar. Era único, sin pretensiones. Las

paredes pintadas de color burdeos estaban decoradas con cuadros abstractos y las mesas, apiñadas para crear un ambiente acogedor, estaban iluminadas con velas colocadas en botellas de vino. El camarero estaba cubierto de tatuajes y lucía un tupé que parecía desafiar la gravedad. El Nostalgie parecía ser de ese tipo de local en el que destacar equivalía a encajar. Siempre me había sentido un poco desfasada con respecto a la gente de mi edad, quizá porque pasaba mucho tiempo en casa con mi madre viendo películas antiguas y escuchando música de otra época. Sabía que vivir recluida en el mundo que mi madre y yo habíamos creado no era sano. Pero ahora, en aquel lugar, con aquella gente, gozaba por fin de una sensación de pertenencia.

Nicole pidió las bebidas: Mai Tais para todo el mundo. El delicioso ron negro me calentó la garganta después de la fría caminata y aflojó la cautela que pesaba sobre mí como una armadura.

—Edie, me gustaría presentarte a mi hermana, Cathy, y a su novia, Cécile —dijo Nicole echándose un poco hacia atrás para que pudiéramos repetir el proceso de los besos de bienvenida—. Os presento a mi amiga irlandesa, Edith.

Escuché un coro de «*Bonsoir!*» y noté que los hombros se me relajaban un poco. A diferencia del recibimiento que tuve al llegar a la panadería, tanto el local como la clientela rebosaban calidez.

—Y ahora cuéntame. ¿Cómo es la vida en la *boulangerie*?

—Oh, parece que madame Moreau se desvive por mí. Hoy mismo incluso me ha dado una pequeña paga extra por ser la empleada del mes.

Nicole ladeó la cabeza, confusa.

—Lo digo en plan irónico. La verdad es que me ignora la mayor parte del tiempo y, cuando no lo hace, me gruñe. Todo funciona fantásticamente bien.

Nicole se echó a reír, una carcajada grave y gutural.

—¡Eres de lo más graciosa!

—Me alegro de que mi aventura francesa le divierta a alguien —dije, sonriendo con suficiencia.

Hacía mucho tiempo que no conectaba con alguien o mantenía una conversación con una persona que no estuviera al corriente de todo el dolor que había padecido en el último año y medio. Durante un momento maravilloso, me permití sentir la promesa de que pertenecía a algún lugar simplemente siendo yo misma.

—Manu es un chico encantador, aunque tampoco es que hable mucho —continué.

—Manu es inteligente, y se hará cargo de la panadería cuando madame Moreau… —Nicole se calló con delicadeza.

—¿Son parientes o algo parecido? —pregunté, incapaz de imaginar por qué un adolescente brillante querría pasar el día trabajando para un dinosaurio viejo y cascarrabias.

—No estoy segura, pero lleva desde niño en la panadería. Hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Pero sé que quiere… ¿Cómo lo decís? Quiere hacer una formación para convertirse en maestro panadero. Y quizá llegar a ser el próximo *monsieur* Moreau.

¿*Monsieur* Moreau?, me dije. Aquello sí que era una novedad.

—¿Madame Moreau está casada? —pregunté, sorprendida.

—No, no, me refiero a su padre, o su tío, no sé muy bien. Murió hace ya bastante tiempo.

—Oh. —Sentí una punzada de compasión por madame Moreau—. Me pregunto quién será ahora el maestro panadero. No lo he visto nunca, y ella apenas lo menciona excepto para decir que bajar al sótano está terminantemente prohibido y que la infracción será castigada con la pena de muerte.

—Se lo preguntaré a mi madre, si quieres. Ella se crio en ese barrio y seguro que lo recuerda.

Un grupo de músicos subió al escenario justo en aquel momento y empezó a calentar los instrumentos.

—Mira, ahí está Johnny, mi marido. En el escenario.

Nicole saludó con la mano a un hombre alto y musculoso que llevaba el pelo rubio oscuro peinado hacia un lado y dejaba al descubierto la otra mitad de la cabeza, casi rapada. Vestía un pantalón negro muy holgado y tirantes del mismo color y hacía girar

el contrabajo sobre su eje, como si bailara con él. El líder de la banda presentó a los músicos: Johnny al contrabajo, Frankie a la caja, Laurent al violín y él mismo, Stéphane, a la guitarra. Era el grupo de músicos más variopinto que había visto en mi vida, todos con patillas, bigotito y prendas que parecían recién salidas de una tienda de ropa *vintage*. Sin embargo, en cuanto empezaron a tocar todo cobró sentido. Nicole se levantó y se puso a vitorearlos cuando arrancaron con un tema acelerado que no reconocí, pero que rezumaba frescura. Le di un buen trago al cóctel y mis pies se pusieron en marcha sin previo aviso, siguiendo el ritmo.

—¿Te gusta? —dijo Nicole, gritando para hacerse oír.

—¡Me encanta!

De pronto me sentí como si estuviera viviendo todas mis fantasías hollywoodienses. Eché un vistazo a mi alrededor: los clientes charlaban animadamente y lucían con desenvoltura el estilo de los años cuarenta y cincuenta. Fue entonces cuando me fijé en una figura solitaria que emergió de entre las cortinillas de cuentas después de haber forcejeado con ellas y ocupó el primer taburete que encontró disponible en la barra. Llevaba un traje gris oscuro y una corbata negra con un nudo flojo al cuello, y tenía el aspecto de ser alguien demasiado serio como para poder disfrutar del *jazz*. Claro que, razoné, quizá ese era también mi aspecto cuando entraba sola a un local y me sentía incómoda. Desde mi posición privilegiada podía observarlo a la perfección, aun permaneciendo escondida detrás de una planta tipo palmera convenientemente ubicada. Me sonaba de algo, pero no lo reconocí hasta que le habló al camarero. Era el chico con el que me había cruzado delante de la peluquería aquel día. El corazón me dio un vuelco. Era rubio, el pelo ni largo ni corto, con una leve ondulación que le daba un aire juvenil. Tenía las cejas fruncidas sobre una mirada seria, y sus pómulos altos no hacían otra cosa que subrayar su figura delgada. Sin embargo, cuando el camarero le sirvió la bebida y el chico le sonrió para darle las gracias, sus asombrosos ojos azules casi me atravesaron el corazón desde el otro extremo de la sala. Y por si eso no bastara,

sus labios se transformaron en la más encantadora de las sonrisas cuando las comisuras se curvaron ligeramente hacia abajo, movimiento que creó unos minúsculos hoyuelos en sus mejillas.

En ese punto, Nicole me dio un codazo y me preguntó qué estaba mirando.

—¿Quién, yo? Oh, nada en concreto, de verdad. Simplemente disfruto de este lugar.

—*N'importe quoi*… Aunque creo adivinar, *ma belle*, que le has echado el ojo a alguien. Como una leona a su presa. *Allez*, cuéntame quién es —insistió.

Cuando señalé al chico que me gustaba me sentí como una colegiala.

—Ah, sí, ya veo. *Il est mignon, non?* Es mono. ¿Por qué no vas y le dices algo? —sugirió Nicole tan tranquila.

—¿Qué? ¡No sabría qué decirle!

Me sentía como si Nicole acabara de pedirme que me desnudara allí mismo. Lo que me sugería era impensable.

Nicole resopló y levantó la vista, un gesto de impaciencia que seguramente solía dedicar a los que perdían el tiempo con tonterías.

—No es necesario que le digas nada de entrada. Tú pasa simplemente a su lado de camino al baño y lánzale esa mirada —dijo.

—¿«Esa mirada»?

—Sí, esa mirada, ya sabes; esa mirada que dice: «Ven a por mí». —Se echó a reír y esbozó un mohín seductor.

Me lo pensé un segundo: ahí estaba yo, comenzando una vida nueva, y tenía la sensación de que todo empezaba a encajar. Me sentía bien conmigo misma, llevaba un peinado estupendo, me había pintado los labios de rojo… ¿Qué tenía que perder? Además, quedarme allí sentada a la espera de que el chico se me acercara era algo ridículamente anticuado, incluso para mí.

—¡De acuerdo, voy a hacerlo! —anuncié.

Apuré de un trago lo que me quedaba de cóctel, con tan mala suerte que me bajó por el conducto equivocado y me provocó un

ataque de tos.

—*Allez…* Vamos, no pasa nada —dijo Nicole tranquilizándome mientras me pasaba una servilleta—. Tú ve hacia allí en plan tía buena.

—¡Voy!

Me abrí paso entre el laberinto de mesas, intentando fingir que caminar contoneándome era mi estado natural. Y justo cuando estaba a punto de pasar junto a la barra, las facciones de mi objetivo se volvieron a transformar en las de un oso pardo melancólico, de modo que decidí abortar por completo la operación y di un giro brusco hacia la derecha, en dirección a los baños de caballeros. Después retrocedí siguiendo las cortinas de terciopelo azul del fondo del local, conseguí llegar hasta los baños de señoras y me encerré en un cubículo. El corazón me latía a tanta velocidad que era como si acabase de burlar la muerte.

—Y eso que iba de tía buena —me dije, confiando en que nadie se hubiese percatado de otro de mis momentos más embarazosos.

Esperé un par de minutos, abrí la puerta del cubículo y me acerqué al lavamanos.

—Bueno, quizá la próxima vez —murmuré con escaso entusiasmo antes de volver a pintarme los labios. No me quedaba otra que resignarme al hecho de que jamás sería una sirena de esas de las películas, sino simplemente la Edith normal y corriente de siempre. Salí de nuevo a la sala, que a aquellas alturas de la noche bullía plena *de jazz* y alcohol. Miré de reojo hacia la barra y, para mi gran decepción, descubrí que el chico de los ojos azules ya no estaba en su taburete. Sabía que debía restarle importancia. Es decir, ni siquiera conocía a aquel tipo, y las probabilidades de que ya hubiera conocido a otra con un mínimo de confianza en sí misma eran frustrantemente elevadas. No obstante, se me encogió un poco el corazón por no haber sido capaz de hacer algo.

La gente se había puesto a bailar dondequiera que estuviera, y a punto estuve de acabar montándome una especie de *ménage à trois* en mi intento por pasar junto a una pareja que estaba totalmente

absorta en su baile agarrado. De manera que, cuando regresé a mi asiento, ni siquiera me percaté de que Nicole estaba charlando animadamente con un hombre vestido con un traje gris. Cuando este me miró a la cara y me dirigió un encantador gesto de asentimiento al reconocerme, el corazón se me detuvo un segundo, igual que lo hizo el tiempo.

—Ah, Edith, quiero que conozcas a Hugo Chadwick. Hugo, te presento a mi amiga Edith, de Irlanda.

Nicole hizo los honores sin el menor atisbo de malicia en sus ojos grandes e inocentes.

Por instinto fui a estrecharle la mano, olvidándome por completo de los dos besos de rigor, mientras él se levantaba para abrazarme con propiedad, lo que llamaban «*faire la bise*». El malentendido acabó conmigo saludando a su entrepierna mientras él me besaba de pasada la sien cuando me inclinaba hacia él.

—*Enchanté* —dijo, pasando por alto con delicadeza mi paso en falso.

No recordaba que nadie en mi vida se hubiera sentido sinceramente encantado de conocerme. Su voz, grave y sensual, reverberó en mis oídos y me erizó el vello. Cuando todos volvimos a sentarnos alrededor de la mesa se hizo un silencio incómodo.

—Hugo acaba de llegar de Londres —dijo Nicole.

Se dirigió a mí como si le estuviera hablando a una niña incapaz de aprovechar la oportunidad que acababa de caerle del cielo. Sus ojos muy abiertos me impulsaron a entrar en acción, así que me agarré a aquel salvavidas con las dos manos.

—Oh, ¿entonces no eres francés? Imaginaba que con un nombre como Hugo… —Me interrumpí, consciente de que mi voz no sonaba para nada como la mía.

—Mitad y mitad. Mi madre es francesa, y mi padre, inglés —respondió, manteniendo aquella mirada seria que hacía complicado descifrar si eras persona de su agrado o simplemente te toleraba.

—*C'est comme Johnny et moi*! —dijo Nicole interrumpiéndolo, y entonces se dio cuenta de que ninguno de los dos la estaba

escuchando y se excusó para acercarse un poco más al escenario.

Me sentía ridículamente nerviosa, y noté que el corazón me latía a mil por hora. Estaba delante de un chico atractivo, inteligente y cosmopolita, y no se me ocurría qué decirle. «¿Vienes mucho por aquí?» dio varias vueltas en mi cabeza antes de que yo consiguiera articular una pregunta menos manida.

—¿Qué te trae por Compiègne?

Bien hecho, Edie, pensé, porque eso había sonado casi como lo que diría una persona normal.

—Oh, un poco de todo —respondió él encogiendo los hombros de forma evasiva, aunque, para mi sorpresa, se cambió a la silla de Nicole para estar más cerca de mí.

Le di un buen trago a mi segundo Mai Tai.

—¿Te gusta el *jazz*? —preguntó. Y antes de que me diera tiempo a responder, empezó a negar con la cabeza como si hubiera dicho algo inconveniente—. Lo siento, estoy un poco desentrenado.

Aquello era increíble. Parecía nervioso, y eso, extrañamente, me tranquilizó.

—De hecho, me encanta el *jazz* —respondí—. Me crie escuchando los viejos clásicos, así que este local es como un paraíso para mí.

Sus facciones se iluminaron levemente.

—Oh, estupendo, porque mi lado francés estaba pensando en preguntarte si te apetecía bailar.

—¿Y tu lado inglés qué pensaba?

Oh, Dios. ¡Yo, intentando ligar! ¿De dónde había salido eso? Hugo me miró de reojo, y fue como si sus pensamientos se deslizaran por todo mi cuerpo.

—Eso sería revelar demasiado —respondió en tono jocoso antes de beber un trago de su copa.

Reí. Sí, reí como una adolescente tonta, y fingí mirar algo muy interesante en la pista de baile.

—Y bien —dijo Hugo, casi pegado a mi oído—. ¿Quieres bailar?

—¿Qué? ¿Aquí?

—Preferiblemente en la pista. Creo que es lo que tenían en mente al disponer las mesas a su alrededor.

Solté una carcajada. Su humor socarrón me desarmaba por completo.

—¿Lo hacemos? —insistió, levantándose y ofreciéndome la mano.

¿Estaba yo, Edith Lane, a punto de bailar con aquel tipo tan atractivo? Me daba la impresión de que en todo aquello había algún tipo de trampa. Pero al verlo ahí de pie, a la espera de que aceptara su mano, me sentí de repente como si todos mis regalos de Navidad me hubieran caído a la vez. Y quizá, solo quizá, así era como podría ser la vida si simplemente decía que sí.

Capítulo 9

Cuando me encontré entre los brazos de Hugo, creo que ambos supimos adonde nos llevaría la noche. Podría haberle echado la culpa a los Mai Tais o al hecho de que la banda de Johnny empezó a tocar «Let's Do It (Let's Fall in Love)», pero la verdad es que en mi interior algo estaba pasando. No estaba segura de qué era, pero algo empezaba a despegar. Cuando Hugo me pidió bailar y la banda se puso a cantar sobre pajaritos y abejas, mi destino quedó sellado. De haber permanecido sentados charlando, lo más probable es que nuestros caminos se hubieran separado aquella misma noche.

Hugo no me había dado la impresión de que pudiera ser un buen bailarín: su apariencia profesional y su carácter inglés y reservado le conferían un aspecto bastante estirado. Sin embargo, en cuanto empezamos a movernos por la pista sus genes franceses debieron de asumir el control, porque noté que me dirigía con soltura y seguridad. No hablamos mucho —las palabras parecían superfluas—, pero me sentí tan conectada a él en el plano físico que mis inhibiciones se esfumaron. Cuando la banda terminó su actuación con una versión del frenético «Sing, Sing, Sing» de Benny Goodman, admitimos la derrota y volvimos a la mesa, donde Hugo pidió otra ronda de bebidas.

—¿Dónde aprendiste a bailar así? —me preguntó.

—Me he limitado a seguirte —respondí casi sin aliento y deseando haberme puesto unos zapatos más cómodos. Me froté con disimulo el lateral del dedo pequeño, donde seguramente ya se me

habría formado una ampolla. Bebí un poquito, y al levantar la vista me encontré convertida en el blanco de una mirada intensa—. ¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —respondió Hugo. Apartó la vista y se rascó la nuca con timidez—. O todo, de hecho.

—¿Qué?

—¿Te apetece salir de aquí?

Justo en aquel momento llegaron a la mesa Nicole, su marido, Johnny, y su hermana. Nicole se encargó de las presentaciones, aunque, a pesar de que me alegré de conocer por fin a Johnny, el momento elegido no podía ser peor. Era evidente que estaban locos el uno por el otro, ya que él acariciaba a Nicole en el cuello y le daba besitos en la mejilla en cada pausa de la conversación. Por los altavoces empezó a sonar *jazz*, sustituyendo a la música en vivo, y el tempo se ralentizó hasta transformarse en un suave balanceo. Chet Baker cantó «I Fall in Love Too Easily». El ambiente era embriagador, y yo me sentía como la protagonista de una película romántica de Hollywood. Le guiñé un ojo teatralmente a Nicole y le dije que necesitaba ir al baño.

—¿Qué opinas? —le pregunté después de que me siguiera.

De pronto caí en la cuenta de que le estaba pidiendo consejo a una chica que acababa de conocer sobre un chico del que apenas sabíamos nada.

—Es muy guapo. ¿Te gusta?

—Bueno, es encantador, eso es innegable —dije con una sonrisa tan exagerada que incluso me dolieron las mejillas—. Y cuando hemos bailado ha sido como… El contacto ha sido mágico. —No me había percatado de que había cerrado los ojos hasta que los abrí y vi que Nicole me sonreía—. Me ha propuesto ir a otra parte, pero, la verdad, estoy destrozada —le expliqué. Miré con mala cara el reloj—. Debe de ser por los madrugones que me pego.

—¿Por qué no le pides que te acompañe a casa dando un paseo? —sugirió Nicole con entusiasmo mientras se retocaba el lápiz de labios de color frambuesa.

—No sé… ¿Quizá porque apenas lo conozco? ¿Y si luego resulta que es un asesino en serie?

—¿De verdad crees eso?

—No, ya sé que lo más probable es que no lo sea, pero…

—Mira, *ma belle*, has venido a Francia para cambiar un poco de ideas, *¿non?* Así que, por una vez, sigue los dictados de tu corazón. ¡No pasa nada por divertirse un poco de vez en cuando!

—Tienes razón. Toda la razón —dije palmeándome la frente. Estaba harta de ser siempre tan sensata. De estar siempre asumiendo lo peor y de vivir constantemente con la mosca detrás de la oreja. Nunca me había imaginado lo difícil que iba a ser liberarme de mi antiguo yo, pero en aquel momento sentí una necesidad imperiosa de tomarme unas vacaciones de mí misma y de todas mis reglas.

—Tienes mi número de móvil por si me necesitas, ¿*d'accord*? —dijo Nicole sacándome de mis pensamientos—. ¡Así que ahora deja de darle tantas vueltas a todo y lárgate de aquí!

—Y bien, Edith, no me has contado qué es lo que te ha traído a Compiègne —dijo Hugo mientras paseábamos a orillas del río.

La intensa sensación de placer que me produjo oírle pronunciar mi nombre me hizo sentir como una tonta rematada, pero tenía un acento tan delicioso que no pude evitarlo.

—Mmm… Algo así como un error administrativo —dije en plan de broma, con un acento mucho menos glamuroso que el del culto inglés de Hugo. El aire gélido de la noche supuso un golpe en contraste con el ambiente caldeado y sudoroso del Nostalgie, pero, por alguna razón, me sentí protegida del frío cuando Hugo me ofreció su brazo en un gesto tan caballeroso que mi corazón se iluminó aún más—. Siempre había pensado venir a Francia —dije, como si fuera una mujer cosmopolita—, pero lo de Compiègne fue… ¿Cómo explicártelo?

—¿Un capricho del destino? —sugirió Hugo. Moví la cabeza en

sentido afirmativo. Sin duda alguna, sonaba mucho mejor expresado así—. ¿Y qué haces aquí?

—Soy cantante.

Lo solté antes de que mi cerebro tuviera tiempo de poder contenerme. No tenía ni idea de por qué lo había dicho. Lo único que sabía era que deseaba parecer alguien más interesante que una mera víctima de la crisis de la mediana edad que trabajaba en una panadería.

—¿De verdad? —dijo, sinceramente impresionado por lo poco convencional de mi respuesta.

De hecho, tan impresionado se había quedado que me resistí a corregirlo. Además, ¿qué daño podía hacer una mentirijilla? Como había dicho Nicole, tampoco es que fuera a casarme con aquel chico.

—Sí, bueno, aquí estoy trabajando en una panadería hasta que se presente mi gran oportunidad, pero sí, soy cantante.

—¿Qué género musical cantas? ¿Escribes tus propias canciones? —preguntó con entusiasmo, inconsciente de la presión que estaba ejerciendo sobre mí para que me inventara las respuestas.

—Básicamente, *jazz* —dije, intentando que la respuesta fuera vaga y despreocupada.

—Ah, de ahí lo de ir al Nostalgie —fue la conclusión que extrajo.

—Mmm… ¿Y tú? No me has contado a qué te dedicas —dije a fin de desviar el rumbo de la conversación y ganar un poco de tiempo para seguir elaborando mi ridícula historia.

—Bueno, hago algo de fotografía —dijo.

—¿En serio? ¡Oh, qué interesante! ¿De qué tipo?

Por un momento me lo imaginé haciendo fotografías de desnudos. Crucé los dedos.

—Paisajes urbanos, sobre todo… Aunque no es que sea muy bueno.

¡Uf! Humilde y artista. Casi demasiado bueno para ser verdad.

—De hecho, mañana por la mañana me marcho a París para hacer algunas fotos en exteriores —añadió.

Emití una especie de sonido ahogado.

—¿Qué pasa?

—Oh, nada. Solo que… apenas tuve oportunidad de ver París cuando llegué. —Decidí no contarle lo estúpida que había sido al confundir el nombre de la panadería.

—Tengo un apartamento allí. Podrías utilizarlo, si quisieras ir…

¿Quién me había dicho jamás algo así? «Tengo un apartamento en París, por si quieres utilizarlo». Tenía la sensación de que, de forma accidental, me había colado en la vida de otra persona esa noche. Esperaba que no terminara todo en cuanto dieran las doce.

Llegamos a un banco que ofrecía una preciosa vista del Pont Solférino y de la luz de sus farolas reflejada en las aguas del río Oise. A pesar del frío, de lo tarde que era y de lo absurdo de la situación, ambos nos sentamos por instinto, deseosos de prolongar la velada.

—Entonces, ¿vives aquí, o…?

No quería que aquello pareciera un interrogatorio, pero sentía curiosidad y me apetecía tener más información.

—Ya no. Viví aquí de pequeño, pero nos mudamos a París cuando tenía siete años. Resulta gracioso —dijo contemplando el puente y las luces de los edificios—, pero siempre lo recuerdo más grande de lo que es en realidad.

—Es lo que pasa con los recuerdos de la infancia. La mitad son pura invención.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Hugo, volviéndose para mirarme con una sonrisa indescifrable.

—Oh, no lo sé. —Y la verdad es que no lo sabía. Llevaba tanto tiempo intentando bloquear los recuerdos dolorosos que a veces me resultaba difícil distinguir lo que había sucedido en realidad, lo que era cierto y lo que era una interpretación de mi cerebro infantil—. Dos personas pueden haber tenido una misma experiencia y, a pesar de ello, guardar recuerdos completamente distintos.

Hugo volvió a fijar la vista en el agua. Era como si estuviese tratando de resolver un rompecabezas.

—¿Has leído a Proust?

Solté una carcajada.

—¿Qué pasa? —dijo.

Rompimos a reír los dos. Me parecía una pregunta ridícula para formularle a una chica medio borracha a la que acababas de conocer en un bar llamado Nostalgie. Hugo hundió una mano en el interior de su chaqueta, sacó de allí un libro de bolsillo algo ajado y me lo pasó.

—*Por el camino de Swann*, de Marcel Proust —leí en voz alta.

—Es el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*. Creo que te gustaría. Además, ahora vives en Francia, y por lo tanto tienes que leer a Proust. Las reglas no las he escrito yo.

—Y resulta que casualmente llevas un ejemplar contigo, como si formara parte del atrezo —dije, hojeando el libro.

—Lo único que puedo decirte es que me gusta llevar siempre un libro encima.

—La verdad es que no te pareces a nadie que haya conocido en mi vida —dije, bajando por un momento la guardia.

—Espero que eso sea bueno.

Y yo también, pensé.

Noté el roce de sus dedos en la mano y lo miré a la cara. Dios, cuánto deseaba besarlo. De pronto dudé si era yo quien me ladeaba hacia él o si era la tierra la que se inclinaba sobre su eje, pero, antes de que me diese cuenta, nuestros labios entraron en contacto. Noté su barba rozando mi labio superior, el movimiento de su mano mientras me sujetaba la nuca con delicadeza, y me sentí como si fuera la protagonista de una película romántica. No se oía nada, más allá del murmullo de la brisa entre las ramas de los árboles. Me besó con suavidad, con intensidad, y el calor de su aliento sobre mi piel me embriagó. Tuve una sensación de abandono total, la más bella que podía existir. No quería que aquello acabase nunca.

Cuando paramos, la cabeza me daba vueltas. No sabía qué decir.

—Ha sido… —murmuró Hugo.

—Sí —dije, dándole la razón.

Me tomó la mano. Por fin dimos con unas pocas palabras y de

nuevo empezamos a formar frases. Aunque eso carecía de importancia. Todo era secundario ante lo que fuera que estuviera sucediendo entre nosotros.

—¿Tiene usted por costumbre besar a desconocidas en los bancos de los parques, señor Chadwick?

—En una escala del uno al diez, ¿de qué nivel de desconocimiento estamos hablando?

Le di una palmada en el brazo en broma y Hugo se inclinó para besarme la oreja. ¡Dios mío, me estaba colando por él de verdad!

—De hecho, tengo una regla muy estricta a la hora de besar a mujeres en un banco pasada la medianoche —dijo.

—Oh. ¿Y cuál es esa regla?

—Pues…, verás, el caso es que me tienen que cantar una canción.

Ay, Dios. Yo misma me había metido en aquel berenjenal. Cuando Hugo me había preguntado qué estaba haciendo en Francia me había sentido forzada a embellecer la verdad y, por alguna razón, me había venido a la cabeza aquel sueño olvidado de convertirme en cantante. Siempre había cantado para mi madre, pero nunca había hecho nada para materializar ese deseo. Era como si de repente me hubiera poseído mi yo más joven, obcecado en hacer realidad todos los sueños que nunca había llegado a cumplir.

—La verdad es que no podría… —empecé a decir, nerviosa.

—Lo entiendo. Imagino que cantar delante de un público tan numeroso debe de ser aterrador —replicó Hugo, haciendo un gesto para abarcar la familia de patos que pasaba tranquilamente por delante de nosotros, dejándose llevar por la corriente del río.

—De verdad que no puedo. Me da vergüenza. Para empezar, no hay música —dije en tono quejumbroso.

Pero sabía que era una batalla perdida. Hugo había comenzado a besarme el cuello mientras me susurraba dulces palabras de ánimo. No sé si fue por la bebida, por la magia de aquella noche estrellada o simplemente por él. El caso es que me dije: «¿Y qué pasa si lo hago?». Lo más probable era que no volviera a verlo nunca, así que,

¿por qué no hacer realidad aquella pequeña fantasía hasta que llegara el amanecer y con él se rompiera el hechizo?

Inspiré hondo y, lanzándome al vacío con toda mi fe, cerré los ojos y empecé a entonar mi canción favorita de siempre. «Dream a Little Dream of Me». Hacía tanto tiempo que no cantaba que era consciente de que estaba un poco oxidada, pero al hacerlo oí algo en mi voz que me sorprendió. Sonaba más intensa, más profunda y más emotiva que nunca.

Stars shining bright above you
Night breezes seem to whisper «I love you»
Birds singin' in the sycamore trees
Dream a little dream of me…

—Dios, tienes una voz preciosa —dijo Hugo con la voz ligeramente quebrada.

—La última vez que canté esta canción fue para mi madre —le expliqué—. Ella… murió.

Hugo no dijo nada y me abrazó. No lloré, pero me dejé abrazar. Sentí alivio. Nunca le había contado a nadie el verdadero motivo de mi repentina decisión de viajar a Francia y ahora, aunque quizá era el momento menos oportuno para abrirme, y también la persona menos adecuada con quien hacerlo, por fin sucedía.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo en voz baja.

Me limité a asentir. Estaba todo lo bien que se podía estar dadas las circunstancias.

—Estas cosas nunca son fáciles, ¿verdad? —preguntó retóricamente.

—Es que ahora mismo no sé ni quién soy. Ni cómo seguir siendo —confesé—. Supongo que todo esto te sonará a tontería…

—No —dijo él—. Sé exactamente a qué te refieres. Por desgracia, perdí a mi hermano.

—Oh, lo siento mucho.

Lo miré a la cara, pero llevaba la misma máscara que llevamos

todos, todos los que quedamos aquí e intentamos seguir adelante. Los miembros de un club al que nadie quiere pertenecer.

—Hace ya casi seis años. Yo tenía veinticinco. Ni siquiera nos llevábamos bien, pero aun así… Eso lo cambia todo.

Tenía razón. Lo cambiaba todo. Hasta tal punto que me había visto obligada a cambiar quién era yo para poder recuperar mínimamente el control de mi vida.

Me habría gustado quedarme allí por un tiempo indefinido, pero el frío empezaba a calarme en la piel y estaba desesperada por tomar algo caliente.

—¿Quieres venir a mi casa a tomar un café?

—¿Se trata de un eufemismo o de un café de verdad? Lo digo porque sería capaz de matar por una taza —replicó Hugo secamente.

Y eso le valió otra palmada en el brazo.

—A este ritmo, tendrás suerte si consigues un café —dije sin lograr disimular una sonrisa.

—¡Me están atracando! ¡Gendarmes, arresten a esta mujer! —gritó cuando pasó por el puente un grupo de estudiantes que respondieron con todo tipo de burlas y gestos que, por suerte, no entendí.

El paseo se alargó mucho más tiempo del necesario, porque cada pocos pasos nos sentíamos mutuamente atraídos hacia nuestros labios. Cuando nos besamos delante de la *crêperie*, y después frente al *tabac*, mis manos se deslizaron por debajo de su abrigo y abrazaron la calidez de su cuerpo. Y así seguimos hasta que por fin llegamos a la *boulangerie*.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dije, como en las películas—. Madame Moreau, mi jefa, vive en el apartamento de abajo, así que tendrás que estar calladito… —Cuando oyó mis palabras, las facciones de Hugo se alteraron por completo—. ¿Qué pasa?

—¿Trabajas aquí? —preguntó—. ¿Para madame Moreau?

—Sí. ¿Por qué lo dices? ¿La conoces? No es que tenga madera de jefa del año, pero la verdad es que me está empezando a gustar

este lugar. Además, no me cobra nada por el alojamiento, así que…

Sonreí, pero la expresión de Hugo permaneció inalterable.

—Mira…, será mejor que me marche a casa —dijo—. Tengo una reunión a primera hora de la mañana en París y no quiero que tengas problemas con tu jefa por mi culpa.

—Oh. —Me resultó imposible disimular la decepción en mi voz, de modo que traté de compensarlo parloteando sin parar sobre madame Moreau—. Supongo que tienes razón. Llevo solo quince días aquí, y si subo un chico a casa es muy posible que empiece a cuestionar mi moral, entre otras cosas.

Hugo sonrió, sin soltarme la mano, y me miró como si le costara decidirse a revelarme algo. Al final fui yo la que tomó la iniciativa por los dos.

—Gracias por el libro, señor Chadwick. Y por acompañarme a casa.

—El placer ha sido mío, señorita Lane —replicó, acercándose mis manos para besármelas con ternura—. Espero volver a verte —añadió, mirándome con sus penetrantes ojos azules.

—Bueno, si algún día necesitas una *baguette*, ya sabes dónde estoy —dije con una sonrisa.

Me atrajo hacia él, y el beso que me dio en la boca fue tan apasionado que cuando nos separamos me sentí como si estuviera borracha.

—Buenas noches, Edith —dijo antes de dar media vuelta para marcharse.

—Buenas noches, Hugo.

Todavía aturdida, subí por la vieja y quejumbrosa escalera hasta mi apartamento. Colgué el abrigo en la percha y me descalcé, incapaz de dejar de sonreír como una tonta. Y en cuanto encendí la luz que había al lado de la ventana que dominaba la calle, oí el sonido de unas piedrecitas contra el cristal. Corrí a la ventana y vi abajo a Hugo, preparando otro lanzamiento.

—Oye, pero ¿qué haces? ¡Despertarás al dragón! —dije entre dientes.

—Ah, ¿qué luz alumbra esa ventana? —repuso Hugo con humor.

—Deja de hacer bobadas, Romeo, o acabarán despidiéndome —dije, incapaz de ocultar mi felicidad al verlo allí abajo, comportándose como un tonto romántico.

—Solo quería preguntarte si te gustaría ir a cenar conmigo la próxima vez que venga por aquí.

—Me encantaría —dije sin alzar la voz.

—Entonces tenemos una cita —confirmó Hugo.

—Sí, tenemos una cita —repetí, confirmándomelo a mí misma, porque no podía creer que todo aquello estuviera pasando de verdad.

—*Bonne nuit*, Edith.

Le dije adiós con una mano en silencio y le lancé un beso que Hugo atrapó al vuelo para llevárselo al corazón. Luego fingió que estaba a punto de desplomarse, como si yo le hubiese disparado, pero enseguida dio media vuelta para irse. Y juraría que lo oí silbar la melodía de «Dream a Little Dream of Me», aunque tampoco podía estar segura.

Capítulo 10

Mi madre estuvo mucho tiempo enferma. Desde muy joven, cuando fue diagnosticada de fibrosis quística —o de las «sesenta y cinco rosas», como llamaba yo a la enfermedad cuando era pequeña —, supo que su tiempo en este mundo sería limitado. Sin embargo, nunca lo vivió como una sentencia a cadena perpetua que la condenara de por vida; más bien al contrario, de hecho. Siempre se propuso vivir la vida a tope y aprovechar al máximo cada experiencia. Se vio obligada a pasar mucho tiempo en hospitales, superando infecciones y complicaciones de todo tipo, así que hicimos todo lo posible para que esos contratiempos fuesen al menos divertidos. Mi padre y ella eran novios desde el colegio. Mi madre siempre decía que supo que era «él» cuando, después de contarle lo de su enfermedad, mi padre le dijo que tendrían que darse prisa y vivir toda una vida para llenarla de recuerdos en la mitad del tiempo habitual.

«Contarle a alguien que padeces una enfermedad incurable es una forma infalible de diferenciar al que es un hombre de quien es un niño», me decía a menudo mi madre.

Por eso decidieron tenerme cuando ella contaba apenas veinte años. Mi padre tenía veintiuno en aquel momento y consiguió trabajo como jefe de repostería en una cafetería muy importante de Dublín. Pero más tarde, cuando la enfermedad de mi madre se agravó, lo dejó todo y se puso a trabajar como taxista, lo que por un lado implicaba muchas horas pero por otro significaba que al menos

podía trabajar en los turnos que más le convenían. La esperanza de vida media de los enfermos de fibrosis quística es de cuarenta años, así que, después de cumplida esa edad, la vida de mi madre fue un regalo para nosotros. Mis padres siempre me dejaron muy claro que no era necesario que siguiera en casa. «Podemos conseguir algún tipo de ayuda domiciliaria», insistía mi padre. Pero yo era su única hija. Siempre habíamos sido los tres contra el mundo, y no me parecía correcto abandonarlos justo cuando más me necesitaban. Con la ayuda de mi padre, transformé el garaje de casa en mi pequeño apartamento, con su entrada particular. Nos llevábamos bastante bien y, a pesar de sus protestas, yo sabía que mis padres se alegraban de tenerme cerca.

Con la perspectiva que solo el tiempo puede dar, comprendí demasiado tarde por qué mis padres querían que me labrara mi propia vida. Hay cosas que es mejor hacer cuando eres joven y temeraria, cuando no te da miedo fracasar. Es el momento de construirse un futuro profesional, conocer al que será tu marido, abrirte tu propio espacio en el mundo. Pero yo no pude hacerlo, y jamás me he arrepentido del tiempo que pasé riendo, llorando, viendo películas antiguas y compartiendo cajas de bombones con mi madre. Ella salía muy poco de casa para prevenir el riesgo de contraer infecciones, y por esa razón convertimos nuestro hogar en nuestro pequeño universo.

Durante mucho tiempo había evitado el mundo grande y malvado, pero ahora había llegado el momento de volver radicalmente al orden natural de las cosas. A mis treinta, y con un desarrollo para nada precoz, estaba decidida a vivir por fin mis años de estudiante.

Me despertaron las campanas de la iglesia y, por primera vez desde mi llegada, supe que había dormido la noche entera de un tirón. Cogí el teléfono y vi que eran las nueve y media de la mañana. A pesar de la considerable resaca, me sentía descansada. Mis

pensamientos regresaron al instante a Hugo, y no pude evitar que mi rostro se iluminara con una sonrisa al recordar la velada que habíamos compartido. Cuando por fin conseguí levantarme para darme una ducha, empecé a canturrear distraídamente y, turbada, recordé de repente que había cantado para él.

—¡Dios mío! —exclamé, llevándome las manos a la boca mientras el agua caía en cascada por mi espalda.

Metí la cabeza bajo el temperamental chorro de agua, cuya presión cambiaba por capricho. Y no pude evitar reírme pensando en lo surrealista que había sido toda la noche. Incluso el hecho de haberle hablado a Hugo sobre mi madre parecía haber servido para forjar un vínculo más fuerte.

—Hugo —musité, por el simple deseo de pronunciar su nombre.

Mi último novio, Barry, era cartero. Mi madre siempre bromeaba diciendo que la única forma que yo tenía de conocer a un hombre era que este viniera a casa y llamara a la puerta, y, por curioso que resulte, eso fue exactamente lo que sucedió. Parecía un chico alegre y despreocupado, y siempre se esforzaba por hacerme reír. Cuando me pidió salir yo no sentí mariposas en el estómago, la verdad, sino más bien una resignación práctica ante las circunstancias. Sabía que las posibilidades de conocer a alguien eran escasas, y pensé que lo mejor era aprovechar la oportunidad que se me presentaba. Traté de ignorar en la medida de lo posible los sentimientos más bien tibios que me inspiraba Barry y sinceramente deseé quererlo, casarme con él y quizá incluso formar una familia. Habría sido… Bueno, habría sido conveniente. Y a pesar de que me sentía culpable por no amarlo, no fui capaz de advertir que, en ciertos aspectos, él se estaba aprovechando de mí. Yo pasaba casi todas las noches en su piso y, sin entender cómo ni por qué, me acabé convirtiendo en su criada. Cocinaba, limpiaba y, básicamente, cuidaba de él, además de cuidar de mi madre en casa. Al final la carga resultó excesiva, y acabé estallando el día que me preguntó por qué no le había comprado flores a su madre para el Día de la Madre.

«¡Madura de una vez, Barry!», le grité antes de salir de su piso

por última vez. Pensé que quizá me pondría un poco triste, pero lo único que sentí fue alivio.

Cuando llegué a casa, mi madre me sonrió y me dio unos golpecitos cariñosos en la mano. «Cuando te llegue el momento lo sabrás», fue todo lo que me dijo.

Envuelta en una toalla, me desplacé de puntillas sobre el suelo de madera hasta llegar al teléfono que destellaba sobre la cama. Un mensaje de texto de Nicole me invitaba a una comida de domingo en casa de su madre. No podría haber elegido un momento mejor para tenderme la mano de la amistad, pues tantos recuerdos de casa me hacían añorar la compañía familiar.

Oí que madame Moreau entraba en casa, seguramente después de haber asistido a la misa dominical. Me pregunté si se sentiría sola y si tendría alguna invitación para comer fuera el domingo. Alejé esos pensamientos de mi cabeza. Ya me hartaría de verla a la mañana siguiente.

Vestida con mis vaqueros favoritos, bailarinas y un jersey ancho, salí a la calle dispuesta a encontrar la casa de la familia de Nicole. No quedaba lejos del centro y, a pesar de que aquella ciudad era un tanto laberíntica, localicé el lugar con facilidad. En la Rue Saint-Antoine todas las casas unifamiliares tenían carácter y diseño propios. La de la madre de Nicole tenía un tejado curvo que dejaba espacio para una ventanita en la parte más alta y luego parecía ir ganando terreno para poder incorporar más ventanas en la primera planta. La verja metálica se abría a un camino de gravilla flanqueado con arbustos que conducía hasta los escalones que daban acceso a la puerta principal, que estaba pintada en un tono verde primaveral y tenía paneles de cristales de colores a ambos lados.

—*Bonjour, bonjour*.

Madame Dubois me abrazó y me besó como si yo fuera una amiga a la que hacía mucho tiempo que no veía e insistió en que la llamara Jacqueline. Luciendo como una gatita glamurosa, con una blusa de estampado de leopardo y falda a juego, me invitó a pasar, cogió mi abrigo y mi bolso y se dispuso a colgarlos en un armario

que había bajo la escalera, pero cuando lo abrió descubrió en su interior a un pequeño monstruo que a punto estuvo de tumbarla del susto.

—*Maxi! Mais qu'est-ce que tu fous là-dedans?* —dijo regañándolo, agitando un dedo y haciendo un montón de gestos que el niño ignoró felizmente.

El hijo de Nicole corrió directo hacia mí y se detuvo igual de rápido. Sacó del bolsillo una pistola de juguete, me apuntó con cuidado y me disparó en el estómago. No vi otra opción que seguirle el juego, de modo que me doblé por la mitad y puse cara de dolor. La risa del niño resonó por toda la casa, y cuando me ofreció su manita para ayudarme a incorporarme supe que había superado el examen.

—*Max, essaie de ne pas tirer sus nos amis, s'il te plaît!*

Nicole salió al recibidor y le suplicó a su hijo que no disparara contra la invitada de la familia. Me abrazó con cariño y me condujo hacia la cocina, que ocupaba la totalidad de la parte posterior de la casa y desde cuyas ventanas se veía el jardín trasero. Una mesa gigantesca con infinidad de sillas ocupaba el centro de la estancia, y en la esquina una cocina antigua calentaba el contenido de sartenes y cacerolas. Era un ambiente *vintage* pero chic, anticuado pero atemporal. Johnny llegó en aquel momento procedente del jardín, con un puñado de romero en la mano.

—¿Todo bien, Edie? Me alegro de volver a verte —dijo, y me dio los dos besos de rigor. Me resultaba extraño hacer *la bise* con un inglés, pero, como se suele decir: «Allí donde fueres, haz lo que vieres»—. ¿Qué tal la cabeza? —preguntó en broma, pero Nicole le dio un codazo para que se callara.

Disfrutamos de una copiosa comida consistente en pollo asado con limón y romero, acompañado de un montón de patatas asadas con ajo. Yo había llevado el postre, una tarta de frambuesas con *crème anglaise*. Renuncié al vino, argumentando que al día siguiente necesitaba tener la cabeza despejada para estar en pie a las seis de la mañana. Sabía que Nicole se moría de ganas de preguntarme por

Hugo, pero, como debió de intuir que no me apetecía comentarlo en público, empezamos a hablar sobre la panadería. Al parecer, madame Moreau y Jacqueline se conocían desde hacía muchísimo tiempo.

—*Geneviève Moreau? Je la connais depuis des années* —dijo Jacqueline mientras Nicole, sentada a su lado, se encargaba de traducir las partes que yo no entendía.

—*Monsieur* Moreau, el padre de Geneviève, murió a finales de los sesenta, y desde entonces ella dirige el establecimiento —explicó Nicole, que balanceaba a Max sobre su rodilla mientras el pequeño recreaba en la mesa una escena de guerra con unos soldadnos y las frambuesas sobrantes—. Debe de tener al menos ochenta años.

—¡No me digas! ¿Ochenta? ¡Pero si anda todo el día pavoneándose por la tienda como una jovencita! —exclamé, y esperé a que Nicole tradujera mis palabras.

Conocer su nombre de pila fue también una sorpresa para mí. Geneviève me sonaba demasiado dulce para la mujer dura que cada mañana me recibía con el ceño fruncido.

—Según *maman*, ha tenido una vida dura. Mi abuela también se acuerda de que el régimen tuvo varios encontronazos con *monsieur* Moreau durante la guerra.

Aquello fue como una revelación. Lo único que yo había querido ver hasta el momento era una vieja gruñona con escaso o ningún tiempo para cortesías y cumplidos. Pero lo que estaba escuchando empezaba a crear una imagen completamente nueva de una chica que había vivido la guerra al lado de su padre, había resistido la tiranía de la ocupación alemana y había conseguido mantener con vida el legado paterno.

—¿Y quién se ha encargado de la elaboración del pan desde el fallecimiento de *monsieur* Moreau? —pregunté—. Tengo absolutamente prohibido bajar al sótano —añadí, aún dolida por la falta de confianza de madame Moreau hacia mí.

—*Je ne sais pas* —reconoció Jacqueline.

—Resulta extraño, porque llevo ya dos semanas allí y nunca he

visto entrar o salir a nadie. Y a menos que estén moliendo su propia harina allá abajo, no sé cómo la obtienen, porque tampoco llega ninguna mercancía.

Johnny dejó en la mesa una cafetera grande y un tarro de cristal con *biscotti*. Y aunque me sentía a punto de reventar, no pude resistir la tentación de probar una de aquellas galletas doradas aromatizadas con *amaretto*.

—Por lo que parece, tienes un pequeño misterio entre manos —dijo Johnny—. La panadería embrujada, donde nunca se ve entrar ni salir a nadie. ¡Caray!

Johnny se echó a reír y Max imitó su recreación de un fantasma que no daba nada de miedo.

—Lo digo en serio —insistí—. Madame Moreau tiene todo el pan almacenado arriba, y Manu tiene todas sus entregas preparadas antes incluso de que yo me levante. Jamás he visto ni rastro del panadero. Siempre he pensado que lo suben entre los dos desde el sótano, pero ¿por qué no me permiten bajar? Se supone que me han contratado para que sea la encargada de la tienda, por el amor de Dios.

—¿Encargada? —repitió Jacqueline en mi idioma con su encantador acento francés. Sonreí.

—Encargada, sí, o al menos eso era lo que ponía en el anuncio. Creo que piensa jubilarse pronto. Y aun en el caso de que le cueste soltar las riendas del negocio, su artritis no le permitirá seguir al mando sola y sin ayuda durante mucho tiempo más.

—Dice *maman* que debes de gustarle… La última chica, Mana, solo duró dos días.

Sabía que aquello pretendía ser un consuelo, pero, por alguna razón, tuvo el efecto contrario. Una vez más me pregunté qué habría pasado con Maria.

—Mira, ya sé: empecemos a vigilar de cerca entre todos lo que sucede en la panadería, a ver si así los pillamos —propuso en tono jocoso Johnny—. ¡A lo mejor están blanqueando dinero o preparando algún tipo de droga química!

—Creo que tendrás que comerte tus palabras cuando descubra…, no sé…, una sociedad de masas secretas o cualquier cosa por el estilo —repliqué, siguiéndole el juego.

Cuando el cielo nocturno se instaló con firmeza al otro lado de las ventanas, tomé a regañadientes la decisión de volver a casa.

—*Merci pour tout* —le dije a Jacqueline, y le di dos besos cariñosos al llegar a la puerta.

—*Je t'en prie, chérie* —replicó, que, según entendí, era como decir «de nada».

Max se había quedado dormido en un sofá al lado de la chimenea, y Nicole no quiso despertarlo aún para volver a casa. Ellos vivían en un apartamento cerca de la universidad, lo que le permitía estar a un paseo tanto de casa de su madre como de la peluquería.

—Johnny, acompañaré a Edith hasta el final de la calle mientras tú te ocupas de lavar los platos, *¿d'accord?* —sugirió a su marido, sonriéndole con dulzura.

—¿Ves las cosas que tengo que aguantar, Edith? —dijo Johnny dándome los dos besos de despedida—. Me tratan como su esclavo inglés. Cocino, limpio, ¡y no voy a decir más para no ponerte colorada!

Nicole le lanzó un paño de cocina para que se callara, pero no funcionó.

—Nos vemos en el Nostalgie la semana que viene, ¿vale? —gritó Johnny.

—Sí, por supuesto, me encantaría. Tu banda es magnífica. Me gustó mucho, de verdad —dije de corazón—. ¿Y quién es ese tal Django del que no parabais de hablar? ¿Era música suya lo que tocasteis?

—Oh, Dios mío. Lo dices en broma, ¿no? —repuso Johnny totalmente en serio—. Django Reinhardt. ¿No sabes quién es?

Al ver mi recién adquirido encogimiento de hombros galo, me pidió que esperara cinco minutos mientras iba a buscar un vinilo de su colección.

—Django Reinhardt es nada más y nada menos que el rey del

jazz gitano —me informó, excusando apenas mi ignorancia filistea—. Llévatelo a casa, escúchalo, familiarízate con él, y haremos como si esta conversación nunca hubiese tenido lugar, ¿te parece?

—No todo el mundo tiene tocadiscos, Johnny —le recordó Nicole.

—Sí, claro, tienes razón. Pues escúchalo en internet. Evidentemente, no tendrá el sonido real y auténtico de…

—Lo escucharé, te lo prometo —dije.

Había empezado a lloviznar y le dije a Nicole que no era necesario que se tomara la molestia de salir de casa.

—¡Es que quiero que me lo cuentes todo sobre Hugo! —dijo.

—La verdad es que no pasó nada. Bueno, todo y nada —reconocí con desesperación.

—De acuerdo. Mañana nos vemos al salir del trabajo para tomar una copa y me lo cuentas todo, ¿vale?

—De acuerdo, todo. Te lo prometo.

Capítulo 11

HUGO CHADWICK

Hugo oyó el clic de las puertas de hierro forjado y cristal del edificio al cerrarse tras él. Le gustaba la sensación de salir a la calle y dejar tras de sí su apartamento en el tercer piso, a pocos pasos del Jardin du Luxembourg, en el distrito sexto de París. Su padre le había regalado un apartamento a él y otro a su hermano al cumplir los veintiún años. La última tasación lo había valorado en un millón y medio de euros. Sin embargo, Hugo nunca lo había sentido realmente como algo suyo. No lo había adquirido con su trabajo, ni se lo había ganado de ninguna manera. Y ahora se estaba percatando de que aquel apartamento era, en cierto sentido, similar a la entrada que uno daba para comprar algo, un compromiso tácito con Chadwick Holdings y con su padre. Su futuro ya estaba comprado y vendido. Hubo un tiempo en el que quizá se habría rebelado, pero después de la muerte de Stéphane el peso de la responsabilidad superaba con creces cualquier tipo de sentimiento personal. Tenía que compensar lo que había sucedido.

Caminando por el Boulevard Saint-Germain en dirección al Sena, le llamó la atención una tienda de aspecto antiguo situada en una calle lateral, justo antes del Quai d'Orsay. Reconvertida en *salon de thé*, había sido en su día una floristería. Tenía unos ventanales de gran tamaño y poseía una estructura inusual, puesto que ocupaba la

esquina entre dos calles. Hugo iba tarde, pero aun así no pudo evitarlo. Se descolgó la mochila del hombro y sacó su fiel Nikon D780. El establecimiento en sí era minúsculo, pero en el exterior había mesas y sillas de vibrantes colores para que la clientela pudiera disfrutar de sus exquisitos tés. Sobre la puerta de entrada había un viejo rótulo de madera que aún conservaba el tenue contorno del nombre y los grafismos originales, cuyas letras se entrelazaban con rosas de pitiminí: À l'eau de rose. A la luz del día resultaba casi onírico. De no ser por el sonido del tráfico y los camareros que pasaban mientras servían los pedidos, Hugo casi podía imaginarse que había retrocedido en el tiempo. Bajó la vista hacia la pequeña pantalla y repasó las imágenes que acababa de capturar. Su rostro se iluminó con una sonrisa al experimentar esa sensación de satisfacción que ya le era familiar. Resultaba difícil explicarlo exactamente, pero captar el mundo tal y como él lo veía —o, mejor dicho, tal y como quería que todo el mundo lo viese— le proporcionaba un sentimiento de plenitud y felicidad inigualable. Aquel era un proyecto apasionante que guardaba básicamente para sí mismo. Aparte de su madre, por supuesto, que entendía a la perfección ese afán de crear algo. De enterarse su padre, se habría mofado de él, y su hermano, cuando vivía, no le veía el sentido.

Hugo inspiró hondo, guardó de nuevo la cámara en la mochila y reemprendió el paseo hacia la oficina.

—Como bien saben, mi esposa heredó el edificio hace muchos años y ahora hemos adquirido el inmueble contiguo…

Raymond Chadwick se interrumpió cuando su hijo entró en la sala de juntas. La mirada que le lanzó resultó imperceptible para los socios reunidos alrededor de la mesa, pero Hugo conocía muy bien lo que traslucía. Resentimiento. Nunca lo había expresado con palabras, pero el significado estaba muy claro: había muerto el hijo equivocado.

—Hemos propuesto una oferta por el edificio de la esquina —

continuó su padre—, y estoy seguro de que para finales de mes habremos adquirido toda la calle. Mi hijo, aquí presente, estará al cargo de las negociaciones con el grupo hotelero —dijo para terminar, disimulando cualquier duda que pudiera albergar sobre la capacidad de Hugo.

—Así es. De hecho, ya me he puesto en contacto con el equipo de diseño y se muestran bastante firmes en cuanto a su deseo de conservar la fachada original —dijo Hugo sacando unos folletos para hacerlos circular por la mesa. Su padre volvió a lanzarle otra de sus miradas disimuladas, pero, como siempre, tuvo cuidado de no delatar sus emociones en público. Hugo contaba con ello cuando añadió—: Y debo decir que estoy de acuerdo, porque hay que mantener al Ayuntamiento de nuestro lado. Habrá muchas alteraciones en la zona, y…

—Además de regeneración, empleo, incremento de negocio… —intervino su padre contraatacando.

—Por supuesto —admitió Hugo. Tragó saliva. Tenía que salir vencedor de aquella discusión—. No obstante, conservar la fachada histórica contribuiría en gran medida a congraciarse con los negocios locales…

—Caballeros —lo interrumpió Raymond, rebosando un encanto de lo más falso—, estoy seguro de que apreciarán de buen grado el entusiasmo de mi hijo por la estética refinada, pero será mejor que pasemos a asuntos más importantes y nos pongamos en contacto con el equipo negociador una vez que se haya cerrado el contrato para hacernos con la propiedad.

Con esas palabras, Hugo quedó disculpado como un niño que hubiese estado incordiando a los adultos. Resultó extremadamente humillante, pero merecía la pena arriesgarse a ser el blanco de la ira de su padre si eso se traducía en conservar parte de las características originales de la propiedad en cuestión. Si su padre imponía su parecer, todos y cada uno de los detalles de aquella hermosa arquitectura quedarían sustituidos por formas angulares de hormigón y vidrio. A Raymond solo le importaba el beneficio, y

cuanto más dinero ganaba más miserable se volvía. Hugo ya no entendía qué era lo que impulsaba a su padre. Ganar a toda costa se había convertido en su lema. Pero ¿ganar qué, exactamente?

De vuelta a casa a última hora de la tarde, Hugo pasó de nuevo por delante de la antigua floristería. La luz había cambiado por completo, y aunque la fachada seguía siendo bonita desde un punto de vista ornamental, carecía de la energía que Hugo había captado por la mañana. Eso era lo que más amaba de la fotografía, que las condiciones eran siempre algo tan casual que uno jamás podía capturar la misma imagen dos veces. Siguiendo una costumbre que apenas recordaba haber adquirido, Hugo se llevó la mano al bolsillo interior izquierdo de su chaqueta, donde debería estar su libro. Y entonces se acordó: Edith. Sacudió la cabeza, y el recuerdo le hizo sonreír. Debía de haber pensado que todo estaba planeado. Pero era cierto: llevaba ese libro consigo a todas partes, como un talismán. En cierto sentido, era un símbolo de protección, algo que le impedía convertirse en su padre. Y, sin embargo, notaba que su intención flaqueaba.

Cuando vivía, Stéphane era el centro de atención. Rebosaba encanto por los cuatro costados y, en su calidad de primogénito, todo el mundo alababa sus logros y consentía sus indiscreciones. Hugo siempre lo había admirado como a una especie de semidiós. Y no fue hasta después de su muerte cuando Hugo se dio cuenta de que su hermano había actuado a modo de parachoques entre él y su padre. Mientras Stéphane había sido el gran triunfador y el heredero aparente de la fortuna de los Chadwick su padre se había sentido feliz, y eso le había permitido a Hugo llevar la vida que deseaba. Al ser el hermano menor, no había sentido la presión de cargar con la responsabilidad de las expectativas de su progenitor. De hecho, tampoco estaba seguro de que se esperara gran cosa de él. Stéphane había sido el niño de oro. Sin embargo, al final toda aquella presión había empezado a pesarle. Y ahora aplastaba

también a Hugo.

Fotografiar edificios antiguos había empezado como un pasatiempo, pero había acabado convirtiéndose en mucho más que eso. Tenía la sensación de que mantener algún tipo de conexión con los valores del pasado servía para mantenerlo conectado también con su alma. Bajo la luz mortecina del atardecer, veía el objetivo de su cámara como una puerta, una especie de umbral entre la vida que vivía y la versión idealizada de ella que había vivido antes. Sin embargo, el abismo que se abría entre ambas realidades lo empezaba a engullir.

Capítulo 12

El lunes por la mañana me desperté a las seis, mi hora habitual. Levanté las persianas y miré por la ventana en cada oportunidad que se me presentó a partir de aquel momento —bien con el cepillo de dientes en la boca, bien con el cepillo para desenredarme el pelo en la mano—, en busca de indicios que apuntaran a algún tipo de comportamiento clandestino que pudiera delatar a los Moreau. La calle estaba en silencio, y en ella no había ningún movimiento. Tendría que levantarme mucho más temprano si quería sorprender al panadero entrando por la puerta del sótano. Me salté el desayuno y bajé corriendo a las seis y media, pero madame Moreau, que al parecer se había levantado a una hora inimaginable para mí, ya estaba descargando cestas de pan recién hecho para colocarlo en las estanterías. Manu aún tenía que llegar, pero las cajas a la espera de ser repartidas ya estaban pulcramente apiladas junto a la puerta. ¿Cómo lo hacía esa mujer? ¿Y a su edad, además?

—*Bonjour, madame Moreau* —dije, asustándola.

—*Bonjour, Édith* —replicó.

Parecía un poco más cansada de lo habitual esa mañana, y me ofrecí a prepararle un café antes de que abriéramos. Eso también la tomó por sorpresa y, aunque rechazó el ofrecimiento, noté que algo cambiaba entre nosotras. Me puse a trabajar en silencio y le abrí la puerta a Manu cuando llegó. Llovía a cántaros, y lo sentí por él al pensar que tendría que subirse a la moto para ir a repartir el pan. Pero él cubrió las cajas con una pequeña lona y se fue volando, sin

más.

—Es un buen chico, ¿verdad? —le dije a madame Moreau—. *Il est bien* —repetí.

—*Il travaille bien, oui* —repuso, mostrándose de acuerdo y sin dejar entrever absolutamente nada.

—*Il habite près d'ici?* —pregunté, presionándola para intentar averiguar si Manu vivía en la zona, o quién era su familia, o quizá cómo había acabado trabajando en la panadería.

—*En haut* —respondió, y levantó brevemente la cabeza para señalar hacia arriba.

—¿Vive con usted? —dije, incapaz de disimular mi incredulidad.

Gracias a aquel paso en falso, volví a recibir gruñidos y gestos para indicarme que siguiera con mi trabajo. Y con eso llegaron los primeros clientes de la mañana, y ya no tuve más tiempo para darle vueltas al tema.

Trabajar todo el día con productos recién horneados me traía a la memoria recuerdos maravillosos de mi infancia que había atesorado durante muchísimo tiempo. Cuando mi padre renunció a su puesto de jefe de repostería, convirtió la cocina de casa en el espacio en el que dar rienda suelta a su expresión artística. Mi madre y yo solíamos regalarnos con ligeros y esponjosos profiteroles rebosantes de crema y cubiertos de chocolate, o disfrutábamos con tartas de chocolate negro recubiertas de trocitos de avellana tostada. Mis favoritos eran los pasteles, y al lado de mi padre adquirí cierta habilidad en el oficio y aprendí a preparar uno especiado de zanahoria que estaba buenísimo. Mi padre siempre decía que la elección de los ingredientes revelaba muchas cosas sobre el panadero. Ni que decir tiene que me intrigaba mucho conocer al maestro panadero que había despertado de nuevo mi apetito con sus panes deliciosos y su increíble repostería. Pero seguía envuelto en un halo de misterio, escondido en el sótano de madame Moreau.

En un esfuerzo para al menos familiarizarme mejor con sus productos, decidí pasar la hora de la comida haciendo una pequeña degustación en la cafetería. Le expliqué a madame Moreau que

quería conocer mejor los distintos tipos de pan y ella se limitó a encogerse de hombros con indiferencia. Como tenía el espacio para mí sola, configuré el teléfono para que sonara algo de música de Django Reinhardt, el intérprete que Johnny me había recomendado. En cuanto la guitarra empezó a sonar, me enamoré al instante de aquel *jazz* gitano y me dejé llevar por el ritmo mientras comenzaba a elegir los panes que deseaba catar. Dejé de lado las conocidas *baguettes* y los tradicionales *pain de campagne* y *pain complet* (blanco e integral, respectivamente), y, sin poder evitar que se me hiciese la boca agua con el aroma de la masa recién hecha y de la corteza crujiente, me decanté por los panes de aspecto más especial. Me senté en una mesita al lado de la ventana y, armada con una tabla de cortar y un cuchillo, corté una rebanada del primer pan redondo, etiquetado como *pain au levain*, que, por su sabor ácido, deduje que estaba hecho de masa madre. Recordé que mi padre preparaba a veces masa madre en casa y la dejaba fermentar toda la noche. Y que me encantaba ver cómo se transformaba y cobraba vida.

«¿Ves las burbujas, Edie? —me decía—. Eso significa que la levadura presente en el aire y la propia harina han empezado a asentarse en la masa madre. Se comerán los azúcares de la harina e incrementarán la acidez de la mezcla, impidiendo de este modo el crecimiento de otros microbios "malos"».

Era como un experimento de ciencia culinaria. Cuando la masa madre se volvía espumosa y fermentaba, quería decir que ya estaba lista para su uso. También recuerdo que mi madre insistía en que mi padre hiciera sus «experimentos» en el lavadero, por los fuertes olores que solían desprender. Luego mi padre horneaba una hogaza de un pan delicioso (que compensaba con creces el mal olor), pero guardaba siempre una porción de masa madre que «alimentaba» con harina y agua para que el proceso no se interrumpiera. Mi padre afirmaba que había panaderos que trabajaban con una masa madre de más de cien años. En aquel tiempo me parecía extraño eso de cultivar bacterias para hacer pan, pero saborear aquella hogaza

ligera y esponjosa en la panadería me hizo apreciar de verdad esa tradición ancestral. Me pregunté también cuántos años tendría la masa madre de madame Moreau, y quién la habría elaborado en primer lugar.

A continuación probé un pan de pasas redondo que se conocía como *pain aux raisins*. Por instinto golpeé la base de la hogaza y escuché ese eco maravillosamente profundo que era garantía de una corteza gruesa y oscura. Aquel pan crujiente estaba tentadoramente delicioso, y las pasas hinchadas le daban una dimensión adicional. Después de beber un vaso grande de leche, pasé con glotonería a un *pain aux noix*, un pan de nueces hecho con harina integral. En Francia la nuez es la reina de los frutos secos, y por eso muchas veces se refieren a esa variedad como «pan de frutos secos», como si la nuez fuera el único que valiera la pena comer. Con el equilibrio perfecto de acidez y nueces crujientes casi enteras (lo que significaba que habían sido incorporadas después del amasado), resultó ser mi favorito. Era húmedo, de un color ligeramente más oscuro que los demás, y podría haberme comido felizmente el pan entero. Por supuesto, los comí todos untados con mantequilla, como una auténtica irlandesa. Cuando llegué al *pain bis*, un pan de centeno, estaba completamente llena y rendida de respeto hacia nuestro panadero solitario. No me consideraba ni mucho menos una experta, pero, por los sabores y las texturas de los panes, mis sospechas de que se horneaban en un horno de leña quedaron confirmadas. Empujé la silla hacia atrás y miré al fondo de la tienda. Una puerta batiente daba acceso a un espacio reducido donde había un fregadero, una mínima superficie de trabajo para preparar *tartines* o bocadillos y una pequeña *chauffe grille* eléctrica para tostar pan.

Sin pensármelo dos veces, me levanté y fui directa hacia allí, colocando bien las cosas y limpiando los mostradores a mi paso. Volví la cabeza para mirar a la calle, que estaba tranquila a aquella hora del día, y presté atención a cualquier sonido que madame Moreau pudiera estar haciendo arriba. Lo único que oí fue su

televisor, donde debían de estar emitiendo el típico concurso de sobremesa. Satisfecha al comprobar que nadie me iba a molestar, entré en el pequeño espacio de la cocina. Anteriormente había visto una puertecita, justo al lado de una nevera en miniatura, aunque, al ser tan pequeña, siempre había dado por sentado que era la puerta de un armario. Estaba pintada en un tono gris azulado muy claro y tenía dos paneles de cristal esmerilado que ocultaban lo que en aquel momento comprendí que debía de ser el sótano. Madame Moreau, que era bajita, podría pasar sin problemas por allí, pero yo tendría que agacharme. Con cuidado, giré el pomo de cristal y me llevé una decepción al comprobar que la puerta estaba cerrada con llave. Me quedé allí mirándola, casi suplicándole que se abriera. Y entonces, de repente, tuve una inspiración y corrí a abrir de nuevo la puerta de la pequeña cocina. El aseo del establecimiento, que era mixto, estaba justo al otro lado y, aunque no estaba segura de que también se pudiera acceder desde allí, decidí que merecía la pena intentarlo. El baño, que era bastante elegante, como suele ser habitual, tenía las paredes cubiertas con un papel pintado estilo *vintage* donde se representaban escenas de gente adinerada realizando distintas actividades al aire libre. Los grifos eran dorados, igual que el espejo, lo que le daba un aspecto tanto hogareño como chic.

Para mi satisfacción, vi que en el suelo había una rejilla, justo detrás del lavabo, desde donde se veía el sótano. La rejilla, de hierro, era vieja y me resultó muy fácil levantarla con la sola ayuda de un bolígrafo. Y entonces, por primera vez, pude disfrutar de una vista parcial de los dominios del panadero. Era un espacio increíblemente auténtico, y al instante me di cuenta de que las cosas habrían cambiado muy poco desde tiempos de *monsieur* Moreau. Las paredes eran de un sencillo ladrillo visto y el suelo parecía de hormigón, y todo estaba cubierto por una fina capa de harina. Con razón el pan sabía tan bien, reflexioné, ya que debían de utilizar recetas ancestrales y hornearlo en aquel viejo horno de leña. Desde mi incómoda atalaya solo alcanzaba a atisbar el lateral del horno,

pero no era necesario ver más, puesto que el intenso aroma a madera quemada era inconfundible. Vi los sacos de harina —etiquetados como *Farine*— apilados contra la pared, así como un conjunto de estanterías altas de madera donde se almacenaban moldes antiguos y bandejas para hornear, ligeramente deformadas como consecuencia del intenso calor del horno. Lo único que faltaba allí era el panadero, pero imaginé que ya habría acabado su jornada, pues debía de comenzar hacia las cuatro de la mañana. Me dolían las rodillas después de haber estado tanto rato agachada sobre las baldosas, y me disponía a incorporarme cuando me sorprendió una voz.

—*Eeh… Ça va, Édith*? —preguntó Manu, claramente desconcertado al encontrarme en aquella postura.

—Oh, Manu, no te había visto —respondí aturullada—. Es que… acabo de perder un pendiente —dije, mintiendo—. *J'ai perdu* mi pendiente —repetí, riendo por mi estupidez y devolviendo la rejilla a su lugar con el pie. Manu hizo un gesto de asentimiento, pero adiviné que no estaba nada convencido.

Justo acababa de limpiarlo todo después de mi pequeña sesión de cata de productos cuando reapareció madame Moreau y, sin el menor miramiento, me apagó la música. Parecía enfadada, lo cual no era nuevo, pero noté que algo en la música la había afectado. No tuve oportunidad de preguntarle al respecto, pues ya era hora de abrir y necesitaba ir un momento a refrescarme. Mientras subía la escalera, no pude dejar de pensar en que aquella fachada de hostilidad de Manu y madame Moreau podía ser simplemente un intento de esconder algo. Pero ¿qué? ¿Estarían de verdad desarrollando algún tipo de actividad ilegal ahí abajo? Parecía improbable. No obstante, su extraño comportamiento me daba a entender que allí pasaba algo, de modo que tomé la decisión de llegar al fondo del asunto.

Por la tarde me cité con Nicole en una cafetería con vistas al río.

Mientras caminaba por las calles iluminadas por las farolas y efectuaba los ya conocidos giros para acceder al centro, me di cuenta de que Compiègne se había convertido en un lugar familiar para mí. Era como si hubiese pasado una eternidad desde que llegué a la ciudad después de aquel inesperado viaje en tren desde París, rebosante de decepción por la mala suerte de haber aceptado un trabajo en un pueblo periférico. En aquellas pocas semanas había recorrido un largo camino, en todos los sentidos. Cuando llegué a nuestro punto de encuentro, vi a Nicole sentada en la barra charlando amigablemente con uno de los camareros. Nunca había conocido a nadie que se sintiera tan a gusto como ella en su propia piel, y la facilidad con la que se relacionaba con la gente despertaba en mi interior un poquito de envidia.

—¿Y bien? —dijo para empezar, después de pedir para mí una copa de vino y un tentempié de pan con paté que tenían un sabor intenso y estaban extremadamente deliciosos.

—Bueno, pues… Él, es decir, Hugo, me acompañó a casa —empecé a explicarle.

Se me hacía extraño pronunciar su nombre en voz alta. Había sido una noche mágica y, a pesar de que me había esforzado al máximo por no fantasear con lo sucedido, a veces me preguntaba si había pasado de verdad.

—Ya. ¿Y…? —dijo Nicole, impaciente.

—Bueno, hablamos mucho y… Ah, ¿sabías que es fotógrafo? —dije.

—*Très bien. Et…* —insistió, animándome, ansiosa por llegar a la parte interesante.

—Vale, vale… ¡Nos besamos! —confesé, extasiada como una colegiala y sin tener siquiera la dignidad de esconderlo. De pronto me asaltó el recuerdo de la suavidad de sus labios y me sonrojé—. Dios mío, qué bien besa.

—*Voilà… Je l'avais dit!* Te estás divirtiendo en Francia, *¿non?* —dijo—. ¿Has quedado otra vez con él?

—Bueno, el caso es ese, que me dijo que tenía que regresar a

París por algo del trabajo. De hecho, no sé cuándo va a volver. No me lo dijo.

—¿Te pidió el número de teléfono? Seguro que te llamará —dijo con naturalidad, echándose el pelo oscuro por encima del hombro y dejando al descubierto unos enormes pendientes de aro de color blanco.

—Oh, pues no —admití, con el corazón de repente encogido—. No me lo pidió. Ni siquiera se me ocurrió decírselo.

—Mmm… Pero vive aquí, ¿no?

—Creo que no. Me dijo que tiene un apartamento en París. —Y entonces, al contárselo todo a Nicole, empecé a tener la sensación de que la historia sonaba un tanto sospechosa—. Ay, Dios, no estará casado, ¿verdad?

—*Pourquoi?* ¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Nicole, mucho menos preocupada que yo por esa posibilidad. Al fin y al cabo, era francesa.

—Bueno, el caso es que cuando llegamos a la panadería lo invité a subir, y entonces me dijo algo acerca de que tenía que levantarse temprano. En aquel momento pensé que se estaba comportando como un caballero, ¿sabes? Y creo que no estaba del todo equivocada, porque estoy segura de que estaba interesado. Pero fue como si de pronto se cortara. Y ahora estoy empezando a preguntarme si quizá fue el sentimiento de culpa lo que le hizo dudar.

—*Non, je ne pense pas*. No tenía ese tipo de rollo de hombre casado.

—¿Qué tipo de rollo?

—Describirlo es complicado, pero se le veía demasiado inquieto como para estar casado. Los hombres casados se muestran más relajados, quizá porque saben que tienen a alguien en casa. No, estaba demasiado tenso para estar casado.

—Eso es ridículo. La gente tensa se casa. ¡La gente relajada se casa y se pone tensa! ¿Qué tipo de razonamiento es ese? Me parece que solo intentas no herir mis sentimientos.

—Puede ser —reconoció Nicole—. Pero mira la de hombres que hay por aquí. —Abarcó con un gesto la sala y ladeé la cabeza para mirarla con ironía—. Vale, no exactamente «aquí», pero ¿por qué pones todas tus manzanas en esa cesta?

—No son manzanas. Son huevos —dije corrigiéndola.

—*Ce n'est pas important* —replicó Nicole con un suspiro, claramente exasperada—. Te gusta de verdad, ¿no? —Asentí, sin poder evitarlo—. A lo mejor es que estaba… ¿Cómo has dicho? Sí, comportándose como un caballero. Al fin y al cabo, es medio inglés.

Apuré de un trago lo que me quedaba de vino.

—Qué bien besaba… —repetí, mirando por la ventana.

Justo en aquel momento, el teléfono de Nicole sonó con la entrada de un mensaje. Sus facciones, hasta entonces relajadas, se tensaron de repente.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—*Zut alors*. Ya estamos otra vez con el alquiler pendiente de pago —dijo derrumbándose un poco.

—Oh.

Puse mala cara. No se me ocurría nada que decir. Y, por otro lado, no quería meterme en los asuntos privados de Nicole.

—¡No se te ocurra casarte con un músico, Edith!

—Lo siento. Si puedo ayudarte de alguna manera… —dije sin convicción, consciente de que poco podía hacer yo.

—Bueno, ya sabes, si te enteras de algún trabajo donde necesiten un historiador cualificado, dímelo —replicó Nicole con un resoplido.

Yo ahí pensando que Nicole y Johnny vivían una vida perfecta, cuando todo el mundo tenía sus propios problemas…

—En fin, sigue contándome cosas de Hugo. ¿Así que dices que besa bien? —preguntó, animándome a continuar.

Y le hablé sobre eso, y sobre nuestra velada romántica, hasta que la sonrisa regresó a nuestras caras. Confiárselo todo a Nicole me ayudó a recuperar mi fe en que pronto volvería a tener noticias de él.

Cuando llegué a casa y abrí la puerta de mi pequeño apartamento, me di cuenta enseguida de que había algo sobre la cama. Lo cogí y vi que era una postal con una imagen en blanco y negro de la Torre Eiffel. Miré el reverso y lo primero que vi fue el nombre de «Hugo» en la firma. El corazón me dio un vuelco. Tiré el abrigo al suelo y me senté en la cama para poder leer bien lo que decía.

Señorita Lane:
Todavía sigo soñando contigo, como en la canción.
Huyo X

Breve, dulce y de un romanticismo incandescente. No me había pedido el número de teléfono, pero recordaba mi dirección. Enviarme una postal en lugar de un mensaje al teléfono era algo maravillosamente anticuado. Dios mío, qué delicado es, pensé. Porque ahora sí que me tenía totalmente atrapada en su red.

Capítulo 13

Aquella noche no pude dormir. En casa, en Dublín, había pasado muchas noches de insomnio después de la muerte de mi madre. En parte, porque no quería soñar con ella y despertarme luego y ver que no estaba allí. Los últimos años habían sido como vivir suspendida en el aire, siempre a la espera de que se me cayera el otro zapato. Pensando en aquella época ahora, en la buhardilla, con toda la distancia que me separaba del pasado, empecé a comprender que por aquel entonces perdí una parte de mí. Cuando me convertí en la cuidadora de mi madre, me vi obligada a desatender muchas de mis necesidades. Y a pesar de que no me arrepentía de ello, y de que volvería a hacer lo mismo sin dudarlo ni un instante si supiera que así podría recuperarla, empezaba a preguntarme si aquellas partes de mí que había perdido volverían algún día. Y quién sería yo si lo hicieran.

Miré el teléfono. Las tres y once de la madrugada. Encendí la luz y cogí el libro de Hugo, que había dejado en la mesita de noche. *En busca del tiempo perdido*.

—Exactamente eso, Proust —murmuré—. Exactamente eso.

Suspiré. Lo abrí por la primera página y leí la primera línea.

«Durante años me acosté temprano».

No me quedó otra que sonreír. Quizá Proust fuera más accesible de lo que pensaba. Seguí su proceso mental, delicado y disperso, sin que se presentara el menor signo de sueño. Cuando volví a mirar la hora en el teléfono, eran casi las cuatro de la mañana.

Debería probar lo de contar ovejas, pensé, pero entonces se me ocurrió una idea mejor.

Abandoné mi colchón chirriante y me levanté con la intención de prepararme un chocolate caliente con aquel licor especial de vainilla. Envuelta en la bata para protegerme del frío del viejo edificio, bajé a la cocina para calentarme un cazo de leche. No faltaba mucho para que amaneciera y, con poco o nada de sueño, sabía que el día se me haría largo y difícil, pero por alguna razón no me importaba. Encontré la botellita en el armario y seguí la receta tal y como la había visto escrita en la libreta. Vertí el líquido caliente y oscuro en un bol, me senté junto a la encimera y lo sujeté entre las manos. Tardé un rato en darme cuenta de que los sonidos amortiguados que se oían debajo de mí eran voces. ¿Varias voces? Agucé el oído, levanté la cabeza y la giré hacia un lado como lo haría un perro, y confirmé que sí, que se oía a dos personas hablando. Y las voces no venían de la calle, sino del sótano.

Claro. Sacudí la cabeza ante mi propia estupidez. Había dos panaderos. Dejé el cazo en remojo en el fregadero mientras mi cabeza empezaba a procesarlo todo. Debían de estar colocando la leña en el horno como primer paso antes de comenzar a hornear. Tenía todo el sentido del mundo. Uno se ocuparía de los panes, y el otro se haría cargo de la pastelería. Sabía que la producción de la panadería suponía demasiado trabajo para una sola persona. Pero entonces la oí a ella. Los parlamentos guturales de madame Moreau eran inconfundibles. ¿Qué demonios hacía ahí abajo?

Corrí al cuarto de baño y levanté con habilidad la rejilla que había en el suelo, junto al lavabo, la misma a través de la cual había estado espiando el sótano la tarde anterior. La luz era tan tenue que al principio me costó poder ver algo. Sin embargo, enseguida noté el aire caliente que salía de los hornos y ese olor agrio que desprende la levadura cuando fermenta y transforma la harina y el agua en algo mágico. De pronto apareció Manu arrastrando los pies, con un delantal blanco atado a la cintura y la camisa remangada.

—Así que está aprendiendo el oficio —murmuré, algo

sorprendida.

Convertirse en un panadero de primera exigía mucho tiempo y dedicación, y con solo quince años me parecía un objetivo muy ambicioso. Por extraño que parezca, me sentí orgullosa de él. A mí, a su edad —o a cualquier edad, de hecho—, nada habría conseguido sacarme de la cama a las cuatro de la mañana. A madame Moreau no podía verla, pero sí podía oírla mientras daba órdenes.

—*Maintenant, tu fais exactement comme lui* —dijo, ordenándole a Manu que hiciera exactamente lo mismo que estaba haciendo el panadero.

Con las manos enharinadas, Manu empezó a amasar una gran cantidad de la mezcla. Forcé la vista para seguir su mirada e intentar ver al maestro panadero. De entrada no conseguí distinguir nada; me daba la impresión de que Manu estaba mirando directamente a los hornos. Pero entonces empecé a vislumbrar un destello… Una vez, dos. Una persona, un hombre, pensé, aunque la silueta era borrosa. Por instinto me froté los ojos, pensando que quizá así vería un poco mejor. Muy despacio, se apoderó de mí una sensación extraña, una pesadez que no estaba presente momentos antes. Y fue entonces cuando me desmayé.

Me desperté en mi cama sin la menor idea de cómo había llegado allí. Tenía la cabeza a punto de estallar y notaba el cuerpo magullado y dolorido. Los recuerdos de la noche anterior se me escapaban por completo. Quizá todo había sido un sueño, el simple fruto de una imaginación hiperactiva. Cogí el teléfono, y a punto estuve de dar un salto con pértiga desde la cama cuando vi que eran más de las ocho. Me vestí con una camiseta y unos vaqueros, me calcé unos zapatos de tacón bajo y bajé en tromba la escalera mientras me recogía en una coleta el pelo cortado a capas. Irrumpí en la panadería con tanta fuerza que estuve a punto de tropezar con *monsieur* Raynard, un anciano muy amable que venía a tomar su café y su *tartine* cada mañana.

—*Oh, excusez-moi!* —exclamé ruborizada cuando el hombre me dijo caballerosamente que la culpa había sido suya por quedarse plantado en la puerta.

Ya no hacían hombres como él…, aunque en el fondo yo esperaba que los siguieran haciendo. Me disponía a pedirle perdón a madame Moreau por mi retraso cuando, para mi sorpresa, me interrumpió para decirme que Manu ya me había excusado y que confiaba en que mi dolor de cabeza fuera a mejor.

—Eeeh… Sí, gracias —fue todo lo que logré farfullar antes de ponerme el delantal y concentrarme en las tareas habituales.

El día fue pasando, pero yo tenía muy claro que Manu y yo debíamos hablar.

Por la tarde, durante la pausa del café, llamé a mi padre. Después de haber elegido mi *croissant aux amandes* favorito, el que tenía un relleno de exquisita crema *frangipane*, me senté en la placita que había en la esquina y dejé que el sol acariciara mi rostro.

—¡Feliz cumpleaños! —dije con alegría, en un intento de compensar el hecho de no estar presente en casa el día de su cumpleaños.

—Oh, Edie. ¿Cómo estás, cariño? He recibido tu tarjeta de felicitación…, aunque no he entendido ni una palabra —dijo mi padre riendo.

—Siento mucho no estar allí contigo —dije, tratando de ignorar la persistente idea de que lo había abandonado.

—Te perdiste una barbacoa fenomenal —dijo—. Vinieron algunos de los chicos a ver el *rugby*.

—Oh, entonces es que hace buen tiempo, ¿no?

—¿Bromeas? Ha llovido todo el fin de semana, y no me quedó otro remedio que encender la barbacoa en el cobertizo.

—¿En el cobertizo? Eso no es muy seguro, ¿no? —repliqué, esbozando una mueca de alarma solo de pensarlo.

—Bueno… ¿Qué tal te tratan las ranas? —preguntó mi padre.

—No creo que sea muy políticamente correcto decir eso —dije, reprobándolo.

—¿Ya has hecho amistades por ahí?

Le hablé de Nicole y su familia, y creo que mi padre se quedó sinceramente aliviado al saber que había gente que cuidaba de su niña…, aunque ya no fuera tan niña. No le dije nada sobre Hugo, ni sobre lo que había visto aquella noche, aunque me moría de ganas de hacerlo.

Pasé la tarde callada en la panadería, concentrando mi atención en los clientes y tratando de mantener distancias con madame Moreau. Esperé a que Manu volviera a última hora, pero mi jefa, después de decir que me veía muy pálida, insistió en que acabara mi jornada antes de lo habitual. Su cambio de actitud me resultaba incomprensible, pero estaba cansada y además tenía una montaña de ropa que lavar antes de irme a dormir. Había ido postergando la *lavage* desde mi llegada y, como al parecer no había lavadora en el edificio, sabía que no me quedaba otra que perder varias horas en una lavandería.

Después de cargar a mis espaldas lo que parecía un cadáver, encontré una abierta cerca del campus universitario. Entré y dejé mi abultada bolsa de deporte sobre el mostrador. Las máquinas zumbaban sin piedad y los estudiantes permanecían sentados en estado comatoso mientras observaban la circunnavegación de su ropa en el tambor. Era un establecimiento de autoservicio, de modo que separé la ropa blanca de la de color y eché monedas a dos lavadoras. Después de cinco minutos viéndolas girar, me puse a mirar el teléfono y vi que Nicole me había enviado una foto de nuestra noche en el Nostalgie: Hugo y yo bailando. Jamás había visto una foto mía parecida a aquella. Se me veía feliz y despreocupada. Y él también sonreía y me miraba de una manera que me provocó un cosquilleo en el cuerpo solo de recordarlo. ¿Por qué demonios no le habría pedido su número? Guardé el teléfono en el bolsillo. Después de un intento fallido de leer un periódico que alguien se había dejado en una silla, me entretuve mirando por la

ventana del local hasta que la lavadora emitió un ruido sordo y se paró.

Por la noche me acosté temprano, con mi Proust y la bolsa de agua caliente que había comprado en la farmacia. Me reconfortó un poco del frío, y me confirmó mi estatus de perdedora anticuada. Aunque ahora era una perdedora anticuada que leía a Proust. Una vez más, me quedé hipnotizada con ese estilo verboso que te desafiaba a ralentizar la lectura, a no leer a toda velocidad para averiguar qué pasaba a continuación. Leer a Proust era la antítesis de navegar por las redes sociales, una práctica que a veces me acababa poniendo nerviosa. De hecho, me sentí casi transportada al tiempo del escritor, en el que todo se movía a un ritmo mucho más lento. Y entonces algo muy interesante me llamó la atención.

> *Encuentro muy razonable la creencia celta de que las almas de aquellos a los que hemos perdido están cautivas en alguna criatura inferior —en un animal, en una planta, en alguna cosa inanimada—,* perdidas, en efecto, para nosotros hasta el día (que para muchos nunca llega) en que pasamos por casualidad cerca del árbol o nos adueñamos del objeto que es su prisión. Entonces se estremecen, nos llaman, y en cuanto las hemos reconocido, el hechizo se rompe. Una vez que las hemos liberado, han vencido a la muerte y vuelven a vivir con nosotros.

Empecé a cuestionarme lo que había visto en el sótano. ¿Sería verdad? ¿Podría un alma perdida quedar cautiva en un lugar? De un modo u otro, entre todas esas elucubraciones, acabé quedándome dormida con el libro en la almohada. Sin embargo, antes de las cuatro de la mañana me desperté y me senté de golpe en la cama. Había tenido un sueño extraño en el que había una hoguera y viejas caravanas de madera, como las que tenían en algunos circos clásicos europeos. También había caballos y gente que hablaba en un idioma que no entendía. Yo intentaba encontrar el camino de regreso desde

algún lado, pero no era capaz. Me desperté con las mejillas surcadas de lágrimas. Encendí la luz y me levanté para llenar un vaso de agua. Sentía una tristeza tan grande que me resultaba inexplicable, y no sabía si su origen estaba en mí o en aquel lugar.

Reinaba el silencio, y justo cuando volví a meterme en la cama y apagué la luz mi teléfono cobró vida y empezó a sonar «Minor Swing», de Django Reinhardt. De haber sido yo un gato, me habría colgado del techo con las garras. No me atrevía ni a respirar, pero, tan de repente como la música había empezado a sonar, el teléfono se quedó en silencio. Agucé el oído, en un intento por captar cualquier sonido que me resultara desconocido. Y por fin, después de unos momentos de tensa negociación conmigo misma, me atreví a sacar la mano de debajo de la sábana para encender la luz. Todo permanecía tranquilo y en orden, como debía ser. Muy despacio, me permití respirar de nuevo y dar el valiente paso de salir de la cama y mirar debajo, respaldada por la creencia infantil de que si ahí abajo no había nada todo iría bien. Y nada había, por supuesto, pero el hecho de que se me hubiera puesto la carne de gallina en todo el cuerpo me decía que algo no iba del todo bien en aquella panadería.

Mi primer instinto fue hacer la maleta. No me llevaría ni cinco minutos recoger todas mis cosas y largarme de allí. Tomar el tren de primera hora a París, ir al aeropuerto y ponerme en la lista de espera para embarcar en el primer vuelo con destino a casa. Pero no me moví. Mi segunda idea fue bajar al apartamento de madame Moreau, aporrear su puerta y exigir respuestas. Tampoco hice eso. Me resultaba imposible encontrar una explicación racional, pero tenía la sensación de que aquello que estuviera pasando en la panadería era la llave que me ayudaría a desvelar algo que vivía en lo más profundo de mi interior.

Un pensamiento acarició entonces la superficie de mi conciencia. No era exactamente un recuerdo, sino más bien una pista. Cogí los zapatos, me puse el abrigo y bajé de puntillas la escalera de caracol, intentando no hacer ruido. Una vez en la panadería, encontré las llaves de la puerta en el cajón que había debajo de la caja

registradora. Introduje la llave en la cerradura y oí que el mecanismo giraba. Retiré los cerrojos de la parte superior e inferior de la puerta, quizá con demasiada energía, y me preocupé por la posibilidad de haber hecho ruido. Permanecí inmóvil unos instantes y escuché. Todo seguía en silencio. Teléfono en mano, salí a la oscura calle adoquinada. Sin el sonido del tráfico diario y con la única luz de las farolas, fue casi como retroceder en el tiempo. Los edificios de aquel barrio apenas habían cambiado en más de un siglo. Rodeé la casa y bajé por la callejuela en la que la puerta azul del sótano quedaba medio escondida por la sombra del hastial. Encendí la linterna del teléfono y alumbré la puerta. Vi que había una placa de latón. Apenas me había fijado en ella la primera vez, pero ahí estaba, tal y como la había visualizado. Grabado en letras doradas había un nombre: «P. Moreau». Pierre. El mismo nombre que había encontrado en el recetario.

Capítulo 14

PIERRE MOREAU
1942

Pierre empezó su jornada como era habitual, encendiendo el fuego en los hornos y atándose el delantal blanco a la cintura. Extrajo varias cucharadas grandes de harina de un saco de arpillera y la tamizó en un cuenco. Ya no necesitaba medir las cantidades, lo hacía todo a ojo. Luego llegó el momento del azúcar. Apenas quedaba. La semana anterior el tendero le había prometido que el envío que esperaba llegaría aquel mismo día, pero, teniendo en cuenta que quince días atrás le había prometido lo mismo, Pierre decidió utilizar muy poca. Después de mezclar la harina con unos huevos batidos, incorporó la mantequilla derretida y siguió mezclando hasta conseguir el característico color dorado de las *madeleines*. En cuestión de minutos ya estaban en el horno, y el sótano se inundó del cálido aroma que desprendía el azúcar al caramelizarse.

Pierre era un hombre más bien tímido. Tenía un carácter reservado, aunque para sus clientes no existía nadie más fiable. Siempre podían confiar en él, y dirigía su panadería con la precisión de un reloj. Naturalmente, los rumores en torno al hecho de que un soltero tan codiciado aún no se hubiera casado eran inevitables, pero la magnificencia de su repostería era tal que todo el mundo

estaba dispuesto a pasar por alto el descuido de no haber encontrado esposa.

«A lo mejor es que no le atraen las mujeres, ¿no os parece?», decía a menudo Arnaud, el propietario del *tabac* cercano. Toda comunidad tenía su Arnaud. El tipo al que le gustaba meter las narices en los asuntos ajenos. Como si conocer los asuntos de los demás fuera a darle algún tipo de ventaja y sirviera para proteger del escrutinio su propia e intrascendente vida. Porque Arnaud no solo se dedicaba a vender las noticias que contenían los periódicos, sino que además inventaba las suyas propias acerca de todos los habitantes de la ciudad. Los chismorreos frívolos carecían de importancia, pero, en tiempos de guerra, un personaje como Arnaud podía acabar resultando muy peligroso. Solía pasarse el día apostado en la puerta de su tienda, observando las idas y venidas de todos los vecinos de la Rue de Paris.

Sin sonreír, gritó «*Bonjour!*» y saludó con la mano a Pierre la mañana en que este salía a entregar unas *baguettes* al jefe de la estación. Por el porte estoico de Pierre, nadie habría adivinado lo que le estaba costando mantener la panadería a flote con el racionamiento de todos y cada uno de los ingredientes esenciales que necesitaba para hornear. Había escasez de mantequilla, de leche y de huevos. Pero el que más echaba de menos era el que hacía que sus pasteles fueran tan especiales: sus preciosas vainas de vainilla, cuyas flores crecían a los pies de los árboles del cacao en las selvas de Madagascar. El comerciante que había conocido en el mercado había desaparecido al principio de la guerra, y junto con él lo había hecho el ingrediente secreto de Pierre. Solo le quedaba un frasco, y había decidido conservar su contenido en un licor y reservar su valioso efecto para ocasiones muy especiales.

Por el momento, su deber era alimentar a los habitantes de Compiègne, de modo que empezó a pedalear calle abajo con sus cinco *baguettes* doradas balanceándose en la cesta de mimbre. Los camiones lo adelantaban y levantaban grandes nubes de polvo a su paso. La lona que cubría la parte trasera de uno de ellos se agitó

ligeramente y, bajo el sol de mediodía, dejó ver a los soldados alemanes que viajaban en su interior, sentados en fila a ambos lados y armados con rifles mientras bromeaban y reían. A Pierre se le revolvió el estómago. ¿Cómo se podían reír de aquella manera cuando tenían conciencia del sufrimiento que estaban infligiendo? Le parecía antinatural e inhumano. Y sin embargo también ellos eran humanos, seres de carne y hueso, como él.

—*L'espoir fait vivre* —murmuró para sus adentros, convencido de que renunciar a la esperanza equivalía a conceder la victoria al enemigo.

Justo cuando Pierre llegó a su destino, un tren entraba en la estación. El áspero sonido metálico de la locomotora al detenerse, algo que de pequeño le emocionaba, ya no guardaba secretos para él. Sacó la cesta con el pan y echó a caminar por el andén en dirección al despacho del jefe de estación. Por un instante, Pierre vio su figura reflejada en las ventanillas de los vagones. Había perdido peso, y su porte, alto y delgado, había ido menguando con el paso de los meses de ocupación. Se quitó la gorra y pasó una mano por su pelo oscuro. Necesitaba un buen corte. Perdido en sus pensamientos, al principio ni siquiera las vio: a la mujer y a la niña. La mujer lo miraba desde el otro lado del cristal. Sus ojos mostraban desesperación. De pronto, la mujer se puso en movimiento y salió corriendo del vagón sin despegar casi la vista de él, como si Pierre fuese la línea de meta en una carrera.

El andén estaba en aquel momento lleno de gente, y también de soldados. La mujer fue directa hacia él y le dirigió una mirada implorante, aunque no dijo nada. La guerra le había arrebatado la belleza a todo el mundo, pensaba a menudo Pierre, pero aquella mujer irradiaba luz interior. Incluso él lo notaba. La niña, con la carita mugrienta y bañada en lágrimas, le sujetaba la mano con fuerza. Pierre levantó de nuevo la vista hacia la mujer, y fue entonces cuando se fijó en que tenía el labio partido y un moratón justo encima de la ceja. Debieron de ser apenas unos segundos, pero a él le pareció como si todo se moviera a cámara lenta.

—*Chéri*! —exclamó la mujer.

Uno de los soldados se volvió hacia ellos, pero Pierre lo entendió enseguida.

—Bienvenidas a casa, queridas mías —dijo, abrazando a las dos desconocidas como si fueran su familia.

Lo que él no sabía ese día era que aquella mujer estaba a punto de cambiar su vida para siempre.

Capítulo 15

A primera hora de la mañana siguiente llegó otra postal. Apenas logré contenerme de besar al cartero, y el corazón me dio un vuelco al pensar en Hugo y su mirada intensa, con la que parecía esforzarse por intentar conocerme aquella noche llena de magia. Había vuelto a reflexionar acerca de esa noche más de una vez, y habría deseado que las cosas hubieran sido de otra manera. La despedida prematura me había dejado la sensación de haber desaprovechado mi oportunidad, aunque las postales mantenían vivas mis locas esperanzas.

En esta ocasión, la imagen de la postal era un bello edificio: el Musée Carnavalet. Una exquisita mansión construida en piedra en cuyo patio interior había varias mesitas y sillas dispuestas como en un café y protegidas con sombrillas gigantes.

—Ah, París… —dije con un suspiro.

El texto del reverso era muy sencillo:

Pienso en ti, señorita Lane.
Y espero que todo lo sucedido no fuera solo un sueño.
Hugo X

Sabía que sus palabras no deberían afectarme tanto, pero no podía evitarlo. Estaba loca por él, y en cierto modo me había resignado a aceptar lo que pudiera resultar de ello. Una simple

aventura pasajera, un desamor, una relación para toda la vida… Fuera lo que fuese, estaba destinada a vivirlo. Me estremecí al comprobar que unas simples palabras escritas a mano por él despertaban aún más mi curiosidad. Estaba desesperada por saber más sobre él, por descubrir si sentía lo mismo que yo. Por otro lado, mis sentimientos me tenían tan abrumada que deseaba correr a esconderme donde fuera. Guardé la postal en el bolsillo del delantal y, canturreando, salí a limpiar las mesas exteriores.

—Creo que no hace falta que te pregunte qué es lo que te ha puesto esa canción en el corazón —dijo la voz de Nicole.

Había ido a la panadería para comprar unos dulces para el salón de peluquería y charlar un rato conmigo. Le enseñé la postal mientras se tomaba un expreso rápido en la barra.

—Eso de enviarte postales y llamarte «señorita Lane» es de lo más anticuado —comentó.

—Lo sé, y creo que es justo eso lo que lo hace todo tan insoportablemente romántico —dije, casi disfrutando del dramatismo de la situación.

—Sigue sin decir cuándo piensa volver por aquí —añadió Nicole mientras le daba la vuelta a la postal que tenía en la mano.

Dejé su comentario sin responder y le puse unos cuantos *pains au chocolat* en una bolsa de papel marrón para que se los llevase al salón.

—*De toute façon*, es mejor eso que las aplicaciones de citas, *¿hein? Mon Dieu*, no te imaginas la de cosas raras que se encuentran allí —dijo Nicole antes de apurar el café.

—¿Ya te estás planteando sustituir a Johnny? —dije en broma.

Nicole soltó una carcajada ronca.

—No te creas para nada los estereotipos. No todos los franceses tenemos amantes. Y, sinceramente, entre el trabajo y el pequeño Max, ¿de dónde sacaría yo tiempo para eso? No, lo digo por mi madre. Mis padres se divorciaron hace años y siempre le estoy sugiriendo que se busque una cita.

—El hombre que consiga una cita con tu madre será un tipo

afortunado. Es deslumbrante, tanto por dentro como por fuera.

—Es lo que le digo yo, pero… ¿Los hombres que se apuntan a esas páginas? ¡Dan miedo! Ni siquiera creo que las fotos de perfil que ponen sean auténticas.

—Bueno, si algún día conozco a un solterón millonario, te lo remitiré —le aseguré cuando Nicole iba ya de camino hacia la puerta.

—No olvides que Johnny toca en el Nostalgie el jueves por la noche. Tienes que venir, ¿vale?

—Lo siento, pero a esas horas ya suelo estar en la cama. Y últimamente duermo fatal.

—Será porque estás ocupada soñando despierta con quien tú ya sabes —dijo Nicole. Luego me guiñó un ojo y salió contoneándose de la panadería.

Por la tarde, madame Moreau fue a visitar al especialista que trataba su artritis y por primera vez me quedé al cargo de la panadería. Fue una sensación maravillosa. Era justo lo que había imaginado cuando emprendí mi viaje a París semanas atrás. Decidí darle otra oportunidad a Django Reinhardt, por mucho que hubiera estado a punto de provocarme un infarto la otra noche. Me había enamorado del *swing* de su guitarra, y empecé a atender a los clientes a un ritmo que me hizo sentir como si estuviera bailando entre las mesas. Controlaba por completo la situación y disfrutaba de la idea de ser mi propia jefa, liberada de la presencia constante de madame Moreau mientras proyectaba su sombra alargada cerca de mí. Consciente de que parecía imposible impresionar a esa mujer u obtener de ella algún tipo de aprobación, había perdido las ganas de intentarlo, y me constaba que ella había percibido mi cambio de actitud. Nuestras interacciones eran puramente superficiales, y así parecía funcionar mejor para ambas. Manu, por otro lado, se comportaba de un modo muy distinto conmigo, y yo con él. Intuía que ocultaba algún tipo de secreto y que era solo cuestión de tiempo que viniera a buscarme para contármelo.

Cuando cerré la tienda a última hora de la tarde, decidí salir a

cenar algo fuera. Madame Moreau aún no había vuelto del médico, y no me sentía cómoda del todo sabiéndome sola en el edificio. Fui a la *brasserie* donde había quedado con Nicole la semana anterior y me senté en un banco al fondo del restaurante. El personal estaba concentrado atendiendo a la clientela que había salido a cenar un lunes por la noche. Pedí una *salade roquefort*, una ensalada de queso azul y nueces con un toque picante, y la acompañé de una copa de un vino tinto igual de atrevido. Esa era una de las cosas que me empezaban a gustar de Francia: los sabores audaces y las presentaciones sencillas. Pan, vino y queso bastaban para proporcionar a la población desayuno, comida y cena. Estaba tan cansada después de mi larga jornada de trabajo que no me importó en absoluto tener que cenar sola, algo que jamás se me habría ocurrido hacer en Dublín. Siempre había pensado que la gente que comía sola lo hacía porque eran personas solitarias o que se sentían excesivamente seguras de sí mismas. Pero yo, en aquel momento, distraída como estaba, no me sentía ni una cosa ni la otra. En mi subconsciente había empezado a tomar forma una idea, pero no fue hasta que comencé a rebañar la salsa con el pan cuando esta emergió a la superficie.

—¡Lo buscaré en Google! —dije en voz alta sin poder evitarlo. Por suerte, nadie pareció oírme.

Abrí el navegador en mi teléfono y tecleé rápidamente «Hugo Chadwick fotógrafo» en la barra de búsqueda. El primer resultado me llevó a una página web de genealogía en la que una mujer había estado buscando a un tal Hugo Chadwick que había muerto a finales del siglo XIX. El segundo me remitió a un *pub* de la Inglaterra rural llamado Chadwick Arms, y después encontré varios estudios fotográficos repartidos por Australia y Norteamérica que llevaban el nombre de Chadwick, pero no había nada sobre el Hugo que yo buscaba. Eliminé la palabra «fotógrafo» y volví a probar. Esta vez, el primer resultado que apareció fue una página de Facebook con el nombre de Hugo Chadwick. Se me aceleró el corazón, pero mi conciencia empezó a argumentar que quizá parecería demasiado

ansiosa si le enviaba un mensaje por esa vía y echaba a perder así la correspondencia anticuada que él había querido mantener hasta el momento. Aun así, no fue necesario seguir malgastando energía dudando si escribirle o no un mensaje, ya que cuando entré en la página apareció la fotografía en blanco y negro de un culturista colombiano. No es que fuera desagradable a la vista, pero no era mi Hugo. Me quedé un poco desinflada y apenas si me fijé en el resultado siguiente, un enlace a la página web de Chadwick Holdings Incorporated. Recorrí con la vista las dos primeras líneas, en las que aparecían términos como «inversor principal», «propiedades comerciales» y «gestión de activos», ninguno de los cuales significaba mucho para mí. Seguí mirando, por pura curiosidad, y vi que la sede social estaba en Londres y que tenían una sucursal en París. Al final decidí abandonar la búsqueda. No quería sentirme como una acosadora, y me conformé pensando que si a Hugo le apetecía contarme más cosas sobre sí mismo ya lo haría él. Además, me gustaba esa aura de misterio. Si a él se le hubiera ocurrido buscarme en internet, tampoco habría averiguado gran cosa. Pensándolo bien, la *raison d'être* de las redes sociales era tener algo que enseñar al mundo, y hasta la fecha yo no había considerado que en mi vida hubiera algo digno de lo que presumir. De hecho, siempre me había esforzado por esconderme y ocultar los espacios en blanco que deberían haber ido ocupando mis logros. Y fue entonces cuando las dudas se apoderaron de mí. ¿Por qué alguien como Hugo podría estar interesado en alguien como yo?

No quería entregarme a esos pensamientos negativos, así que pagué la cuenta y me fui para no seguir dándole vueltas al asunto. En el camino de regreso a casa me tropecé en la placita con Geoff, que estaba dándole el último paseo del día a su perrita.

—¿Qué tal va esa adaptación? —me preguntó.

Me incliné para acariciar a Ruby.

—Muy bien, gracias.

—¿Mejor esto que París? —dijo, recordando nuestra conversación.

—¿Sabe qué? Empiezo a pensar que estaba destinada a venir a Compiègne.

—Mmm… Mire, le propongo algo: ¿por qué no se apunta a una de las visitas turísticas que organizo? Si piensa quedarse por aquí, quizá le sería de utilidad conocer un poco la historia de este lugar.

No era yo precisamente de esas personas a las que les gustaban las visitas guiadas y los viajes en grupo, pero sí sabía reconocer la mano de la amistad cuando me la tendían, de modo que decidí aceptar la invitación. Quedé en que aprovecharía el siguiente día libre que tuviera. Al menos me serviría para distraerme y para no pensar en Hugo Chadwick durante un rato.

Capítulo 16

El minibus estaba aparcado en la orilla sur del río y fui la primera en llegar.

—Estas son las ventajas de despertarse a las seis de la mañana todos los días —le expliqué a Geoff, que estaba plantado en la acera con un colorido paraguas de gran tamaño, probablemente para que la gente que se había apuntado a la visita pudiera localizarlo.

Como era domingo, la panadería estaba cerrada, pero había llevado conmigo unos cuantos dulces que habían sobrado del día anterior.

—Una manera perfecta de congraciarse —dijo Geoff eligiendo una madalena.

—Mi padre siempre procuraba llevar pastelitos de algún tipo cuando íbamos a pasar el día fuera —dije, atacada de pronto por una punzada de nostalgia que me llenó los ojos de lágrimas—. Oh, lo siento. ¡Y eso que solo llevo fuera quince días!

Geoff me pasó un pañuelo, y me contuve para no preguntarle si estaba usado.

—Todos nos sentimos solos a veces —dijo.

—¿Nunca echa de menos su casa? Gran Bretaña, quiero decir.

—Bueno, la verdad es que voy de vez en cuando. Allí ya solo me queda mi madre. Está en una residencia, en Bristol.

Hice un gesto de asentimiento. Sus palabras tenían un triste carácter definitivo. Y aun sabiendo que ese era el devenir normal de la vida, la sensación de vacío permaneció. Por suerte, empezaron a

llegar grupitos de tres y cuatro personas y el minibús se llenó casi del todo. Geoff puso el motor en marcha.

Salimos de Compiègne en dirección este por la N31. Se me hizo extraño salir de la ciudad y ver las afueras por primera vez. La Rue de Paris se había convertido en todo mi mundo desde mi llegada, hasta el punto de que casi había olvidado que tenía un país entero por explorar. En cuestión de minutos, nos adentramos en el bosque de Compiègne. Era un lugar bellísimo, tranquilo y rebosante de verdor. Cuando pasamos por delante del impresionante monumento a Alsacia-Lorena —una escultura gigantesca que representaba el águila imperial de Alemania atravesada por la espada aliada— comprendí por qué tantos historiadores tenían aquel lugar en tan alta estima. Estacionamos en un pequeño aparcamiento y recorrimos a pie un sendero boscoso hasta llegar a un extraordinario claro. Delante de nosotros, unas vías de tren conducían hasta el centro del memorial. A un lado se erigía una estatua del mariscal Foch, y más adelante, entre un tanque y un cañón, estaba el museo, un anodino edificio blanco de escasa altura con banderas que ondeaban al viento.

A pesar de que la zona en sí era muy verde y frondosa y en ella olía a savia, la sensación de que allí había sucedido algo muy solemne era insoslayable. Y aunque todavía desconocía lo que había ocurrido en aquel lugar, percibía su importancia. Entramos en el pequeño edificio y Geoff nos explicó que se trataba del Museo del Armisticio. Compró las entradas y se puso en modo guía. Aun sin quererlo, me quedé extasiada con sus explicaciones. Además, con su pantalón de pana de color mostaza y su jersey de cuello de pico, encontré que encarnaba su papel a la perfección.

—¡Y ahora préstenme todos mucha atención! Esto es una réplica del vagón de tren utilizado por el mariscal Foch y sus oficiales, entre los que destacaban el primer lord del Almirantazgo británico, sir Rosslyn Wemyss, y el jefe del Estado Mayor francés, el general Weygand. Aquí fue donde se reunieron con los alemanes para firmar el armisticio que acabaría con el horror de la Primera Guerra

Mundial, la Gran Guerra. El armisticio se firmó a las cinco y diez de la mañana del 11 de noviembre.

—¿Y quién era el mariscal Foch? —pregunté.

—Era, básicamente, el comandante en jefe de los ejércitos aliados. El jefe supremo. Fue venerado como un gran teórico militar y combatió a los alemanes hasta hacerlos volver a su territorio. Predijo, sin embargo, que el armisticio no supondría una paz permanente y que, transcurridos veinte años, la guerra podría volver a estallar. Y acertó: veinte años y sesenta y cinco días después empezó la Segunda Guerra Mundial.

Era escalofriante. Aquello no tenía nada que ver con las clases de historia del colegio ni con esos libros llenos de viejas fotografías de generales muertos que fracasaban a la hora de transmitir las realidades de una guerra. En la sala había muchos recuerdos de la Primera Guerra Mundial, recortes amarillentos de periódico, fotocopias, cámaras antiguas junto a fotografías de los distintos frentes, banderas, objetos hechos con proyectiles, secuencias de película hipnóticas y parpadeantes que me recordaron de forma inquietante al panadero fantasma…

Para tratarse de un museo tan pequeño, la atmósfera era extraordinaria. La sencillez de la exposición y de los objetos resultaba tan conmovedora que los visitantes se sentían inmersos en los acontecimientos del pasado.

—¿Y la Segunda Guerra Mundial? —preguntó una mujer con acento español.

Recordé que la madre de Nicole había dicho que el padre de madame Moreau había vivido bajo «el régimen» durante esa guerra, de modo que agucé el oído.

—Justo ahora voy con eso, madame —replicó Geoff.

La verdad es que cuando hablaba del pasado Geoff parecía otro. Su pasión por el tema era evidente, y me sentí realmente afortunada por poder tener a aquel guía tan conocedor solo para mí.

—Veamos. Este espacio abarca los acontecimientos de 1940, que fueron una historia muy distinta para los franceses. La batalla de

Francia se había perdido, el enemigo estaba en París y Francia estaba a punto de acabar dividida en dos. Se solicitó un armisticio, y el 21 de junio de 1940, aquí, en el bosque, en lo que ha venido a llamarse el Claro del Armisticio, se produjo la reunión entre las delegaciones francesa y alemana. Las conversaciones se desarrollaron en el mismo vagón de tren que años antes había servido como escenario de la derrota alemana. Luego se acordó el armisticio: un medio deliberado y tremendamente efectivo de humillar a los franceses.

Geoff hizo una pausa para que la importancia del lugar calara en todos.

—Durante la ocupación alemana de Francia, que se desarrolló entre 1940 y 1944, este lugar se limpió por completo y el vagón fue trasladado a Berlín. Posteriormente, cuando la guerra empezó a ir mal para Alemania, fue llevado al bosque de Turingia, donde fue quemado en abril de 1945. Pero este no fue el final de la historia para esta zona del bosque conocida como el Claro del Armisticio —continuó Geoff, y distraídamente me pregunté si aquel hombre podría llegar a tener su propia serie documental en televisión. Era excelente presentando información de lo más compleja—. El 1 de septiembre de 1944, Compiègne fue liberada. En noviembre, el general Marie-Pierre Koenig, el líder de la Francia Libre más conocido después del general De Gaulle, encabezó un desfile militar en el Claro del Armisticio que fue presenciado por una multitud entre los que destacaban oficiales británicos, estadounidenses y polacos.

—Caray, así que este sitio ha jugado un papel realmente crucial en la historia de Francia —intervine.

—Como le he venido diciendo, Edith, eligió usted por casualidad uno de los emplazamientos más importantes de toda Europa. Y es por eso por lo que estoy tan ocupado con los turistas que se desplazan hasta aquí para verlo con sus propios ojos. De hecho, el 11 de noviembre de 1950 se inauguró de manera oficial una réplica de aquel vagón de tren con los objetos que pueden ver hoy aquí.

A continuación pasamos un rato paseando y asimilando en

silencio el contenido de la exposición. Capté entre los visitantes rasgos de acento estadounidense, así como británico e italiano. Me sentía casi avergonzada por lo poco informada que estaba sobre todo aquello; sobre lo que había significado la guerra para los franceses, que habían tenido que compartir frontera con el enemigo. Le di las gracias a Geoff por ser un guía tan excepcional y le prometí un montón de *éclairs* por su labor.

Volvimos todos al minibus y emprendimos el camino hacia la siguiente parada de nuestra visita histórica. Me senté justo detrás del asiento del conductor para poder tener una mejor vista.

—Quizá tendría que buscarme un coche —dije inclinándome hacia delante para que Geoff pudiera oírme—. Salir de excursión al campo resulta muy agradable.

—La verdad es que tener coche no es imprescindible. Cuando llegué aquí, iba a todos lados en bicicleta. El clima es mucho más benigno para los ciclistas que en Gran Bretaña, y además está permitido subir la bici al tren.

—Hace años que no monto —dije—. ¡Ni siquiera sé si me acordaría!

—Es fácil… Se trata simplemente de ir en bicicleta —replicó Geoff guiñándome un ojo.

—La verdad es que me encanta cómo trabaja su material, Geoff —dije riendo. Me sentía a gusto en su compañía.

Continuamos por la carretera principal hasta que Geoff detuvo el minibús delante de una pista forestal. Seguimos el camino a pie hasta llegar a lo que parecía una lápida. El grupo se congregó a su alrededor y, cuando las conversaciones se acallaron, miré a Geoff con curiosidad.

—Esta lápida marca el lugar desde donde partió el último tren de Compiègne a Buchenwald, el 17 de agosto de 1944, que transportó a mil doscientos cincuenta hombres hasta aquel campo de exterminio.

El silencio se volvió visceral. Leer sobre todo aquello era una cosa, pero estar en el lugar donde se habían cometido crímenes de

lesa humanidad tan impensables resultaba realmente abrumador.

—¿Qué? ¿Está diciendo que desde aquí salieron trenes con destino a los campos de concentración alemanes?

No podía ni creer lo que yo misma estaba diciendo. La ocupación alemana, los nazis, el Holocausto… Todo eso estaba a un millón de kilómetros de mi vida.

—De hecho, aquí mismo hubo un campo de internamiento que albergó a muchos judíos y soldados de la Resistencia francesa. Los retuvieron aquí y finalmente los enviaron a los campos de trabajo, donde la mayoría falleció.

La conmoción me dejó paralizada. Era un sitio tan tranquilo que me resultaba imposible imaginar que allí hubieran tenido lugar sucesos tan traumáticos. La cruda realidad me había afectado profundamente, y por eso le pregunté a Geoff cómo hacía para acudir a un emplazamiento como ese una y otra vez.

—La gente necesita recordar, Edith. De lo contrario, sus muertes, y las de los miles de personas que sacrificaron su vida para intentar protegerlas, no habrían servido de nada.

Sus palabras eran poderosas. El recuerdo era la mejor manera de honrar a las personas.

Un poco después, mientras los demás miembros del grupo empezaban a volver al microbús, yo me quedé allí con Geoff un poco más.

—A mi madre siempre le gustó mucho Francia —dije—. A veces me pregunto si estoy viviendo mi sueño o el de ella.

Geoff se detuvo un momento y sacó una cajetilla de tabaco. Yo no había fumado en mi vida, pero por alguna razón me pareció que aceptar un cigarrillo era lo correcto en aquellas circunstancias. Tosí y resollé cuando me lo encendió e intenté sin éxito dar una calada. Geoff se encendió otro para él, y lentamente hizo sus deducciones.

—Ya no está con nosotros, ¿verdad?

—No —respondí, contenta de no tener que dar explicaciones.

—Se me ocurre una cosa. ¿Por qué no le enseño un lugar que tanto a usted como a su madre les encantaría? —dijo Geoff

dándome unos golpecitos cariñosos en el brazo. Aquel hombre me recordaba un poco a mi padre, y no solo por sus patillas setenteras. Tenía una actitud práctica y sensata que hacía que su compañía resultase muy confortable—. No queda lejos —me aseguró.

Emprendimos el camino de vuelta a la ciudad cuando el sol iniciaba su descenso para ocultarse entre las suaves nubes de color lavanda. Tal y como Geoff me había prometido, enseguida llegamos a otro aparcamiento, aunque esta vez estaba situado en la entrada de un grandioso castillo rodeado de jardines majestuosos y bosques tupidos. Mis compañeros de grupo dejaron escapar un montón de «ooohs» y «aaahs» antes de colgarse las mochilas y abandonar sus asientos.

—¿Qué lugar es este? —pregunté, observando entre las sombras del bosque.

—Este lugar —respondió Geoff quitándose el cinturón de seguridad— es donde suelo traer a las esposas cuando se hartan de seguir a sus maridos por todos esos museos de la guerra. Y parece que funciona —añadió con una sonrisa.

La magnitud del castillo me dejó impresionada. Mientras subíamos la escalera que conducía a una terraza repleta de magníficas esculturas clásicas le mencioné a Geoff que el edificio me recordaba un poco al palacio de Buckingham.

—Hay similitudes, sí. De hecho, el Château de Compiègne es un ejemplo del siglo XVIII del estilo del primer imperio francés, aunque la finca se remonta a tiempos de la dinastía merovingia.

Geoff había entrado de nuevo en modo guía turístico, y volví a sentirme agradecida por tener a mi disposición aquella fuente de conocimiento… siempre y cuando pudiera seguir el intenso ritmo de sus explicaciones.

—¿De qué dinastía? —pregunté, porque aquel nombre me parecía inventado, como sacado de *El diario de la princesa*.

—A partir del siglo V, la dinastía merovingia gobernó durante trescientos años a los francos, en una región conocida como Francia. Se cree que todos los reyes franceses descienden de ellos.

—No tenía ni idea —admití, dándome cuenta de que la historia era como un punto de fuga que se alejaba cada vez más—. ¿Y quién vivió en este castillo?

—El castillo fue construido como residencia real para Luis XV, y posteriormente fue restaurado por Napoleón. Pero incluso antes de que este *château* se construyese, Compiègne ya era el lugar de residencia de verano preferido por los monarcas franceses, sobre todo por sus posibilidades de caza, dada su proximidad al bosque de Compiègne.

—¿En serio? ¡Quién iba a decir que Compiègne era tan… importante! ¡Y pensar en lo mucho que me enfadé cuando supe que no iba a vivir en París! —dije.

—Nos gusta —replicó Geoff mirando a su alrededor, como si todo aquello fuese su patio del colegio—. Hoy no tenemos tiempo porque tengo otro grupo por la tarde, pero quizá, cuando disponga de su propio vehículo, podría volver aquí y visitar el Museo del Segundo Imperio… Está lleno de vestidos y parafernalia nupcial de la emperatriz Eugenia.

—Me encantaría volver —dije con sinceridad—. Debe de estar bastante ocupado, ¿no es así?

—Tal vez le sorprenda, pero he tenido incluso que rechazar gente. No doy abasto con tanta demanda, sobre todo cuando empieza la temporada de vacaciones. Si quiere que le sea sincero, me vendría muy bien poder contratar a alguien, pero no he conseguido dar con la persona adecuada. La verdad es que no hay mucha gente que tenga los conocimientos históricos adecuados, además de las habilidades comunicativas necesarias para hacer que la visita sea interesante. En cierto sentido, es como una actuación.

Mis ojos se iluminaron.

—¿Me está diciendo que necesita un ayudante?

—Sí. ¿Estaría usted interesada?

—Yo por el momento estoy hasta arriba de trabajo con la panadería, pero creo que tengo al candidato ideal.

Pensé en Johnny. Si alguien sabía actuar, era él, y además, ¿no

había dicho Nicole que había estudiado historia?

—¡Perfecto! Y ahora volvamos al castillo —dijo Geoff emprendiendo la marcha para reunirnos con el resto del grupo.

El edificio en sí se extendía por una gran superficie de cerca de cinco hectáreas y era sin duda majestuoso, aunque no tan recargado como las fotos que había visto de Versalles y otros *châteaux* franceses. Las largas avenidas que lo rodeaban se perdían a lo lejos, adentrándose en el bosque, y no pude evitar imaginarme a los miembros de la realeza cazando a caballo y pasándoselo en grande por allí.

—Se trata de una construcción de estilo neoclásico —continuó Geoff—. ¿Y qué es el estilo neoclásico, se preguntarán? Es cuando la simplicidad y la claridad gobiernan el diseño. En 1750, el destacado arquitecto Ange-Jacques Gabriel propuso una renovación completa del *château*. Después, durante la Revolución francesa, el *château* quedó bajo la jurisdicción del ministro del Interior. En 1795 se puso en venta todo su mobiliario y sus obras de arte fueron enviadas al Musée Central. Sin embargo, en 1804 Napoleón convirtió el *château* en un dominio imperial y ordenó hacerlo de nuevo habitable. Se modificó la distribución, se añadió un salón de baile, se replantó todo el jardín y se conectó directamente con el bosque. Dicen que «Compiègne habla de Napoleón igual que Versalles habla de Luis XIV».

—¡Bravo! —Aplaudí, impresionada por la capacidad de Geoff de memorizar tantos detalles—. Es su auténtica pasión, ¿verdad?

Me respondió con una sonrisa tímida, y por un instante envidié aquella sensación de plenitud que irradiaba. Así era como uno debía de sentirse cuando hacía algo que adoraba.

Mientras paseábamos por los jardines, la enormidad del *château* y la increíble extensión de sus terrenos me ayudaron a poner mi vida en perspectiva. Aquel lugar estaba lleno de historia, había vivido siglos de reyes y reinas, de vida y muerte, y, aun así, lo que había sobrevivido era el edificio y los bosques. Me vino a la cabeza la figura oscura que había vislumbrado en el sótano de la panadería.

No sabía cómo expresarlo, de modo que decidí soltarlo directamente.

—Geoff, ¿cree usted que lugares como este, con tanta historia…, cree que podrían estar encantados? —dije, intentando que mi pregunta sonara natural, como si formara parte de una conversación intrascendente.

—¿Se refiere a si hay fantasmas?

—Tal vez, sí, o…, no sé, ¿quizá algo parecido a «una presencia» de algún tipo?

—La verdad es que no creo mucho en esas habladurías, pero supongo que en un lugar tan antiguo como este debe de haber algún que otro fantasma rondando. He oído historias —añadió— sobre algunas zonas que en su día fueron campos de batalla… ¡Aunque podrían ser simples majaderías!

Hice un gesto de asentimiento y no dije nada más. Alejarme de la panadería por un día había sido estupendo, pero había algo que me atraía de nuevo hacia allí: un misterio que necesitaba resolver.

Capítulo 17

Enfilé la Rue Solférino de camino a la peluquería para visitar a Nicole mientras tarareaba una vieja canción de Julie London, «I'm in the Mood for Love». Contemplé los bellos edificios de arenisca y la luz del sol reflejada en sus balcones de hierro forjado decorados con macetas. ¿Cómo sería vivir en un apartamento con esos ventanales que iban desde el suelo hasta el techo? Andaba tan ensimismada soñando despierta con suelos de madera pulida y cortinas blancas ondeantes por efecto de la brisa que a punto estuve de pasar de largo y dejar atrás la peluquería. Llevaba dulces y también buenas noticias, y cuando por sorpresa vi a Johnny al otro lado del cristal pensé que aquello era cosa del destino.

—¡Llego en el momento perfecto! —dije, saludándolo a él y a Nicole, a quien entregué la bolsa con las masas de hojaldre—. ¿Sabéis quién quiere contratar a un historiador?

Los dos me miraron sin entender nada.

—Geoff Harding, un guía turístico que vive aquí en la ciudad.

—Ajá. ¿Y? —preguntó Johnny, negándose con terquedad a atar cabos.

—Está completamente desbordado porque tiene muchísimas visitas y está buscando a alguien que no solo sepa de historia —dije, e hice una pausa para sumarle dramatismo al asunto—, sino que además sea capaz de hacer que las visitas sean entretenidas para el público.

Mi sonrisa era tan luminosa que con ella se podrían haber

encendido todas las farolas de Compiègne. Pero no había rastro de la de Johnny.

—*Mais, c'est géniale…* ¡Una oportunidad perfecta! —dijo Nicole.

—¿Quién ha dicho que yo necesite un trabajo? —cuestionó Johnny, en un tono que no me dejó la más mínima duda de que acababa de meter la pata.

—Yo… Bueno, nadie en realidad. Es solo que estuve en una de esas visitas y…

Nicole se puso a hablarle a Johnny en francés, tan rápido que no entendí nada de lo que decía. Conversaron en voz baja, pero el énfasis gutural de cada sílaba daba a entender a las claras que aquello era una discusión.

—Es un hombre realmente encantador —añadí, pero ya no me escuchaban—. Bueno, sí, mejor que vuelva al trabajo —dije con timidez, y me marché sin que se dieran cuenta siquiera.

En el camino de regreso ya no canturreaba, claro está. Había comprendido con retraso que se lo debería haber comentado antes a Nicole, y haber dejado que fuera ella quien se lo dijera a Johnny. O, mejor aún, debería haberme mantenido al margen. A fin de cuentas, ayudar a la gente no era una empresa tan sencilla.

Después de una tarde larga y estresante en la que no dejé de preocuparme por si había mandado al traste mi amistad con Johnny y Nicole, me puse con los preparativos para cerrar la tienda y, de pronto, vi a alguien que salía de un Range Rover aparcado al otro lado de la calle. Tuve que mirar dos veces para asegurarme de que era él. Hugo.

—*Bonsoir* —dijo.

—*Bonsoir*.

Mi sonrisa era prueba suficiente de que me alegraba de verlo. Estaba ridículamente guapo, con una camisa blanca planchada de manera impecable y un pantalón informal de algodón. Y un bronceado impresionante. Tuve que morderme el labio para

recordarme que no me lo estaba imaginando y que, de hecho, aquello estaba pasando de verdad.

—Pasaba por el barrio y… Bueno, mejor borra eso. No pasaba por el barrio, ni mucho menos. Hoy he tenido una reunión en París, y he pensado en acercarme para ver si por casualidad estabas libre para ir a cenar.

Era el tipo de argumento capaz de hacer que una chica se enamorara perdidamente de un chico, y yo lo estaba por completo. Miré el reloj y me quedé pensativa un momento.

—Supongo que estoy libre —dije, y vi que esbozaba una sonrisa cómplice.

—De acuerdo, perfecto, vale. ¿Vamos?

—Oh, pero antes debería cambiarme, ¿no te parece? —dije, bajando la vista hacia mi camiseta a rayas marineras y mis vaqueros.

—Personalmente, yo no cambiaría nada de nada.

Levanté la vista al cielo alegremente.

—Vuelvo en cinco minutos —dije.

Las revistas femeninas me habían hecho creer que pasar «del día a la noche» sería una parte importante de mi vida de adulta, y comprendí que la lectura de todos esos artículos por fin daba sus frutos. Pero tenía que pensar rápido. Me quité las bailarinas y me puse el único calzado de tacón que había metido en la maleta, unas botas negras con puntera abierta. No tenía tiempo para ponerme una blusa, y con las prisas tampoco encontré ninguna joya o pieza de bisutería que realzara lo que llevaba puesto, así que me anudé al cuello un pañuelo rojo para el cabello que me había regalado Nicole. Me rocié con una buena cantidad de perfume y me solté el clip que utilizaba para recogerme el pelo en el trabajo. Me peiné con los dedos mientras entraba en el cuarto de baño y buscaba a trompicones hasta dar con un lápiz de labios rojo. Una pasada rápida de rímel y lista: ¡transformación de día a noche completada! Me eché la chaqueta negra sobre los hombros, bajé y cerré con llave la puerta de la panadería.

Hugo me estaba esperando con la puerta del acompañante

abierta, y al verme me dirigió un gesto de asentimiento.

—Bueno, ¿adónde me llevas? —pregunté en cuanto entró en el coche y puso el motor en marcha.

—Es una sorpresa.

Veinticinco minutos más tarde llegamos a nuestro destino. Un largo camino de acceso flanqueado por cipreses conducía hasta lo que a primera vista me pareció un viejo granero, pero a medida que nos acercamos distinguí unas lucecitas entrelazadas en un emparrado exterior y varias mesas dispuestas para cenar.

—¿Qué lugar es este? —pregunté, sorprendida y aliviada al ver que no íbamos a un restaurante refinado.

—Una antigua bodega con sus viñedos. Un amigo mío la adquirió el año pasado —me explicó. Hizo girar el volante y encajó el coche en un espacio con habilidad. Salió rápidamente y llegó a mi lado antes de que me diera tiempo a bajar—. Permíteme —dijo, sujetándome la puerta.

—Me parece que estás sentando un precedente muy peligroso —dije.

—Asumo el riesgo.

Me sentía como si ya estuviera un poco mareada. Pero ¿qué estaba pasando? ¿Qué me estaba pasando a mí, Edith Lane, nefasta lectora de mapas y camarera más que mediocre?

—*Jean, comment ça va?* —dijo Hugo.

Estrechó la mano de su amigo y entramos en el granero, que, según pude ver ahora, era en efecto una bodega.

—*Eh, mon ami, content de te voir* —replicó Jean—. Y veo que vienes acompañado.

—*Oh, bonsoir* —dije, y lo saludé dándole un beso en cada mejilla —. Todo esto es precioso —añadí admirando el interior, donde se veían filas y más filas de barricas de roble y una pequeña barra para las catas.

—*Merci, mademoiselle* —dijo Jean.

Nos sentamos en una mesa con vistas al viñedo, que se extendía hacia el sur y brillaba bajo la luz de la luna. Aun estando a principios

de la primavera, instalarse en el exterior y disfrutar del crepitar de la leña que ardía en la pequeña chimenea resultaba agradable. Los asientos estaban cubiertos con tapetes de piel de oveja, y había mantas para protegerse del frío. Las demás mesas estaban ocupadas por parejas y grupos de amigos, y sus conversaciones distendidas proporcionaban la banda sonora perfecta.

—Creo que nunca había estado en un sitio como este —dije.

—Es muy especial.

Ay, Dios, Hugo me había llevado a un lugar especial. Lo cual significaba algo. Sentí mariposas revoloteando en el estómago. Llegó un camarero para ofrecernos vino, que Hugo, por supuesto, rechazó porque tenía que conducir.

—Adelante, por favor —dijo cuando vio que yo negaba con la cabeza en un gesto de solidaridad.

—Bueno, quizá solo una copa. Tengo que levantarme a las seis.

—Ah, sí, claro, la panadería. ¿Qué tal va?

Sus ojos azules se clavaron en mí, y de pronto sentí la necesidad de hacer que mi vida sonara mucho más interesante de lo que era en realidad.

—Oh, ya sabes, no es más que un trabajo. Lo que de verdad me interesa es la música.

¿Por qué había dicho aquello?

—Eso está muy bien. ¿Tienes alguna actuación a la vista? Porque debo decir que la última me gustó de verdad.

Quelle merde, como se diría en francés.

—Mmm… Sí, quizá haga una sesión con la banda de Johnny en el Nostalgie —respondí, hundiéndome cada vez más en un pozo de mentiras.

Pero ¿qué estaba diciendo? Si acaso, yo debía de ser la última persona con la que Johnny querría hablar en ese momento, y mucho menos actuar. Por suerte empezó a llegar la comida.

—*Bon appétit* —dijo Jean.

Dejó en la mesa dos platos blancos enormes, y entre ambos depositó una olla pequeña. Cuando levantó la tapa, llegó hasta

nosotros un aroma intenso y reconfortante.

—¿Te gusta el *coq au vint*? —preguntó Hugo mientras empezaba a servirme una ración de un pollo que tenía un aspecto delicioso.

—Creo que no lo he probado nunca.

Me coloqué la servilleta en el regazo y esperé a que Hugo se sirviera antes de probarlo.

—*Bon appétit* —dijo, siguiendo el ejemplo de Jean.

Tenía un sabor divino. Pollo estofado en vino tinto con cebollitas, champiñones y panceta. Los franceses conseguían resultados excepcionales con ingredientes sencillos. En la mesa había una cestita con pan y Hugo cortó un poco para mojarlo en la salsa, un gesto valiente al ir vestido con una camisa blanca.

—Gracias por traerme aquí —dije después de saborear el primer bocado—. Es un lugar mágico.

—Tenía el presentimiento de que te gustaría —repuso.

Empezaba a preguntarme qué tipo de fotógrafo sería si podía permitirse un coche como el que llevaba y cenar en bodegas situadas en lo alto de una colina.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando me sorprendió mirándolo.

—Supongo que simplemente intento averiguar quién eres. Por un lado parece que llevas una vida glamurosa, pero por otro se te ve feliz con las cosas más sencillas.

—¿Acaso no me pueden gustar ambas cosas?

Hice un gesto afirmativo. Quizá acababa de meter la pata. Hugo tenía derecho a vivir como le apeteciera. Acabé la copa de vino y acepté otra que me ofreció el camarero. Estaba de lo más desentrenada en eso de las citas.

—Te pido perdón si mi respuesta ha sonado un poco maleducada —dijo, apartando el plato y dejando la servilleta en la mesa—. Pero es que mi vida está llena de contradicciones. Igual que te sucede a ti, siento pasión por el lado más creativo de las cosas, que, en mi caso, es la fotografía. E, igual que te sucede también a ti, tengo un trabajo para ganarme la vida. Un trabajo aburrido, de esos que te amargan la existencia. —Apuró su vaso de agua—. Aunque pagan un

poquito más que en tu panadería —añadió, guiñándome un ojo.

—No quería parecer entrometida. La verdad es que no es asunto mío.

—No —dijo Hugo cogiéndome una mano por encima de la mesa —. Me alegro de que estés interesada. Porque a mí me interesas tú.

¡Guau! Un hombre que declaraba de entrada sus intenciones. Aquello era demasiado. Estaba mucho más acostumbrada a que los chicos escondieran sus emociones, disimularan sus sentimientos y revelaran una pizca de su verdadero yo solo después de unas cuantas cervezas. De modo que decidí hacer lo que mejor se me daba en ese tipo de situaciones: farfullar cualquier cosa.

—¿Sabías que Compiègne tiene una historia muy rica? El otro día estuve en una visita turística con Geoff, un cliente de la panadería que es inglés. ¡Como tú! Bueno, el caso es que dijo que me iría muy bien tener una bicicleta para ir de aquí para allá. No sé por qué no se me había ocurrido a mí. Antes me encantaba montar en bici, y me resultaría muy útil tener una si acabo quedándome aquí. Pero no una normal y corriente, sino una de esas tipo *vintage*, ¿sabes? ¡Quizá incluso con una cestita!

Una vez más, me salvó la llegada del postre.

—*Clafoutis* de cerezas con una crema chantillí ligera —anunció Jean, y los demás comensales estallaron en un aplauso espontáneo.

Ya casi ni me acordaba de que había otra gente cenando allí. En cuanto probé el suave y esponjoso pastel estuve a punto de olvidar de qué estábamos hablando.

—Entonces… ¿te quedas?

¿Me quedaba? Suponía que sí. ¿A quién pretendía yo engañar? ¡Por supuesto que estaba dispuesta a quedarme si vivir en Compiègne significaba disfrutar de más veladas como aquella!

—Por el momento sí —respondí. ¿Y ahora quién se estaba haciendo la difícil?—. Me gusta su encanto de otra época.

—Pues si te gustan las cosas con encanto de otra época, quizá te guste esto. —Hugo sacó el teléfono y acercó su silla a la mía—. Es de un proyecto en el que estoy trabajando —me explicó, y empezó a

enseñarme fotografías de fachadas de tiendas antiguas.

—¡Oh, qué preciosidad! —dije. Entonces apareció en pantalla un escaparate en tonos azul cobalto—. Oh, qué bonito…, es una tienda de discos. A Johnny le encantaría.

La tímida sonrisa que esbozó Hugo delató lo mucho que aquel proyecto significaba para él.

—Y mira esta —dijo.

Desplazó un dedo por la pantalla hasta llegar a un escaparate de color rosa descolorido y dorado con un montón de marionetas en su interior.

—¿Una tienda de marionetas? —pregunté, perpleja al ver que podía existir algo así.

—¡Sí! El propietario lleva fabricando marionetas, juguetes mecánicos y cajas de música desde los años setenta. Está en un edificio del siglo XVII, y es el último negocio de este tipo que queda en París.

—¿Piensas exponer tus fotografías? —pregunté, intentando bajar de las nubes.

—Lo que de verdad me gustaría sería publicarlas en un libro, pero todavía no he abordado a ninguna editorial.

—¿Por qué no?

—No sé. Por miedo, supongo. De todos modos, aún no he terminado mi trabajo.

—¿Qué fue lo que te llevó a empezarlo?

—Creo que fue el deseo de capturar la historia antes de que desaparezca.

Pensé en las películas antiguas que veía con mi madre y en que yo también había intentado aferrarme a algo del pasado. A un sentimiento de valores tradicionales, de pertenencia, de comunidad…

—Esta es mi favorita, creo —dijo Hugo enseñándome una fotografía de un precioso escaparate de madera pintado en un tono verde claro en cuya parte superior había un rótulo descolorido en el que se podía leer: FABRIQUE DE CHAPEAUX—. Es una librería —me

explicó—. El propietario descubrió el viejo cartel cuando remodeló el local.

—Oh, es precioso… —dije con un aire de nostalgia.

—¿Qué te pasa?

—Es solo que me encantaría verlo en persona.

—Puedo llevarte algún día, si quieres.

Nuestros ojos se encontraron, seguidos rápidamente por nuestros labios. Besarlo era como caminar por un prado cubierto de flores silvestres un caluroso día de verano. Sentía como si mi corazón brillase de dentro hacia fuera, como si parpadease igual que las lucecitas que nos rodeaban.

—Ejem… —dijo Jean empezando a despejar la mesa.

—Llegas en el momento menos oportuno, Jean —dijo Hugo en broma antes de pedir los cafés.

Capítulo 18

—Pero ¿qué es esto? —pregunté cuando Johnny me hizo entrega de una caja de bombones.

Era media mañana, y yo disfrutaba de mi pausa del café sentada en una mesita bajo el toldo en el exterior de la panadería.

—Una disculpa y un gracias. —Tomó asiento en la silla vacía que había a mi lado y encendió un cigarrillo.

—¿Por lo del trabajo de guía?

Johnny asintió.

—He hablado con Geoff y de verdad parece un buen tipo. Mañana hago una prueba.

Abrí la caja de bombones y me comí uno.

—Yo también me quiero disculpar —dije—. No debería haber metido la nariz en vuestros asuntos. Estaba cargada de buenas intenciones, pero a veces me entusiasmo en exceso. Supongo que soy una…

—¿Un alma caritativa? —Esbocé un mohín—. No, en serio. Nos has hecho un favor. Andamos un poco apretados últimamente, y puse mi orgullo por delante.

—¿A qué te refieres? —pregunté ofreciéndole un bombón.

—Supongo que tenía la idea de que el hecho de aceptar un trabajo más o menos fijo significaría que me estaba vendiendo, o que no creía de verdad que pudiera triunfar como músico. Las personas creativas somos bastante sensibles —dijo medio en broma antes de aplastar el cigarrillo en el cenicero.

—Te entiendo perfectamente —dije—. Lo cierto es que creo que eres muy valiente. Estás persiguiendo tus sueños, pase lo que pase.

—No sé si valiente o estúpido —replicó Johnny. Descansó los codos sobre las rodillas y fijó la vista en los adoquines de la calle.

—Siempre he pensado que me hubiera gustado ser cantante —dije en voz baja, como si estuviera en un confesionario—. Pero nunca he creído que fuera lo suficientemente buena como para ganarme la vida con ello, de modo que hace tiempo que abandoné por completo mi sueño. Lo consideraba una estupidez. Es lo que suele pasar, ¿no? Te haces mayor y te enfrentas a la realidad, pero lo que no sabes es que renunciar a tus sueños es parecido a renunciar a una parte de ti misma. ¿Y por qué? ¿Porque nunca llegarás a ser rico? ¿Y qué más da? Porque tus sueños pueden hacerte feliz, y eso sí que no tiene precio.

—¡Guau! —exclamó Johnny desconcertado.

—Ay, perdona. Estoy divagando…

—No, no, en absoluto. ¡Es como estar escuchando un manifiesto vital! Deberías cantar, Edith, si eso es lo que te hace feliz.

—Oh, no, no hablaba en concreto de mí —dije, sintiéndome de repente expuesta e incómoda.

—Bueno, ya sabes. Cualquier día que quieras improvisar un rato con nosotros…

—No, no podría, Johnny. No soy una artista como vosotros.

—¿Crees que yo empecé así? Aprendí el oficio tocando en las calles. ¿Y quieres saber cuál es el secreto? —Arqueé las cejas. Por supuesto que quería saberlo—. La gente cree que actuar consiste en fingir, pero no es así. Actuar consiste en dejar que la gente vea tu verdadero yo.

Sus palabras reverberaron en el fondo de mi alma.

—*Édith*? —dijo madame Moreau desde el otro lado de la puerta abierta.

—Y, hablando del tema… —dije levantándome mientras me alisaba el delantal—, será mejor que vuelva al trabajo.

—Vale, pero piensa en lo que te he dicho —dijo Johnny antes de

echar a andar con un nuevo brío en su paso.

—¡Gracias por los bombones! —grité—. ¡Y que tengas mucha suerte mañana!

¿Qué tendría aquel lugar que me hacía expresar mis pensamientos más escondidos en voz alta?, me pregunté.

La clientela de la tarde hacía cola para recoger sus *baguettes*, y mientras yo estaba ocupada atendiendo advertí que Manu entraba en la cocina que había detrás del mostrador a través de la pequeña puerta que daba acceso al sótano. Era la primera vez que veía a alguien utilizar esa puerta, pero antes de que me diera tiempo a atisbar qué había detrás Manu la cerró a toda prisa y giró la llave. Cuando se dio cuenta de que yo lo había visto salir por ahí, intercambiamos una mirada incómoda. «¿Qué gran misterio hay detrás de esa puerta?», me habría gustado poder preguntarle, pero tenía la sensación de que era algo que debería averiguar por mí misma. Eso y el hecho de que apenas hubiera clientes angloparlantes. ¿Por qué habían escrito entonces «se requiere inglés» en el anuncio de mi puesto de trabajo? Ahí había algo que no cuadraba, pero me costó volver a concentrarme cuando mi teléfono vibró con un mensaje de texto de Hugo. Lo leí a hurtadillas, sin sacar el móvil del bolsillo del delantal. Si madame Moreau me veía, la bronca sería impresionante. Los móviles estaban terminantemente prohibidos en el trabajo.

«Fue maravilloso verte anoche», leí.

Por fin me había pedido mi número cuando me había dejado en casa la noche anterior.

—¡Me estás costando una fortuna en sellos! —dijo. Y mientras empezaba a teclearlo, yo me había inclinado hacia él para besarlo con suavidad justo debajo de la oreja—. Vaya, se me acaba de ir de la cabeza —añadió con voz ronca.

—Dos, cero, tres… —dije, dándole besitos desde la mandíbula hasta la clavícula.

—A la mierda —dijo entonces. Y soltó el teléfono y extendió una mano para abarcarme la nuca mientras hundía los dedos en mi cabello.

Solo con recordarlo me temblaron las piernas.

Capítulo 19

HUGO CHADWICK

Hugo se había puesto sus Ray-Ban negras para protegerse los ojos del sol matinal. Le dio al botón de la llave y oyó que el Range Rover se cerraba a su espalda. Echó a andar por la Rue de Paris con la sensación de familiaridad de siempre, un *déjà-vu* inexplicable. No necesitaba una gran excusa para visitar la panadería, pero se dijo que era un lugar conveniente para comprar algún dulce, por mucho que no quedara cerca del lugar adonde se dirigía.

Cuando la campanilla sonó por encima de su cabeza, se detuvo en el umbral. Edith estaba agachada al lado de una niña que le estaba presentando oficialmente a su peluche.

—*Il s'appelle Mou-Mou* —dijo la niña antes de invitar a Edith a darle dos besos a un revoltijo de pelo gris que en tiempos mejores debió de ser un elefante de juguete.

Ella gestionó la situación con elegancia y optó por darle la mano a la trompa. Y justo entonces, cuando levantó la vista y lo miró a los ojos, la sonrisa que iluminó su rostro le aceleró a Hugo el corazón.

—Oh, hola —dijo Edith incorporándose—. ¿Conoces a Mou-Mou?

—*Enchanté* —respondió educadamente Hugo mientras la madre de la niña la agarraba de la mano para salir a la calle—. Veo que tienes mucho éxito entre la clientela —le dijo a Edith dándole un beso en la mejilla, a pesar de que deseaba hasta la última célula de

su cuerpo tenerla entre sus brazos y sentir su calor.

—Encanto irlandés —dijo ella guiñándole un ojo. Madame Moreau pasó deliberadamente entre ellos y Edith la miró con tensión—. Aunque ya ves que no funciona con todo el mundo —añadió en voz baja—. ¿Qué te pongo? —preguntó alzando de nuevo la voz con una entonación teatral.

—Solo vengo a comprar algún dulce. Voy de camino a visitar a mi madre.

—Oh. ¿Vive por aquí cerca?

—En cierto sentido, sí —respondió Hugo—. Creo que me llevaré ese pequeño *fraisier, s'il te plaît*.

Edith guardó la tarta de fresas en una cajita blanca de cartón, la ató con un cordel y se negó a aceptar el dinero.

—Es mi regalo —dijo.

Aquel gesto hizo que Hugo tomara conciencia de un rasgo de Edith que hasta el momento no había percibido. Era amable. Intentó negarse, pero ella insistió.

—Es un placer —añadió—. Y espera un segundo. —Desapareció en la pequeña cocina y salió unos minutos después con dos vasos para llevar—. Tienes que probar este chocolate caliente. Es… especial —dijo, y sus ojos brillaron traviesos.

—De acuerdo —dijo Hugo—. Aunque el chocolate caliente no me va mucho.

—Créeme si te digo que este te gustará. Es muy proustiano.

Durante todo el trayecto, Hugo no pudo dejar de sonreír. Había probado el chocolate caliente y le había sorprendido lo bueno que estaba. De hecho, creía que quizá era el mejor que hubiera probado en su vida. Le hizo recordar cuando de niño se sentaba con su hermano delante del televisor para ver dibujos animados. De pronto tuvo una imagen muy clara de los dos, cada uno con su tazón de chocolate caliente entre las manos, y rememoró la sensación de ser el niño más afortunado del mundo por tener un hermano mayor

como Stéphane. Y, curiosamente, la tensión que siempre sentía en el pecho cuando pensaba en su hermano estaba ahora ausente por completo. En su lugar notaba una sencilla sensación de calidez y, si se atrevía a decirlo, de felicidad. Rara vez se sentía así, sobre todo cuando iba a visitar a su madre. Sin embargo, en cuanto cruzó con el coche las verjas de hierro que cerraban las instalaciones, el sentimiento de culpabilidad y vergüenza reapareció.

Habían pasado tres años desde que su madre se había convertido en residente de Le Retrait. Un caso de demencia senil precoz, según los médicos de París. Al principio solo eran visitas ocasionales como paciente externa, pero a medida que la situación se fue deteriorando Séraphine Chadwick insistió en regresar definitivamente a su Compiègne natal.

Cuando Hugo llegó al edificio principal, la vio sentada delante de un caballete en el césped. Sonrió para sus adentros; casi podía engañarse pensando que su madre estaba pasando una temporada en un retiro de artistas y que nada iba mal. Que su padre no había instalado a su amante en su casa en París. Dejó de lado esos pensamientos y caminó decidido por el sendero del jardín.

—*Bonjour, maman* —dijo, y le dio un beso en la mejilla.

Seguía sorprendiéndole su cabello canoso. Su madre había dejado de teñirse con aquel tono rubio platino con el que Hugo siempre la había asociado. De pequeño la consideraba la mujer más glamurosa del mundo, con sus kaftanes vaporosos, sus brazaletes de colores llamativos y los largos collares de cuentas de madera que siempre llevaba al cuello.

—Mi niño precioso —dijo ella sonriéndole y acariciándole la cara.

—Te he traído tu tarta favorita —dijo Hugo. Abrió la caja de cartón y le mostró el pastel de fresas que contenía.

—¡Qué maravilla! Pero antes tienes que mirar bien este cuadro y decirme qué le falta —dijo su madre, volviéndose de nuevo hacia el lienzo en el que había pintado el lago que se veía a lo lejos.

Era un juego del que solían disfrutar cuando Hugo era pequeño. Séraphine siempre había querido agudizar su sentido de la

observación a fin de que su hijo viera el mundo con los ojos de un artista. Y ese era el principal motivo por el que se había aficionado a la fotografía. Porque Hugo nunca había tenido la paciencia necesaria para sentarse delante de un caballete y cubrir de pintura un lienzo. No, él prefería una forma de narración más inmediata: capturar el mundo tal y como él lo veía —o tal y como deseaba que fuera— a través de su objetivo.

—Un cerezo allí al fondo, ¿no?

Había algo sumamente reconfortante en la familiaridad de los cuadros de su madre. Al menos eso no había cambiado. A diferencia de todo lo demás en sus vidas.

—Voy a buscar unos platos —dijo—. Pero ¿por qué no pruebas este chocolate caliente mientras me esperas?

Hugo retiró la tapa del vaso y regresó por el camino hacia el edificio central.

Mientras el sol de la tarde atravesaba las nubes, Séraphine se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. En aquel mismo instante, sus facciones se transformaron y, cuando el líquido intenso y oscuro entró en su flujo sanguíneo, algo extraño empezó a suceder. Fue como si los recuerdos comenzaran a desfilar ante sus ojos, como si se tratase de una película antigua pero nítida y clara y los hechos se estuvieran desarrollando en aquel mismo momento. Una vieja historia familiar, que había permanecido escondida y callada durante muchísimos años, le vino de repente a la cabeza.

Su tío, que era el propietario de un negocio de venta de periódicos en la Rue de Paris, había sido un anciano amargado. Siempre había envidiado lo que tenían los demás y había querido quitárselo. Tal vez no podía evitar ser así. Quizá fuera porque tenía la sensación de que su vida carecía de lo que la mayoría de la gente poseía: amor y felicidad. Y lo que era incapaz de entender era que esas cosas no se regalaban, sino que había que ganárselas, cultivarlas y apreciarlas.

—Estoy recordando algo —anunció Séraphine cuando Hugo reapareció con cubiertos y platos.

—¿El qué? —preguntó Hugo, notando que el ambiente se tensaba de pura expectación.

—Esto que estoy bebiendo. Ya lo había probado antes. De niña.

Durante un instante imprudente, Hugo se permitió creer que su madre quizá estuviera recordando algo sobre él. Porque había días en los que ni siquiera sabía quién era Hugo, ni que ella misma había tenido dos hijos. Y lo peor de todo era cuando olvidaba que uno de ellos había muerto.

—¿Te he hablado alguna vez de mi infancia? —preguntó, y lo miró de una manera que extrañamente hizo que Hugo se sintiera como si no la conociera de nada. La gente dice que cuando somos pequeños nunca vemos a nuestros padres como personas reales, pero en aquel momento él estaba viendo a Séraphine no solo como su madre, sino como una mujer por derecho propio con su pasado, sus historias y sus secretos—. ¿Te he hablado alguna vez de la Rue de Paris?

Hugo tragó saliva. ¿Estaría Séraphine confundiendo los negocios y el trabajo de su padre con su propia historia? No estaba seguro, pero los ojos de su madre desprendían una luminosidad que hacía mucho tiempo que él no veía. Y mientras la observaba dar otro sorbo al chocolate caliente, empezó a preguntarse si… No, era una idea absurda.

—Durante la guerra —dijo Séraphine con una claridad que no hizo más que reforzar las sospechas de Hugo: ¿podría el chocolate de madame Moreau tener el poder de reavivar viejos recuerdos?

—Mi tío, Arnaud, tenía una tienda en esa calle. E hizo algo muy malo.

Capítulo 20

—Los fantasmas no existen —me dije para tranquilizarme.

Aquellos ruidos extraños en el edificio me habían vuelto a despertar. Los achaqué al viento, que emitía un gemido lastimero cuando entraba en remolino por la chimenea, pero mi instinto me decía que era algo más que eso. El viento era solo el mensajero. Encendí la luz y me senté en la cama. Vacilé entre los sentimientos de miedo y curiosidad antes de acabar decidiendo que debía enfrentarme a lo que fuera aquello. Tal y como decía madame Moreau, se trataba de un edificio viejo y, aunque resonara con los ecos de sus antiguos residentes, no había motivos para tener miedo. En su día fueron personas. Tuvieron una vida. Como mi madre. Un pensamiento tan punzante como un clavo. Pensar en su muerte me seguía costando. Cogí una libreta y empecé a anotar las cosas que me venían a la cabeza. De adolescente escribía un diario, y este me proporcionaba un espacio seguro donde volcar mis pensamientos cuando no quería agobiar a mis padres ni preocuparlos. Me pregunté por qué me estaba obsesionando aquel «fantasma», y al hacerlo las palabras empezaron a fluir sobre el papel. Quizá mi miedo fuera dolor desubicado. Tal vez me atormentaba no haber podido llorar debidamente la muerte de mi madre. Me sentía atrapada en una telaraña de emociones distintas —culpabilidad, resentimiento, tristeza, autocompasión…—, y gestionar cualquiera de ellas sin tocar las demás resultaba muy complicado. Estaba agotada, tanto en términos mentales como emocionales. Y era comprensible que el

estrés me hubiera llevado a ver cosas que en realidad no existían. Había llegado el momento de enfrentarme a lo invisible y demostrarme a mí misma que no había nada que temer. De modo que me levanté, me puse la bata y bajé las escaleras.

Qué equivocada estaba. El miedo se apoderó de mí. Mi fugaz arrebato de valentía no había tardado en esfumarse. Porque ¿a quién se le ocurría complicarse la vida para vencer a un fantasma? A la gente estúpida que salía en las películas de terror, a esa, y todos sabíamos perfectamente cómo terminaba. Pero ya era demasiado tarde para dar media vuelta, así que no me quedaba otra que seguir adelante con ello y confiar en que la teoría que acababa de idear fuera cierta. Me agaché en el lugar ya conocido debajo del lavabo (a años luz de mi sueño parisino), levanté la rejilla y observé el espacio del sótano en busca de algún signo de vida… o de muerte, porque también podía ser ese el caso. Vi a madame Moreau y a Manu trabajando con la misma diligencia que el otro día, aunque apenas podía oír sus voces por encima del latido estruendoso de mi corazón. Empecé a albergar dudas sobre la «presencia» que había creído ver la otra noche, pues daba la impresión de que estaban solos. Pero entonces, igual que sucedió aquella madrugada, apareció junto a Manu una imagen parpadeante, y al vislumbrarla una sensación abrumadora de terror atenazó mi pecho. Pensé que me iba a desmayar otra vez. Tuve que concentrarme en mi respiración para intentar apaciguarla, y mientras lo hacía recé a mi madre para que me diera valor y comprensión. Me esforcé por recordar lo que había pensado arriba, en mi habitación: quienquiera que fuera ese ser, había estado vivo en su día. Había sido una persona normal, con sus esperanzas y sus miedos. Me llevé una mano al pecho y noté que el latido empezaba a calmarse. Un poco más tranquila, me tumbé por completo en el suelo (lo cual, al tratarse de un baño público, era un sacrificio enorme de higiene personal) para poder ver mejor. El hombre, porque iba vestido como un hombre, parecía real. Sin embargo, cuanto más lo observaba, más opaco me parecía. Su piel desprendía un resplandor tenue. Pero, por lo demás, se movía como

cualquier persona normal y corriente. Fue entonces cuando me di cuenta, para mi asombro, de que aquel hombre parecía estar amasando pan. Bajo sus manos no había masa, y tampoco daba la impresión de que estuviera tocando algo, pero sus movimientos eran los de un panadero trabajando la masa. Cuando miré a Manu, vi que estaba imitando todos los movimientos que hacía el hombre, y que la única diferencia era que las manos del chico sí estaban en contacto con algo. Entonces oí que madame Moreau hablaba desde la zona que quedaba más oscura.

—Eso es. ¡Ahora sí que podrás hornear el pan como un auténtico Moreau! —dijo con una voz quebrada por el orgullo, o por la tristeza, o por ambas cosas a la vez.

Permanecí allí quince minutos más. Había llevado conmigo mi fiel libreta para tomar notas y no tener dudas después sobre lo que había visto. Entendí que debía planear mi siguiente paso con mucho cuidado. Era evidente que Manu sabía lo que yo hacía en el cuarto de baño la otra noche, y, por lo que podía deducir, no le había comentado nada a madame Moreau. En cierto sentido, intuía que Manu quería que yo averiguara el misterio, aunque no sabía por qué. Y lo que tenía claro era que yo no pensaba decir nada hasta que hubiera investigado un poco más por mi cuenta. Por mucho que acostumbrarse a vivir encima de una panadería embrujada llevara su tiempo, todavía no estaba dispuesta a huir de allí.

Esperé a Manu hasta el final de la jornada laboral, cuando las farolas de las calles empezaron a encenderse una a una y él regresó a la panadería con su motocicleta. Siguiendo su rutina habitual, fue colocando todo el pan que había sobrado en cajas para llevarlo después al albergue de las personas sin hogar.

—¿Qué te parece si te acompaño? —le sugerí.

A aquellas alturas, ya estaba más que acostumbrada a la total falta de entusiasmo de Manu y de madame Moreau hacia cualquier cosa que yo pudiera decirles. Si algo había aprendido en ese país,

era a hacer las cosas sin permiso previo en lugar de esperar una invitación.

Manu resopló con cierta indiferencia y miró la moto. Tenía razón: no me veía montada sobre el manillar, la verdad.

—¿Por qué no vamos andando? Eeh… *¿marcher?* Seguro que no es *pas loin* —dije—. No creo que quede muy lejos. ¿No es así, madame Moreau? Y puedo ayudar cargando alguna caja.

En lugar de responder con su habitual gesto de encoger los hombros, casi detecté en ella lo que podría considerarse una sonrisa. Quizá estaba empezando a derribar su muro. Alcanzado el acuerdo, echamos a andar por las callejuelas adoquinadas.

—Así que quieres ser panadero… —le dije a Manu para iniciar la conversación con una pequeña charla intrascendente.

—*Oui*.

—¿Y estás aprendiendo del panadero que vi anoche en el sótano?

La pregunta quedó flotando en el aire hasta que él la asimiló.

—¿Lo… lo viste? —me preguntó, claramente dubitativo.

—Vi algo, y lo que tengo claro es que no estaba soñando —dije, mostrándome tan sincera como él—. *Ce n'était pas un rêve*.

—*S'il vous plaît…*, no le menciones lo de anoche a madame Moreau —me espetó entonces Manu en un inglés sorprendentemente bueno.

Hasta aquel momento había dudado de mi cordura. Cada vez que visualizaba la imagen del fantasma ahí de pie (o flotando) me sentía un poco débil, y luego pasaba todo el día intentando justificarlo como simples imaginaciones mías. La falta de sueño, un juego de sombras o incluso una crisis nerviosa me parecía más plausible que lo que por instinto sabía que era cierto.

—No estoy segura de lo que vi —repliqué con franqueza—, pero creo que merezco una explicación.

Ninguno de los dos dijo nada más durante un rato. Manu tomó la delantera y giró a la derecha al llegar a una iglesia bastante grande en la que yo no había reparado hasta entonces. En la parte de atrás

había un edificio bajo con una hilera de ventanas cálidamente iluminadas desde el interior y una fila de gente que se extendía hasta la puerta. Manu saludó a algunas de las personas que guardaban cola y, caballerosamente, me invitó a entrar por delante de él. La verdad es que al estar tan concentrada en obtener respuestas ni siquiera había pensado mucho en el lugar al que nos dirigíamos, pero ahora que estábamos allí me sentí tan sorprendida como conmovida por lo que veía. Aquello era una especie de cantina, con varias mesas preparadas para cenar, y al fondo de la sala había un mostrador atendido por voluntarios que repartían cuencos de sopa humeante y un plato principal consistente en algún tipo de guiso. Cuando un sacerdote vio llegar a Manu, salió de detrás del mostrador para recibirnos.

—*Bonjour, Emmanuel* —dijo, saludándolo por su nombre completo—. *T'as amené une petite amie?*

—*Père Bernard, je vous présente mademoiselle Lane* —replicó Manu hablando con gran respeto—. *Elle est irlandaise* —añadió casi como una excusa ante las posibles meteduras de pata que yo pudiera cometer.

Y justamente por eso yo no sabía cómo debía dirigirme al sacerdote de forma apropiada, ni si debía saludarlo con dos besos. Por suerte, mientras dejaba las cajas sobre la mesa, él me tomó la mano y me la estrechó. No ayudó mucho que de repente yo pareciera haber olvidado todo mi francés, que era lo que me solía pasar en los encuentros sociales, fuera el idioma que fuese. Pero de nuevo el sacerdote tomó la iniciativa.

—*Ça vous plaît, la vie ici en France?*

¿Que si me gustaba vivir en Francia? Bueno, la verdad era que la respuesta estaba todavía en vías de desarrollo.

—*Oh, oui, je suis très contente ici* —dije, lo cual no era exactamente falso, ya que mi vida en Francia me estaba empezando a gustar en algunos sentidos.

—Dice el padre que es nuestra *responsabilité* proteger a los olvidados —dijo Manu al ver que yo no decía nada más.

Y todas aquellas personas lo eran. Muchos de ellos eran inmigrantes, con aspecto de tener poco más que lo que llevaban encima.

Más tarde, de regreso a la panadería, sentía que tenía muchas preguntas que hacerle a Manu.

—Toda esa gente que había allí… —empecé a decir—. No son franceses, ¿verdad?

Manu me miró un momento antes de responder.

—Vienen de muchos lugares distintos. Son refugiados.

—¿Y madame Moreau y tú los ayudáis?

Manu hizo un gesto de asentimiento a modo de respuesta.

—¿Sois parientes? —insistí, presionándolo, consciente de que aquello no era asunto mío, aunque al mismo tiempo tenía la sensación de que aquella gente me estaba metiendo en algún lío y tenía derecho a saber.

—*C'est ma grand-mère* —dijo.

—¿Tu abuela? —repetí innecesariamente.

Dejé transcurrir unos segundos para asimilarlo. No entendía por qué no me lo habían dicho desde el primer momento. Quizá a los padres de Manu —el hijo o la hija de madame Moreau— les había ocurrido algo, y por eso ella cuidaba del chico.

—Dice mi *grand-mère* que, como romaníes, nuestro deber es ayudar a los que vienen de fuera.

Yo no sabía absolutamente nada sobre los gitanos y su cultura. Lo único que me sonaba era que se trataba de una comunidad nómada que sufría discriminación a diario, y que los estereotipos negativos menoscababan su rica cultura.

—¿Y qué puedes contarme sobre lo que pasó realmente anoche? ¿Sucede todas las noches?

Era obvio que Manu se sentía incómodo hablando del tema. Pero, más que lo que yo pudiera hacer con esa información, lo que parecía preocuparle era que yo le comentara mis sospechas a madame Moreau. Advertí que se mostraba muy cauteloso.

—No pasa nada, Manu —dije, experimentando una oleada de

sentimiento maternal hacia él—. *Vous n'êtes pas obligé de tout me dire maintenant*. Podemos hablar de ello más adelante.

Era evidente que no estaba preparado para hablar conmigo de ese tema, y tampoco sabía si yo lo estaba del todo para escuchar lo que tuviera que contarme. Por el momento, me bastaba con saber que no me estaba volviendo loca y que el secreto de madame Moreau estaba a salvo entre nosotros. Con ese entendimiento por ambas partes nos despedimos, aunque me seguía picando la curiosidad. No podía evitar preguntarme de dónde —o más bien de cuándo— provenía esa aparición. ¿Habría sucedido algo en la historia de aquella ciudad, o quizá incluso en la de aquel edificio?

Capítulo 21

—*Édith!* —gritó madame Moreau—. *Il y a un coursier qui te cherche*.

—¿Qué? —dije.

Al levantar la vista, vi a un mensajero en la puerta y su camioneta blanca aparcada fuera. Salí de detrás del mostrador y apenas si oí a madame Moreau preguntándome si ese día pensaba trabajar o qué. Fingí que no la entendía, una táctica que empleaba a menudo.

—*Signez ici* —dijo el mensajero sujetando un pequeño dispositivo electrónico.

Firmé en la pantalla, aun sin saber qué estaba aceptando, ya que no traía ningún paquete.

—*Dehors* —dijo el mensajero, y lo seguí a la calle.

Y allí, apoyada felizmente en su soporte, justo al lado de la panadería, vi una preciosa bicicleta de color crema con su cestita de mimbre.

—¿Qué? —exclamé, mirando a mi alrededor por si encontraba algún tipo de explicación.

Posé las manos en el manillar, y entonces vi que dentro de la cesta había un sobre. Lo abrí a toda prisa.

Espero que disculpes la ausencia de cintas y lazos… En la empresa de mensajería me han dicho que no hacían ese tipo

de cosas.

Felices excursiones,

H. X

Leí la nota una y otra vez. Como era propio de él, Hugo le restaba importancia al asunto, como si aquel no fuera uno de los regalos más bien pensados que yo había recibido jamás. Un regalo inesperado era una cosa, pero otra muy distinta era comprender que Hugo me había escuchado, que había estado realmente atento la noche de nuestra cita y se había acordado de que yo había mencionado lo bien que me iría tener una bicicleta. Intenté mantener la calma. Aquello era demasiado y, evidentemente, no podía aceptarlo. Pero tampoco pude evitar que mi corazón empezara a dar saltos por delante de mí, como un cachorrillo que se soltara de su correa. Me sentía como si estuviera iluminada por dentro. Hoy en día, encontrar a alguien que realmente te preste atención y que actúe con buenas intenciones es algo excepcional. Hugo había pasado de ser mi aventura francesa a ser algo más. Muchísimo más. Era un hombre verdaderamente atento…, además de increíblemente guapo.

—*Où est Édith*? —Oí que le preguntaba Manu a madame Moreau. Creo que no sabría traducir exactamente su respuesta, pero me parece que dijo algo así como: «Esa chica está ahí fuera sonriendo como una tonta delante de una bicicleta». Y tenía razón, porque así estaba yo.

Bajé con mi bicicleta nueva hasta el río aprovechando la pausa para la comida. De entrada, mi intención había sido no tocar la bicicleta y devolverla. No me la podía quedar. Sin embargo, cuanto más la miraba, más me daba cuenta de que la quería de verdad. Se la pagaría hasta el último céntimo. Le envié un mensaje a Hugo diciéndole exactamente eso y me respondió que me llamaría por FaceTime a la hora de comer para discutirlo, pero él aún no había

descubierto lo terca que podía llegar a ser yo a la hora de pagar mis gastos.

Había metido en la cesta media *baguette*, un poco de queso emmental y, de postre, una manzana roja y una tarta individual de albaricoque que se asemejaba a un sol anaranjado sobre una masa dorada. ¡Todo estaba buenísimo a orillas del río! Incluso me había llevado media botella de vino blanco y un vaso de plástico. Hacía un día radiante y soplaba una brisa ligera que anticipaba el calor estival. Me pregunté cómo sería mi primer verano en Francia. Aún no me podía creer que lo hubiera hecho. La verdad es que nada coincide nunca con las ideas que te formas en la cabeza; siempre hay cosas mejores y otras sin duda peores, pero lo que jamás se puede anticipar es cómo te sentirás por dentro. Y yo me sentía orgullosa de mí misma.

Pasaron los minutos, y al final recibí un mensaje de Hugo en el que me decía que seguía atrapado en una reunión. Le envié una foto de mi pícnic en el banco con mi preciosa bicicleta apoyada en él. Parecía una escena de postal. Me pregunté en qué trabajaría exactamente, aunque también pensé que tal vez no me había hablado mucho de ello porque no era su pasión. Para mí era fotógrafo, y pensando en eso entré en la página web donde me había dicho que había subido algunas de sus fotografías y empecé a comer. Los edificios antiguos que captaba con su cámara eran una belleza. Había una elegante chocolatería pintada en un tono verde azulado en cuya fachada destacaban unas ventanas con arco de medio punto y un rótulo con letras doradas. Mi cabeza empezó a soñar y me imaginé visitando París en compañía de Hugo: él me mostraría los lugares más interesantes y después nos alojaríamos en un hotel superchic. O en su apartamento. Me pregunté cómo sería. Daba la impresión de que tenía dinero, así que seguramente sería muy bonito y tendría portero y todo. Nada que ver con mi *atelier*, con sus tuberías cochambrosas y sus ruidos espeluznantes.

Me serví un poco de vino mientras una pequeña lancha motora pasaba por el río. Disipar mis miedos en un día tan soleado era

sencillo, pero existía una posibilidad real de que la panadería estuviera…. No. Ni siquiera era capaz de pronunciar esa palabra. La idea era tan absurda que ni siquiera se podía expresar en voz alta. Y sin embargo allí pasaba algo raro. Cogí de nuevo el teléfono y abrí el buscador. Mis dedos teclearon las palabras «fantasmas» y «apariciones». Recorrí los resultados en busca de algo que ofreciera un aspecto mínimamente fiable. Después de navegar un rato, llegué a la conclusión de que muchas páginas web hacían referencia a dos tipos principales de apariciones: inteligentes y residuales. Mi intuición me llevó a hacer clic en la palabra «residuales», y cuando vi en Wikipedia algo denominado «Teoría de la cinta de piedra» abrí el enlace. La explicación que encontré me pareció inquietantemente precisa:

> *La teoría de la cinta de piedra es una hipótesis seudocientífica que especula que, durante los momentos intensos de la vida de una persona, los lugares pueden absorber de ella, como ser vivo que es, algún tipo de energía. Después de la muerte de esa persona, esa energía almacenada puede ser liberada, dando como resultado una exhibición de la actividad registrada. Según esta hipótesis, los fantasmas no son espíritus, sino simplemente una suerte de grabaciones no interactivas, similares a una película.*

Ni siquiera me había dado cuenta de que me había comido la tarta entera mientras leía. Una pequeña parte de mí ansiaba saber qué estaba pasando, pero por encima de todo confiaba en que aquello dejara de suceder o tuviera al menos una explicación racional. Me sentía ridícula por el mero hecho de estar investigando sobre ese asunto. Me disponía a cerrar la página cuando leí unas palabras que llamaron mi atención: «… como un eco de acontecimientos pasados».

Pensé en la persona que había entrevisto, aquel hombre con ese resplandor fantasmagórico que iluminaba su piel y esas prendas

anticuadas que lo ubicaban en otra época. ¿Podría ser posible? Solo me quedaba una cosa por hacer: preguntárselo a madame Moreau. Justo entonces sonó el teléfono, y a punto estuve de arrojarlo al río del susto que me dio. Cuando vi el nombre de Hugo en la pantalla intenté serenarme.

—Hola —dije arreglándome el pelo. Me llevó un momento caer en la cuenta de que no era una videollamada.

—*Salut, chérie* —respondió, derritiéndome el corazón en el acto —. No puedo hablar mucho, pero quería disculparme por no haber podido llamarte a la hora de comer como habíamos acordado. Te lo compensaré.

—Oh, eso suena prometedor —dije, y le di un mordisco a la manzana.

—A lo mejor podría llevarte un detallito de la ciudad —dijo Hugo con ese acento seductor que se ubicaba entre París y Londres.

—Bueno, me acabas de comprar una bicicleta, literalmente —dije inclinándome por encima del manillar para hacer sonar el timbre.

—¿Y le da su aprobación *mademoiselle*?

—Por supuesto que sí. Es preciosa, pero no puedo aceptar un regalo como este.

—¿Por qué no?

—¡Porque es demasiado generoso!

—Y eso te parece mal… ¿por qué razón?

—Porque… me gusta pagarme mis cosas.

—Oh, por supuesto. No pretendía… —Se interrumpió.

Me alegré de no estar viéndole la cara en aquel momento. Tal vez había insultado su generosidad, pero era eso lo que sentía de verdad.

—Siempre que he salido con alguien en el pasado, ha sido eso lo que se esperaba de mí —me explicó.

—Oh —dije, porque no sabía qué responder.

—Esto último ha sonado raro. Como si yo hubiera viajado en el tiempo desde la corte del rey Luis o algo por el estilo.

—No pasa nada —dije riendo—. De verdad que te agradezco el

gesto. Y mucho.

—Lo que he querido decir con lo de la bicicleta es que, si vas en serio con alguien, tienes que hacérselo saber.

«En serio». Acababa de utilizar la expresión «en serio». Refiriéndose a mí. Intenté, sin éxito una vez más, que mi corazón no se hiciera promesas vanas a partir de las palabras de Hugo.

—¡Ojalá hubiera sabido eso antes, porque te habría dicho que quería un coche deportivo! —dije intentando tomármelo con humor.

—Tomo debida nota, no te preocupes. ¿De algún color en concreto?

—Sorpréndeme.

Me dolían las mejillas de tanto sonreír. De hecho, estaba casi segura de que mi sonrisa debía de ser visible desde el espacio exterior.

Capítulo 22

La noche siguiente, Manu me sorprendió al dejar una llave en la alfombrilla de mi puerta. Era una llave antigua, pesada, y al instante supe en qué cerradura encajaría. Me puse la alarma a las tres y cuarto de la mañana, para tener tiempo de colarme en el sótano antes de que llegara madame Moreau. Estaba bastante nerviosa, en parte por pensar que iba a estar en la misma estancia que un fantasma, en parte por la forma en que madame Moreau pudiera reaccionar. Comprendía que mi predecesora, Maria, debía de haber descubierto el inquietante secreto del sótano antes de largarse corriendo. Geoff me había contado que también era inglesa, como él, y que se había marchado sin decir nada a nadie. Y yo no la culpaba por ello, porque no era eso precisamente lo que uno esperaría encontrar en una pintoresca *boulangerie* francesa. Además, ¿quién se habría creído semejante historia? A menos que, como me estaba sucediendo a mí, la viera con sus propios ojos. Ahora creía con firmeza que había sido el destino el que me había llevado hasta allí en ese punto intermedio de mi vida, después del fallecimiento de mi madre. Y no quería huir sin enfrentarme antes al misterio de ese lugar y su pasado.

Bajé las escaleras con todo el sigilo del que fui capaz. A pesar de estar rodeada de oscuridad, me sentía más despierta de lo que lo había estado en mucho tiempo. En cuanto llegué a la cocina, encendí la luz e introduje la llave en la cerradura de la puertecita que daba acceso al sótano. El sonido de mi corazón mientras

retumbaba en mis oídos habría despertado a los muertos, pensé, y al instante recé para que no fuera así. ¿Qué estás haciendo, Edie?, me pregunté, resignada con frialdad al hecho de que ya no había vuelta atrás. Giré la llave y oí el clic. Cuando la puerta se abrió, recibí una ráfaga de aire frío en la cara. Me empezaron a temblar las rodillas, que amenazaban con ceder bajo mi peso. Podría haber reconsiderado todo en aquel mismo instante, pero entonces oí ruidos arriba, lo que solo podía significar una cosa: madame Moreau se había levantado y no tardaría en bajar al sótano. Intenté calmarme y saqué la linterna que había guardado en el bolsillo de la bata. Cerré la puerta con llave detrás de mí y bajé con cuidado la pequeña escalera que conducía al sótano.

Manu me había dejado una nota junto con la llave en la que me aconsejaba dónde debía colocarme. Ver el obrador desde la atalaya del cuarto de baño me ofrecía cierta seguridad, pero estar ahí abajo, tan cerca de la escena, distaba mucho de ser algo cómodo. Enseguida encontré los sacos de harina detrás de los cuales me había dicho Manu que me escondiera. Me coloqué en mi puesto de observación. Desde allí tenía una visión clara de los grandes hornos que producían el famoso pan crujiente de los Moreau, así como de las artesas que se utilizaban para preparar la masa; una zona que me había resultado invisible desde mi pequeña mirilla del baño. Las paredes estaban cubiertas con viejas estanterías de madera repletas de ollas y moldes de pan de un color rosa dorado. En el otro extremo de la estancia había una báscula de gran tamaño en la que la masa se cortaba y enrollaba antes de pasar al horno.

Me senté detrás de los sacos en completo silencio, con el vello de todo mi cuerpo erizado en señal de alerta. De pronto noté que algo me rozaba el tobillo, y por instinto grité de puro terror. Me tapé la boca con la mano y recé a Dios para pedirle que no estuviera siendo víctima del ataque de un zombi. Cuando bajé la vista, descubrí que el culpable había sido el cinturón de la bata, que se había soltado. La verdad es que no supe si sentirme aliviada o abochornada.

De pronto oí que una llave giraba en la cerradura y entendí que

madame Moreau y su nieto se disponían a entrar, lo que significaba que «él» también estaría a punto de aparecer. Acumulé las pocas migajas de valentía que me quedaban e intenté apaciguar el ritmo de mi respiración. Pensé de nuevo en la información que había leído sobre las apariciones residuales e intenté recordarme que eran básicamente la repetición de una película, nada más. Sin decir palabra, madame Moreau y Manu entraron en el sótano, y me di cuenta de que Manu me buscaba con la mirada. Si no lograba verme, quería decir que me había escondido bien. Aunque también cabía la posibilidad de que pensara que a última hora me había acobardado y echado atrás. Pero supongo que no tuvo tiempo de darle más vueltas al tema, porque vi que enseguida empezaba a cargar el horno con la leña que iba cogiendo de una pila que había en el extremo opuesto de la sala. Entonces vi la puerta que presumiblemente daba al callejón lateral, la que se me había cerrado cuando llegué. ¿Podría escapar por allí si las cosas se complicaban?

Cuando la leña empezó a crepitar, el sótano se iluminó con la tenue luz del fuego y Manu se dedicó a verter grandes cantidades de harina en una de las artesas. Madame Moreau se movía de un lado a otro con rigidez, preparando el resto de los ingredientes que Manu iba a necesitar. Después de mezclar concienzudamente la levadura con el agua, y sin tomarse la molestia de medir las cantidades, Manu recogió la masa y la transfirió a la mesa de trabajo. El olor de la harina y la levadura agridulce me hizo sentir de repente como en casa, y a punto estuve de olvidar el motivo por el que estaba allí. Estaba absorta observando la manera en que Manu echaba con destreza la harina sobre la superficie cuando de pronto comenzó un parpadeo y el ambiente en el obrador se transformó por completo. Sentí como si se produjera una descarga eléctrica. Y entonces, poco a poco, como si miles de motas de polvo brillantes se arremolinaran, se empezó a visualizar la silueta borrosa de una persona. Me llevé un susto de muerte al verlo tan de cerca, y a punto estuve de volcar uno de los sacos de harina tras los cuales me ocultaba. Sin embargo, nadie me oyó ni se dio cuenta de nada, porque tanto Manu como

madame Moreau dieron un brinco ante su repentina aparición a pesar de que debían de estar esperándolo. Y lo que dijo madame Moreau a continuación me sorprendió todavía más.

—*Bonjour, papa*.

Me quedé paralizada. Aquello no era una aparición casual, sino que estaba delante del fantasma de *monsieur* Moreau. Me vi obligada a meterme el cinturón de la bata en la boca para asegurarme de no gritar. *Monsieur* Moreau —o mejor dicho, su fantasma— parecía completamente ajeno a la presencia de su hija y de su nieto, pues se concentró intensamente en su trabajo. Se movía de un lado a otro no como una persona normal, sino tal y como se describía en la página de internet que yo había consultado. Era como ver una antigua película rayada: en un momento dado la luz que lo envolvía era intensa y brillante, y al siguiente se desvanecía por completo. El fantasma parecía coger objetos, pero en realidad no entraba en contacto con ellos. Parecía reacio o incapaz de interactuar con Manu, que observaba con atención a su bisabuelo y hacía lo posible para emular su técnica. La escena era sorprendente y asombrosa. Vi cómo ambos extendían las manos para repartir la harina sobre la mesa e iniciaban el proceso de amasado, incorporando poco a poco diversos elementos. Y entonces, mientras los panes quedaban reservados a un lado para su fermentación, Manu siguió siendo la sombra de *monsieur* Moreau, que puso una olla con agua hirviendo en el horno y, con la ayuda de una pala larga de madera, colocó los panes redondos al fondo y cerró la puerta. La única conversación era la que tenía lugar entre madame Moreau y Manu, que decían cosas sorprendentemente triviales como «asegúrate de que la temperatura del agua es la correcta para la masa» o «las *baguettes* ya están listas para entrar en el horno». De un modo u otro, aquel escenario tan extraño y singular se había vuelto normal para ellos. Madame Moreau observaba con cariño a su padre, pero se cuidaba en todo momento de no acercarse demasiado a él.

Aquello siguió durante más de una hora, y para entonces ya me

dolía todo el cuerpo de estar agazapada en el suelo helado, oculta tras los grandes sacos de harina. Fue entonces cuando oí que madame Moreau sugería empezar a subir los panes a la tienda y prepararlo todo para abrir. Con eso, *monsieur* Moreau —o su espíritu — se desvaneció, y tras él solo quedó una carga extraña en el ambiente, como ondas en el agua. Supe entonces que había llegado el momento de la verdad y que debía salir de mi escondite. No quería asustarlos apareciendo de repente, pero me planteé que, si habían pasado tanto rato compartiendo el obrador con un fantasma, mi presencia no tendría que sorprenderlos demasiado.

—Buenos días, madame —fue lo único que fui capaz de decir cuando salí patosamente de mi escondrijo.

Al verme, madame Moreau se tambaleó. Por suerte, Manu corrió a sujetarla del brazo para que no se cayera.

—*Mais, qu'est-ce que*… ¡Tú! —me gritó, con una combinación de rabia y culpabilidad por haber sido descubierta.

Manu acompañó a su abuela para que se sentase en un taburete.

—*Elle veut nous aider* —le aseguró con delicadeza.

—Tiene razón —dije yo—. Quiero ayudar, si puedo.

No sabía muy bien a qué me estaba comprometiendo, ni por qué Manu pensaba que yo podía ser de ayuda, pero en aquel momento, viendo a madame Moreau tan pálida y temblorosa y temiendo por su salud, la verdad es que habría dicho cualquier cosa. Fui a buscarle un vaso de agua, que bebió de un solo trago. Luego le pidió a Manu que preparara el pan para la tienda y las entregas, y alivió las preocupaciones del chico garantizándole con un gesto persuasivo que todo iría bien. Yo no estaba segura de poder decir lo mismo. Seguía temblando, no sabía muy bien si del frío o del susto. Madame Moreau debió de advertirlo, porque se levantó del taburete y me indicó que la siguiera. Subimos las escaleras y, después de dirigirle otro gesto de ánimo a Manu mientras pasábamos por la tienda, seguimos subiendo el siguiente tramo hasta su apartamento. Hasta aquel instante nunca había visto más allá de su puerta, y la importancia de que madame Moreau me hiciera entrar en su casa no

me pasó inadvertida. Era un espacio similar a mi propio apartamento en cuanto a tamaño y practicidad, con la diferencia de que el suyo resultaba extremadamente hogareño y acogedor. Estaba enmoquetado, y las ventanas que daban a la calle estaban cubiertas con bonitas cortinas. En la repisa de la chimenea había un montón de fotografías antiguas de la panadería y de quien supuse que era su madre. Y entonces vi a *monsieur* Moreau en una foto enmarcada y lo reconocí enseguida. Su imponente bigote y su pelo impecablemente engominado hacia atrás eran inconfundibles.

—*Assieds-toi* —dijo señalando uno de los dos sillones orejeros dispuestos delante de la chimenea encendida.

Me alegré de sentir un poco de calor y me froté las manos delante de las brasas. Madame Moreau puso a hervir agua y preparó un café bien fuerte para las dos. Dejó las tazas en una mesita de centro y tomó asiento en el otro sillón.

—Te había subestimado, *Édith* —dijo con una mirada aprobadora.

Ahí estaba la aprobación. Mi droga predilecta. Siempre la perseguía en los demás. Sin embargo, ahora que por fin me había ganado la de aquella mujer taciturna, ya había dejado de importarme lo que pensara de mí, porque estaba realmente enfadada con ella.

—¿Esto ha sido una especie de examen? ¡Creía que me había contratado para ser la encargada de la panadería, no una cazafantasmas! —dije, consciente de que lo estaba planteando en tono jocoso, pero me pareció la única manera de contrarrestar la impresión que me había producido lo que acababa de presenciar.

—*Mais non*… Por supuesto que no —replicó.

—Oh, ¿en serio? ¿Y qué pasó entonces con Maria? Sí, me he enterado de lo de su última empleada —dije, viendo su cara de sorpresa—. ¿Es por eso por lo que contrata a gente extranjera, para que los que viven aquí no descubran su secreto?

—En parte, sí.

Yo había esperado algún tipo de discusión, que madame Moreau me dijera que todo aquello había sido un malentendido.

—Vaya, ¿así que lo reconoce? —Noté que me sonrojaba de rabia.

—*Édith, écoute-moi*. No he intentado engañarte ni hacerte pasar ningún examen, como acabas de decir. *Mais* no puedo correr el riesgo de que la gente de aquí se entere. Pensarán que estamos…

Y entonces se dio unos golpecitos en la sien con el dedo índice y silbó como una chiflada.

—Pues no me parece justo esperar que la gente de aquí no conozca la verdad —dije antes de beber un poco de café, que por suerte estaba caliente y buenísimo.

—¿Habrías aceptado este puesto si te hubiera contado la verdad?

Dejé la pregunta en el aire. Estaba claro que la respuesta era no, pero ¿cómo decirle a alguien que tienes un fantasma en el sótano sin parecer que estás loco?

—Ahora no tenemos tiempo para hablar —dijo madame Moreau mirando el reloj—, pero te prometo que esta noche te lo explicaré todo.

La miré con cautela, y me pregunté cómo se suponía que podríamos comportarnos con normalidad durante el resto del día mientras trabajábamos en la tienda. Y entonces comprendí que eso era lo que Manu y ella llevaban años haciendo. Que esa era su realidad.

—Lo sabes desde hace un tiempo, y a pesar de ello sigues aquí —dijo madame Moreau con cordialidad—. ¿Por qué no te has ido?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. La verdad es que viajé hasta aquí para olvidarme de mis propios problemas y, a pesar de esto —dije, señalando hacia abajo—, me gusta estar aquí. Le sonará extraño, pero ¿sabe usted una cosa? Este lugar tiene algo que me ha devuelto el placer por la vida.

Arrugué la nariz y esbocé una sonrisa poco entusiasta. Hasta aquel momento no había entendido lo cierto que era lo que acababa de decir.

—Me alegro de que te quedes. *Mais maintenant*, hay que trabajar —anunció.

Algo hubo en su practicidad que me llevó a dejar de lado mis

dudas. Y entonces, cuando me levanté del sillón y me dispuse a seguirla para bajar a la tienda, madame Moreau se volvió y me lanzó una de sus miradas fulminantes.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté con impaciencia.

—Oh, nada. ¿Es este quizá tu nuevo uniforme, *hein*? —dijo repasándome de arriba abajo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que todavía iba en bata y pijama.

—Espere un momento: ¿acaba de hacer usted un chiste? —dije con una sonrisa triunfal.

Madame Moreau siguió caminando, pero las dos sabíamos que yo había conseguido romper su caparazón.

Edie uno, Francia cero.

Capítulo 23

El negocio siempre es lo primero para un profesional autónomo, y madame Moreau no era una excepción. Interactuó con sus clientes tras el mostrador, como era habitual, mientras yo desempeñaba mi trabajo totalmente aturdida. Justo antes de comer, Geoff se presentó en la panadería y me pidió un «*éclair* atrevido». Creo que jamás me había alegrado tanto de ver a alguien.

—¿Qué tal está hoy mi cliente favorito? —dije mientras le limpiaba la mesa.

Pensé que madame Moreau tal vez se estuviera preguntando si me disponía a compartir su espeluznante secreto con un cliente, pero si estaba preocupada no lo demostró. Su rostro era una máscara inescrutable.

—¿Y qué tal Ruby? —pregunté, deseosa de disfrutar de una conversación normal después de los extraordinarios sucesos que había presenciado a primera hora de la mañana.

—Le están haciendo la manicura en la peluquería.

—Perdón. ¿Qué?

—¡Es una broma!

—Oh, claro —dije frotándome los ojos—. Esto de madrugar tanto empieza a poder conmigo.

—¿Es suya? —preguntó Geoff señalando mi bicicleta, que estaba apoyada en la pared de la esquina.

—Sí —respondí con una sonrisa, y recordé la felicidad que me había embargado cuando la había visto.

—Debería cogerla y darse una vuelta. Va muy bien para despejar la cabeza.

—¿Pues sabe qué? Quizá no sea mala idea —dije desanudándome el delantal—. A lo mejor como algo rápido y luego me voy a pedalear un rato para ponerme de mejor humor.

En lugar de pedirle permiso, me limité a decirle a madame Moreau que me iba. Emergí a la acuosa luz del sol. Desaté la bici, puse rumbo al Pont Solférino y pasé por delante de la estación, buscando algún objeto desconocido que hiciera que todo volviera a parecer normal. Llegué a la orilla del Oise y seguí el camino de sirga, que antiguamente se utilizaba para remolcar las embarcaciones, con el sonido de las ruedas sobre la gravilla por toda compañía.

Ver a *monsieur* Moreau aquella mañana había despertado en mí pensamientos poco gratos sobre la muerte y la vida en el más allá. Pensar que había viajado a Francia, a fin de huir de todo eso, solo para acabar topándome con un fantasma real, vivo o muerto… ¿Dónde estaría su alma? ¿Atrapada en una especie de limbo? No estaba segura de creer en la existencia del cielo, pero sí quería creer que mi madre era feliz, estuviera donde estuviese. Y a pesar de la frustración que me provocaba saber que madame Moreau me había mentido, no pude evitar preguntarme cómo debía de sentirse al ver a su padre de aquella manera, noche tras noche. No podía imaginar siquiera ver a mi madre así, como un eco de sí misma. Por un lado sería maravilloso volver a verla, pero ¿no poder tocarla ni hablar con ella? Debía de ser una tortura. No estaba segura de que pudiera soportarlo. Todavía estaba en proceso de duelo. Apreté los frenos, salté de la bicicleta y me acerqué a un banco. Y, sin pensármelo dos veces, saqué el teléfono del bolsillo y llamé a mi padre.

—¿Cómo va todo, Edie? —dijo al oírme, rebosante de alegría.

Noté el escozor de las lágrimas en los ojos y me esforcé con desesperación por contenerlas. Me agarré con fuerza al banco, mirando el río discurrir frente a mí.

—La echo mucho de menos, papá —fue todo lo que pude decir mientras las lágrimas me empezaban a caer a borbotones.

Mi padre permaneció un rato en silencio, pero por los sonidos que se oían deduje que también estaba llorando.

—¿Quieres volver a casa, cariño? —preguntó por fin con voz ronca.

—Sí —dije, sollozando como una niña pequeña que quería que su padre se lo solucionase todo—. Pero eso no cambiaría nada. Además, creo que aquí me necesitan.

Decirlo fue como una revelación. Recordé que Manu le había dicho a su abuela que yo les ayudaría, y comprendí que, a pesar de su aire de despreocupación en la panadería esa mañana, lo estaban pasando mal.

—Tienen suerte de tenerte, Edie. Ya lo sabes —dijo mi padre con orgullo paternal.

—¿Sabes qué? ¡Tienes razón! —dije.

Fue como si de pronto hubiera entendido mi lugar en el mundo. Quizá mi destino no fuera convertirme en una cantante que coronara las listas de éxitos ni en una diosa doméstica con 2,4 hijos y un perro. Pero tenía la capacidad de influir sobre la vida de las personas, aunque fuera de una forma mínima, simplemente siendo yo misma… Y eso era más que suficiente.

Empecé a pedalear y puse rumbo al centro de la ciudad. Mientras estaba parada en un semáforo, vi una joyería en la esquina. Algo, tal vez la intuición, me dijo que debía entrar. Desmonté de la bici, levanté el manillar y la subí a la acera para atarla con la cadena a una barandilla. En el escaparate de la tienda brillaban varias joyas de plata preciosas. Me llamó la atención una pulsera con dos pequeños colgantes: uno era la Torre Eiffel, y el otro, una bicicleta. Quizá todos los turistas sucumbían a piezas de bisutería con tantos clichés como esa, pero me daba igual. Enseguida se me dibujó una sonrisa en la cara, y supe que aquello solo podía indicar algo bueno. Entré y me la compré.

Por la noche, madame Moreau me invitó a cenar. Había

empezado a llover y la temperatura había caído en picado, de modo que su confortable apartamento ofrecía un refugio acogedor. Había preparado un delicioso estofado de conejo con un montón de reconfortantes tubérculos.

—*Manu ne mange pas avec nous*? —pregunté cuando vi que no estaba en la mesa.

—*Il sort avec ses amis* —respondió madame Moreau—. Veo que tu francés está mejorando.

—*Merci*. Siempre he querido hablar francés con fluidez… De hecho, esa fue la razón por la que elegí venir aquí —dije, disfrutando de la oportunidad de abrirme a una mujer que se había mantenido distante conmigo desde mi llegada.

Madame Moreau sirvió la comida, que había dispuesto en una tarrina de porcelana, en unos platos preciosos decorados con flores azules. Yo me ocupé de servir el vino. Comimos en un silencio agradable durante un rato, con el único sonido del tictac del reloj y el resplandor de la chimenea a modo de telón de fondo. Mientras yo rebañaba la salsa con el pan, charlamos sobre cosas intrascendentes, como el tiempo, y acerca de los personajes más interesantes que pasaban por la panadería. Madame Moreau había preparado una exquisita *tarte tatin*, con manzanas caramelizadas en canela, y a pesar de que yo tenía el estómago lleno dejé el plato vacío. Después de recoger los platos, nos trasladamos de nuevo a los silloncitos colocados delante de la chimenea. Comprendí que había llegado el momento de agarrar el toro por los cuernos.

—En realidad no necesitaba una encargada que hablara inglés, ¿verdad? —dije, entendiendo de pronto el motivo por el que habían publicado el anuncio en el extranjero—. No quería que nadie de por aquí descubriera lo de su padre y se lo pudiera contar a alguien.

—Nunca he querido molestar ni asustar a nadie. Pero sí, pensé que sería más fácil guardar el secreto de esa manera. Siempre ha sido muy complicado mantenerlo oculto. Por eso utilizamos el túnel para las entregas: así evito que la gente entre en el sótano —me explicó madame Moreau, resolviendo el otro misterio que me tenía

perpleja—. Cuando mi hija vivía, no necesitaba ayuda externa. Pero ahora mi artritis va a peor, y Manu tiene que ir al instituto —dijo encogiéndose de hombros.

—Lo siento mucho —dije con sinceridad—. No tenía ni idea de que su hija había fallecido.

Los ojos de madame Moreau brillaron de un modo especial cuando siguió hablando.

—Ningún padre debería ver morir a sus hijos antes que ellos.

Buscó un pañuelo en el bolsillo de su bata y se secó los ojos.

—Lo siento mucho —repetí. Mis palabras sonaron nimias e insignificantes a mis oídos. En aquel momento entendí la sensación de impotencia que debían de haber experimentado mis amigos y familiares.

—Fue en un accidente de coche. Hace doce años. Ella y *son mari*, su marido, viajaban hacia el sur, a España, para ir a visitar a la familia de él. El pequeño Manu iba dormido en el asiento de atrás.

Hablar de aquello le resultaba visiblemente angustioso, de modo que la interrumpí apoyando una mano en su brazo y le dije que estuviese tranquila, que no era necesario que me diera detalles.

—Perdí a mi madre, y sé lo duro que resulta hablar de ello a veces —dije con solidaridad.

El rostro de madame Moreau se transformó en la imagen de la empatía. Sus grandes ojos castaños me miraron con dulzura cuando puso su mano sobre la mía.

—*C'est dure la vie, hein?*

Tenía razón, la vida era dura. Durante el silencio que siguió, entendí que las primeras impresiones que había tenido de ella habían sido completamente erróneas. Había interpretado su comportamiento gélido como una muestra de hostilidad y antipatía cuando en realidad solo se estaba esforzando por proteger tanto a su familia como su paz mental. Madame Moreau se levantó para acercarse a una cómoda alta de caoba y sacó un álbum de fotos de uno de los armaritos. Volvió a tomar asiento y me enseñó fotografías de su hija, desde su infancia hasta poco antes de su muerte.

—Ahora solo tendría un par de años más que tú —me dijo en voz baja.

—¿Los recuerda Manu? —pregunté, pero madame Moreau negó con la cabeza mientras me decía que por aquel entonces él no era más que un bebé—. Es un chico brillante, todo un orgullo para usted.

—*Comment?* —preguntó, sin entender lo que acababa de decirle.

—Lo ha criado usted estupendamente bien —dije para explicarme. Y entonces me vino un pensamiento a la cabeza—. Su hija…

—*Gabrielle. Oui?*

—¿Veía también a su padre? —pregunté.

—Por supuesto. Era ella la que estaba aprendiendo de él los viejos métodos. Estaba destinada a llevar la *boulangerie*. Pero eso ahora ya no importa —añadió.

—¿Por qué dice eso? Manu está haciendo muy buen trabajo, ¿no? Mi padre fue jefe de repostería en Irlanda y la verdad es que sé un par de cosas sobre los procesos de horneado y las artes de la pastelería. Y puedo decirle que Manu tiene un don para ello.

—Ah, sí, recuerdo que leí eso en tu currículum. Y que Manu dijo que nos podría resultar útil —dijo madame Moreau, sonriendo con orgullo al pensar en la visión de futuro de su nieto.

—Oh, entiendo. Entonces, ¿es a Manu a quien debería estarle agradecida por haber obtenido el puesto? —dije sonriendo también.

—Sí. Pero, como seguro que ya sabes, las pequeñas panaderías han dejado de ser rentables. La gente compra esos *moche…* ¿Cómo se dice? Esos horrorosos panes de molde en el supermercado porque son más baratos, por mucho que estén llenos de conservantes que evitan que se pongan duros durante días y días. ¡Qué asco!

—Supongo que el coste de la vida afecta a todo, y que la gente lo único que pretende es ahorrarse un poco de dinero.

—*Exactement*. Por eso ya no compran pan fresco y *croissants* cada día. Las cosas se nos están poniendo cada vez más difíciles. No

sé qué nos deparará el futuro.

Madame Moreau se quedó mirando el fuego de la chimenea, y por primera vez desde que la conocía me pareció que estaba cansada. No era en absoluto mi deseo presionarla sobre el pequeño asunto de tener un fantasma en el sótano, aunque tampoco podía disimular mi curiosidad.

—Y entonces… ¿Lo de su padre? —pregunté, con toda la delicadeza que me fue posible.

—Ah, sí. Te mereces conocer la verdad, *Édith*. Y te la contaré. *Mais* tendré que empezar desde el principio…

Capítulo 24

L'HISTOIRE DE MADAME MOREAU

Mis primeros recuerdos son estar sentada alrededor de una hoguera viendo a mi madre bailar. Llevaba *une robe*, un vestido precioso con estampado de flores amarillas y rojas que giraban con su cuerpo. Mi abuela y todas las demás mujeres daban palmas mientras uno de los hombres tocaba la guitarra y mi madre taconeaba sobre el suelo polvoriento. Se llamaba Mirela, que en idioma romaní significa «admirar», y era un nombre de lo más acertado, porque todo aquel que la veía la admiraba. Recuerdo el calor de nuestra caravana, pintada en vivos colores, y los sonidos del campamento al despertar con la primera luz de la mañana: el tintineo de las ollas y las sartenes, las risas de los niños…

Sé que no son más que los pensamientos románticos de una niña. ¿Qué criatura no disfrutaría de la libertad de una vida nómada? No tienes que ir a la escuela y vives con toda tu familia, siempre hay algo que hacer y alguien con quien jugar. Es la vida desde la perspectiva de una niña, pero incluso así era consciente de las dificultades de mis padres. Los romaníes no éramos del agrado de mucha gente, y *très souvent* sufríamos persecuciones de campamento en campamento. Mi familia era *manouche*, integrante de un pequeño grupo de romaníes que llegó a Francia procedente del este de Europa. Éramos muy pobres, pero también éramos gente

orgullosa y hacíamos todo lo posible para ganarnos la vida. Mi padre comerciaba con caballos, y a veces trabajaba entrenándolos en los establos de los ricos. Hablaba muchos idiomas, y de hecho fue él quien me enseñó a hablar inglés. Aprendimos a sobrevivir y a utilizar nuestras habilidades para ganarnos la vida al margen de la sociedad. Pero vivíamos en la incertidumbre, y nuestras caravanas siempre estaban en movimiento.

Mis recuerdos de aquella época se han convertido en oro puro. Son muy valiosos para mí. Cuando pienso en mi madre por aquel entonces, lo único que recuerdo son las chispas de la hoguera alzándose hacia el cielo y que su cuerpo tomaba la forma de llamas danzantes que se balanceaban hasta adormecernos a todos y sumirnos en un estado de trance. Era *très belle*. Tenía el cabello negro y lo llevaba recogido en una trenza que le caía por la espalda, como los sementales de mi padre. Decían que tenía duende y que bailaba con toda la pasión y el fuego de su alma, y de todas partes venía gente a verla.

Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar en Francia y a menudo oía a los adultos hablar de la guerra. Yo no entendía muy bien lo que era eso, pero sabía que la gente estaba asustada. Cuando Francia firmó el armisticio con los nazis en 1940, yo tenía ocho años. Creía saber lo que eran las adversidades, pero la vida acabaría volviéndose mucho más complicada. Los alemanes hicieron pagar por la ocupación a los franceses, y los precios de los bienes de consumo se dispararon. La gente ya era pobre antes, pero a partir de entonces dejó de haber trabajo y todo el mundo se vio obligado a sobrevivir con muy poco. Con los toques de queda y el régimen de Vichy, que castigaba a todo aquel que no acatara las reglas impuestas, la vida en Francia se volvió *intolérable*. Pero lo peor aún estaba por llegar.

Llevábamos un tiempo oyendo rumores sobre los campos de trabajo alemanes. El régimen de Hitler había empezado la persecución de aquellos grupos minoritarios a los que consideraba «racialmente inferiores». Judíos, polacos, romaníes, homosexuales y

personas con discapacidades eran enviados a los campos de trabajo o fusilados con el objetivo de proteger a la raza aria. Claro está que mi familia no me contó nada de todo eso en aquel momento, pero sí recuerdo oír hablar de un loco en Alemania que quería dominar el mundo. No me parecía real. Y no me lo pareció hasta que mi padre desapareció.

Estábamos acampados al este de París cuando llegó una pequeña tropa de soldados alemanes con sus *jeeps* del ejército. Anunciaron que necesitaban a los hombres para trabajar y que nos trasladarían a todos a Compiègne, un pueblo en el norte del que nunca había oído hablar. Dijeron que los hombres debían irse con ellos *immédiatement*, y que las mujeres y los niños subiríamos a un tren. Recuerdo que me puse muy nerviosa y que tenía miedo, pero mi madre me consoló asegurándome que todo iría bien. Dijo que *papa* era un buen trabajador y que por eso le habían pedido que se fuera con ellos con tanta prisa. Recuerdo que mi padre me abrazó con fuerza y me dijo que fuera muy buena con mi madre. Nunca volví a verlo.

También recuerdo cierta emoción al subir al tren, porque era la primera vez que lo hacía, y que, a pesar de la confusión, estaba ansiosa por ponerme en movimiento. Recuerdo que el paisaje pasaba con rapidez, a diferencia de nuestra caravana, tirada por un viejo caballo que iba al paso por los caminos cuando nos desplazábamos. Enseguida llegamos a la estación, y allí vi soldados alemanes por todas partes. En aquel momento no entendí por qué, pero mi madre me arrancó prácticamente del asiento y tiró de mí hacia una puerta *en vitesse*. Debió de verlo cuando paró el tren, y aprovechó la oportunidad cuando los soldados estaban distraídos verificando alguna documentación con el jefe de estación. Un hombre normal y corriente, cubierto con un abrigo bajo el cual asomaba un delantal blanco. Estaba en el andén y cargaba con una cesta llena de *baguettes*. Yo no tenía ni idea de qué estaba haciendo mi madre y tampoco sabía de qué podía conocer a aquel hombre. El caso es que, en cuanto bajamos del tren, mi madre echó a correr

hacia él y lo abrazó desesperada, y luego le habló con lo que recuerdo que pensé que era un acento muy refinado.

«¡*Chéri*, has venido a buscarnos al tren!», exclamó mi madre mientras le daba besos en la cara a aquel hombre.

Il y avait un regard, una mirada que pasó entre ellos y que no podría explicar. Se produjo una pausa que duró quizá un segundo más de lo que debería. Entonces se acercó uno de los soldados, y ya se disponía a decir algo cuando *monsieur* Moreau dejó la cesta en el suelo y nos abrazó a las dos.

«Bienvenidas a casa, queridas mías. ¡Cuánto os he echado de menos!».

Capítulo 25

PIERRE MOREAU
1942

—¿Cómo se llama? —le preguntó Pierre a la mujer cuando llegaron a la Rue de Paris.

—Mirela. Y esta es mi hija, Geneviève.

Pierre abrió la puerta del sótano que daba a la esquina del edificio, y en cuanto entraron volvió a cerrarla con llave. Relajó los hombros, y el aire llenó de nuevo sus pulmones. ¿Qué hacer ahora? Ni siquiera podía pensar. Las consecuencias de dar cobijo a prisioneros eran bien conocidas. Se acercó al fregadero, cogió unos vasos y los llenó de agua antes de ofrecérselos a Mirela y a su hija.

—Gracias, *monsieur*, por lo que acaba de hacer por nosotras —dijo la mujer antes de beberse el agua de un trago. Luego le devolvió el vaso y se giró hacia la puerta, como si se dispusiera a marcharse.

—¿Qué piensa hacer? ¿Adónde piensa ir? —preguntó Pierre.

—Hacia el norte —respondió Mirela—. Quizá podamos encontrar un barco y…

Geneviève se frotó los ojos y empezó a lloriquear. Estaba muerta de agotamiento.

—La niña está cansada —dijo Pierre—. Ven… —Apartó un banco de la pared y colocó encima un saco de harina vacío—. Déjela

descansar. Les daré algo de comer.

Cogió algunas manzanas que quedaban en una caja al fondo del sótano. Estaban muy maduras y llenas de golpes, pero era lo único que tenía. Con un cuchillo retiró las partes marrones y cortó las manzanas, y después las puso en un plato con unas magdalenas. La niña, que se había aferrado a su madre como un percebe a una roca, miró con cautela a Pierre y luego el plato.

—Por favor —dijo Pierre ofreciéndoselo.

La niña miró a su madre, que le respondió con una sonrisa tranquilizadora, y, con la velocidad de un carterista, cogió una madalena y se la comió con avidez.

Pierre sonrió. No tenía mucha experiencia con niños, pero aquella pequeña, con esos grandes ojos castaños que sugerían una inteligencia vivaz y rápida… Se había quedado prendado de ella.

—Nunca conseguirán llegar a la costa —dijo incorporándose para preparar un café, que en realidad consistía en bellotas tostadas y raíz de achicoria—. Creo que lo sabe —añadió mientras ponía el agua a hervir en el fogón.

—No me queda otra elección —dijo Mirela.

Pierre las miró mientras apuraban el pequeño plato de comida. Habían sobrevivido a duras penas hasta entonces. Y tenía la sensación de que ahora su supervivencia dependía de él. Mandarlas a la calle equivalía a una sentencia de muerte. La guerra ya le había robado tantas cosas que no estaba dispuesto a permitir que le robara también la humanidad. Aunque significara morir por ella, era lo único por lo que merecía la pena seguir viviendo.

—Pueden quedarse aquí.

Fue como si aquellas palabras resonaran en las paredes. Era una decisión a vida o muerte. Le daba miedo lo que pudiera pasar, pero al mismo tiempo sabía que aquella decisión le permitiría vivir a la altura de su alma, su principal activo.

Mirela levantó la vista y lo miró confusa, una mirada que unos instantes después se transformó en algún tipo de reconocimiento.

—No puedo ofrecerle nada a cambio —replicó—. Eso no lo haré.

El hervidor empezó a silbar y, cogiendo la empuñadura con un trapo, Pierre lo apartó del fuego y se volvió para mirar a la mujer, olvidándose por un momento del café.

—No sé qué quiere decir —dijo.

—Amo a mi marido, esté vivo o muerto.

Entonces Pierre lo entendió. Aquella mujer había asumido que quedarse en la casa supondría dar algo a cambio. Que al ser él a todas luces soltero, se aprovecharía de su situación vulnerable.

—No, no me ha entendido bien. No supongo ninguna amenaza para usted, Mirela. Yo… —Las palabras murieron antes de salir de sus labios. ¿Cómo pronunciar en voz alta el secreto que había guardado en su interior durante tantos años?—. Yo no la veo a usted de esa manera.

La mujer se quedó mirándolo muy seria e intentó escucharlo con el corazón, no con los oídos.

—¿Entiende lo que le estoy diciendo? No puedo amar a ninguna mujer.

Fue como si se hubiera cortado la corriente, como si una descarga eléctrica hubiera desaparecido. La tensión que mantenía su cuerpo hecho un nudo se aflojó de repente, y con ello las lágrimas comenzaron a fluir.

—*Maman*? —dijo la niña, mirando con cautela a su madre.

—Me parece que a *maman* le gustaría comer más magdalenas —dijo Pierre con cariño—. ¿Quieres que las preparemos juntos?

Y así fue como Pierre Moreau se encontró con una familia que nunca había pedido ni se había atrevido a desear. Decidieron crear una historia que, aunque resultara inusual, pudiera llegar a convencer a la gente. Pierre le contó a todo el mundo que Mirela era su esposa. Sí, había sido una decisión repentina, pero en tiempos de guerra la gente hacía cosas muy extrañas, ¿no era así? Sí, se convertiría en un padre magnífico para la niña. Procedían, por supuesto, de un pueblo pequeño perdido en el campo, aunque nadie lo diría. Y así fue como empezaron a comportarse, como una familia inesperada pero feliz. Mirela asumió el papel de ama de casa

diligente, y Geneviève se pasaba el día pegada a Pierre aprendiendo los secretos del oficio. En poco tiempo sus vidas comenzaron a rozar algo muy cercano a la normalidad. Y más que eso: empezaron a vivir con alegría.

Capítulo 26

Madame Moreau echó un poco más de leña al fuego y sacó dos copas y una botella de *cognac*. Su historia me tenía cautivada, y me sentía impactada por su cruda realidad.

—¿Entonces la salvó de que la llevaran a un campo de concentración? —dije sin poder imaginar siquiera los dramáticos traumas de infancia que aquella mujer debía de haber vivido.

—Por un tiempo, sí. *Maman* me explicó que mientras mi padre estuviera ausente *monsieur* Moreau, Pierre, sería como *mon onde*, pero que en público debía llamarlo *papa*. Me dijo que con eso no estaríamos traicionando a mi auténtico papá, porque mi auténtico papá quería que yo estuviera a salvo y bien cuidada hasta que él regresara. No sé muy bien si mi madre creía que mi padre volvería algún día o si lo decía solo para que yo estuviera tranquila. Mis ojos infantiles jamás vieron artificio alguno. Así que vivimos tranquilamente en este mismo apartamento durante muchos meses. Pierre era un hombre amable y tenía muy buen carácter. Siempre recordaré su gracioso bigote, que se erizaba en los extremos, y su abundante pelo negro. Era feliz trabajando en su panadería. Preparar la masa, extenderla y sacar el pan caliente y crujiente del horno era su pasión.

»"El pan es un ser vivo", me decía a menudo. "¡Si pones tu corazón en la masa, repartirás felicidad a todos aquellos que coman tu pan!". Su *enthousiasme* era contagioso, y pasé muchas horas felices trabajando con él en el obrador. También fomentó mi amor

por el inglés y me pidió muchos libros prestados en la *bibliothèque. Monsieur* Moreau era un hombre muy respetado en la comunidad, y cuando nos acogió mucha gente admiró su *générosité*. La mayoría, de hecho. Porque, como siempre sucede, nuestra presencia en la ciudad provocó cierta división de opiniones… Y un día, cuando yo estaba en el sótano jugando a hacer figuritas de animales con la masa, oí gritos arriba, en la tienda. Cuando subí y asomé la cabeza, reconocí al instante los uniformes y, horrorizada, vi cómo dos soldados inmovilizaban a mi madre. Ella me miró, aterrada, pero enseguida se serenó y me guiñó un ojo. Entendí en el acto lo que aquello significaba: tenía que desaparecer. En el sótano hay una puerta que da a un viejo túnel subterráneo que termina en una abertura junto al río. Por allí descargaban antiguamente la harina cuando esta llegaba en barcazas desde el molino, pero hacía años que no se utilizaba. *Monsieur* Moreau nos había explicado que, si algún día pasaba algo, podíamos escapar del edificio a través de aquel túnel. Como una presa asustada, eché a correr en la oscuridad y no volví la vista atrás. En cuanto llegué a la salida, me escondí en el bosquecillo que hay a orillas del río hasta que se hizo de noche. Estaba segura de que no me habían seguido, y me pasé todo el rato vigilando la salida del túnel con la esperanza de que mi madre apareciera por allí y me llevara con ella. Pero no salió nadie.

»Después de horas tiritando de frío, me adentré de nuevo con sigilo en la oscuridad del túnel y llegué al edificio. Allí encontré a *monsieur* Moreau, llorando en el sótano *comme un enfant*. Cuando oyó pasos a sus espaldas, se giró enseguida y me abrazó con emoción. Me llenó de besos la cabeza y la cara y lloró por la alegría de mi regreso. Pero yo permanecía inerte entre sus brazos.

»"¿Dónde está *maman*?", le pregunté, a pesar de que ya sabía la respuesta.

»"He intentado impedirlo", me dijo. "Y haré todo lo que esté en mis manos para conseguir que vuelva", me prometió. "Pero a partir de ahora debes permanecer escondida, Geneviève".

»Y esa fue mi vida hasta que acabó la guerra. Durante el día me

quedaba escondida en la parte alta de la casa, en lo que ahora es tu pequeño apartamento, y por la noche trabajaba con *monsieur* Moreau en el obrador.

—Dios mío, no sé qué decir —dije al cabo de un buen rato.

—No hay nada que decir. La guerra, el genocidio, son cosas que dejan al descubierto la fealdad que algunos tienen en el corazón. Pero también descubrí que sacan a relucir la humanidad más bella que existe. *Monsieur* Moreau me protegió con su vida. Yo no era más que una niña, alguien a quien ni siquiera conocía, pero se acabó convirtiendo en mi padre.

—Geoff, ese señor inglés que viene por aquí, me llevó al Memorial del Armisticio, en el bosque —dije, pensando en su compromiso por recordar todas las vidas perdidas durante aquella época espantosa de la historia.

—Allí hubo un campo: Royallieu-Compiègne. Era a donde nos llevaban. Mi madre se sirvió de su ingenio aquel día en la estación y tuvimos la suerte de poder escapar. Pero posteriormente averigüé que la llevaron allí. Era un campo de internamiento y deportación. Entre 1942 y 1944 deportaron a cuarenta mil personas desde allí hasta Auschwitz.

—¿Cómo hizo usted para sobrevivir? Quiero decir, ¿cómo pudo seguir adelante después de todo eso? —pregunté, consciente de todo lo que tuve que luchar yo después de la muerte de mi madre, que, en comparación con la de Mirela, fue pacífica y digna.

—Gracias a *monsieur* Moreau —respondió simplemente—. Me salvó en todos los sentidos. Me devolvió las ganas de vivir. Cuando la guerra terminó, empecé a trabajar en la *boulangerie* y aprendí los secretos del oficio a su lado. Pasábamos todo el día juntos, amasando, dando forma, horneando las cosas de la vida.

—¿Cree que es por eso por lo que él ha permanecido aquí? —pregunté, recordando la investigación que había llevado a cabo en internet y la incapacidad de algunos espíritus de dejarse ir.

—El porqué no me importa. *Monsieur* Moreau dijo que siempre estaría a mi lado, e incluso muerto sigue fiel a su promesa. Pero no

durará mucho más —declaró madame Moreau.

—¿Qué quiere decir?

—Antes estaba aquí siempre, podíamos verlo día y noche, pero ahora se queda apenas un par de horas nada más. Pronto terminará.

Madame Moreau bebió un poco de *cognac* y posó la vista en las llamas danzantes de la chimenea.

Imaginé que esas apariciones residuales no podían durar eternamente, pero me parecía casi cruel pensar que madame Moreau y Manu tuvieran que continuar sin aquella presencia reconfortante.

—¿Y Manu? Tomará las riendas algún día, ¿no? Quiero decir que está aprendiendo del maestro. Lo vi.

Los ojos de la mujer brillaron con orgullo, pero la inquietud volvió a nublarlos enseguida.

—Nos obligan a vender el edificio, *Édith* —dijo con un suspiro—. Tengo que vender la *boulangerie*.

—No me lo puedo creer. ¿Después de todo lo que me ha contado? ¡Eso es imposible! —No esperaba oír aquello, y no pude disimular mi conmoción.

—¿Y crees que yo quiero hacerlo? —dijo alzando la voz, tomada por la emoción.

Se levantó y cogió una carta que había en la repisa de la chimenea. Era un documento oficial, y cuando me mostró el membrete vi que era de un banco. Podía imaginar cuál sería el contenido. Los Moreau tendrían deudas, y el banco quería que vendieran el edificio.

En el exterior se había levantado viento y la nieve giraba en círculos al otro lado de los cristales. Con dificultad, madame Moreau cerró las contraventanas. Estaba claro que la artritis le provocaba mucho dolor.

—He trabajado duro todos los días de mi vida para conservar nuestro hogar —dijo sentándose de nuevo y bajando los ojos hacia sus manos—. Pero ahora, con este par de cosas inútiles…

Tenía los dedos encogidos y rígidos. Por eso no podía continuar, y

también por eso era incapaz de transmitir a Manu el legado de los Moreau. Le resultaba físicamente imposible.

—Me casé con un hombre con grandes sueños y un corazón falso. Cuando murió, me dejó cargada de deudas. Jugaba, ¿sabes? Y cuando mi Gabrielle murió me quedé yo sola al cargo de Manu. Las facturas no paraban de llegar: los libros de la escuela, la ropa, la comida, todos los gastos que conlleva la *boulangerie*… Tuve que pedir un préstamo, una *hypothèque*, como se dice, sobre nuestra casa, y en este momento me resulta imposible pagar las mensualidades.

—¿Una hipoteca? —dije bajando la vista—. Oh, claro. Entiendo.

—Vinieron a verme el mes pasado. Esos hombres con sus trajes, sus caras pálidas y la avaricia reflejada en sus ojos. Al parecer hay un comprador que está ansioso por convertir el edificio en un hotel *boutique*.

—¿Qué? ¡Pero eso es ridículo! La panadería lleva aquí un montón de años, ¿no?

—Los Moreau llevan elaborando pan aquí desde 1920 —dijo madame Moreau, desconsolada ante la idea de perder todo el legado que en su día se le confió.

—Estoy segura de que el Ayuntamiento no lo permitirá —repliqué —. Este debe de ser un edificio protegido.

—*Mais, c'est ça le problème*. Es un edificio caro de mantener, y los promotores se han comprometido con el Ayuntamiento para respetar el exterior y restaurar el interior a fin de conservar el edificio en los años venideros. Estas sociedades históricas son muy estrictas con este tipo de cosas y muestran una gran *sensibilité* con respecto a los orígenes del edificio, pero les da igual quién lo acabe pagando. El banco cree que un hotel resultará más rentable, y por eso apoyan el acuerdo. Los promotores han garantizado al Ayuntamiento que el turismo crecerá con un hotel ubicado en un edificio histórico. No sé qué hacer.

Me quedé con la mirada fija en el fuego, intentando asimilar todo aquello. Cuando llegué no tenía ni idea de que la situación fuera tan

grave. De hecho, empezaba a preguntarme por qué me habrían contratado.

—¿Por qué publicó aquel anuncio en internet si sabía que la situación era tan apurada? —pregunté, y noté que el calor del resentimiento ascendía por mi garganta.

—Por Manu —respondió madame Moreau encogiéndose de hombros—. Cree saber qué es lo mejor para nosotros —añadió con una mezcla de orgullo y fastidio en su voz.

De pronto me sentí avergonzada por haber preguntado aquello. Teniendo en cuenta la dimensión del problema, no era el momento de echar las culpas a nadie.

—Cualquiera puede ver que esto es su pasión —dije.

—Sí, y aprende muy bien de *papa*. Pero no es más que un chico. Siempre he querido darle el hogar que *monsieur* Moreau me dio a mí cuando mis padres murieron. Pero ahora lo perderemos todo… Incluso él.

Y ahí fue cuando madame Moreau terminó por derrumbarse. La presión de mantenerlo todo bajo control debía de ser enorme. Me arrodillé a su lado y le pasé un brazo por los hombros mientras ella lloraba hundiendo el rostro en un pañuelo. De pronto volvieron a mi cabeza las palabras que Manu había pronunciado aquella mañana en el sótano: «A lo mejor nos puede ayudar». ¿Qué demonios pensaba que podía hacer yo? Bueno, empeorar las cosas no, eso seguro. Tendría que pensar algo.

Capítulo 27

Me desperté con el zumbido que anunciaba que me acababa de entrar un mensaje en el teléfono.

«Volveré a Compiègne la semana que viene. Hugo».

No supe muy bien si el vuelco que me dio el estómago se debía a la emoción, al miedo o a ambas cosas a la vez. La verdad es que apenas si había pensado en él desde la noche que cené con madame Moreau. Su trágica historia me había afectado profundamente y me había llevado a plantearme muchas preguntas sobre el fallecimiento de mi madre. Ahora me sentía muy agradecida por todo el tiempo que ella y yo habíamos pasado juntas, por todas esas horas de intimidad en las que habíamos compartido las cosas que nos gustaban a ambas y otras que solo le gustaban a una, en las que habíamos cantado canciones y comido pasteles. Comprendía lo privilegiados que éramos como familia por haber compartido una vida tan maravillosa, y ahora, incluso cuando pensaba en ella en su lecho de muerte, ya no experimentaba el dolor de la pérdida sin que se atemperara con el agradecimiento por haber podido compartir aquellos años preciosos con mi madre. Sabía que la historia de madame Moreau contenía mucho más dolor y terror del que me había revelado. Porque no solo había perdido a sus padres, sino que además había perdido su cultura. Se había criado como una niña francesa, como la hija del panadero, y nunca más había podido hablar sobre su ascendencia romaní.

No quería seguir bombardeándola con preguntas sobre el

pasado, y por eso decidí iniciar mi propia investigación. El Holocausto romaní —o Porraimos, como lo llamaban algunos— fue el responsable de la práctica aniquilación de la población romaní europea y acabó con la vida de cientos de miles de personas. Tal y como madame Moreau me había explicado, confirmé que en Compiègne había habido un campo de internamiento donde fueron retenidos tanto miembros de la Resistencia como romaníes y judíos antes de ser enviados a campos de exterminio como Auschwitz. Leer aquello fue horroroso, pero ¿conocer a alguien que lo había vivido y que ahora estaba a punto de perder todo aquello por lo que había luchado a manos de unos promotores mobiliarios codiciosos? No podía permitir que eso sucediera.

—Tengo que encontrar una propuesta única de venta, ¿entiendes? —le dije a mi padre aquella noche por teléfono.

—¿Una propuesta de qué? —preguntó, confuso.

—¡Un factor diferencial! Es como lo llaman en *marketing*. Vamos, papá, ponte un poco al día. Pensaba que con toda tu experiencia se te ocurriría algo para que el negocio vuelva a funcionar y podamos atraer a nuevos clientes —le expliqué después de haber hablado sobre el cambio de las *baguettes* al pan de molde del supermercado y la mala situación de la economía europea.

—Las tarjetas de fidelización siempre son un buen incentivo para los clientes habituales —replicó, claramente encantado de que le pidiera su opinión.

—Sí, también lo había pensado —dije, anotando en mi libreta aquel primer punto—, pero no estoy segura de que eso sirva para producir un cambio significativo. Necesitamos algo más imaginativo.

—Dijiste que era un lugar un poco turístico, ¿no?

—Sí. Vienen muchos británicos, y también gente de París, sobre todo en fin de semana —respondí.

—Veamos. —Mi padre inspiró hondo—. Sí, veamos. Se trata de Francia —empezó a decir.

—Sí, eso está claro.

Suspiré con impaciencia y fijé la mirada en el techo descolorido de mi apartamento. Todo aquel lugar necesitaba una renovación, pero no había presupuesto para esas cosas.

—De modo que competir con las pastelerías más refinadas no tiene sentido —continuó.

—No, supongo que no.

—Bueno, entonces creo que lo mejor que puedes hacer a corto plazo es darle un toque divertido al escaparate de la tienda, algo que atraiga a los clientes. Diría que *cupcakes*. Como únicos protagonistas.

—¿Qué? —dije, un poco desanimada al ver que ese era el gran plan de mi padre para salvar la panadería—. ¿No te parece que los *cupcakes* están…, no sé…, un poco pasados de moda?

—¡Eso es como decir que la tarta Reina Victoria se ha quedado anticuada! Hay cosas que siempre venderán, y me parece que eso es justo lo que necesitáis ahora: que entre dinero en la caja registradora.

—No creo que la panadería de los Moreau sea un lugar de *cupcakes* —dije, dubitativa.

—De acuerdo, es un gancho, pero comercialmente tiene sentido. Obtendréis más ganancias con una inversión mínima. Míralo, búscalo en Google mientras vamos hablando.

—Vale. —Suspiré sin poder evitar que mi voz delatara mi escaso entusiasmo por la idea—. Oh, espera un momento —dije animándome de pronto. Porque en cuanto empecé a desplazarme por la pantalla encontré filas y más filas de imágenes de los *cupcakes* más apetitosos que había visto en mi vida. Minúsculos *macarons* de todos los colores del arcoíris se asentaban como pequeños sombreros dulces sobre *cupcakes* pulverizados en dorado y cubiertos con copos de nieve de coco. Incluso había algunos totalmente cubiertos de *macarons*—. ¡Guau, estos tienen una pinta increíble!

—De nada —dijo mi padre, y casi pude ver su sonrisa de

suficiencia.

—Podría funcionar… Pero no sé, papá. Tendría que hacerlos yo, y solo me he dedicado a estas cosas en casa —admití, hecha un mar de dudas.

—No te preocupes, cariño. Te daré la receta perfecta. Te bastará con practicar unas cuantas veces, y enseguida le pillarás el tranquillo.

—¿En serio crees que podría hacerlo? —pregunté.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no aprendiste del mejor en el oficio?

Reí, aun sin quererlo, y entonces pensé en *monsieur* Moreau. De pronto, el legado familiar me pareció mucho más importante que nunca.

—Mira —dijo mi padre, ya más serio—. Si me preguntas si pienso que puedes salvar un negocio endeudado y ayudar a que tu jefa pueda seguir manteniendo el techo que ahora cubre su cabeza, te diré que no lo sé, Edie. Pero si me preguntas si creo que puedes atraer más clientela con un montón de *cupcakes* de colorines, ¡te diré que desde luego que sí! —Remató con esa voz profunda de barítono que le había servido para mantener a sus ayudantes de cocina siempre en guardia—. Esa mujer puede considerarse afortunada por tenerte a su lado.

Ese era todo el apoyo moral que necesitaba.

Y mi padre tenía razón: era un comienzo. Y, entretanto, intentaría idear algún plan de negocio a largo plazo que madame Moreau pudiera presentar al banco. Decidí ponerme manos a la obra de inmediato y utilizar la cocina mientras la panadería estaba cerrada por la tarde.

Al día siguiente pedí a madame Moreau y a Manu que comieran conmigo después de cerrar para la pausa del mediodía. Fue muy agradable sentarnos los tres juntos a almorzar. Ella había preparado un exquisito paté de hígado de pollo y lo sirvió acompañado de una

ensalada y, por supuesto, pan de masa madre. Nunca había visto a Manu tan relajado. Empezó a hablar animadamente sobre el futuro, sobre el día en que por fin terminara el instituto y pudiera trabajar a tiempo completo en la panadería.

—¡Eso no lo harás hasta que no termines tu *baccalauréat*! —Replicó madame Moreau como si aquella fuera una discusión que tenían con regularidad.

Ahora que yo sabía que ella no había podido tener una formación escolar formal entendía perfectamente su vehemencia, pero, por otro lado, era obvio que Manu estaba ansioso por convertirse en el siguiente *monsieur* Moreau.

—¡Vale, orden! ¡Orden en la sala! —grité para reclamar su atención—. He estado pensando en maneras de fomentar el negocio. Estuve hablando con mi padre y pensamos que tal vez estaría bien ponernos como objetivo atraer a los turistas con un producto diferencial, como podrían ser unos *cupcakes* combinados con un pequeño *macaron*.

Su falta de entusiasmo fue tal que casi pensé que la tienda se venía abajo.

—Yo no hago *cupcakes* —dijo Manu por fin.

—Eso no es problema. ¡Los haré yo!

Siguió un nuevo silencio que se hizo eterno.

—Mejor será que traiga una muestra.

Entré en la cocina y abrí el armario donde había guardado los *cupcakes* que había preparado. Había encontrado la inspiración en el recetario de Pierre. *Macarons*. Un bocado dulce y delicado, hecho a partir de ingredientes sencillos pero cuya elaboración requería un poco de paciencia. Después de haber buscado ideas en Instagram, había decidido fusionar el concepto de *cupcake* de mi padre con algo un poquitín más chic. Alcé la tapa de cristal que cubría la bandeja como levantaría un camarero la campana protectora de un plato.

—Les presento los *cupcakes* de vainilla con relleno de crema de mantequilla de chocolate blanco, cubiertos con *macarons* de pan de oro y una *ganache* de Baileys.

El hecho de que ambos abrieran los ojos como platos lo dijo todo.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó madame Moreau.

—¡Los he hecho yo, naturalmente!

Mientras comían, les ofrecí una visión detallada del proceso. Siguiendo las instrucciones de Pierre, había reunido todos los ingredientes y había empezado batiendo las claras de huevo a punto de nieve. Después, y para obtener un efecto glaseado, la receta sugería preparar un merengue italiano calentando una mezcla de agua y azúcar de repostería. A continuación, había vertido la mezcla sobre las claras de huevo y había incorporado con movimientos envolventes y delicados la harina de almendras y el azúcar. ¡Y entonces llegaba la parte complicada! Había cortado un rectángulo de papel vegetal y, con la ayuda de un vasito, había trazado pequeños círculos. Después de llenar la manga pastelera con la mezcla, había intentado hacer veinte *macarons* idénticos. La receta decía que había que dejarlos reposar para que se asentaran y continuar con la preparación del relleno.

Había decidido darle un toque irlandés y había preparado una *ganache* de Baileys calentando un poco de nata y Baileys en un cazo e incorporándole luego trocitos de chocolate blanco, dejando que se fundiera. Había comprobado la temperatura del horno y me había secado el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sin darme cuenta, en un momento del proceso había empezado a disfrutarlo. Era estupendo estar creando algo y poder añadirle mi toque personal. Después de incorporar el ingrediente final, tres gotas de aquel licor de *vanillao*, había extendido la mezcla sobre los *macarons* ya enfriados.

Por su expresión vi que había superado sus expectativas.

—No están mal, ¿eh? —dije sacando el papel de uno de ellos y dándole un mordisquito—. Creo que si los exponemos en el escaparate podríamos atraer a nuevos clientes.

—No tenía ni idea de que eras capaz de preparar algo así, *Édith* —dijo madame Moreau maravillada.

—Todo ha sido gracias a este recetario —dije sacando la libre— tita roja del bolsillo.

Las facciones de madame Moreau se quedaron paralizadas.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—Lo… lo he encontrado —respondí con la sensación de que acababa de meter la pata otra vez—. Estaba escondida debajo de una tabla del suelo de mi apartamento.

Miré a Manu, que se estaba encogiendo de hombros. Era evidente que sabía tan poco como yo sobre lo que estaba pasando.

Bajé la vista hacia mis manos, que sujetaban la libreta con fuerza. ¿Por qué no le habría dicho antes a madame Moreau que la había encontrado? ¿Tan absorta me tenían su historia y mis esfuerzos por cambiar el destino de la panadería? Tendría que haberme dado cuenta de lo importante que podía llegar a ser para ella aquella reliquia familiar.

Extendió las manos para que se la diera. Madame Moreau acarició la pequeña libreta como si fuese un objeto de valor incalculable. La giró hacia un lado, y luego hacia el otro. Y en cuanto la abrió y vio lo que estaba escrito se llevó una mano a la boca.

—Recuerdo muy bien cuando escribió todo esto —dijo acariciando con ternura el recetario—. Aquí anotó todas mis recetas favoritas. Fue después de que mi madre…

—Lo siento mucho, debería habérselo contado antes —dije, pero madame Moreau le restó importancia a mi disculpa.

—Yo misma escondí esta libreta —dijo—. La dejé allí y me olvidé por completo de ella.

—Cuando la encontré, ni siquiera sabía quién era Pierre —dije, pero la mujer no me estaba escuchando.

—Resulta de lo más extraño —dijo entonces—. Pero cuando estaba comiendo tu *cupcake* me he acordado de algo en lo que no pensaba desde hacía mucho tiempo.

Me mordí el labio. Entonces no solo me pasaba mí, me dije.

—Un día le pregunté a Pierre qué podía hacer con todo el amor que guardaba en mi corazón para *maman* y que ahora ya no tenía

adonde ir. —Me estremecí ante aquella pregunta tan propia de una niña, y por un momento casi me costó respirar—. Y él me respondió que el amor que guardas en tu corazón por una persona con la que ya no podrás estar nunca más no es un peso con el que cargar, sino un regalo. Un regalo que puedes compartir de otras maneras.

—¿Cómo? —preguntó Manu, que llevaba un buen rato sin hablar.

—En su caso, depositando todo su amor en sus recetas y preparándolas para la gente de Compiègne. Aseguraba que lo hacía para que todo el mundo conociera el amor.

—Eso es precioso —dije secándome una lágrima con el delantal.

—Me gustan —dijo Manu—. Me recuerdan a mi *maman*.

¿Otro recuerdo?, me pregunté. Eso era. Entendí que tenía que decir algo. Me levanté para ir a buscar el ingrediente especial guardado en el armario.

—¿Quizá hay algo que debería saber sobre esto?

Capítulo 28

Me puse a trabajar al día siguiente y empecé a preparar mi repostería por las tardes, que eran siempre más tranquilas. Manu me había garantizado que nadie ni nada me haría compañía en el sótano a aquella hora, lo cual me dio solo una pizca de tranquilidad. Porque, a pesar de mis esfuerzos por entender la presencia residual de *monsieur* Moreau en el obrador, permanecer ahí abajo me seguía resultando inquietante.

—¿Crees que tu abuela me ha perdonado por lo del *vanillao*? —le pregunté a Manu antes de que se fuera al instituto.

Al parecer, en uno de mis típicos momentos Edith, había abierto la última botella que quedaba del embriagador elixir de Pierre. Nadie sabía dónde se surtía de aquel elemento tan especial, y en consecuencia no habían podido obtener más.

—¿Perdonado? Quizá. ¿Olvidado? *Jamais*.

Conocía muy bien el significado de aquella palabra. Jamás. Suspiré con exageración.

—Es broma —dijo entonces Manu con una sonrisa juguetona—. Dijo que no está bien tener los recuerdos encerrados en una botella. Y creo que en el fondo se alegra de que la abrieras.

—¿Estás seguro?

—*Je te le jure* —replicó Manu llevándose la mano al corazón—. Te lo juro.

Me compré un altavoz portátil y adquirí la costumbre de ponerme *jazz* clásico para tener compañía en el sótano. Incluso empecé a aprenderme algunas canciones francesas y descubrí a la maravillosa Joséphine Baker. Con el tiempo me di cuenta de que estaba adquiriendo vocabulario por osmosis, y esa constatación me hizo sonreír. A veces, si simplemente dejas que las cosas sucedan en lugar de intentar forzarlas, salen con más facilidad.

Disfrutaba con la repostería, y dediqué varias tardes a experimentar con los distintos sabores. Abajo, en el sótano, era libre para ensuciar y generar todo el caos que me apeteciera, y no pasaba nada si proyectaba nubes de harina hasta el techo en mis intentos por dominar la vieja báscula. Aquello era casi como la alquimia: combinar harina, huevos, mantequilla y azúcar para obtener la base de los pastelitos más sublimes, cuyo único límite de sabor era mi propia imaginación. Hice unos de mantequilla de cacahuete, otros tipo tarta *red velvet* con chocolate negro y otros de vainilla con chocolate blanco. Me sentía como la Willy Wonka de los *cupcakes*, y disfrutaba de mi papel como parte del equipo de artesanos de los Moreau. Y resultó que mi padre tenía razón: los *macarons* no eran tan complicados de elaborar si se disponía de una buena receta y de un poco de confianza en uno mismo. Hacer pasteles, por lo que parecía, era muy similar a la vida.

Cuando al día siguiente terminó sus clases, Manu bajó al sótano e hizo un amago de devorar todo mi glaseado.

—Les he hablado de tus pasteles a mis compañeros del instituto, así que a lo mejor se pasan por aquí —dijo relamiéndose los dedos.

—Me parece estupendo, Manu. Espero tener algo que poder ofrecerles cuando vengan —dije arrancándole el cuenco de las manos—. ¿Qué tal vas con lo de la página web?

—Salimos mañana. ¡Y en Instagram ya tenemos ciento cincuenta

seguidores!

Madame Moreau nos miró sin entender nada.

—Hablando de eso… Voy a necesitar tu ayuda, Manu —dije.

Saqué el teléfono y le enseñé algunas de las cuentas de TikTok que había estado siguiendo. Vídeos de reposteros caseros de lo más pijo que parecían estar dirigidos por el mismísimo Scorsese y producidos por un estudio de Hollywood acumulaban centenares de miles de visualizaciones.

—Quiero crear algo así, pero con un presupuesto minúsculo —dije.

—*Ah, ouais, mais c'est super*! —exclamó con entusiasmo.

Manu reapareció más tarde con un aro de luz montado sobre un trípode y un micrófono inalámbrico para que me lo pusiera. No es que tuviera muchos elementos disponibles como atrezo, pero pensé que los hornos originales resultarían mucho más auténticos como telón de fondo que cualquier cosa que hubiera visto en las redes sociales.

—Preparada —dije.

Me había colocado de pie detrás de una mesa de caballete que habíamos montado y cubierto luego con un mantel de cuadros. Manu levantó el pulgar para indicarme que podía comenzar y empezó a grabar con el teléfono. Miré mis ingredientes: cuencos de cerámica de color azul celeste con harina y azúcar, una jarrita para la leche y unos huevos que se tambaleaban sobre la superficie de la mesa.

—Bien, eh… ¡Espera! ¿Podemos empezar de nuevo? —pregunté mientras me ataba mejor el delantal.

—Toma dos —anunció Manu antes de volver a pulsar el botón.

—Bienvenidos a… Oye, ¿cómo nos llamamos?

Manu detuvo la grabación y me lanzó una mirada de impaciencia. A ese ritmo no acabaríamos nunca.

—¿Compiègne Cupcakes? —sugirió.

—Vale, eso funcionará —dije, indicándole con un gesto que empezase a grabar.

—¡Hola a todos, y bienvenidos a Compiègne Cupcakes!

Manu reaccionó con una sonrisa de ánimo y continué.

—Hoy vamos a hacer… Bueno, mejor dicho, voy a hacer… a preparar… ¡Oh, mierda!

—No pasa nada, *Édith*, tú continúa. Ya lo editaremos después —me aseguró Manu.

Pero fue un desastre. Continuamente olvidaba mencionar los ingredientes que iba incorporando, y mi voz sonaba tan monótona que casi hacía dormir. Cuando puse la bandeja de *cupcakes* en el horno, Manu dejó de grabar y yo escondí la cara en un paño de cocina.

—Vaya porquería —gimoteé—. Soy malísima para estas cosas. ¡Con lo fácil que hacen que parezca todo!

Manu se sentó a mi lado.

—Bueno, quizá no queda muy *parfait…*

—Oh, gracias… Pero no te sientas en la obligación de mentir para proteger mis sentimientos y esas cosas —dije.

—Lo único que necesitas es relajarte un poco. Estás demasiado… No sé, pareces un robot. —Y se puso a bailar como un autómata, por si acaso yo no lo había entendido. Lo fulminé con la mirada—. Podemos dejarlo por esta noche si quieres. Acabar mañana.

—No. Quiero hacer el glaseado, es la mejor parte.

Cuando elaboraba pasteles en casa con mi padre solía ser muy divertido. Tenía unos recuerdos preciosos de estar en la cocina con mi madre, siempre riendo y cantando. Y fue así como se me ocurrió.

—¡Necesitamos música!

Cogí el teléfono y busqué la lista de reproducción con temas de Django Reinhardt que Johnny me había enviado. De repente fue como si estuviera en mi pequeño mundo, y casi ni me di cuenta de que Manu pulsaba el botón para empezar a grabar. Sonreí, bromeé y elaboré algunos de los *cupcakes* más bonitos que había hecho jamás. Y mientras mezclaba la mantequilla con el azúcar glas, mientras me movía al ritmo de la música, empecé a tener la sensación de que allí estaba sucediendo algo mágico. Estaba

encontrando mi ritmo. Me sentía estupendamente. Todo convergía de un modo que nunca me habría imaginado. Dejé de estar nerviosa, y al final tuve la sensación de que mi verdadera personalidad salía por fin a la luz.

—Tienes un don natural para esto —dijo Manu.

—¿Verdad que sí? —repliqué riendo.

Lo estaba disfrutando de verdad. Por primera vez en mi vida sentía que estaba empezando a brillar.

—Sabía que nos ayudarías —dijo Manu después, cuando nos pusimos a recogerlo todo.

Fue un momento excepcional de franqueza, y sin que madame Moreau pudiera oírnos, además.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté mientras mojaba un paño para empezar a limpiar las superficies.

—Porque tú también estás sola —respondió Manu con sencillez.

—Vaya, eso no es que sea un cumplido, Manu —dije, casi tartamudeando—. Pensaba que ibas a decir algo como: «Porque tienes unos ojos bondadosos».

—Bueno, no… Quiero decir, claro que los tienes —se explicó, corrigiéndose—. Pero el caso es que pienso que tuvimos suerte de que nadie te encontrara antes que nosotros.

Manu se quedó satisfecho con su estrambótica explicación, aunque me hizo sentir como un perro callejero perdido. Fue en aquel momento cuando me entraron ganas de aplicarle una mascarilla de crema de mantequilla.

—*Mon Dieu*, ya sabes que mi inglés no es muy bueno —dijo limpiándose la cara—. La familia es importante para ti, eso se ve. Y por eso me alegro de que formes parte de la nuestra.

La pequeña iniciativa de relaciones públicas de Manu funcionó, y aquella misma tarde la *boulangerie* se llenó de estudiantes del *lycée* de la ciudad que sentían curiosidad por probar *les gâteaux irlandaises*. Fue un éxito rotundo, y madame Moreau se sintió

visiblemente satisfecha al ver una clientela tan joven animando el local. Sin embargo, yo tenía claro que había que mantener esa inercia de alguna manera si queríamos que la iniciativa tuviera un impacto en el plan de negocios que debíamos presentar al banco. A la mañana siguiente fui a la imprenta a recoger nuestras nuevas tarjetas de fidelización, con las que ofreceríamos un *croissant* o una *baguette* gratis por la compra de cinco unidades. Quizá era una estrategia algo efectista, pero pretendía demostrar a los clientes de la *boulangerie* que nos movíamos al ritmo de los tiempos y teníamos toda la intención de seguir allí.

—Imagino que esto es cosa suya —me comentó Geoff cuando se pasó por la panadería con Ruby para regalarse su capricho semanal.

—Bueno, ya sabe que en el mundo de los negocios uno no se puede quedar quieto —repliqué, por mucho que me pareciera una frase muy manida.

—Parece que hoy tenemos *cupcakes*, Ruby —dijo, y la pequeña terrier levantó una pata como si lo hubiera entendido.

Capítulo 29

HUGO CHADWICK

—Creo que deberíamos retirarnos del proyecto de la Rue de Paris. No resulta viable en términos financieros.

Hugo estaba conduciendo y hablaba por el manos libres con su padre.

—Escúchame bien, Hugo. Si no puedes o no estás dispuesto a garantizar que este proyecto salga adelante, puedo buscar muy fácilmente a quien sea para que ocupe tu lugar. Hay infinidad de empleados de menor nivel que matarían por estar desempeñando tu trabajo. No todo el mundo recibe un puesto como el tuyo en bandeja de plata.

Hugo inspiró hondo y tomó la siguiente salida de la autopista.

—Mira, *papa*, voy camino de Compiègne. Antes pasaré a visitar a *maman*. Te llamaré desde allí.

—¿Por qué me quieres llamar desde Le Retrait?

—No lo sé… ¿Quizá porque pienso que te gustaría hablar con tu esposa?

Siguió un tenso silencio.

—Tú limítate a hacer tu trabajo —dijo, y colgó.

Hugo se desabrochó el cuello de la camisa y bajó la ventanilla para sentir el aire en la cara. Se sentía atrapado. Todo el mundo quería que fuera alguien distinto de quien era. ¿Cómo era posible

que, por mucho que intentara evitarlo, siempre acabara decepcionando a alguien? Todo cambió con la muerte de Stéphane. Era casi como si Hugo se hubiera visto obligado a compensar su pérdida, a ocupar su lugar. Y eso había hecho, pensando que así sus padres estarían felices o su dolor se vería de algún modo apaciguado. Pero no había servido de nada. La salud de su madre no había dejado de empeorar. Su padre se había vuelto incluso más retraído y estaba concentrado única y exclusivamente en sus negocios. Y ahora estaba Edith. Hugo le había hecho creer que era un buen tipo. Cuando estaba con ella, esa posibilidad le parecía más factible. Pero en el mundo real no era más que un hombre sin alma vestido de traje.

—¿Qué tal sigue? —le preguntó a la enfermera de guardia de Le Retrait mientras lo acompañaba a la habitación de su madre.

—La verdad es que ha estado un poco agitada desde su última visita. No deja de hablar de un anciano tío suyo. Algo relacionado con arreglar las cosas…

Hugo se rascó la frente. Su madre había empezado a contarle una historia la última vez que había ido a visitarla, pero al cabo de un rato se había mostrado confusa. En aquel momento no le había dado importancia.

—Hablaré con ella —dijo Hugo sonriendo a la enfermera.

La habitación estaba iluminada por el sol templado del atardecer que entraba por la ventana ligeramente entreabierta. La brisa agitaba las cortinas.

—Ah, peonías —dijo su madre al ver entrar a Hugo con un ramo de flores de color rosa—. No es necesario que me traigas algo cada vez que vienes a visitarme —añadió levantándose del sillón para ir a saludarlo.

—Un hijo puede llevarle flores a su madre siempre que quiera —dijo Hugo.

Pero le resultaba imposible quitarse de encima la sensación de

que, por mucho que hiciera, siempre se quedaba corto. Su madre debería tener dos hijos mimándola, no solo uno. Y, para empezar, no debería estar en aquel lugar.

—Mira, Hugo, me alegro mucho de que hayas venido. Tengo algo importante que contarte —dijo su madre.

Él le ofreció una silla junto a la mesita que había al lado de la ventana y sirvió un vaso de agua para cada uno.

—¿De qué se trata, *maman*?

—Debo… debo contártelo. Es importante que lo recuerde —insistió, frunciendo levemente el ceño.

—Tranquila —dijo Hugo acariciándole el brazo—. No debes cansarte.

—¡Es importante! —gritó su madre.

Ella casi nunca levantaba la voz, pero la frustración que reflejaban sus ojos era evidente. La búsqueda constante de fragmentos de recuerdos, las historias que hacen de una persona quien es. Su madre debía de tener la sensación de que su propia persona se le estaba escapando. Y él también la estaba perdiendo, por mucho que se negara a reconocerlo. Odiaba pensar en lo que le estaba pasando a su madre.

—En ese caso, nos quedaremos aquí hasta que lo averigüemos. ¿Te parece bien?

Su madre esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—¿Has traído chocolate caliente?

—No, esta vez no me ha dado tiempo a pasar por la panadería —mintió Hugo, pensando que ir al día siguiente ya le parecía demasiado pronto. Le daba terror imaginar la cara que pondría Edith.

—La panadería de la Rue de Paris.

—Eso es. ¡Te acuerdas!

—Claro que me acuerdo. Allí era donde él tenía el *tabac*.

—¿Tu tío?

—Arnaud. Era tío de mi padre. Eso es lo que te quería contar. Hizo una cosa muy mala… Una traición horrorosa. Debemos arreglar

lo que hizo. ¿Entiendes, Stéphane?

—Sí, *maman* —dijo Hugo con un gesto de asentimiento.

Su madre siempre había confiado en Stéphane, igual que su padre. Siempre había sido el más práctico de los dos hermanos. Una vez más, Hugo tendría que llenar el vacío que había dejado el hijo desaparecido.

—Conozco los planes de tu padre, tienes que impedírselo. Debemos arreglar lo sucedido, hacerlo por los Moreau.

—Espera un momento. ¿De qué estás hablando?

—Arnaud les dijo a los alemanes que ella estaba escondida allí. La mujer con su hija. Las traicionó, y a él le partió el corazón. Por favor, hijo mío, tienes que arreglar de alguna manera lo que sucedió.

Las palabras de su madre resonaron en los oídos de Hugo, aunque nada tenía sentido. ¿Qué le estaba contando? ¿Y qué tenían que ver los alemanes con madame Moreau? De pronto las cosas se habían vuelto mucho más complicadas.

Capítulo 30

Todo iba según lo planeado… hasta que apareció él. Era viernes por la tarde, y yo estaba en la cocina derritiendo chocolate blanco para mi *ganache*. Oí la campanilla de la puerta, pero la ignoré hasta que escuché que el tono de voz de madame Moreau cambiaba y pasaba de ser acogedor a mostrarse claramente hostil.

—No tiene ningún derecho a entrar aquí —dijo en inglés, lo que me llevó a asomar la cabeza por la puerta.

No podía creer lo que veían mis ojos cuando descubrí a Hugo junto al mostrador acompañado de otro hombre, ambos impecablemente trajeados y con sus respectivos maletines. Cuando nuestras miradas se encontraron, se dibujó en mi rostro una sonrisa de enamorada que se esfumó en cuanto lo oí hablar.

—El banco y su agente inmobiliario nos han dado permiso para visitar la propiedad, madame Moreau —dijo en tono cortante.

—¿No ha recibido la carta por la que se le comunicaba nuestra visita, madame? —intervino el hombre que lo acompañaba.

Fue entonces cuando madame Moreau empezó a soltar una retahíla de insultos en francés que me costó mucho entender. Mientras discutían, fue como si me hubiera quedado clavada en el sitio. Me vi obligada a despegar mis pies del suelo, donde parecía haberme quedado atrincherada, para correr en su ayuda. Descansé una mano en su hombro, la guie hasta su taburete y le di un vaso de agua a pesar de sus considerables esfuerzos por ignorarme. Entonces me volví hacia los hombres.

—Edith —dijo Hugo en un tono de voz que casi indicaba que le dolía mi presencia allí.

—¿Qué es esto, Hugo? ¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí? Pensaba que ibas a venir la semana que viene.

Claramente incómodo, abrió nerviosamente el maletín.

—Lo siento mucho…, esperaba… Bueno, no importa.

Sacó una carta y me preguntó si se la podía entregar a madame Moreau cuando se calmara un poco.

—Lo siento, pero no entiendo nada de todo esto —dije.

Miré el sobre. El logotipo de la esquina superior derecha me sonaba de algo. Chadwick Holdings Inc. Empezar a hilar pensamientos coherentes me llevó unos segundos, pero cuando levanté la vista para mirar a Hugo todo se hizo evidente.

—Hugo Chadwick. ¿Eres…?

Hugo volvió la cabeza hacia un lado y suspiró.

—¿Te importaría salir conmigo un momento? La verdad es que no me apetece tener público —dijo echando un vistazo a los clientes que nos estaban mirando.

Accedí a su petición y cerré la puerta de entrada a mis espaldas, consciente de que la gente se había quedado allí observando con la nariz pegada al cristal.

—Mi hermano era el director de operaciones de Chadwick Holdings, y ahora la junta directiva quiere que yo ocupe ese cargo —me explicó, como si eso sirviera para aclararme las cosas.

—Pero esa gente son una especie de inversores inmobiliarios, ¿no? —pregunté, y Hugo hizo un gesto de asentimiento para confirmármelo—. No entiendo nada… ¿No me dijiste que eras fotógrafo? —Esta vez se limitó a bajar la vista—. Oh, ya entiendo, no fue más que una historieta para impresionar a una chica en un bar.

Le di la espalda, sintiéndome como una tonta. Hugo me cogió una mano y me obligó a girarme para que pudiera mirarlo.

—Soy fotógrafo, pero no me gano la vida con eso. No te mentí, Edith.

—No, pero tampoco te acercaste ni de lejos a la verdad, ¿no te

parece? —Pensé de nuevo en aquella noche y en su reacción cuando me acompañó a casa—. Por eso te comportaste de un modo tan extraño cuando te dije que trabajaba aquí. Lo sabías todo, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sabía —dijo Hugo con rabia, intentando no levantar la voz—. Están endeudados hasta las cejas —añadió, mirando la panadería—, y la empresa de mi padre…, bueno, digamos que se dedica a ofrecer soluciones.

—Te refieres a que buscáis negocios que lo estén pasando mal y os aprovecháis de ellos para satisfacer a vuestros inversores, ¿no es así? —dije, casi escupiendo mis palabras.

—Exactamente, Edith. Negocios. No son más que negocios.

—Escúchame bien, Hugo. ¡Aquí hay en juego mucho más de lo que te imaginas! En este momento no te lo puedo explicar, pero madame Moreau y su nieto trabajan las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, para que esta *boulangerie* siga viva. Son buena gente, y no se merecen que les arrebaten aquello con lo que se ganan la vida.

Hugo suspiró y bajó la vista. Pensé que lo estaba convenciendo, pero entonces empezó a sacudir la cabeza como si estuviera escuchando un contraargumento interno.

—Mira, les hemos avisado con antelación más que suficiente —dijo.

—Oh, claro, y eso lo arregla todo. ¡Basta con que les hayas avisado con antelación suficiente de que su forma de vida…, no, su legado va a quedar borrado por una empresa desalmada como la tuya!

Enfurecida, di media vuelta, entré en la panadería y le cerré la puerta en las narices. Y a continuación agarré por el brazo al que supuse que era el agente inmobiliario, me peleé con la puerta para abrirla, puesto que prácticamente se había salido de sus goznes, y lo puse de patitas en la calle.

—¡Y no se te ocurra volver! —grité cerrando con otro portazo, por si acaso.

Estaba muy dolida, y la mirada de Hugo no hizo otra cosa que

empeorarlo todo. No sé si estaba enfadado, si se sentía culpable o aliviado de que nuestra relación no hubiera llegado más lejos. Pero entonces la *boulangerie* estalló en una ronda espontánea de aplausos liderada por madame Moreau, que había salido de detrás del mostrador. Empecé a temblar de tal manera que tuve que agarrarme a ella para sostenerme en pie, pero al ver el local lleno de franceses sinceros y valientes aplaudiendo mi arranque de coraje no me quedó otra que sonreír. ¡Quizá estuvieran empezando a contagiarme!

Aquella noche permanecí despierta y convertí en deporte olímpico el arte de darle vueltas y más vueltas a las cosas para analizarlas. Mi ego había quedado duramente magullado, igual que mi corazón. Pero seguía sin estar segura de si tenía derecho a sentirme tan traicionada. Al fin y al cabo, solo estábamos empezando a conocernos, pero la conexión había sido mágica, y sabía que Hugo había sentido lo mismo. Las postales, el libro, el hecho de comprarme una bicicleta… ¿Por qué habría hecho todo eso si yo no significara nada para él? Extendí una mano para encender la lámpara dela mesita de noche y sin querer tiré el libro de Proust al suelo. Me incliné para recogerlo, y entonces se cayó el marcapáginas. Suspiré. Tendría que haber ido doblando la esquinita de las páginas para marcar mi lectura. Se lo merecía. Aunque no estaba tan segura de que alguien se mereciera eso. Lo cogí y lo abrí por una página al azar. Era el tipo de libro que te permitía hacer eso, retomar simplemente los recuerdos y las reflexiones del autor, casi como un diario. Me resultaba reconfortante leer los pensamientos de alguien que había vivido muchos años atrás, en circunstancias muy distintas, y a pesar de ello sentir como si se hubieran escrito justo para mí. Me gustaba el modo en que Proust les daba contenido a las cosas, cómo les daba sentido en retrospectiva y les encontraba algún tipo de significado. Tal vez eso podría funcionarme también a mí. Si fuera capaz de cartografiar el pasado, quizá podría

entenderme a mí misma un poco mejor.

> *La sed de algo distinto de lo existente… que le traiga algo nuevo, aunque sea peor, una emoción, un dolor; cuando la sensibilidad, que la dicha hizo callar como arpa ociosa, quiere una mano que la haga resonar, aunque sea brutal, aunque la rompa.*

¿Sería mi relación con Hugo simplemente eso, algo nuevo con lo que distraerme? No estaba segura del todo. ¿Por qué era tan difícil entender lo que sucedía en mi cabeza? No soportaba la idea de que él formara parte de la desaparición de la *boulangerie*. Quizá si supiera la verdad Hugo vería las cosas de otra manera y podría convencer a la junta directiva de Chadwick Holdings de que esa no era una buena inversión. Pero sabía que no se lo podía contar. Para empezar, probablemente me tomaría por loca. Los espíritus no son precisamente circunstancias atenuantes para renegociar una hipoteca. Aunque tampoco daba la impresión de que la verdad ocupara un puesto elevado en su lista de prioridades, y eso era lo que más me dolía. No me gustaba que me mintieran, fuera cual fuese el motivo. Sin embargo, una pequeña parte de mí quería creer que Hugo tenía sus motivos. Lo cual no cambiaba el hecho de que su empresa se iba a quedar con la *boulangerie* para convertirla en un hotel *boutique*. Y si eso acababa sucediendo, ¿cómo podría haber un futuro para nosotros?

Aquella espiral de pensamientos no me estaba llevando a ninguna parte.

—Esto no sirve de nada —dije, hablando sola, y de mala gana devolví el libro a la mesita de noche.

Entonces vi la cubierta roja del recetario justo debajo, y pensé que a lo mejor encontraba algo más reconfortante y menos problemático entre sus páginas. El papel desgastado por el tiempo era suave al tacto. Había empezado a atesorar aquel objeto como si fuera una herencia familiar. Pasé de una receta a la siguiente, en

busca de alguna que quisiera hablarme. Suflé de chocolate, milhojas, *éclairs…* Y entonces la encontré.

«*Crêpes pour un coeur brisé*».

—*Crêpes* para un corazón roto —murmuré—. Perfecto.

Salté de la cama y bajé a la cocina, dispuesta a reunir todos los ingredientes.

«El secreto para una *crêpe* perfecta está en la masa —decía la receta—. Hay que dejar que repose toda la noche…».

Oh, vaya, para eso no tenía tiempo, y además, me dije, utilizaría la masa que me sobrara para el desayuno. Saqué un paquete pequeño de harina, pesé ciento veinticinco gramos y lo mezclé con azúcar de repostería y una pizca de sal. Puse un cazo al fuego y empecé a fundir la mantequilla antes de cascar dos huevos y batirlos ligeramente. Sin darme cuenta, empecé a tararear una vieja canción de Eileen Barton, «If I Knew You Were Comin' I'd Have Baked a Cake». Era asombrosa la rapidez con la que mejoraba mi estado de ánimo cuando me ponía a mezclar ingredientes tan normales y corrientes como aquellos. El simple hecho de pensar en los sabrosos y cálidos bocados en que se convertirían liberaba todas mis hormonas de la felicidad. Encontré en el armario una sartén de hierro y la puse al fuego, y a continuación mezclé todos los ingredientes, húmedos y secos, con un batidor de varillas. Bajé el fuego antes de que empezara a humear e incorporé unas nueces de mantequilla. Y entonces llegó la mejor parte: con la ayuda de un cucharón, vertí una cantidad pequeña de masa en la sartén, la sujeté por el mango y la fui girando hasta que se extendió de forma uniforme sobre la superficie.

Es una verdad universalmente reconocida que la primera *crêpe* nunca queda perfecta, y que en consecuencia solo puede consumirla el chef. De modo que, después de darle la vuelta, le eché una cucharada de Nutella y la pasé a un plato, donde el chocolate se empezó a fundir. Lo extendí con facilidad con un leve toque de cuchillo, y rápidamente doblé la *crêpe* en cuatro partes y me la metí en la boca. ¡Literalmente grité de placer! Los bordes, crujientes por

la mantequilla, y luego la *crêpe*, suave, dulce y cubierta de chocolate caliente. El resultado era, en una palabra, divino.

Miré de nuevo el recetario y me pregunté si Pierre Moreau no habría sido una especie de genio. Era la receta perfecta, por muy sencilla que fuera, para un corazón roto. Sentí una pizca de esperanza, e incluso un poco de optimismo, al pensar en el futuro. Quizá todo acabara solucionándose de un modo u otro. Aunque lo más probable era que eso tuviera que ver con el hecho de que ya había echado a la sartén un nuevo cucharón de masa para prepararme otra *crêpe*.

Capítulo 31

Al día siguiente me desperté con energías renovadas. Bajé al sótano pasada la hora punta de concurrencia de clientes y empecé a preparar mis *cupcakes*.

—*Merci pour hier* —dijo madame Moreau asomando la cabeza por la puerta.

—Oh, no tiene importancia —dije, e intenté disimular mi dilema —. Encontraremos una solución, se lo prometo.

Sabía que no debería hacer aquel tipo de promesas, pero, por extraño que parezca, creo que madame Moreau sabía que mis posibilidades de conseguir algo eran limitadas. Estaba segura de que antes de mi llegada debía de haber probado todo tipo de iniciativas para solucionar el asunto y ninguna le había funcionado. Por otra parte, no era el tipo de mujer acostumbrada a pedir ayuda y, además, sus particulares circunstancias la obligaban a mantener un secretismo extremo. Tendría que tomar la iniciativa e ir a preguntar en su nombre, y decidí que lo haría aquella misma tarde.

Por eso me encontraba ahora delante de un edificio de cuatro plantas con ventanas altas construido en ladrillo de color crema. El número de la puerta se correspondía con la dirección de la tarjeta de visita que tenía en la mano.

—Edith, me alegro de verla —dijo *monsieur* Legrand, dándome la bienvenida a su despacho.

—Siento presentarme así —dije—. Espero no interrumpir nada.

Monsieur Legrand restó importancia a mi disculpa con un gesto,

me hizo pasar y me indicó que tomara asiento al otro lado de su escritorio. Le expliqué la situación de la panadería y le enseñé una copia de la carta del banco. Su expresión se alteró cuando leyó su contenido.

—No tenía ni idea —dijo al cabo de un rato, después de dejar la carta sobre la mesa.

—Madame Moreau es una mujer muy orgullosa y, sinceramente, creo que me mataría si supiera que he venido a verlo. Pero necesitamos ayuda.

—Ha hecho usted lo correcto, Edith. *Néanmoins*, entiendo el deseo de privacidad de madame Moreau.

Fijó la vista en la media distancia y se mordió un carrillo, la costumbre entrañable de las personas que piensan demasiado.

—Redactaré una carta para el banco en su nombre.

—¡Oh, eso sería maravilloso, gracias!

—¿La firmaría usted, para que madame Moreau no tenga noticia de nuestra conversación?

—Por supuesto —dije, agradecida por su tacto y por su disposición para ayudarnos.

Monsieur Legrand me proporcionó también una plantilla para crear un plan de negocios con el que demostrar al banco la seriedad de nuestro propósito de incrementar la facturación y, con ella, las ganancias. Me acompañó a la puerta, y mientras me despedía vi que Jacqueline, la madre de Nicole, pasaba por la otra acera. Me saludó con una de sus espléndidas sonrisas y corrí hacia ella para recibir un cariñoso abrazo.

—*Es-tu ami avec monsieur Legrand?* —me preguntó después del habitual intercambio de palabras amables.

—Bueno, exactamente *ami*, no —respondí—. Es un cliente… *Il est client de la boulangerie*.

Su sonrisa no necesitaba traducción mientras *monsieur* Legrand nos saludaba con la mano antes de cerrar la puerta. Ni que decir tiene que esa vez no tenía intención de interferir. Bueno, al menos no de inmediato.

Era una noche bastante templada para ser abril, de modo que solo me puse una chaquetilla negra sobre el vestido. Llamé a la puerta del apartamento de madame Moreau de camino a la salida y su expresión hizo que me ruborizara.

—*Très belle, Édith*. ¡Estás muy guapa con ese vestido! Está muy bien eso de salir a divertirse. Me temo que no te di una bienvenida muy agradable cuando llegaste, pero me alegré mucho cuando me enteré de que Nicole te había tomado bajo su protección —dijo.

Me di cuenta de que en Compiègne no podía pasar gran cosa sin que madame Moreau se enterara. Recordé que la madre de Nicole no había tenido más que palabras amables para ella. Eso me dio un poco de esperanza mientras caminaba contoneándome por las calles de camino al Nostalgie para reunirme con Nicole y ver tocar a Johnny y su banda. Me resultaba raro ir a aquel club de *jazz*; no había vuelto desde la noche en que conocí a Hugo y, a pesar de que solo habían pasado unas semanas, me parecía como si hubiera transcurrido una eternidad. Era un sentimiento agridulce, y me descubrí casi esperando que estuviera allí, aunque, de ser ese el caso, no estaba segura de si lo saludaría con un beso o con un bofetón.

Nicole me abrazó con cariño y se deshizo en alabanzas ante mi vestido.

—¿Qué tal está el pequeño Max? —pregunté cogiendo una silla.

—Está aprendiendo a tocar la guitarra con su *papa*. A las seis de la mañana ya empieza a montar el escándalo —respondió Nico le con una mueca.

Reventaba de ganas de contarle todos los sucesos de la panadería, de modo que, en cuanto pedí algo de beber, la puse al corriente sobre Hugo, Chadwick Holdings y los problemas económicos de la *boulangerie*. Sentí la enorme tentación de ofrecerle la imagen completa, apariciones incluidas, pero había jurado guardar el secreto.

—*Conard*! —exclamó furiosa Nicole.

—¿Pato? —pregunté confundida, aunque imaginé que llamarlo así era tan bueno como usar cualquier otro nombre de ave de corral.

—¡No, pato es *canard*, no *conard*! —dijo Nicole—. ¡Un cabrón! —Tradujo, *y yo* no pude evitar soltar una carcajada—. Odio a esos cerdos corporativos. La gente normal les trae sin cuidado.

La verdad es que casi sentí la necesidad de defender a Hugo. Sentirme tan dividida era de lo más turbador: también deseaba poder odiarlo, pero me resultaba imposible. Por tanto, intenté desviar la conversación hacia lo que podíamos hacer para ayudar a salvar la panadería.

—Algo se nos ocurrirá, Edie, no te preocupes. En Compiègne sabemos mantenernos unidos.

Y me guiñó un ojo, rebosante de espíritu de lucha.

Después de otra noche de *jazz* en el club, Johnny y Nicole me acompañaron andando a casa. Los invité a subir para celebrar una pequeña sesión de lluvia de ideas y conecté mi lista de reproducción de Django como fuente de inspiración. Justo cuando acabábamos de instalarnos alrededor de la estufa, con una botella de vino tinto y unos tentempiés, una discreta llamada a la puerta me sobresaltó.

Me aterraba pensar que a *monsieur* Moreau se le hubiera ocurrido hacer una aparición imprevista y les diera un susto de muerte. Caminé vacilante hacia la puerta y articulé un tímido «hola», pero, por suerte, cuando giré el pomo para abrir me encontré allí a madame Moreau.

Me disponía a disculparme por haberla despertado o hacer demasiado ruido cuando me acalló con un gesto. Me preguntó si podía pasar un momento y, por supuesto, le dije que sí.

—*C'est la musique* —dijo—. He oído que volvías a ponerla, y solo he subido para asegurarme. Es Django, *¿non?*

Recordé lo poco que le había gustado la última vez que había puesto esa música, pero ahora madame Moreau sonreía. Johnny,

que era el experto entre nosotros, confirmó que lo era, y eso pareció complacerla.

—Lo recuerdo tan impulsivo como salvaje… ¡Y también un poco jugador!

—¿Conoció a Django Reinhardt? —preguntó Johnny pasmado.

—¿Conocerlo? ¡Y tanto que sí! Era pariente mío —respondió riendo madame Moreau.

Y por mucho que Nicole y yo nos quedáramos sorprendidas, pensé que a Johnny le iba a dar un infarto. Se había quedado con la boca abierta, y permaneció así un buen rato. Como vio que no decíamos nada, madame Moreau siguió hablando.

—Era primo segundo de mi madre. A veces se pasaba por nuestro campamento y tocaba para nosotros. Todo el mundo lo admiraba, sobre todo por cómo había aprendido a tocar de nuevo la guitarra tras el terrible incendio que sufrió su caravana.

—¡Es el rey de la música gitana! —exclamó Johnny por fin—. Incluso inventó un estilo propio después de que su mano quedara lisiada como consecuencia de aquel incendio. De hecho, él fue el motivo por el que quise venir a Francia para tocar en una banda —siguió diciendo entusiasmado, hasta que una tosecilla de Nicole le obligó a reformular sus palabras—. Bueno, él y Nicole, por supuesto. Vine aquí por ti, *chérie*… —Añadió sonriendo dócilmente.

Madame Moreau se apoyó en el aparador y cerró un instante los ojos dejándose llevar por la música.

—Una vez estuvo aquí, visitándonos, antes de que mi madre… —Se interrumpió.

La miré, y con un leve gesto de cabeza intenté comunicarle que no les había contado toda la historia a mis amigos.

—Están aquí para ayudarnos —dije, esperando que madame Moreau confiara en ellos lo suficiente como para contarles quiénes fueron en realidad sus padres—. Voy a preparar café —añadí, imaginando que iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 32

—Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el quinteto original estaba de gira por el Reino Unido —empezó a contar madame Moreau—. Django volvió a París enseguida, pero Stéphane Grappelli, el violinista, se quedó en Inglaterra. Django había oído que mi madre y yo estábamos viviendo aquí con *monsieur* Moreau y vino una noche a visitarnos. Algunos amigos de *monsieur* Moreau se enteraron de que Django estaba en casa y vinieron para oírlo tocar. Entenderéis que por aquellos tiempos había muy poco que celebrar, y es por eso por lo que el recuerdo de aquella noche ha permanecido clavado en mi memoria como si hubiera sido ayer —dijo con cariño.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo! —exclamó Johnny por lo que me pareció que era la centésima vez.

Estaba fascinado con las historias que estaba escuchando sobre la década de 1940 en Francia, pero todo aquello contenía también una dura realidad. La vida de los romaníes en la Europa de aquella época había estado plagada de peligros y, a pesar de que la historia de madame Moreau había tenido más o menos un final feliz, era imposible ignorar las atrocidades que habían sufrido sus padres e infinidad de personas más.

—Incluso hoy en día, los romaníes siguen siendo tratados como parias —continuó la mujer—. El inicio de la revolución industrial hizo que nuestra forma de vida y nuestra artesanía lucran menospreciadas. El nomadismo que nos caracterizaba dejó de

encajar con el resto de la sociedad, y la lucha que empezó entonces aún sigue presente.

Y de nuevo sucedía, pensé. Estaban a punto de ser desahucia dos en nombre de un capitalismo que consideraba que aquel edificio no era más que una panadería familiar con una vivienda adjunta cuya facturación era insuficiente para considerarla viable en términos financieros.

—Tiene que haber una manera de salvar la panadería —dije apagando la música para concentrar toda la atención en el que era nuestro verdadero objetivo.

—Recuerdo que Django felicitó a *monsieur* Moreau por la panadería y le aseguró que podía saborear su corazón en todas y cada una de sus *baguettes*. De hecho, dijo en broma que habría que enviar el pan de los Moreau a Alemania para derretir así los corazones más gélidos —dijo madame Moreau, aún perdida en sus recuerdos.

—Pues creo que justo ahí tenemos la respuesta —dijo Johnny mirándonos como si estuviéramos ciegos—. Django Reinhardt, uno de los músicos más queridos en Francia, visitó la panadería de su prima durante la Segunda Guerra Mundial. Allí ofreció un concierto improvisado para la gente del lugar y declaró que las *baguettes* de los Moreau eran las mejores de toda Francia. ¡No se me ocurre una campaña de *marketing* mejor!

—¿En serio? —dudó madame Moreau.

—¡Claro que sí! —exclamó Johnny—. ¿Tiene usted idea de lo importante que es esto? Sobre todo para músicos como yo. Es muy sencillo. Lo único que tenemos que hacer es colgar algunas fotos, quizá exponer una guitarra antigua, y dar a conocer la historia de esa noche en la que tocó aquí.

—Pues mira, puede que tengas razón —dije retomando el hilo—. A Geoff…, ¿sabéis, el guía?, a él le encanta cualquier historia que esté relacionada con la guerra. ¡Podría hacer una parada aquí en sus visitas turísticas! —Estaba contenta porque, a pesar de todos mis recelos, empezábamos a tener un plan—. ¿Qué opinas, Johnny?

—Me parece estupendo. Se lo mencionaré mañana mismo.

—A menos que usted no quiera que aprovechemos su parentesco con Django Reinhardt, claro está —le dije a madame Moreau, consciente de lo mucho que protegía su intimidad y temerosa de que nos estuviéramos adelantando a los acontecimientos.

—*Tu plaisantes?* Ese músico caradura le sacó un montón de dinero a mi padre jugando al billar. Creo que estaría encantado de poder ayudar ahora a su pariente —dijo madame Moreau con una sonrisa—. Es una idea maravillosa.

—Y si le parece bien, podría venir a tocar aquí los fines de semana, para crear un poco de ambiente —sugirió Johnny—. Y tú cantarás, Edie. ¿De acuerdo?

Tragué saliva.

—Mmm… —murmuré con una sonrisa congelada.

¿En qué nuevo lío acababa de meterme?

Todos teníamos tareas asignadas para la semana siguiente. Yo empecé por visitar de nuevo las imprentas y diseñar nuevos folletos que se repartirían entre los clientes de Geoff, los hoteles de la ciudad y la oficina de turismo. Encontré en internet una fotografía en blanco y negro de Django Reinhardt en la que aparecía tocando la guitarra con su mano lisiada, lo que resultaba bastante llamativo. Lucía un bigote fino y llevaba el pelo engominado hacia atrás. Su mirada era traviesa, tal y como la recordaba madame Moreau, que estaba encantada de ver cómo su pariente, desaparecido tanto tiempo atrás, ayudaría a atraer a nuevos clientes a la panadería. En el mercado encontré un marco antiguo precioso e hice imprimir otra copia para colgarla en la tienda, justo al lado de la puerta. Johnny consiguió una guitarra de aspecto antiguo que colgamos detrás del mostrador, justo encima de un póster que detallaba todo lo que sucedió la noche en la que Django Reinhardt tocó en la Boulangerie et Pâtisserie de Compiègne.

Sentía un optimismo tan renovado gracias a nuestro plan que

estaba segura de que el banco cambiaría de idea sobre el futuro de la panadería. Manu me ayudó a traducir al francés una carta de presentación, y entre los dos acabamos de pulir el plan de negocios sobre la plantilla que me había proporcionado *monsieur* Legrand. A pesar de mis esperanzas, no había forma de predecir qué pasaría o cómo respondería el público a nuestras ideas. Lo único que sabía era que a madame Moreau no podían echarla de su casa. No podía abandonar a su padre, y el futuro de Manu dependía por completo del éxito de nuestro plan.

No obstante, había un problema que no podía solucionar: Hugo. Verlo en la panadería aquel día había sido totalmente inesperado. Al principio había pensado que quería darme una sorpresa y que planeaba llevarme a comer o invitarme a cenar. Jamás se me habría pasado por la cabeza que él pudiera formar parte del problema que estaba empujando a madame Moreau a abandonar su casa. Por mucho que me molestara reconocerlo, me había generado esperanzas y expectativas respecto a él. Nunca antes había sentido por nadie lo que sentía por Hugo y, pese a que habíamos estado juntos poco tiempo, había sido capaz de abrirme con él de una manera que solo podía calificarse de natural. Por eso me sentía traicionada. Y ese hecho por sí solo debería haberme bastado para darle la espalda para siempre, pero era incapaz de hacerlo.

Busqué de nuevo información en internet sobre Chadwick Holdings y descubrí que Hugo era su director de operaciones desde hacía solo dieciocho meses. Me había contado que su hermano había fallecido hacía cinco años, por lo que empecé a preguntarme por qué no había sido sino en fecha tan reciente cuando había pasado a ocupar el puesto de segundo de a bordo después del director general, su padre. La página web de la compañía, todo un homenaje a esos edificios de cristal y acero cromado tan estériles, se jactaba de los altos rendimientos de su cartera de inversiones internacional. No cuadraba, así de simple. El hombre que yo había conocido y al que incluso le había cantado en un banco a orillas del río era engañosamente tímido y me había hablado largo y tendido sobre su

amor por la fotografía. Su encanto juvenil me había convencido de que bajo su traje hecho a medida latía el corazón de un bohemio.

De regreso a la panadería, cargada hasta arriba con folletos, carteles y postales en blanco y negro que Johnny pensaba que podríamos vender, a punto estuve de darme de bruces con él al doblar una esquina.

—¡Hugo! ¿Qué haces aquí? —dije, esforzándome por parecer disgustada con su presencia.

—¿Me permites que te ayude? —preguntó con educación, aunque sin sonreír.

—No, gracias, puedo apañármelas perfectamente sola. Además, no creo que seas bienvenido ahí dentro, ¿no te parece?

—Solo te pido que me des la oportunidad de explicarme, Edith. ¿Podrías concederme eso al menos? —dijo.

Lo pensé unos segundos, y llegué a la conclusión de que no perdía nada por oírlo.

—Deja que meta antes todo esto —repuse con frialdad.

Caminamos hasta un café que había cerca de la plaza principal y tomamos asiento en una de las mesas de la terraza. Hacía un día despejado y luminoso, aunque quizá un poco fresco. Después de que el camarero nos sirviera los cafés, miré a Hugo con expectación.

—¿Qué tal estás? —me preguntó, de nuevo con un tono educado pero tenso.

—¿Que cómo estoy yo? Me has pedido que te acompañe para poder explicarte. Así que explícate.

—De acuerdo, vale. Vayamos directos al grano entonces.

—Siempre y cuando no te suponga un gran problema.

—Edith, como te conté, mi hermano falleció hace unos años. Después de aquello, mi tío ocupó su puesto en el negocio familiar y lo convirtió en la empresa que es hoy en día.

—Debes de sentirte muy orgulloso —dije con una sonrisa edulcorada.

—Imagino lo que estás pensando, Edith, que somos los malos. Pero te equivocas.

—¿Ah, sí? ¿Me equivoco?

Me levanté, dispuesta a marcharme, pero Hugo me sujetó por la mano.

—Déjame terminar, por favor.

Volví a sentarme y le indiqué con un gesto que continuara.

—Mi tío cayó enfermo hace unos meses, y mi padre decidió que yo debía pasar a ocupar su puesto. Yo nunca he querido tener nada que ver con el negocio. El plan original de mi padre era que mi hermano fuera su sucesor, no yo. Nunca he sido el hijo que a él le hubiera gustado que fuese. Para él siempre he sido una decepción. Me largué de casa y, bueno, digamos que nuestras diferencias nunca se han llegado a resolver. —Hasta ese momento, Hugo se había limitado a remover su café, pero entonces se lo bebió de un solo trago como si fuera un *cognac*—. Edith, si comprendieras la responsabilidad que recae sobre mis espaldas… No puedo volver a decepcionar a mi padre.

Había tantas cosas que me gustaría poder decirle… Pero lo que más me seguía molestando era que me hubiera ocultado la verdad desde el principio.

—¿Por qué me mentiste? ¿Qué me dices de tus fotografías, de todas esas imágenes de escaparates tradicionales, ejemplos de justo lo que estáis intentando destruir? ¡No tiene ningún sentido! Sabías que vivía y trabajaba en la panadería. ¿Fue algún tipo de broma pesada? ¿Cómo pudiste ocultarme todo eso? —De pronto me di cuenta de que le estaba hablando como si fuese su novia y las mejillas me empezaron a arder—. Lo que quiero decir es que sé que no nos debemos nada el uno al otro, pero eso no impide que lo mínimo que pudiera esperar de ti fuese la verdad.

—Nunca fue mi intención mentirte, y con lo de la fotografía no lo hice. Pero tampoco puede decirse que sea una carrera profesional con mucho futuro, ¿no? Estamos en el mundo real, y hay que hacer concesiones.

—¿Quién está hablando ahora? ¿Tu padre o tú? —pregunté. Me levanté para irme—. Eres un fraude, Hugo Chadwick.

Su expresión se transformó por completo, y por un momento deseé no haber dicho esas palabras.

—Ha llegado el momento de hacer frente a la realidad, Edith. La panadería está abocada a la quiebra, y lo mejor que puede hacer madame Moreau es aceptar nuestra oferta y buscarse un pisito en las afueras de la ciudad o donde sea. ¿O quizá prefieres mantener tu autoridad moral y ver cómo acaba en la calle cuando el banco la embargue?

Estaba tan conmocionada que me encerré en el más absoluto silencio. No podía creer que Hugo pudiese llegar a ser tan hiriente y cruel. Cuando me levanté para marcharme, noté que los ojos me empezaban a escocer a causa de las lágrimas.

—No te preocupes, esta vez no impediré que te vayas —dijo él bajando la vista al suelo.

—Bueno, gracias por explicarme tus motivos, Hugo —dije con voz temblorosa—. Me has aclarado mucho las cosas.

Me marché, y en cuanto doblé la esquina las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

Capítulo 33

Nada estaba saliendo como se suponía que debía salir. Aquella noche, en la cama, empecé a pensar en todas las expectativas que había albergado cuando tomé aquel vuelo en Dublín con destino a París. Había perdido por completo el rumbo de mi vida, y lo había perdido incluso antes de que mi madre falleciera. Por mucho que me avergonzara reconocerlo, había utilizado su enfermedad como pretexto para evitar mi propia vida. Cada vez que alguien me sugería que probara algo distinto o fuera a un lugar nuevo, siempre tenía la excusa de que debía cuidar de mi madre. No es que me arrepintiera de aquella época, pero era evidente que podría haberla atendido y a la vez haber vivido mi vida. La fibrosis quística había obligado a mi madre a ver la vida como una gran oportunidad que había que aprovechar y disfrutar antes de que fuera demasiado tarde. Siempre la había admirado por su valentía, y siempre había deseado ser como ella. Pero la vida no funciona así.

Quizá Hugo tenía razón. Quizá había llegado el momento de enfrentarme a la realidad y asumir cierta responsabilidad por el papel que yo había desempeñado en la manera en que me habían salido las cosas. Mientras todo mi objetivo había sido cuidar de mi madre no había tenido que explicarle a nadie por qué mi vida estaba tan vacía. Considerándolo en retrospectiva, veía que nunca me había concedido el tiempo necesario para llorar su pérdida ni para reconocer qué estaba sucediendo en realidad. Me había distraído a mí misma —y a todos los demás— con un sinfín de tareas y cosas

que había que hacer. La realidad era demasiado difícil de aceptar. «¿Qué haremos sin ella?». «¿Cómo seguiremos viviendo?». Ese era el tipo de preguntas que no pude formularle a mi padre en su momento, y como consecuencia de ello me sumergí en los detalles prácticos o me refugié en esos maratones de películas en blanco y negro. El pozo del dolor es profundo, y temía ahogarme de tristeza si algún día decidía reconocer su presencia. Sin embargo, poco antes de su muerte, mi madre me obligó a sentarme con ella y a enfrentarme a lo inevitable.

—No quiero abandonaros a ti y a tu padre, Edie. Hemos tenido una vida muy feliz juntos. Y es en eso en lo que quiero que te centres, en lo afortunados que hemos sido por disfrutar de este tiempo tan maravilloso como familia. Tenemos que estar agradecidos por eso. De lo contrario, pasarás el resto de tu vida llena de amargura y resentimiento. Y no quiero eso para ti.

Me había sonreído y me había apartado el pelo de la cara con sus suaves y delicadas manos de porcelana.

—¡Pero estoy amargada! —dije—. ¡No es justo!

Y entonces recuerdo que hundí la cara en su regazo y derramé todas las lágrimas que había almacenado a lo largo de los años. Mi madre me consoló, tal y como había hecho ya infinidad de veces, diciendo que no, que no era justo, con un tono de voz que hacía que la resignación pareciese la actitud correcta.

—No puedo perderte —le dije al final.

—Nunca me perderás, Edie —replicó con una sonrisa—. Estoy aquí —añadió señalando mi corazón.

Sus palabras me proporcionaron la valentía que necesitaba para seguir adelante, pero no impidieron que la siguiera echando de menos. Incluso ahora deseaba volver allí, ver de nuevo una película antigua con ella y repetir juntas las frases que nos sabíamos de memoria.

Necesitaba una amiga. Cogí el teléfono y le envié un mensaje a Nicole preguntándole si había visto *El mago de Oz*. Era un poco tarde para hacer preguntas como esa, pero me respondió enseguida

que no, que no la había visto, y entonces le sugerí verla en DVD con Max a última hora de la tarde del día siguiente. Accedió entusiasmada a mi propuesta.

A la mañana siguiente me puse a la tarea de preparar *macarons* y glasear mis *cupcakes*, como era habitual, y luego los coloqué en una bandeja con varias alturas sobre el mostrador. Tenían un aspecto tan brillante y alegre que, para mi satisfacción, se agotaron con rapidez. Cuando Manu llegó del instituto para comer solo quedaba uno, que devoró con alegría en solo tres bocados.

—Va bien, ¿verdad? —preguntó señalando la bandeja vacía.

—Sí —respondí—, pero sigue sin ser suficiente para que el plan de negocios funcione. En un rato llegará Geoff. He quedado con él para ver si puede traer algunos turistas.

Y apenas había pronunciado aquellas palabras, Geoff y Ruby cruzaron la puerta.

—¡Hola, preciosidad! —dije saludando a Ruby y acariciándola, y la perrita recompensó mi iniciativa llenándome la mejilla de besos húmedos y pegajosos.

—¡Por un momento he pensado que me lo decía a mí! —dijo Geoff en tono jocoso. Reí aun sin quererlo—. Veamos, me ha dicho Johnny que tiene una propuesta de negocio.

Le hice pasar, y como ya era la hora de comer coloqué el cartel de cerrado en la puerta. Preparé café y serví unos *croissants* calientes con mantequilla y mermelada.

—El único problema que veo —reflexionó Geoff después de que le sugiriera la posibilidad de que la panadería fuese una parada en la visita turística habitual— es que muchos de esos aficionados a la historia tal vez no estén interesados en volver a la ciudad para tomar un café. En su mayoría se limitan a enfilar la autopista o tomar el tren para volver a París.

—Ya, pero ¿y si vinieran a visitar la casa donde Django Reinhardt tocó durante la guerra? ¿La panadería donde aún vive y trabaja una

pariente suya? —Planteé, conteniendo la respiración y confiando en que eso despertara su interés.

—¿Se refiere a este lugar?

—Sí, así es —dije casi con un aire de suficiencia.

Madame Moreau apareció justo en aquel momento, como si le hubieran dado la entrada, y Ruby corrió a saludarla.

—*Oh, bonjour, ma petite* —canturreó la mujer, que era una amante de los perros.

—Madame, ¿recuerda a Geoff Harding? —dije.

—*Ah, oui, monsieur Éclair!* —exclamó ella bromeando mientras le estrechaba la mano.

—Geoff tiene un negocio de visitas turísticas —le expliqué—, y podría estar interesado en hacer que las visitas pasen por aquí —dije con orgullo.

Madame Moreau tomó asiento para discutir los detalles con Geoff. Aún no se sentía cómoda hablando de la muerte de sus padres en los campos de exterminio alemanes, pero Geoff tenía tanta experiencia en el tema que se lo puso un poco más fácil. La mujer se animó un poco cuando le contó la historia de Django y su visita a la *boulangerie*.

—Estábamos en guerra, y el toque de queda hacía que la situación fuera bastante peligrosa. *Monsieur* Moreau temía por nuestra seguridad. Pero Django tenía ese encanto tan especial que hizo que todos nos olvidáramos de la guerra al menos por esa noche. La noticia de nuestra pequeña velada se propagó con rapidez y todo el mundo se enteró. La gente empezó a llegar y a entrar por la puerta lateral que, a través de la pequeña escalera, daba acceso al sótano. Lo habíamos iluminado con velas, y desde la calle era imposible ver u oír nada. Ayudé a mi madre a instalar sillas y mesas improvisadas con cajas de madera y sacos de harina vacíos a modo de mantel. Lo recuerdo muy bien, porque fue la última vez que vi bailar a mi madre. Y es como si todavía pudiera oírlo: su taconeo sobre el suelo de piedra, la risa de nuestros *voisins*, la gente disfrutando de un momento *joyeux* y único. Incluso *monsieur*

Moreau dio palmas al ritmo del animado punteo de la guitarra de Django. Yo era una niña y recuerdo que enseguida me cansé, pero no quería quedarme dormida, ni siquiera cuando mi madre me sentó en su falda. Recuerdo también, como si fuese ayer, que apoyé la cabeza en su hombro mientras nos mecíamos al ritmo de «Minor Swing».

Geoff estaba fascinado con el relato. Ruby se había quedado sumida en un estado comatoso a nuestros pies. De pronto me di cuenta de que ya era casi la hora de volver a abrir, y aún debía preparar una tanda de *cake pops*.

—¿Qué opina? —pregunté, rompiendo de manera abrupta el hechizo creado por el relato de madame Moreau—. Tengo unos cuantos folletos impresos que podría repartir entre sus clientes —dije, entregándoselos.

—Menuda historia, ¿eh? —comentó Geoff, chasqueando la lengua contra el paladar—. Creía saberlo todo sobre lo que sucedió aquí durante la Segunda Guerra Mundial, pero esto es una imagen realmente interesante.

Me quedé encantada con su buena disposición ante la idea de incluir la *boulangerie* como un punto de interés en sus visitas. Nos dijo que creía que la historia de madame Moreau tenía algo que podía interesar a todo el mundo, aunque no pude evitar pensar cómo reaccionaría si le hablara de la presencia nocturna de Pierre Moreau en la casa. Por muy buenas intenciones que tuviera la gente, no podíamos correr el riesgo de contarle a nadie lo de nuestro fantasma del sótano. El único resultado posible de una revelación de ese calibre sería la burla, o, peor aún, un aluvión de cazafantasmas llamando a la puerta. Y nada de eso ayudaría precisamente a madame Moreau.

Al terminar mi trabajo, fui en bicicleta a casa de Nicole con una copia de *El mago de Oz* que había encontrado en un puesto del mercado. Me alegraba poder alejarme un rato de la panadería. Me

había dado cuenta de que estaba haciendo lo mismo de siempre, sumergir la cabeza en planes y esquemas para esquivar mis sentimientos, y que necesitaba algo de tiempo libre para poner las cosas en perspectiva. Y tuve claro que había acertado cuando, acurrucada en el sofá en compañía de un Max sobreexcitado y entusiasmado con mis *cake pops* de chocolate blanco, mi corazón estalló de alegría. Verlo experimentar por primera vez la magia de Ciudad Esmeralda, de Dorothy y sus fieles amigos, fue una sensación extremadamente especial. Max no consiguió llegar hasta el final de la película, lo cual no estuvo mal, porque recordé que de pequeña a mí nunca me gustaron los monos voladores y no estaba segura de cómo iba a reaccionar él. Johnny lo cogió en brazos para acostarlo y para que pudiera soñar sin duda con hombres de hojalata, espantapájaros y el perro Totó.

Luego Nicole abrió una botella de vino y dejé que me sirviera una copa enorme.

—Ya sé a quién me recuerdas —dijo entonces sin que viniera a cuento.

—¿A quién?

—A Emma, de *le roman* de Jane Austen.

Sacudí la cabeza desconcertada.

—A Johnny le va muy bien con las visitas turísticas, y *maman* no para de hablar de *monsieur* Legrand. Al parecer, el otro día el uno recibió el pedido de la panadería del otro y *monsieur* Legrand se pasó por la peluquería para intercambiar los paquetes… ¿Sabías algo de eso?

—Imagino que fue pura casualidad —dije sin mirarla a los ojos.

—Y luego están *les Moreau*, que parecen estar más felices que nunca. Si no fuera por tu… ¿cómo se dice?, ¿intromisión?…, nada de esto habría pasado.

—Bueno, sí, supongo —dije cogiendo un puñado de pistachos del cuenco que había servido Nicole.

—No te veo muy emocionada —dijo entonces mi amiga, mirándome con curiosidad.

—Lo siento, Nicole. No, es todo estupendo, de verdad. Es solo que… ¿Me puedo sincerar contigo?

—Me ofenderías si no lo hicieras —repuso con franqueza.

—Simplemente es que no tenía pensado unirme a una causa, ¿sabes? No es esa la razón por la que vine aquí.

—¿Tienes miedo de acabar como Jeanne d'Arc?

—¿Juana de Arco? Para nada. Aunque, recuérdame, ¿qué le pasó al final? —pregunté, algo incómoda por mi falta de conocimientos sobre la historia de Francia.

—Fue hecha prisionera justo en esta ciudad.

—¡No lo dirás en serio! ¿Me estás diciendo que Juana de Arco estuvo en Compiègne? Pero ¿hay alguien que no haya estado aquí? —dije riendo.

—Imagino que habrás visto su estatua en la plaza principal —dijo Nicole sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Oh, ¿es ella? —pregunté, sintiéndome la peor turista del mundo.

—Sí, fue una tía de puta madre y llevó a Francia hasta la victoria en muchas batallas. Pero fue hecha prisionera por el duque de Borgoña y el ejército inglés justo aquí, mientras intentaba evitar que Compiègne fuera invadida. La quemaron en la hoguera por hereje, pero posteriormente fue declarada mártir. Ahora es la santa patrona de Francia.

—¿Mártir y santa? Sí… No. La verdad es que no es precisamente eso lo que tenía en mente cuando vine aquí —repliqué.

—¿Te molesta si te pregunto por qué viniste, Edie? No quiero ser fisgona, pero la verdad es que no he entendido del todo tu historia —dijo con su característica ingenuidad.

Bebí un trago largo de vino e intenté reunir la valentía necesaria para compartir mi verdadera historia con Nicole.

—Mi madre murió hace un año y medio y, después de poner mi vida en pausa durante años, decidí honrar su memoria viviendo la vida que ella me dio. —Lo dije a toda velocidad para mantener a raya las lágrimas.

—Oh, Edie, lo siento mucho… Pobrecilla —dijo Nicole abrazándome con cariño.

—No, no pasa nada. En casa siempre supimos que su tiempo era limitado, así que simplemente seguimos adelante. Pero desde que… desde que falleció, he estado como perdida… a la deriva. Por eso decidí hacer algo totalmente fuera de lo habitual, y supongo que pensé que si venía aquí despertaría de golpe y averiguaría quién soy y qué quiero hacer. Creo que utilicé su enfermedad como pretexto para evitar vivir mi propia vida. Pero ahora ella ya no está, y no sé quién se supone que soy.

Me daba un poco de vergüenza desnudar mi alma de aquella manera, pero el vino ayudaba, y Nicole tenía algo que me invitaba a pensar que no era tan grave no tener las cosas bien resueltas.

—Lo único que querías era un cambio de escenario, y ahora te encuentras intentando salvar una panadería y enfrentándote a un banco francés —sentenció ella a modo de conclusión.

—Sí, más o menos es eso. Lo que quiero decir es que madame Moreau me gusta de verdad, y me encantaría poder ayudarla, pero todo esto me empieza a superar.

—Mmm… —murmuró sirviéndome más vino—. ¿Y Hugo? ¿Has tenido noticias de él?

—Nos vimos para tomar un café. Dijo que quería explicarse, pero… —Solo de recordarlo empecé a encontrarme mal—. Acabamos diciéndonos cosas horrorosas.

Nicole me rodeó con un brazo y me dio un achuchón.

—Creía haber conocido a mi alma gemela, pero resulta que ni siquiera tiene alma.

—*Quelle pagaille* —dijo ella—. Vaya lío. Hacíais tan buena pareja…

Negué con la cabeza. ¿Cómo era posible que todo hubiese salido tan mal?

—Estaba segura de poder convencerlo, de que conseguiría que entendiera por qué la panadería es tan importante para madame Moreau, para la comunidad.

—*Attend, attend*. Olvídate por un minuto de esa maldita panadería. ¿Qué hay de él y tú? —preguntó Nicole, indicando el número dos con los dedos.

—Eso de «él y yo» ya no existe —respondí apesadumbrada—. Se pasó de la raya.

—Vaya, ahora entiendo por qué estás tan baja de ánimos.

—Dijo cosas desagradables de verdad. Como que mi vida era tan aburrida que había venido aquí para intentar «encontrarme», según sus palabras —le expliqué, furiosa aún al recordarlo.

Me di cuenta de que Nicole sonreía discretamente para sus adentros y, a pesar de mis reservas sobre su franqueza, que a veces podía incluso resultar brutal, le pregunté por qué lo hacía.

—Es que eso es justo lo que acabas de decir hace un momento, cuando me has explicado por qué viniste aquí. Es como si Hugo te hubiese calado como quien lee un libro abierto y te hubiera molestado que te lo dijera.

—No es eso —contraataqué, a pesar de que el argumento de Nicole tenía todo el sentido del mundo—. Es la forma en que lo dijo.

Me quedé un poco sorprendida. Había dado por sentado que mi amiga se pondría de mi lado, pero, por lo que estaba descubriendo, los franceses decían lo que pensaban pasase lo que pasase. Ella conservaba su sonrisa.

—Pero bueno, da igual. Su empresa seguirá adelante con la compra, a menos que yo sea capaz de convencer al banco de que no ejecute el embargo —dije.

—Puede ser, pero recuerda que nada está acabado hasta que *la grosse dame chante*, ¿no?

—Así es —dije apurando de un trago lo que quedaba de vino.

—Y recuerda, *ma belle*, que no estás sola. Igual que Jeanne d'Arc tenía su ejército, tú tienes amigos aquí y lucharemos contigo hasta el final. *Jusqu'au bout*! —exclamó levantando la copa.

—*Jusqu'au bout!* —repetí, e hicimos chocar las copas.

Capítulo 34

El paso del tiempo no había conseguido que el hecho de vivir en una panadería embrujada me resultase menos inquietante. Al final del día, antes de acostarme, había adquirido la costumbre de colocar una silla contra la puerta, a pesar de que todo el mundo sabe que los fantasmas pueden atravesar las paredes sin problema. Ni siquiera el vino me ayudó a conciliar el sueño aquella noche, y la pasé dando vueltas pensando en la presentación del plan de negocios al banco que tendría lugar al día siguiente. Yo no podía ir, lógicamente, en parte porque lo limitado de mi francés no me permitía mantener una reunión sobre asuntos económicos con el director de un banco, pero sobre todo porque no era parte interesada, sino una simple empleada. Manu era demasiado joven, de modo que quedaba en manos de madame Moreau convencer al banco de que teníamos un plan para incrementar nuestros ingresos y los recursos necesarios para devolver el préstamo. Yo había perdido casi todas mis esperanzas porque, por mucho que la mujer dominara todos los entresijos del negocio de la panadería, su habilidad para hacer una presentación financiera era inexistente.

En algún momento de la noche me descubrí en un juicio, rodeada por un montón de caras enfadadas que me gritaban cosas en francés. Parecía que me culpaban de algo, pero yo no entendía muy bien de qué. «¡No, se equivocan! ¡Yo no soy Juana de Arco!», les repetía de forma insistente, pero resultaba inútil. Una hilera de *macarons* con caras de gárgola me condujeron a la hoguera, donde

el fuego devoraba los troncos y los *cake pops* entonaban al unísono: «¡Quemadla!». Me desperté de mi pesadilla repostera gritando que era inocente. La habitación, oscura y vacía, parecía estar mirándome, y al final acabé convencida de que me estaba volviendo loca. Me negué en redondo a correr el riesgo de caer en otra pesadilla, de modo que desistí de dormir y bajé a tientas para prepararme un chocolate caliente, igual que había hecho semanas atrás, la noche que «conocí» a *monsieur* Moreau. La figura sentada encima del mostrador me dio tal susto que estuve a punto de caerme al suelo. Era Manu.

—¡Dios! —grité—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—*Désolé*… —dijo él—. Lo siento.

—¿Qué haces aquí abajo?

—No podía dormir.

—Entiendo cómo te sientes. —Le alboroté el pelo—. ¿Te apetece un chocolate caliente? Podríamos utilizar un poco del ingrediente secreto de Pierre —dije en tono travieso, como si fuéramos dos niños dispuestos a celebrar un festín nocturno.

Manu se encogió de hombros y decidí que no hacíamos daño a nadie con eso. Puse un poco de leche a hervir y saqué un paquete de malvaviscos del armario de la despensa. Tenía la intuición de que nuestra charla los requeriría. Cuando le presenté la bebida, Manu me sonrió agradecido e introdujo uno en la taza.

—*Ça va?* —pregunté.

—No lo sé. Si mañana no lo conseguimos, es muy posible que perdamos la panadería, y también nuestra casa —dijo con un suspiro.

—Yo también estoy preocupada, pero debemos ser positivos —dije, más por instinto que por otra cosa. No quería darle falsas esperanzas, pero ¿qué otra cosa podía decir?

—*Merci, Édith*, por toda tu ayuda —dijo Manu brindando con su taza.

—*De rien* —repliqué—. Aunque no soy Juana de Arco, ¿verdad? —dije en broma, pues aún tenía muy fresca mi pesadilla psicodélica.

—Le has dado esperanzas a mi *grand-mère…* y también a mí. A veces se hacía muy difícil vivir con el secreto de mi bisabuelo. *Grand-mère* no se fía de nadie. Por eso, cuando viniste… Bueno, la verdad es que *tu as tout changé*.

—Confío en haber cambiado las cosas para mejor, aunque eso no lo sabremos con seguridad hasta mañana —dije—. Pero mira, escúchame bien, Manu: pase lo que pase, eres un aprendiz con mucho talento. Prométeme, por favor, que harás que perdure el legado de *monsieur* Moreau.

El chico asintió, satisfecho con el cumplido. A él se le veía mejor, y yo empezaba a sentirme más a gusto. Bajé la vista hacia el líquido oscuro y achocolatado de mi taza y caí en la cuenta de que no me había venido a la cabeza ningún recuerdo enterrado, sino que simplemente me sentía mejor. Miré a Manu, y comprendí que él estaba pensando lo mismo.

—La poción está perdiendo su magia —dijo en perfecto inglés.

—Espera un momento —dije—. ¿Has leído a Proust? ¡Porque juraría que eso es una frase de su libro!

Manu respondió con su habitual gesto de encoger los hombros, lo cual no me servía de respuesta. Miré la hora y decidí que ya tocaba bajar para encender los hornos.

—Voy contigo —dije un poco dudosa—. Dejaremos que tu abuela descanse un poco más. Hoy es su gran día.

A pesar de mis recelos, trabajar con el espíritu de *monsieur* Moreau no acabó siendo la experiencia aterradora que tanto temía. De hecho, su presencia tenía algo de reconfortante, una atemporalidad que te hacía sentir que la vida podía seguir adelante, independientemente de cómo cambiara el mundo. De todos modos, intenté pasar de puntillas por la zona donde estaba él, aunque, para ser exactos, puedo decir que sus pies en ningún momento tocaron el suelo. Llenar las artesas con cantidades industriales de harina y mezclar el agua y la levadura a la temperatura correcta era un

trabajo duro. Por ser un adolescente tan delgado como era, Manu luchaba contra la masa como un auténtico campeón de boxeo, machacándola hasta someterla. Enhariné todos los moldes sin despegar la vista del fuego, y fui añadiendo más leña cuando era necesario. Resultaba conmovedor ver a los dos panaderos, Pierre y Manu, trabajando, e incluso se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que, a pesar de no haber llegado a conocerse nunca, al menos en persona, compartían igualmente aquel legado familiar.

De poder contárselo a la gente, la cola de público sería tan larga que daría la vuelta a la manzana. Pero eso era imposible, y además, tal y como madame Moreau había dicho, *monsieur* Moreau ya no estaría mucho más tiempo por allí. Me di cuenta de que su parpadeo era débil y de que se marchaba un poco antes que la última vez que lo había visto. E intuí la decepción de Manu cuando se volvió hacia mí y me dijo en un evidente tono de resignación:

—*Il est parti*.

Abrimos la panadería y, una vez que Manu se hubo marchado para hacer sus repartos, me las apañé bastante bien para lidiar con el ajetreo matutino. Madame Moreau bajó justo antes de las nueve, vestida con un traje chaqueta de color azul marino sobre el que destacaba el collar de perlas que llevaba al cuello.

—*Bonne chance*! —grité cuando salió con elegancia por la puerta.

Sabía que estaba nerviosa, que todo su futuro dependía de aquella reunión, y recé en silencio para que Dios se pusiera de su lado. Pero no tuve mucho tiempo para pensar. Alrededor de las once vi que se acercaba Geoff seguido por una docena de turistas. El corazón se me disparó cuando advertí que los reunía a todos a su alrededor como si fueran ovejas descarriadas.

—¡Venimos a por nuestro pícnic, *mademoiselle*! —anunció desde la puerta—. Hace un día tan bonito que hemos decidido almorzar en el bosque, a la antigua usanza.

Me explicó que su grupo estaba más que encantado de pagar un dineral por nuestro pan artesano.

—Quieren un pícnic francés auténtico, de modo que cárguela hasta arriba —añadió pasándome una cesta de mimbre enorme.

Corté varias *baguettes* rústicas en rebanadas gruesas y preparé bocadillos de paté o de queso, a elección de los clientes. Y mientras yo colocaba los deliciosos bocadillos y algunas piezas de repostería en la cesta de pícnic, Geoff se erigió en centro de atención en medio de la panadería y relató con elocuencia la historia de la visita de Django Reinhardt a Compiègne y su relación de parentesco con la propietaria, Geneviève Moreau. Los turistas hicieron fotos que publicarían en Instagram y observaron con curiosidad la fotografía de gran tamaño del guitarrista gitano que habíamos enmarcado y colgado detrás del mostrador. Le di las gracias en voz baja a Geoff y me vi recompensada por un guiño desenfadado que decía: «¡Ningún problema!».

—Por la tarde pasaré con otro grupo para tomar un café y algún dulce, de modo que le rogaría que me reservara algunos *cupcakes*. ¿Lo hará, por favor?

—¡Si me sigue trayendo tantos clientes me convertiré en su fábrica personal! —repliqué con una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez empezaba a creer que aquello podía funcionar.

Entonces regresó madame Moreau.

—No me lo puedo creer —repetí por enésima vez—. Pero ¿no les ha enseñado nuestras proyecciones financieras?

Veía que madame Moreau estaba agotada de responder a mis preguntas, pero no por ello dejé de hacerlas.

—Ya te dije, *Édith*, que no es más que una gota en el océano. Llevo ya un tiempo sin pagar los recibos, y esas proyecciones solo servirían para cubrir los intereses. Para empezar a plantearse una reestructuración de los préstamos exigen que ahora les haga un pago único de todo lo que debo hasta el momento.

Me parecía impensable, pero tenía la sensación de que madame Moreau no estaba tan disgustada como yo por la noticia.

—Me da la impresión de que se está rindiendo —dije.

—¿Y qué quieres que haga, *Édith*? ¿Encadenarme a la puerta y negarme a vender?

—¡Bueno, pues sí! ¿Dónde está su espíritu de lucha? —pregunté.

—Soy vieja, *Édith*, y estoy cansada. No quiero seguir luchando. Me ofrecen un pequeño apartamento en las afueras. Al menos Manu seguirá teniendo una casa —dijo. Luego se quitó los zapatos y subió las escaleras.

Se me cayó el alma a los pies, y con ella todas mis esperanzas. Cuanto más lo pensaba, más empezaba a plantearme la posibilidad de que no fuera la panadería lo que yo intentaba salvar, sino a mí misma. No me podía rendir. Imposible. Le envié un mensaje a Nicole explicándoselo todo y me respondió con un simple: «Estoy en ello». No tenía ni idea de qué estaba tramando, pero confiaba en que, fuera lo que fuese, sucediese pronto.

Capítulo 35

La mañana del sábado anunció otra visita de Hugo. Vestía un traje negro y una gabardina del mismo color que se abría tras él como la capa de un villano. Yo estaba sirviendo café a dos ancianas que siempre se pasaban por la panadería con sus dos perritos diminutos para regalarse con unos dulces y algunos chismorreos. Como ocurriría en un salón del salvaje oeste, cuando Hugo entró, la tienda se sumió en un silencio sepulcral roto solo por uno de los perritos, que, claramente contrariado por la presencia del desahuciador, empezó a ladrar como un rottweiler.

—Buenos días, Edith —dijo a modo de saludo, con aquella voz grave que siempre me provocaba un cosquilleo. Pero no estaba dispuesta a dejarme convencer con facilidad. Aún me dolía su lengua afilada.

—¿Buenos? ¿Lo son? —repliqué.

—Me preguntaba si podría hablar con madame Moreau —dijo.

—Me temo que se ha quedado en la cama porque le dolía mucho la cabeza. Son cosas que pasan cuando te echan de tu casa.

—Me gustaría que no lo expresaras así —murmuró.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te gustaría que lo expresara, señor Chadwick? Dímelo, por favor, porque no está en mi ánimo ofender tu sensibilidad. —Noté que iba subiendo de tono y que empezaba a sentirme incapaz de controlar lo que pudiera decirle.

—Bueno, no se puede decir exactamente que la estemos dejando en la calle, ¿no? Le estamos ofreciendo una vivienda adecuada en

otra parte —replicó.

—Eres muy amable, claro —dije con una mueca de asco.

—Mira, he venido para informarle de que hemos seguido adelante con la adquisición del edificio vacío contiguo.

—¿Qué? —Me quedé de lo más sorprendida con aquella revelación—. ¿Estáis pensando en comprar toda la calle?

—No exactamente, pero derribaremos el edificio aledaño a fin de crear más espacio para las habitaciones y una recepción más grande en la planta baja —me explicó Hugo, aparentemente satisfecho con el resumen de las obras que me acababa de facilitar.

—¿Cómo demonios se te ha ocurrido planificar todo eso? Estamos en un edificio protegido —argumenté, aun sin saber muy bien lo que eso significaba.

—Vamos a conservar el exterior original. Lo marqué como una línea roja que no se podía cruzar —respondió—. Tendrás que reconocerme ese mérito al menos.

—Yo no tengo que reconocerte nada.

Había algo en él que no me sonaba sincero. Hugo cambió de postura, claramente incómodo, y jugó con su corbata.

—En realidad no estás de acuerdo con esto, ¿verdad? —le pregunté, intentando interpretar su expresión.

Sin embargo, tras unos segundos en silencio, durante los cuales las ancianas murmuraron algo entre ellas, Hugo volvió a estallar.

—¡Mira, esto va a pasar, te guste o no! Sé que esta panadería es tu pequeño proyecto, pero mi empresa convertirá este edificio en un éxito y atraerá más turismo a la zona. Así que díselo a madame Moreau. ¿Lo harás?

—¿No querrás decir «la empresa de tu padre»?

Hugo sabía claramente que había empezado con mal pie, y me sentí satisfecha conmigo misma por haberlo pillado.

—¿Así es como sueles conseguir lo que quieres, señor Chadwick? ¿Intimidando a la gente y dando órdenes a gritos? Porque te garantizo ahora mismo que no pienso rendirme sin antes presentar pelea —dije en tono amenazante.

Hugo permaneció callado unos segundos antes de replicar.

—¿No querrás decir «pensamos rendirnos»? —dijo, esbozando algo que se aproximaba a una sonrisa.

—Sí, eso es lo que he dicho. Que no pensamos rendirnos.

Estaba furiosa con él y con su actitud de sabelotodo. Pero, más que nada, lo estaba porque él era capaz de leer en mi interior como si yo fuera un libro abierto.

—Muy bien, señorita Lane. Espero con ansia nuestro duelo. Y te lo digo solo para que lo sepas, pero suelo ganar —concluyó, intrigado ante la idea de tener que enfrentarse a mí.

—Pues, solo para que lo sepas, no suelo jugar limpio —contraataqué, resuelta a decir la última palabra.

Hugo hizo una reverencia teatral a modo de despedida y salió de la panadería con una sonrisa en la cara.

—¿Por qué demonios habré dicho eso? —les dije a las ancianas, que, a pesar de la barrera del idioma, parecieron entender que nuestra pelea no era solo un asunto de negocios.

Y lo que había dicho Hugo era verdad. Leí la carta que había dejado para madame Moreau, e incluso con mi francés limitado pude entender que Chadwick Holdings había adquirido el edificio contiguo y tenía planes para derribarlo y construir un hotel de un tamaño considerable. Entregué la carta a su destinataria a última hora, después de cerrar la panadería.

—Bueno, pues se acabó —dijo madame Moreau restregándose los ojos antes de apartar la vista.

—No puede darse por vencida, madame. Tiene que haber alguna manera —le rogué, pero enseguida me di cuenta de que mis súplicas caían en saco roto.

—*Edith*, eres muy buena chica, pero no tengo el dinero que me piden. Es tan sencillo como eso.

—Llevo toda la vida oyendo eso de que soy buena chica, y cuando la gente dice «buena chica» normalmente quiere decir

«chica débil». Pero ¿sabe qué? ¡Tal vez no lo aparente, pero tengo arrestos, y no me dará miedo plantar cara si es necesario! Esos inversores anónimos se piensan que pueden venir y comprar un pedazo de historia sin tener en cuenta ni preocuparse por la gente a la que están pisoteando. Lo único que les importa es ganar dinero. Y me parece que el banco está conchabado con ellos. ¡Ni siquiera le han dado una mínima oportunidad a nuestra propuesta! —grité.

—Escúchame bien. No soy más que una anciana, propietaria de una vieja panadería cargada de deudas. No puedo echarles la culpa de todo a los demás. También debo asumir mi parte de responsabilidad.

—Pues es justo eso. Usted asume su parte de responsabilidad, y nosotros podemos darle la vuelta al asunto si nos conceden más tiempo y…

Me interrumpí. Me daba cuenta de que madame Moreau estaba cansada, y mis desvaríos solo servían para cansarla todavía más. De modo que decidí salir a dar un paseo para que me diera un poco el aire fresco de la noche y se me despejara la cabeza. Aproveché para llamar a mi padre y explicarle la situación.

—No me gusta decir esto, Edie, pero parece un *fait accompli* — fue su respuesta.

—¿Un *fait accompli*? —repetí, pensando que mi padre había elegido el momento menos oportuno para empezar a aprender francés.

—Estoy practicando de cara a mi viaje.

Pasaron unos segundos hasta que logré interpretar sus palabras.

—¿Estás insinuando que vas a venir? ¡Qué buenísima noticia! — exclamé, pensando en lo maravilloso que sería ver una cara conocida.

—¿Entonces te parece bien? —preguntó mi padre—. Tengo muchas ganas de ver la panadería y conocer a toda esa gente de la que me has hablado.

—¡Por supuesto que me parece bien! Te buscaré un hotelito cerca —dije.

Y pensé que sería mejor que viniera a visitarme más pronto que tarde porque, tal y como estaban las cosas, quizá no tuviera sentido permanecer aquí mucho tiempo más.

Me desperté con el sonido de unos cánticos, y tuve que permanecer unos instantes incorporada en la cama, apoyada en los codos, para intentar recordar dónde estaba. Miré a mi alrededor —un escenario que ya me resultaba familiar— y sacudí la cabeza, pero el coro de voces seguía ahí. Puse los pies en el suelo frío y, de puntillas, me acerqué a la ventana que daba a la calle para descorrer las cortinas. Cuando abrí la ventana, el muro de sonido que me golpeó estuvo a punto de tirarme al suelo.

«*Sauvez notre boulangerie! Sauvez notre boulangerie!*». La cacofonía de voces resonaba en el aire matinal y captaba las miradas perplejas de los transeúntes. Una cuarentena de personas se había congregado delante de la puerta de la panadería, portando pancartas con distintos mensajes que iban desde «*Á bas le capitalisme!*» («¡Abajo el capitalismo!») hasta «*Sauvons la baguette locale*» («Salvemos la *baguette* local»). Al frente de los cánticos estaban Nicole y Johnny, equipados con panderetas y un tambor, grabando el mensaje en la calle como un tatuaje. Jamás en mi vida me había sentido tan inspirada, y corrí a ponerme algo encima.

—*Qu'est-ce qui se passe?*

Manu, con los ojos legañosos y adaptándose a la luz, salió del sótano y preguntó qué estaba pasando.

Madame Moreau apareció tras él y miró confusa a la multitud reunida en el exterior.

—¿Quién es toda esa gente, *Édith*? ¿Qué hacen aquí? —preguntó.

—¡Están salvando la panadería! —exclamé feliz.

Salí corriendo para abrazar a Johnny y a Nicole.

—¡Estáis los dos como una cabra! ¿De dónde habéis sacado a toda esta gente?

—Ya te dije que estaba en ello —respondió Nicole en tono triunfal —. Hice un llamamiento en las redes sociales. Denuncié públicamente que el banco pensaba cerrar nuestra panadería tradicional.

—¡Todo el mundo está harto de los bancos, y si algo saben hacer bien los franceses es protestar! —Añadió Johnny.

—Exactamente —continuó Nicole—, y poco a poco se ha ido formando una bola de nieve. Por la tarde esperamos que llegue una multitud de estudiantes de la universidad.

—Me… me he quedado sin palabras, Nicole. Muchas gracias por todo esto —dije, besándolos a los dos.

No estaba segura del efecto que tendría sobre nuestros amigos los banqueros aquella pequeña manifestación de protesta, pero al menos serviría para dar visibilidad a la apurada situación de madame Moreau. Sin embargo, cuando entré de nuevo en la panadería, vi que ella estaba muy seria.

—Han venido a ayudar —dije.

Pero la mujer se limitó a dar media vuelta y a subir a su apartamento.

—¿Qué le pasa? —le pregunté a Manu.

—Debes entender que se siente avergonzada, porque con esto todo el mundo se enterará de nuestros problemas —respondió.

Me mordí el labio y me volví hacia el pequeño grupo de manifestantes, que seguían con sus cánticos y daban vueltas en una lenta procesión circular. Quizá fuera todo una pizca exagerado.

—Tú quédate aquí y abre la tienda. Yo iré a hablar con ella —dije, y subí corriendo las escaleras de dos en dos.

Cuando llegué al apartamento, la puerta estaba entreabierta. Entré con cautela y vi que madame Moreau tenía entre las manos una fotografía de ella con *monsieur* Moreau tomada delante de la panadería.

—Su ambición era que yo asumiera el relevo —dijo madame Moreau con cariño—. Nunca tuvo hijos, y a mí siempre me consideró como si lo fuera.

Me acerqué lo suficiente como para poder ver las sonrisas dibujadas en los rostros de los protagonistas de aquella imagen en tonos sepia.

—Nunca ha sido mi intención molestarla, madame. Y, si quiere que le sea sincera, esto ni siquiera ha sido idea mía. Pero la gente quiere ayudar.

Me miró.

—Apenas conozco a esa gente de ahí fuera. ¿Por qué están aquí si no es por lástima?

—No es por lástima, eso se lo prometo. Es por darle su apoyo. Sé que aceptar ayuda es duro, sobre todo de desconocidos, pero lo hacen porque quieren defender lo que es justo. Igual que *monsieur* Moreau las defendió a usted y a su madre aquel día en la estación de tren.

Confiaba en no estar sobrepasando mis límites con ella, pero necesitaba desesperadamente que entendiera lo mucho que la panadería significaba para todo el mundo.

—Además, me parece que a algunos de esos manifestantes sí los conoce. Acérquese a la ventana y eche un vistazo.

Miramos la calle y vimos a la madre de Nicole, Jacqueline, acompañada por *monsieur* Legrand, a las dos ancianas con sus perritos, a la pareja propietaria de la *crêperie*, al señor argelino que gestionaba el *tabac* y a muchos de los clientes habituales, gente de la generación de madame Moreau que gritaba, daba palmas y exigía justicia.

—*Mon Dieu*! —exclamó llevándose una mano al corazón.

—¿Lo ve? La gente se preocupa por usted y por la panadería, y no quieren que se vaya de aquí. ¿Qué me dice? ¿Piensa decepcionar a sus clientes? —dije, y comprendí que eso era lo que debería haber dicho desde un buen principio, porque aquello era como un grito de guerra para ella.

—¡*Les Moreau* jamás decepcionan a sus clientes! —exclamó con pasión.

Bajé con ella a la tienda, donde de inmediato se puso a repartir

entre los manifestantes *croissants, pains au chocolat* y vasitos de plástico con chocolate caliente. Eso sirvió para subir aún más los ánimos y redoblar los gritos, e incluso Manu decidió tomarse el día libre en el instituto para aprovechar la iniciativa. Delante de la tienda el ambiente era festivo, y eso solo sirvió para atraer más clientela, lo que a su vez brindó más notoriedad al problema de la ejecución hipotecaria. Yo estaba tan eufórica que ni siquiera me di cuenta de que Hugo se acercaba abriéndose paso entre la multitud.

—Una protesta. Muy original —dijo por lo bajo, pero lo bastante cerca de mí como para que pudiese notar su aliento en la nuca.

—Tómatelo como quieras, Chadwick, pero yo lo anotaría como una victoria para la panadería —repliqué con engreimiento.

—¿Un puñado de estudiantes con un tambor? ¡Mira cómo me tiemblan las piernas! —dijo, totalmente impávido.

Pero justo en aquel momento vimos que al final de la calle se paraba un minibús del que salieron Geoff y una veintena de personas más. Iban armados también con pancartas y silbatos y avanzaron rápidamente hacia nosotros. Incluso Ruby se había sumado a los manifestantes.

—Me parece que nos has subestimado, señor Chadwick —dije con una sonrisa al ver la mala cara que ponía Hugo.

—Mira, Edith, de verdad desearía que reconsideraras todo este asunto. No estás haciendo otra cosa que prolongar la agonía de madame Moreau y de su nieto. El acuerdo seguirá adelante pase lo que pase. No me gusta ser el malo de la película, pero te aseguro que si no fuera nuestra empresa la que adquiriera la propiedad, sería cualquier otra la que lo hiciera. Al banco le da igual quién sea el comprador.

Por un instante vi un destello del hombre que había conocido, pero ya era demasiado tarde. Las líneas de la batalla estaban marcadas, y Hugo se había ubicado en el bando equivocado.

—No lo entiendes, ¿verdad? No entiendes que el motivo por el que estamos todos aquí fuera congelándonos es porque intentamos demostrarle a madame Moreau lo mucho que esta panadería

significa para nosotros. Cada día cierran un montón de panaderías artesanas como esta. Y pronto no quedará ni una. Tú, precisamente tú, deberías estar intentando detener esto. ¿O acaso crees que mirar todos esos escaparates antiguos a través del objetivo de tu cámara te mantiene desconectado de la realidad? Las fotografías quedan muy bien en un libro para coleccionistas, ¡pero al diablo con la gente que se gana la vida en las tiendas que hay detrás de esas imágenes! Aunque supongo que eso son detalles que no les importan a personas como tú, a las que se lo han regalado todo.

—Espera un momento…

Había cogido carrerilla, y no permití que me interrumpiera.

—Esta gente —dije, volviendo la cabeza hacia la multitud congregada en la Rue de Paris— valora su legado, y Manu… Manu es el futuro de este lugar. Sus habilidades han sido transmitidas de generación en generación… —Titubeé, pensando en lo presente que estaba su antepasado.

—Muy bien, continúa. Veo que es imposible razonar contigo —dijo Hugo extrayendo sus propias conclusiones.

—Espera —dije antes de que se volviera para marcharse—. Toma esto. —Le puse en la mano un vaso de plástico con chocolate caliente—. Tal vez te ayude a recordar un tiempo en que la vida significaba para ti algo más que negocios.

Bebió un poco, pero, como siempre, su expresión permaneció indescifrable. Luego dio media vuelta y se perdió entre la muchedumbre.

Capítulo 36

HUGO CHADWICK

Hugo cerró la puerta del coche y le respondió el familiar ruido sordo del chasis del Range Rover. Lo había vuelto a hacer. Edith. Le había hecho sentir de nuevo como si fuera el diablo en persona. ¿Y el chocolate caliente? ¿Qué demonios le echaba?, se preguntó. A cada sorbo que le daba experimentaba una sensación cada vez más potente de estar a punto de hacer un gran descubrimiento en su interior, pero, fuera lo que fuese, se le escapaba. Tenía claro que regalarle su ejemplar de Proust había sido un error. Pero daba igual; se sabía muchas frases de memoria y resultaba imposible negar la asombrosa similitud. Cuando Proust prueba el té en el que ha remojado la madalena, se le escapa un recuerdo que se vuelve más oscuro con cada sorbo que da.

—La poción está perdiendo su magia —dijo en voz alta, citando al autor.

Introdujo la llave en el contacto y se puso en marcha sin un destino concreto. Media hora más tarde, se encontró aparcando a la entrada del cementerio. Hacía mucho tiempo que no lo visitaba, y ya entonces se había propuesto no ir nunca solo. La lluvia caía ahora con más fuerza y sus zapatos crujieron sobre el sendero de gravilla. Pensó en volver al coche para coger el paraguas que solía llevar en el maletero. Se detuvo un momento, miró hacia el aparcamiento y a

continuación devolvió la vista hacia el lugar donde yacía enterrado su hermano. Sabía que, si volvía al coche, se montaría en él y se alejaría de allí. Siguió caminando hasta que llegó a la lápida con el nombre de Stéphane. Su instinto le decía que debía endurecerse ante la realidad. El cementerio estaba lleno de gente que en su día habían sido hermanos, padres, hijos, hijas, madres. Era un hecho de la vida, algo que había que aceptar. Pero aquellos pensamientos no le sonaban como propios.

Se agachó y empezó a retirar las flores, ya mustias, que seguramente dejó allí su padre tiempo atrás.

—Siempre fuiste su favorito —dijo, hablando a su hermano por primera vez desde su fallecimiento.

Notó que volvía a suceder. Un recuerdo, en el límite de su subconsciente. Regresaron a él las esclarecedoras palabras de Proust.

«Es evidente que el objeto de mi búsqueda, la verdad, no reside en la taza sino en mí mismo».

En lo más profundo de su ser, Hugo entendía que aquellos últimos años su supervivencia había dependido en gran medida de haberse ocultado a sí mismo la verdad. Y ahora, allí, junto a la tumba, le parecía absurdo que eso le hubiera funcionado. Aunque el dolor puede tener efectos extraños sobre las personas.

—Lo siento —dijo, y las palabras salieron de su boca como una oración desesperada.

Empezó a sentir náuseas y pensó que iba a vomitar, pero lo único que salió de él fueron unas lágrimas contenidas. Las lágrimas que no se había permitido derramar en la funeraria, ni en el funeral, ni siquiera cuando su madre le preguntó una y otra vez qué había sucedido aquella noche. Había sido una estúpida fiesta a la que Hugo ni siquiera le apetecía ir. Stéphane estaba saliendo con una modelo y lo invitaban a menudo a esos eventos llenos de famosos. Y en ese tipo de encuentros nunca había que pagar por el *champagne* ni por las drogas. Hugo veía que su hermano estaba cambiando y que se colocaba casi todas las noches. Incluso había sufrido un

accidente de coche.

«Esto ha sido un toque de atención», le había asegurado Stéphane a Hugo después de aquel suceso. Pero de nuevo volvieron las juergas. Hugo lo seguía a todas partes, como una especie de guardaespaldas inútil, e intentaba que su hermano no se metiera en líos. Pero aquella noche discutieron. Él se largó de la fiesta, hecho una furia, y lo siguiente que supo fue que la policía se presentó en su casa y le comunicó que habían encontrado a Stéphane muerto en el escenario de los hechos.

—¿En el escenario? ¿En qué escenario? —preguntó él.

—En el suelo de los baños de la discoteca —le informó la agente —. Asfixia.

Hugo negó con la cabeza. No entendía nada.

—Se ha ahogado con su propio vómito —aclaró el otro agente.

Tuvo que pedir muchos favores para conseguir que los medios de comunicación cambiaran el relato. «Un infarto», dijeron los titulares. Sí, Stéphane era muy joven, pero esas cosas pasaban. Sin embargo, el informe del forense no mintió. Sus padres se enteraron de la verdad, pero jamás lo mencionaron. Hugo sabía que lo culpaban de lo sucedido. De forma acertada o no, necesitaban descargar su rabia de alguna manera, y él era el único que quedaba. Hasta que sus padres se volvieron el uno contra el otro, y entonces Séraphine enfermó. Desde entonces, Hugo había intentado expiar la culpa por lo sucedido.

—Lo más estúpido de todo —dijo cuando su llanto se apaciguó— es que debí de pensar que si me esforzaba lo suficiente lograría marcar la diferencia. Como si de algún modo pudiera cambiar lo sucedido, conseguir que volvieras. —Se secó la nariz y se echó hacia atrás el cabello mojado antes de sentarse en la hierba empapada al lado de su hermano—. Pero no vas a volver, ¿verdad?

Hugo no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero la lluvia había cesado y las nubes dejaban entrever al romperse fragmentos de

cielo azul.

—Tal vez no pueda cambiar el pasado, Stéphane, pero existe la posibilidad de cambiar el futuro de una persona. Y también el mío. Hay una familia… Son buena gente, ¿sabes? Un antepasado nuestro los traicionó hace mucho tiempo. *Papa* pretende que yo los vuelva a traicionar, pero…

Miró al cielo y se preguntó si tendría el valor suficiente para darle la vuelta a todo aquello.

—Y está también esa chica, Edith. Creo que te gustaría. Vive con esa familia y, no sé, tiene que haber alguna razón por la que coincidimos en esa misma calle. Es como si ambos nos hubiéramos visto atraídos hacia allí.

Se sentía bien hablando de nuevo con Stéphane; era como abrazar a un viejo amigo al que hacía mucho tiempo que no veía. Lo cierto era que nunca se había permitido llorar su muerte. Solo ahora empezaba a darse cuenta de lo mucho que había echado de menos los consejos de su hermano mayor.

—*Maman* tenía razón. Al principio no estaba seguro de que no fueran imaginaciones suyas, pero estuve investigando en los archivos. Encontré un viejo artículo de periódico que hablaba de la esposa de *monsieur* Moreau y de cómo había sido hecha prisionera por los nazis.

A Hugo le había costado creer lo que veían sus ojos cuando leyó que el vecino que citaban en el artículo era *monsieur* Arnaud Chauvel. Arnaud decía que aquella mujer era una mancha para la buena gente de la Rue de Paris y que se alegraba de que su verdadera identidad hubiera quedado al descubierto y el asunto se hubiera «gestionado» en consecuencia. En cuanto a *monsieur* Moreau, declaraba Arnaud, «los de su calaña tampoco son bienvenidos en nuestra calle».

Hugo sintió asco solo de pensar que guardaba un parentesco lejano con aquel tipo. Durante mucho tiempo le había preocupado la posibilidad de haber perdido su alma, pero cuando leyó aquello comprendió cómo eran de verdad los hombres que carecían de ella.

—Durante todos estos años he querido compensar en exceso lo sucedido… intentando ser tú. Y, la verdad, no lo he hecho muy bien. —Hugo sonrió—. Pero si ahora no defiendo aquello en lo que creo, acabaré perdiendo lo poco de mí que aún me queda.

Miró fijamente la lápida, el nombre de su hermano grabado junto a dos fechas como dos sujetalibros. La vida le daba a uno un tiempo limitado, y todo lo que no se lograra cumplir entre esas dos fechas quedaba pendiente para siempre. Fue como si algo se activara de repente en su interior. Sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Capítulo 37

A la semana siguiente, la campaña en las redes sociales para salvar la panadería que había iniciado Nicole ya se había vuelto viral. Artesanos panaderos de todo el país daban su apoyo a madame Moreau y, por lo que parecía, su historia había iniciado algo así como un debate a escala nacional. Incluso se estaban sumando a la causa algunos famosos que insistían en que Francia necesitaba conservar su identidad cultural frente a la globalización.

Nadie estaba más estupefacto que yo ante una respuesta tan desmesurada. Francamente, me sentía un poco fuera de lugar. Lo único que siempre había pretendido era ayudar a madame Moreau a conservar su negocio por el bien de Manu, pero ahora los manifestantes habían llegado a hablar de desplazarse a París y presentarse ante el ministro de Agricultura y Alimentación con el fin de exigirle más apoyo para los pequeños negocios.

Era viernes por la noche y, tal y como estaba previsto, Johnny y su banda llegaron a la *boulangerie* para tocar algunos temas de Django Reinhardt. El espacio era tremendamente pequeño, pero al final consiguió entrar una buena cantidad de público. Yo había acumulado una caja llena de tarros de mermelada vacíos, les había puesto velitas y los había repartido por toda la tienda, creando un ambiente encantador. Cuando la música empezó a sonar, vi que el rostro de madame Moreau se iluminaba.

—Es bueno este Johnny, *¿hein?*

—Siente pasión —dije, pues admiraba el amor que Johnny sentía

por el estilo gitano de tocar.

—Tiene duende —comentó con aprobación madame Moreau.

Después de cada tema el público aplaudía y vitoreaba pidiendo más, y yo me pregunté si aquella noche lejana, en plena guerra, el ambiente habría sido similar. La música, hipnótica, incitaba a cualquiera a moverse o balancearse a su ritmo. Si aquel espacio fuese mayor, pensé, habríamos podido sacarle mucho partido a una iniciativa como aquella. Como el negocio carecía de licencia para vender bebidas alcohólicas, todo el mundo se había llevado su propia botella de vino, y nosotros habíamos servido platitos con pan, queso y embutido.

—Hay un ambiente estupendo, ¿verdad? —le dije a Nicole cuando me instalé detrás del mostrador.

—Sí, pero creo que está a punto de cambiar —replicó ella moviendo la cabeza en dirección a la puerta.

Ahí estaba. Su silueta alta, su complexión delgada y sus penetrantes ojos azules eran inconfundibles.

—Mierda.

Fue lo único que fui capaz de decir. No porque fuese el enemigo o porque pudiera traernos más malas noticias, sino porque hacía una eternidad que no me peinaba y en aquel momento llevaba el pelo recogido en una simple cola de caballo que no resultaba ni mucho menos favorecedora. ¿Por qué no me habría puesto el vestido rojo que me había comprado? Ni se me había ocurrido, y llevaba en cambio mi habitual uniforme de blusa negra, falda del mismo color y delantal rosa con lunares. Nada que se pudiera calificar precisamente de conjunto de traje chaqueta de ejecutiva, ni de atuendo de esos que cortan el hipo.

—¡Edie, te estás poniendo colorada! —me dijo Nicole en voz baja.

—Es que hace calor —dije, e intenté esconderme detrás del mostrador.

Johnny y sus chicos acababan de terminar otra pieza musical de Django Reinhardt, «I'll See You in My Dreams», y el público,

encantado, había estallado en aplausos. Entonces una voz sobresalió por encima del bullicio y los vítores se apaciguaron para oír lo que decía.

—¡Oigamos a la señorita Lane cantar una canción! —Fueron las tentadoras palabras que se oyeron desde la puerta, y que luego se repitieron en francés para que todos los presentes pudieran entenderlas.

El público volvió la cabeza en busca de la esquiva señorita Lane y empezaron a preguntarse entre ellos si alguien la conocía.

—¡Oye! ¡Esa eres tú, Edie! —señaló Nicole sin necesidad.

Johnny, entusiasmado, me pidió a gritos que me sumara a él en el improvisado escenario.

—¡Vamos, Edie, regálanos una canción!

A esas alturas, mi cara parecía una remolacha asada.

—No, no —dije—. No soy cantante —le aseguré a todo el mundo, clavando las uñas en el mostrador.

—*Au contraire* —dijo de nuevo la voz provocadora—. Me dijiste que lo eras… Y estoy seguro de que una dama tan encantadora jamás mentiría.

Sonrió con malicia, como el villano de una pantomima destinada a entretener a los asistentes. Y tuvo el efecto deseado, porque el público dio por sentado que se trataba de una farsa y que yo estaba fingiendo reticencia para luego darle la vuelta al asunto y cantar a viva voz una canción conmovedora a lo Édith Piaf. Todo el mundo empezó a aplaudir, entre ellos madame Moreau, Manu y Nicole. Aquello no tenía vuelta atrás, y él lo sabía.

Sonreí con elegancia al público y me quité el delantal. Y entre aplausos, consciente de que las piernas me temblaban como gelatina, me abrí camino hasta los músicos.

—Puedes hacerlo —me dijo Johnny, moviendo la cabeza en un gesto alentador.

—Aún no me has oído cantar —repliqué entre dientes.

—Y bien, ¿qué va a ser, señorita Lane? —preguntó Johnny recuperando su instrumento.

La primera canción que me vino a la cabeza fue «Cry Me a River», pero no quería darle a Hugo la satisfacción de pensar que había llorado a mares por él.

—«I'm a Fool to Want You» —dije con firmeza.

—Oh, me encanta la versión de Billie Holiday de ese tema —dijo Johnny, y se puso a discutir los acordes y los arreglos con los chicos mientras yo miraba al público expectante.

Fue uno de esos momentos en los que te dices: «¿Cómo demonios he acabado yo aquí?». Noté los ojos de Hugo clavados en mí y distinguí su sonrisa de gato de Cheshire al otro lado del local. Quería ponerme en evidencia, y era muy probable que yo acabara haciendo el ridículo delante de toda esa gente. Corrección: a buen seguro lo haría. Él se había limitado a instigarlo. Una vez más me sentía presa de un miedo feroz, y una vez más recé a mi madre para que me ayudara.

—Uno, dos, tres, cuatro… —contó Johnny, e inspiré hondo.

Piensa en Billie Holiday, me dije: lento, relajado y sensual. Abrí la boca y empecé a cantar, pero lo que salió no fue más que un susurro. Perdí la entrada. La banda siguió tocando y miré a Johnny con ojos llenos de terror.

—No puedo hacerlo —musité.

—*Tiens*. —Madame Moreau apareció a mi lado con un vaso de agua—. Bebe un sorbo, aclárate la garganta y deja que el mundo te oiga.

No esperaba recibir una charla motivadora en un momento como ese, pero surtió efecto. Hice exactamente lo que madame Moreau me había dicho: bebí un sorbo de agua, me aclaré la garganta y esperé a que la banda empezara a tocar de nuevo la melodía. Cogí aire e intenté recordar lo que me dijo Johnny aquel día. No tenía que actuar. Solo debía dejar que la gente viera mi verdadero yo. Cerré los ojos, y dejé que las palabras fluyeran.

I'm a fool to want you; I'm a fool to want you
To want a love that can't be true

A love that's there for others too
I'm a fool to hold you, such a fool to hold you
To seek a kiss not mine alone
To share a kiss the devil has known…

Soy una tonta por quererte; soy una tonta por quererte,
por querer un amor que no puede ser verdadero,
un amor que también está ahí para los demás.
Soy una tonta por abrazarte, soy tan tonta por abrazarte,
por buscar un beso que no es solo mío,
por compartir un beso que el diablo ha conocido…

Me entregué a la canción y a la letra, y cuando llegué a la última estrofa me di cuenta de que lo estaba disfrutando. A pesar de mi completa falta de confianza, sabía que estaba cautivando a mis oyentes. Quizá fuera la canción, o la historia que contaba, pero estaba creyendo en ello y sabía que el público también. Era la primera vez que cantaba acompañada por una banda en directo, y disfruté todos y cada uno de aquellos segundos. En lugar de oírme a mí misma cantar a capela, escuchaba mi voz arropada por una batería suave, un contrabajo profundo y resonante y una guitarra rítmica. Cuando recité la última frase, por fin me atreví a mirar a Hugo. Estaba apoyado en la puerta, con la cabeza ladeada y una sonrisa traviesa dibujada en la cara. La reducida audiencia estalló en aplausos cuando la música cesó, y a aquello siguió un aluvión de besos y gritos pidiendo un bis. Por primera vez en mi vida, sentí que estaba haciendo lo que siempre debí hacer. Me había salido natural, y lo había hecho bien. Mientras cantaba había experimentado la misma sensación de fluidez que había descubierto al hacer mis vídeos de TikTok. Cuando había dejado de ejercer presión sobre mí misma para ser alguien, la persona que pensaba que la gente quería que fuese, había sucedido algo mágico. Había descubierto un yo interior, alguien que siempre había estado ahí, a la espera de que yo misma dejara de interponerme en mi propio camino.

Vi que la puerta se abría y por ella salía la figura alta de Hugo, y fue solo entonces cuando comprendí que él me había hecho un favor. Quizá no estuviera intentando humillarme. Quizá simplemente me había brindado una oportunidad para hacer realidad mis sueños. Conseguí liberarme de los abrazos de mis recién descubiertos admiradores y salí a la calle corriendo tras él.

—¿Por qué lo has hecho? —le grité.

Hugo se volvió, con ese aire de desenfado que hacía que diese la impresión de que nunca tenía prisa.

—Porque quería oírte cantar.

—No. Querías demostrar que estabas en lo cierto: que yo te había mentido al decirte que era cantante, igual que tú me habías mentido al decirme que eras fotógrafo —dije jadeante, después de quedarme sin aliento tras mi improvisada actuación.

—¿Y por qué tendría yo que hacer eso? —preguntó, guiándome.

—Para demostrar que ambos somos igual de cobardes a la hora de hacer realidad nuestros sueños —respondí.

Me sonrió, y la manera en que lo hizo me convenció de que me resultaría muy difícil seguir enfadada con él.

—La única diferencia es que yo no soy muy buen fotógrafo, mientras que tú… —Dejó la frase en el aire.

—Supongo que eso pretende ser un cumplido. —Ahora sonreíamos los dos. Todo un cambio a mejor con respecto a nuestros recientes encuentros—. ¿Por qué me tratas ahora con tanta amabilidad?

—En ningún momento he pretendido dejar de ser amable contigo, Edith. Lo que se ha interpuesto entre nosotros ha sido este lugar —dijo señalando la panadería.

—Ya, pero sigo sin ver solución —dije, y ambos nos quedamos un rato sin decir nada.

—He visto que las protestas han llegado hasta París —dijo por fin Hugo—. Leí un artículo en *Le Monde*. No piensas darte por vencida, ¿verdad? —preguntó, y se me quedó mirando pensativo, como si admirara a regañadientes mi tenacidad.

—Si supieras lo que este lugar significa para madame Moreau, Hugo, tú tampoco te darías por vencido. Si pudiera contarte…

—*Édith!* —gritó la voz de Manu justo a tiempo—. *Ils veulent un encore!*

Hugo hizo una pequeña reverencia.

—Tu público te espera, *mademoiselle* —dijo.

Y luego dio media vuelta para marcharse. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para no echar a correr tras él.

La ovación que dio la bienvenida a mi reaparición estuvo a punto de tirarme al suelo. Aquello no podía ser solo lástima, me dije. De verdad querían oírme cantar otra vez.

—¿Por qué no me dijiste que tenías esa maravilla de voz? —me preguntó Johnny cuando me reuní de nuevo con él y los chicos.

—¡Porque no estaba segura de que pudiera funcionar fuera de la ducha! —le respondí a gritos para hacerme oír entre tanto alboroto.

—¿Te apetece probar con otra?

Asentí, casi temerosa de expresar mi abrumador deseo de pasarme la noche entera cantando. Igual que esas personas que han pasado demasiado tiempo escondiendo su luz bajo un aura de modestia, deseaba brillar. Y opté por cantar una canción en francés de Melody Gardot, titulada muy acertadamente «Les étoiles». Las estrellas.

Por fin llegó la hora de dar por terminada la noche y, después de agradecer su asistencia a la clientela y enviarla de vuelta a casa, empecé a recoger y limpiar. Volviendo a mi trabajo de siempre, me sentí un poco como Cenicienta después de que hubieran dado las doce. Me ocupé de apilar las sillas sobre las mesas y fregar el suelo mientras madame Moreau reunía los tiques de caja.

—¿Por qué piensas que el señor Chadwick ha venido aquí esta noche? —me preguntó pasado un buen rato.

—No tengo ni idea —respondí, concentrándome en una mancha en el suelo imaginaria.

—Al parecer, sabía que tienes una voz preciosa —comentó como al descuido.

No se me ocurrió qué responder, de modo que opté por mantener la boca cerrada y confiar en que madame Moreau se olvidara de lo que me había preguntado.

—Me parece que le gustas.

—¿Qué? ¡No sea ridícula! —repliqué, furiosa.

—Y me parece que a ti te gusta él —continuó ella, en absoluto insatisfecha con sus indagaciones.

—Bueno, de todas formas da igual. Lo que quiero decir es que entre nosotros no puede pasar nada.

Seguí fregando, y ella siguió insistiendo.

—¿Por qué no? Los dos sois jóvenes, solteros…

—A ver —dije por fin, apoyando la fregona contra el mostrador—. El señor Chadwick es nuestro archienemigo, ¿lo recuerda? ¿Recuerda que pretende acabar con la panadería? ¿Cómo podría querer yo a un hombre así?

—Querer, ¿eh?

—Bueno, ya sabe a qué me refiero —dije, exasperada.

—*Édith*, ¿cuántas veces tengo que recordarte que es el banco el que nos obliga a cerrar? El señor Chadwick no es más que un hombre de negocios que confía en comprar este edificio a buen precio.

—O un buitre a la espera de rebañar un cadáver —murmuré por lo bajo.

—¿De verdad piensas eso? ¿O es solo lo que te dices a ti misma para evitar los sentimientos que obviamente compartís?

Si estuviéramos jugando una partida de ajedrez, madame Moreau me habría hecho jaque mate en aquel momento. Entonces empecé a contarle cómo nos habíamos conocido Hugo y yo, lo que ocurrió aquella noche mágica, y luego las terribles discusiones que habíamos tenido a causa de la panadería. Por no hablar de las cosas tan dolorosas que me había dicho sobre mi vida en Compiègne.

—Es normal, *ma belle*, que te importe lo que piensa de ti —dijo

madame Moreau con delicadeza—. Pero piensa que a él quizá también le importe lo que opinas tú de él…

Entonces recordé cómo lo había acusado de agachar la cabeza ante las expectativas de su padre. Quizá le había tocado la fibra sensible. Era evidente que Hugo se sentía culpable de decepcionar al señor Chadwick.

—Y si quieres saber mi opinión, te diré que creo que esta noche se ha esforzado, y mucho, por arreglar las cosas contigo, *¿n'est-ce pas?*

Capítulo 38

El domingo fui en bicicleta hasta el Château de Compiègne con la idea de desconectar un poco. Una brisa fresca mecía la hierba como en un cuadro de Van Gogh, dándole al paisaje un aspecto vivo y rebosante de energía. Cuando vislumbré el edificio, me quedé una vez más maravillada por su grandeza y me pregunté cómo habría sido la vida de sus ocupantes. Paseé por las largas avenidas que se adentraban en el bosque, el lugar perfecto para la reflexión y la contemplación. Habían sucedido tantas cosas desde mi llegada a Francia —entre ellas mi debut como cantante la noche anterior— que sentía que necesitaba procesarlo todo, incluso si tendría sentido quedarme en Compiègne cuando la panadería cerrara sus puertas. A pesar de todos nuestros esfuerzos y de la buena voluntad del público, la última palabra la seguía teniendo el banco, que no tenía ningún vínculo emocional con el edificio, sino únicamente el deseo de hacer cuadrar sus cuentas.

Hugo me había tocado la fibra sensible aquel día, cuando me dijo que yo había viajado a Francia para encontrarme a mí misma. Era un cliché, lo sabía, pero si los clichés existen es porque son ciertos. Jamás había tenido el valor suficiente para lanzarme a la aventura y averiguar cuáles eran mis sueños, hasta la noche pasada, cuando canté delante de un público reducido en la panadería. Notaba una sensación desconocida corriendo por mis venas, y lo único que sabía era que no quería que desapareciera. No obstante, desconocía por completo la escena musical francesa, aunque también la irlandesa,

claro está. ¿Podría llegar a ganarme la vida cantando? ¿O hacerlo aunque fuera en plan aficionado? ¿Era lo bastante buena para ello? A pesar de que me sentía incapaz de responder a todo eso, era consciente de que había dado un gran paso adelante al saber por fin cuáles eran las preguntas que me debía formular. Creía que empezaba a conocerme un poco mejor. Y eso me llevó a preguntarme qué habría pensado mi madre de ese posible cambio de rumbo profesional. Esa seguía siendo la parte más dura del hecho de que ya no estuviera con nosotros. Ojalá pudiera preguntarle cosas como hacía antes, compartir mis ideas con ella. Me pregunté si su espíritu estaría en alguna parte, consciente y capaz de escuchar mis pensamientos. Sin darme cuenta siquiera, me descubrí hablando con mi madre en voz alta. Empecé a charlar con ella como si estuviera allí conmigo, como cuando conversábamos en la mesa de la cocina mientras tomábamos un té. Le conté todo acerca de la panadería, madame Moreau y mis sentimientos encontrados hacia Hugo.

Cuando regresé a la Rue de Paris me sentía más ligera y feliz. Había hecho la compra en el *supermarché*, aprovechando que me pillaba de paso, y le había enviado a mi amiga Gemma un mensaje y algunas fotos de la velada de la noche anterior. Su respuesta había sido casi inmediata.

«¡Siempre supe que allí te encontrarías a ti misma!».

Sonreí para mis adentros y subí saltando las escaleras hasta mi apartamento. Empezaba a anochecer, y el cielo estaba pasando del azul claro a una cálida tonalidad ambarina. Abrí la ventana de mi buhardilla para que entrase un poco el aire y me desnudé para meterme en la ducha. La sensación del agua caliente al entrar en contacto con mi piel envió un mensaje sutil a mi cerebro: podía relajarme. Moví los hombros en círculo y noté que la musculatura se soltaba. No había sido consciente de la enorme cantidad de estrés que había soportado todo ese tiempo, y, a pesar de no tener ninguna certeza sobre mi futuro allí, había algo que sabía con seguridad: podía gestionarlo. Podía gestionar lo que fuera que se

pusiera en mi camino. Quizá había sido necesario viajar a Francia para descubrir ese hecho irrefutable sobre mí misma. Sumergí la cabeza bajo la ducha y dejé que corriera el agua.

Envuelta en una toalla, rebuscaba entre toda mi ropa una camiseta limpia cuando creí oír voces en el exterior. Asomé la cabeza por la ventana y vi a dos personas bajo la luz de la farola. No podía creer lo que veían mis ojos: eran Manu y Hugo. Hablaban en voz baja, así que intenté averiguar de qué iba aquello a partir de su lenguaje corporal. De entrada, me dio la impresión de que no discutían. Menos mal. Si Hugo hubiese dicho cualquier cosa que hubiera molestado a Manu, yo habría bajado corriendo como un rayo, con o sin toalla. Bueno, mejor con ella. Y entonces la brisa hizo llegar hasta mí algunas palabras.

—¿Cuánto necesitas? —Oí que decía Hugo.

Vi que Manu se pasaba una mano por el pelo y decía algo que dio como resultado un gesto de asentimiento por parte de Hugo.

Y entonces se estrecharon la mano. ¿Qué estaba pasando ahí abajo? ¿Estaría Hugo sobornando a Manu? Parecía justo el tipo de táctica de la que se valdría una empresa desalmada para salirse con la suya. Pero ¿de verdad pensaba Hugo que podría poner a Manu en contra de su abuela?

Capítulo 39

PIERRE MOREAU
1945

Era evidente que Arnaud, el del *tabac*, había traicionado su secreto. No solo era un informante de los *boches*, sino que además era un hombre amargado que había visto la felicidad y la alegría que Mirela y Geneviève habían encontrado en la panadería y había querido destruirla. Pierre no era un hombre violento, pero a menudo imaginaba que entraba en la tienda de Arnaud y le rompía todos los huesos. Pero debía pensar en el futuro de la pequeña. Si a él le sucedía algo, ¿quién cuidaría de ella? Tenía que permanecer callado para protegerla, y por eso, después de aquello, escondió a Geneviève en el *atelier*. Le dijo a todo el mundo que la niña se había escapado, que imaginaba que debía de haber regresado a su pueblo. Pero durante las primeras horas neblinosas del día, mientras la Rue de Paris dormía aún, Geneviève bajaba de puntillas las escaleras y pasaba un rato con Pierre en la panadería.

—Cuando vuelva *maman*, le prepararé un pastel muy bonito —decía mientras escribía una lista con todos los ingredientes mágicos que pensaba utilizar.

Pierre no sabía qué era mejor, si seguirle la corriente con sus fantasías o prepararla para lo peor. Jamás había tenido noticias de nadie que hubiera regresado de aquellos campos. ¿Qué era más

cruel? ¿Decirle la pura verdad o continuar con esa mentira amable? Pierre, que era un hombre concienzudo y metódico, le dio vueltas al asunto durante un tiempo. En su nuevo papel como único tutor de la niña, absolutamente todo dependía de él. Semejante responsabilidad podría haberlo abrumado de no haber sido porque el amor que le inspiraba aquella niña era el sentimiento más fuerte que había conocido nunca. Habría dado su vida por ella, y jamás la abandonaría. La pequeña lo necesitaba, era evidente. Pero él la necesitaba todavía más.

Un día, poco después de que hubiera acabado la guerra, cuando por tanto no había ya necesidad de que Geneviève permaneciera escondida, Pierre preparó su desayuno favorito: *crêpes* con mermelada de moras, elaborada con bayas que habían recogido en los zarzales de las cercanías.

—¿Te gusta vivir conmigo en la panadería? —le preguntó.

La pequeña, con la boca embadurnada con restos morados de mermelada, movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Bien.

Pierre bebió un poco de café y se mordió un carrillo. ¿Cómo decirle que su madre no regresaría jamás? ¿Que tendrían que vivir sin saber qué le había pasado?

—Ahora tú y yo somos una familia. ¿Sabes? Durante años pensé que nunca podría tener una. Y lo que más me gustaría en este mundo, siempre y cuando tú me lo permitas, sería poder llamarte hija mía.

Geneviève dejó su *crêpe* en el plato y se quedó mirándolo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas brillantes de felicidad. No fue necesario que dijera nada, pues Pierre supo en aquel mismo instante que esas eran las palabras que la pequeña estaba esperando escuchar, las mismas que él desesperadamente había querido pronunciar. Geneviève saltó de la silla y se lanzó a los brazos de Pierre llorando de alivio, alegría y lamentable tristeza.

—*Maman* —empezó a decir—. *Maman*.

—Lo sé, lo sé —dijo Pierre, consolándola y acunándola

lentamente.

La niña lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Era la niña más inteligente que había visto en su vida. La guerra había obligado a todas las criaturas a hacerse mayores de golpe.

—¿Puedo quedarme contigo… para siempre?

Pierre Moreau creyó que el corazón le iba a estallar.

—Por supuesto, *ma petite*. Para toda la eternidad.

Pero hay promesas que, por mucho que deseemos lo contrario, son imposibles de cumplir. Cuando a la edad de sesenta y ocho años el corazón de Pierre Moreau empezó a debilitarse, fue Geneviève quien pasó a hacerse cargo de la panadería y cuidó de él en su lecho de muerte.

—Siempre estaré aquí —le dijo Pierre en su último suspiro.

Y, con todas y cada una de las partículas de polvo de estrellas y hueso que conformaban su espíritu, permaneció fiel a su palabra.

Capítulo 40

Cuando introduje la llave en la cerradura, advertí que había un sobre rojo debajo de mi puerta. Me agaché para cogerlo y vi que estaba dirigido a la señorita Lane en una caligrafía que reconocí al instante. Contenía una invitación.

Estás cordialmente invitada a cenar
en el número 20 de la Rue de Paris.
Esta noche a las siete y media.

Le di la vuelta a la tarjeta, pero no proporcionaba más información. Me apoyé un momento en el marco de la puerta e intenté dilucidar qué estaba pasando. La dirección correspondía al edificio vacío contiguo a la *boulangerie*, el que había adquirido la empresa de Hugo con el objetivo de reformarlo y, junto con el edificio de la panadería, construir un hotel de gran tamaño. No entendía absolutamente nada.

Me olvidé de mis elucubraciones cuando vi que eran casi las seis. Me había quedado en la puerta, vestida con mi pantalón de chándal y con el pelo sin lavar desde hacía cuatro días. No pensaba ir, naturalmente. Bueno, quizá sí, pero me quedaría poco rato. Me pondría guapa solo para que Hugo supiera que tenía otros planes. Entré por fin en mi apartamento, abrí el grifo para darme una ducha

caliente y colgué el vestido rojo de Nicole en la barra del baño para que desaparecieran las arrugas.

A las siete y cuarto había acabado de secarme el pelo y me estaba peinando con la raya a la izquierda, tal y como me había enseñado Nicole. Me pinté los labios de rojo y me apliqué polvos compactos con una borla. Un toque de Chanel detrás de las orejas y lista. Una última ojeada al espejo me devolvió la imagen de una mujer curvilínea con algo muy parecido a la *joie de vivre*. Había dejado de ser una camarera que veía el mundo pasar de largo delante de ella; ahora era una camarera que vivía su vida y se sentía bien. Había entendido que ya no necesitaba ser como los demás, sino que simplemente necesitaba ser yo misma.

Madame Moreau había salido para asistir a la misa de tarde de los domingos y Manu estaba en casa de un amigo, de modo que cuando bajé con cuidado las escaleras con mis tacones en la panadería reinaba el silencio. Me había cubierto los hombros con un chal, pero igualmente, ya fuera por el frío o por los nervios, tenía la carne de gallina. Salí por la puerta, cerré con llave y caminé tres pasos hacia la izquierda. El número 20 también era un edificio con estructura de madera, y, a pesar de que había pasado infinidad de veces por delante de la puerta pintada de color granate, nunca me había fijado realmente en ella. La puerta estaba abierta, y una cortina de terciopelo oscuro impedía ver qué había detrás. Retiré la cortina hacia un lado y observé la estancia tenuemente iluminada. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi una mesa al fondo y un candelabro que iluminaba la esquina. Y entonces lo vi a él, sentado pacientemente, trajeado y a la espera de que yo entrara.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté—. ¿De qué va todo esto?

—Buenas noches también a ti —fue su respuesta—. ¿Le apetecería a *mademoiselle* una copa de *champagne*? —Se levantó para retirar la otra silla—. Eso sí que es un vestido —dijo con admiración.

Las circunstancias me habían dejado un tanto hipnotizada. El escenario era ridículamente romántico, y Hugo estaba deslumbrante

con su esmoquin negro y su camisa blanca. A pesar de lo halagada que me sentía, mi integridad tiraba de mí como un niño insistente. No podía dejarme influir con tanta facilidad. Una dulce voz femenina cantaba con discreción desde el equipo de música instalado en un rincón, lo que creaba una atmósfera seductora.

—No lograrás que cambie de idea con todo esto, ya lo sabes —dije tomando asiento.

—Eso no lo dudo.

Había algo que rondaba mi cabeza, y entonces caí en la cuenta.

—No he visto tu coche fuera.

—¿El Range Rover? No, lo he vendido —dijo mientras servía el *champagne*.

—Oh.

Me extrañó un poco. Aunque, a decir verdad, todo el escenario era un poco raro, y la actitud de Hugo tampoco encajaba con la del hombre con el que había estado peleando. Me fijé en la campana plateada que había sobre la mesa y, cuando Hugo la levantó, me sorprendió ver una *pizza pepperoni*.

—*¿Pizza?*

—*Bon appétit* —dijo.

—¿Te ha dado algún ataque de algo?

Hugo soltó una carcajada, y al oírlo mis defensas se derrumbaron. Fue como si estuviéramos de nuevo en aquella bodega rodeada de viñas, como si volviéramos a ser dos personas que se estaban enamorando.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Es que se te ve tranquilo y feliz.

Hugo bajó la vista hacia la mesa, y por un momento me dio la impresión de que se arrepentía de algo. Pero ¿de qué exactamente?

—¿Qué hago aquí? ¿Me lo quieres restregar por la cara o qué?

—¿Restregarte por la cara el qué?

—¡Oh, yo qué sé! ¿El hecho de que seas tan rico que puedes comprar lugares como este como si fueran churros, borrando con ello años de historia, para convertirlos en una inversión estéril y

lucrativa?

No podía creer que estuviera discutiendo de nuevo con él. El cambio se había producido en un abrir y cerrar de ojos.

—De hecho, si dejas que me explique… —empezó a decir.

Pero yo ya me estaba levantando de mi asiento.

—Mira, Hugo, no quiero discutir contigo, pero esto es inútil. Nunca nos pondremos de acuerdo, y vernos, como estamos haciendo ahora, es demasiado duro. Será mejor que cada uno vaya por su cuenta —le dije con franqueza—. Gracias por la cena de todos modos.

Me encaminé hacia la puerta, pero, como todo estaba en penumbra, tropecé con algo duro y caí de bruces en el suelo.

—¡Edith! —gritó Hugo—. Edith, ¿estás bien?

—¡Ay! —gemí, levantando un brazo para evaluar los daños.

—Espera, que voy… ¡Ooops! —gritó al caer de forma bastante torpe encima de mí—. Ay, Dios, lo siento. ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien. No creo que me haya roto todos los huesos con el primer impacto, así que gracias por el resto —dije, jadeando bajo su peso.

En la penumbra apenas podía distinguir sus rasgos, pero sí sentir su aliento cálido sobre la piel.

—¿Estás bien? —preguntó con voz grave.

Levanté un brazo para tocarle la cara. Los dos respirábamos con dificultad. Y antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, mis labios, hambrientos, me traicionaron y se unieron a los suyos. Era como si de pronto hubiera olvidado todo lo que acababa de pasar y mi cabeza estuviera más despejada. Todo era Hugo. Su sabor, su contacto, el calor de su cuerpo. Empezó a besarme la clavícula, y cuando mi cabeza se apoyó en el frío suelo de cemento recuperé el sentido.

—Espera… Lo siento, no puedo —fue todo lo que conseguí decir. Me separé de él y me incorporé.

—No, no debería… ¡Espera, no he tenido la oportunidad de contártelo! —dijo en tono suplicante.

Pero yo ya estaba en la calle. Abrí la puerta de la panadería, subí a mi apartamento y apoyé la espalda contra la puerta para intentar recuperar el ritmo de la respiración. Mis labios esbozaron una sonrisa a pesar de todos mis esfuerzos por negar la atracción que existía entre nosotros. No podía confiar en mí misma cuando estaba con él, era así de simple. Y ya empezaba a hacer grandes planes para evitarlo en el futuro cuando oí que pronunciaba mi nombre desde la calle.

—¡Edith! —gritó—. ¡Por favor, tenemos que hablar!

Me quedé inmóvil un instante. Y comprendí que madame Moreau estaba en lo cierto. Tenía miedo. Mis sentimientos hacia él eran abrumadores, y eso me daba un miedo atroz.

—¿Puedes bajar, por favor? —volvió a pedirme.

Me acerqué a la ventana y la abrí de par en par.

—Tendrás que hablar conmigo desde ahí abajo —dije, intentando recomponer mi expresión para que pareciera la de una mujer madura que lo tenía todo bajo control.

—¿Y que me oiga toda la calle?

Me limité a encogerme de hombros.

—De acuerdo, como tú quieras, señorita Lane. Lo que intentaba explicarte, si me hubieses brindado la más mínima oportunidad de hacerlo, es que madame Moreau no va a perder la panadería.

Permaneció a la espera de mi respuesta, pero yo me había quedado paralizada, apoyada en el marco de la ventana. Boquiabierta.

—Si te quedas así te entrarán moscas, que lo sepas.

—¡Bajo! —grité. Y a punto estuve de volver a caer al bajar las escaleras a toda velocidad. Salí corriendo y lo vi ahí, tan tranquilo, apoyado en la farola.

—¿Qué acabas de decir? —pregunté, jadeando.

—He dicho que la panadería no cerrará. Que he liquidado todas las deudas de madame Moreau con el banco y ella no tendrá que vender nada.

—¿Qué has liquidado las deudas? ¿Tú? ¿Personalmente? —Hugo

asintió—. Pero ¿cómo?

—He vendido mi apartamento de París.

—No entiendo nada. ¿Por qué tendrías que hacer eso?

Me resultaba excesivo asimilar la enormidad de lo que Hugo estaba diciendo.

—Para saldar una vieja deuda familiar —respondió, y miró el edificio como si tuviera algún tipo de relación personal con él.

Yo seguía completamente confusa, y mi expresión debía de traslucirlo.

—Fue algo que dijo mi madre —empezó a contarme—. Al principio no estaba seguro. Su memoria es… Tiene alzhéimer.

—Oh, Hugo, cuánto lo siento —dije. Mi mano buscó la suya por instinto y la presionó con fuerza. Podía imaginarme lo que debía de estar pasando.

—Pero investigué un poco —prosiguió— y encontré periódicos antiguos en los archivos. Resulta que ella tenía razón. El panadero que vivía aquí, Pierre Moreau, dio refugio a la madre de madame Moreau. Los nazis la descubrieron y se la llevaron…

—Sí, lo sé. Ella misma me lo contó.

—Lo que madame Moreau no sabe es que fue mi tío abuelo quien las delató.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Nadie en la familia había hablado nunca de esto. Creo que la vergüenza y el sentimiento de culpa debió de empujarlos a guardar silencio. No sé cómo ni por qué lo recordó mi madre, pero entendí que tenía ante mí la oportunidad de poner por fin a los fantasmas del pasado a descansar.

Me estremecí. Hugo no tenía ni idea de la relevancia de lo que estaba diciendo.

—El grupo hotelero se ha retirado del negocio al ver que no podría adquirir la panadería, de modo que me he convertido en propietario del número 20. O, mejor dicho, lo he heredado de mi madre. Mañana comentaré los detalles con madame Moreau, pero a ti te lo quería contar esta noche.

Me costaba entender todo lo que me estaba explicando.

—Mira, ya sé que son muchas cosas, pero me he dado cuenta de que el tiempo que tenemos en esta vida es muy corto y no quiero pasar ni un segundo más en París trabajando para mi padre. Quiero vivir más cerca de mi madre y pasar todo el tiempo que pueda con ella.

Extendí una mano y le acaricié la nuca.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Supongo que hay que estarlo para reconocer a otro loco —dijo con una sonrisa.

Yo aún le sujetaba una mano, y entonces él me tomó la otra.

—Por tanto, ahora solo queda el pequeño detalle de entender en qué situación quedamos tú y yo.

Dio un paso hacia mí. Y contuve la respiración unos segundos antes de soltarle las manos.

—Nada me haría más feliz que caer entre tus brazos y dejarme ir. Pero no puedo, Hugo —dije, y empecé a alejarme.

—¿Por qué no?

Dudé un momento antes de volverme de nuevo hacia él.

—Porque estoy mejor sola. Sé cómo vivir en esta vida, la vida en la que los sueños no se hacen realidad y el amor no acaba como en un cuento de hadas.

Estaba enfadada, estaba disgustada, estaba al borde de las lágrimas. No estaba segura de si salvar la panadería podía salvarnos a nosotros como por arte de magia. O a mí.

—Te entiendo —dijo Hugo con un gesto de asentimiento—. Si los dos seguimos aguantando este tipo de vida, quizá evitaremos que nos hagan daño.

—No es eso lo que estoy diciendo.

—¿Ah, no? —dijo.

Durante un instante aterrador, aunque también anhelado, sentí como si Hugo me estuviera leyendo el pensamiento, como si pudiera ver más allá de la máscara con la que pretendía protegerme y mantener algún tipo de compostura. Me daba mucho miedo volver a

querer. ¿Y si mi corazón estaba demasiado roto?

—Mira, Hugo, lo que me estás ofreciendo… Espera un momento, ¡si ni siquiera sé qué me estás ofreciendo!

—Sinceramente, ya no tengo mucho que ofrecer. Solo a mí mismo. Y este viejo edificio, supongo —replicó Hugo, volviendo la cabeza hacia el número 20—. Pero el asunto no es ese. El asunto es que sé que amar significa poner en riesgo el corazón. Aunque deja de ser un riesgo si el chico que tienes delante de ti siente lo que siento yo.

De pronto noté que dentro de mi corazón había algo que cedía por fin bajo un gran peso. Y entonces, como la ola que corre hacia la orilla, me precipité hacia sus brazos. Lo besé sin reserva. Y todo el miedo, todas las dudas que habían anidado en mi corazón, se esfumaron en cuanto sentí sus brazos estrechándome contra él.

Capítulo 41

Me desperté en mitad de la noche, rodeada por los brazos de Hugo. A pesar de la tentación de quedarme allí y volver a dormirme, vi en el despertador de la habitación del hotel que eran casi las cuatro, y sabía que Manu y madame Moreau se levantarían pronto. Hugo se despertó justo cuando me estaba calzando.

—¿Adónde demonios vas a estas horas? —preguntó, con un solo ojo apenas abierto.

—Tengo que darle la buena noticia a madame Moreau —respondí en un susurro.

—¿Por qué hablas en voz baja? No hay nadie más a quien puedas despertar —observó.

—Sí, ya veo que por las mañanas eres igual de pedante —dije, y le estampé un beso en la mejilla.

—Pero si ni siquiera es la mañana —gruñó, intentando arrastrarme de nuevo hacia la cama.

—No puedo, tengo que decírselo. No tienes ni idea de lo que esto significa para ella —repuse excitada.

—Creo que sí la tengo.

Me subí la cremallera del vestido y me senté de nuevo en la cama. Le tomé de la mano.

—¿Qué fue lo que te hizo cambiar de idea? Sé que me contaste la historia de Arnaud, pero vender tu apartamento, ir en contra de los deseos de tu padre… ¿Por qué lo hiciste?

—¿Estás de broma? ¡Llevabas semanas machacándome por ser

un buitre capitalista! —dijo en tono jocoso. —Lo miré muy seria—. Por muchas cosas —admitió—. Al final creo que fue por aceptar de una vez por todas la muerte de mi hermano. Desde que murió ha sido como estar atrapado en la vida de otra persona. Y un día fue como si por fin se me abrieran los ojos. Sentí que era mi oportunidad de liberarme de aquello.

—¿Y qué piensas hacer con el edificio?

—He hablado con Manu sobre ello y…

—¿Con Manu?

—En realidad, fue él quien me dio una idea. Estuvimos hablando de su bisabuelo, Pierre Moreau, y su legado. Del hecho de dar cobijo a los necesitados.

Ah, pensé, de modo que era eso de lo que estaban hablando.

—Manu me presentó al padre Bernard y me mostró cómo están intentando ayudar a las personas sin hogar y a la población inmigrante. Confía en poder conseguirles alojamiento, pero lo que de verdad necesita esa gente es trabajo. Así que empecé a investigar, y he pedido financiación para montar un restaurante como empresa con fin social. De esta manera, la gente podrá recibir la formación necesaria y los clientes con ingresos bajos tendrán un lugar económico donde poder comer.

—Hugo Chadwick, emprendedor social —dije.

Él sacudió la cabeza, pero yo sabía que estaba satisfecho con su decisión.

—Mi madre dice que eres una buena influencia para mí. Tuve que contenerme para no decir: «¡Ostras!». ¿Le había hablado a su madre de mí?

—¿Ah, sí? Pues me parece que es una mujer muy inteligente —dije con una sonrisa.

—Me dijo que podía elegir entre ser una imitación fallida de mi padre o una expresión exitosa de aquello para lo que había nacido.

Sin duda alguna, la madre de Hugo era alguien a quien me gustaría conocer.

—Aunque creo que tomé la decisión mucho antes que eso —

continuó.

—¿En serio?

Enlacé las manos detrás de su nuca y sentí el calor de su pecho contra el mío. Empezó a besarme el lóbulo de la oreja, y por un momento estuve a punto de olvidar de qué estábamos hablando.

—¿Cuándo fue entonces?

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —susurró mientras me daba besitos en el cuello—. Fue el día que me preparaste ese chocolate caliente —dijo con una sonrisa—. El mejor que he probado en años.

—*C'est un miracle!* —repetía una y otra vez madame Moreau, abrazándonos a Manu y a mí hasta dejarnos casi sin respiración.

Cuando la euforia empezó a amainar, me di cuenta de una cosa.

—Un momento —dije, intuyendo que allí faltaba algo—. ¿Dónde está *monsieur* Moreau?

Madame Moreau y su nieto intercambiaron una mirada apesadumbrada, y ella apartó la vista.

—Ha aparecido solo unos segundos —me explicó Manu—. Pero esta vez ha sido distinto. Su luz era muy intensa, una especie de resplandor dorado como nunca antes habíamos visto. Y luego… nada. —El chico miró a madame Moreau, que estaba colocando unos moldes para el pan en su sitio.

Me acerqué a ella y apoyé una mano en su hombro.

—Se ha ido —dijo con un hilo de voz.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—He sentido una especie de paz. Como si supiera que él ya había cumplido la promesa que me hizo hace tantos años.

De pronto era como si el sótano se hubiera quedado vacío.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Manu.

Madame Moreau se enjugó las lágrimas.

—Quizá porque sabía que la panadería estaba a salvo —dijo pensativa—. Tal vez por eso ya no necesitaba seguir aquí.

Busqué desesperadamente palabras de consuelo, pero ¿qué le

podía decir a alguien que lloraba la pérdida de un fantasma? Y entonces recordé algo que había leído en internet sobre las almas que no pueden o no quieren seguir adelante en su camino.

—Creo que tiene usted razón —dije abrazándolos a los dos—. Quizá el instinto de *monsieur* Moreau de protegerla fue tan fuerte en vida que no pudo desprenderse de su papel ni siquiera después de muerto. Pero ahora que el futuro de la panadería está a salvo, por fin puede dejarla sola, Geneviève.

Era la primera vez que me dirigía a ella por su nombre de pila. Me parecía demasiado formal seguir llamándola madame Moreau a aquellas alturas.

—Hay algo más —dijo Manu.

Sus ojos se iluminaron cuando se dirigió a la larga estantería de madera donde se almacenaban todas las especias. Cogió de allí una lata rectangular y la depositó sobre el banco de trabajo.

—¿Qué es? —pregunté.

—Ábrela —contestó, mirándome con picardía.

Retiré la tapa, y al hacerlo el aroma inundó de inmediato mis fosas nasales. Sabía qué era incluso antes de verlo. Hileras y más hileras de vainas de vainilla negra.

—No será… —empecé a decir, mirando a Manu en busca de confirmación. El chico hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—*¡Vanillao!*

—¡Lo sabía! Ese sabor a cacao mezclado con la vainilla… ¡Es el ingrediente secreto de Pierre! —Aquel aroma tenía algo tan embriagador y reconfortante que resultaba inconfundible—. ¿De dónde lo has sacado?

—Cuando Hugo y yo estuvimos hablando, me preguntó por ese chocolate caliente mágico que le habías preparado.

La sola mención del nombre de Hugo hizo que me ruborizara. Escondí la cara detrás de la tapa de la lata, que madame Moreau se apresuró a cerrar. De milagro no me pilló la nariz.

—Perderá su intensidad —dijo, devolviendo con cuidado la lata a la estantería.

—El caso es que le hablé de las vainas de vainilla y le conté que se nos habían terminado —continuó explicando Manu—. Y entonces él se puso en contacto con un amigo suyo que tiene unas viñas y…

—¡Jean! —exclamé.

—*Oui, exactement ça, Jean*. Su amigo investigó un poco y encontró un pequeño productor en Argentina.

—Argentina… —repitió madame Moreau muy impresionada.

—Así podremos hacer que la panadería de los Moreau sea igual que antes —dije.

Empecé a imaginar todas las vidas que podrían cambiar de rumbo gracias al ingrediente secreto de *monsieur* Moreau. Y entonces lo comprendí: el verdadero ingrediente secreto de *monsieur* Moreau había sido el amor que sentía por ese lugar, por esa gente. Eso era lo que lo hacía tan especial, y ese era el legado que todos continuarían.

Capítulo 42

Después de soportar durante meses golpes, ruido de taladros y demás molestias propias de cualquier reforma, el número 20 abrió sus puertas como el restaurante más nuevo de todo Compiègne. Ayudé a Hugo en el diseño del interior y en la elección de colores y accesorios. Pintamos las paredes de un blanco impecable, como el del gorro de un panadero, y colgamos fotografías de gran tamaño de los mejores escaparates parisinos que Hugo había ido capturando a lo largo de los años. El resultado era una mezcla ecléctica de mesas recicladas y sillas de madera pintadas en vivos colores. A pesar de lo ajustado que era el presupuesto, el local ofrecía un ambiente acogedor y moderno. Hugo recibió una subvención por innovación social, lo que le permitió contratar a un jefe de cocina a tiempo completo, y, con la ayuda del padre Bernard, encontró a la primera generación de personas que obtendrían formación como camareros de sala y ayudantes de cocina y que, gracias a ello, adquirirían experiencia laboral en un entorno seguro.

La noche de la inauguración, nos reunimos en el exterior del número 20 de la Rue de Paris para desvelar el nombre del restaurante. Madame Moreau fue la encargada de desempeñar dicha tarea, y cuando tiró de la cortinilla que ocultaba el cartel que había encima de la puerta apareció el nombre: chez Stéphane.

—Es precioso —le dije a Hugo mientras la multitud congregada aplaudía y nuestras miradas se encontraban. Era el homenaje perfecto a su hermano.

—Me gustaría darles las gracias a todos por estar aquí esta noche —empezó a decir Hugo.

Permanecía de pie junto a la puerta, donde yo había colocado una cinta roja para que la cortara. Manu estaba grabando el acto con la cámara y yo me había quedado a un lado, con un brazo enlazado al de mi padre, que había viajado hasta Compiègne para la ocasión. Y del otro brazo de mi padre estaba Séraphine Chadwick, que sonreía orgullosa a su hijo.

—Chez Stéphane, como algunos de ustedes ya saben —prosiguió Hugo—, será un restaurante para estudiantes de todo tipo de origen. Ofrecerá a los clientes un espacio acogedor y, espero, un espacio inclusivo donde la gente podrá aprender, integrarse en la comunidad y, sobre todo, ¡comer de maravilla!

Recibimos sus palabras con una ronda de aplausos mientras los *flashes* de las cámaras de la prensa local, también presente, se iluminaban para inmortalizar el momento en que Hugo cortó la cinta.

—Estoy muy feliz por los dos —dijo Séraphine dándome un beso en la mejilla.

—Oh, todo ha sido cosa de Hugo —dije, preguntándome si quizá había olvidado que yo trabajaba en la panadería de al lado.

—Puede ser, pero fuiste tú la que lo inspiró y le hizo creer que podía hacerlo.

—Pues a mí me parece que eso lo hizo usted mucho antes de que yo llegara —repliqué con sinceridad.

—Es posible, pero a veces es necesario lanzar un guijarro a las aguas tranquilas del estanque para crear un pequeño oleaje —dijo Séraphine en tono críptico, dando a entender que yo era el guijarro en ese escenario.

—Hijo, asegúrate de que te quedas con esta, *¿hein?*

Hugo trató de ignorar el hecho de que su madre lo estaba avergonzando.

—Esa es la intención —dijo, enlazándonos del brazo a las dos para cruzar juntos el umbral.

En el interior, donde reinaba un ambiente festivo, las mesas ya

estaban puestas con bandejas de delicados aperitivos y copas de vino espumoso.

Al fondo, a la izquierda, donde me había sentado con Hugo para cenar aquella noche hacía ya unos meses, había una pequeña base elevada que hacía las veces de escenario para la banda de Johnny, que había arrancado a tocar una animada versión de «In the Mood» de Glenn Miller. El personal, ataviado con camisetas con el anagrama del local y delantales de color azul marino, se movía con eficiencia entre las mesas. Me costaba creer que aquel viejo edificio vacío se hubiera convertido en algo tan vibrante y acogedor.

—¿Dónde está Hugo, por cierto? —preguntó Nicole, tan maravillosa como siempre, enfundada en un vestido de color amarillo canario.

—Pues no lo sé… Estará arriba, en su apartamento —respondí a gritos para hacerme oír por encima de la música—. Iré a echar un vistazo.

Subí por la escalera de atrás hasta el último piso, donde Hugo había transformado el espacio de la buhardilla en un pequeño apartamento. Siempre bromeábamos con la idea de abrir una puerta que uniera nuestros dos *ateliers*, pero madame Moreau no quería ni oír hablar del asunto. La puerta estaba cerrada, y cuando entré vi que Hugo estaba en el cuarto de baño, echándose agua en la cara.

—¿Qué haces? La fiesta es abajo, por si no lo sabes —dije.

—Oh, solo me estaba tomando un momento para refrescarme un poco. Ha ido muy bien, ¿verdad?

Lo enlacé por la cintura y él me besó, un beso un poco más prolongado de lo que habría sido necesario.

—¡Has estado magnífico! Todo el mundo se lo está pasando en grande, el restaurante tiene un aspecto fantástico y el personal no podía estar más emocionado. Tendrías que sentirte orgulloso de lo que has conseguido.

Hugo esbozó aquella sonrisa ladeada de la que me había enamorado meses atrás.

—No estoy seguro de gustarle a tu padre —dijo colocándome un

mechón suelto detrás de la oreja.

—Es mi padre. No tienes que gustarle tú —dije en broma.

—Le pediré a Manu que le ofrezca uno de tus chocolates calientes especiales —dijo besuqueándome el cuello.

—Ejem…

Ambos nos giramos para ver quién carraspeaba de forma tan audible, y al hacerlo vi a mi padre en el umbral de la puerta. Hugo, en un gesto instintivo, hundió las manos en los bolsillos como si fuéramos dos adolescentes a los que hubieran pillado besándose detrás del cobertizo de las bicicletas.

—Eh… Te necesitan abajo, muchacho —dijo mi padre, y Hugo, encantado de tener una excusa para marcharse, se lanzó prácticamente hacia la puerta.

—Lo estás poniendo nervioso, ¿sabes? —dije, regañando a mi padre con la mirada.

—Por supuesto. ¿No es esa mi tarea? —replicó, guiñándome un ojo.

—Ahora en serio: ¿te gusta? —pregunté.

—Mira, tu abuelo intentó disuadir a tu madre de que se casara conmigo —me contó mi padre, enlazándome por el brazo y llevándome hacia la puerta—. Pero ya sabes cómo era ella. En cuanto tomaba una decisión, no había nada que hacer.

Sonreí al recordarla. Y entonces caí en la cuenta de que era la primera vez que podía hacerlo. El dolor seguía ahí, pero se había suavizado. Tal y como ella dijo que pasaría.

—¿Qué crees que pensaría de todo esto? —pregunté.

—Creo que ya sabes que se sentiría la madre más orgullosa del mundo, Edie —respondió—. Igual que yo me siento el padre más orgulloso.

Lo abracé con todas mis fuerzas, tal y como él hacía cuando yo era pequeña.

—¡Suelta, suelta! ¡O acabaré necesitando un desfibrilador!

—Y pensar que si me hubiera quedado en París —dije mientras empezábamos a bajar por la escalera y veía a todos mis nuevos

amigos esperándonos en el restaurante— me habría perdido todo esto…

Al final de la noche volví con madame Moreau a la panadería. A pesar de que caminaba apoyándose en su bastón, parecía mucho más ligera. Le cogí las llaves y abrí la puerta por ella. La sostuve para que pudiera pasar, pero la mujer no se movió. Entonces me miró y esbozó una sonrisa indescifrable.

—¿Qué pasa?

—Como ya te dije en una ocasión, te subestimé, *Édith*.

Le devolví la sonrisa.

—¡Creo que la que me subestimé fui yo! —Me apoyé un momento en el marco de la puerta y miré el viejo rótulo de la panadería, que se balanceaba con la brisa—. ¿Sabe? Me parece que usted y yo tenemos mucho más en común de lo que me imaginé de entrada. Creo que las dos necesitábamos dejar atrás el pasado antes de poder seguir adelante con nuestras vidas. Y también creo que usted estaba tan atrapada en eso como yo.

Madame Moreau hizo un gesto de asentimiento, y por fin comprendí que el hecho de hacerse mayor no implicaba necesariamente volverse más sabio. En todo caso, significaba volverse más protector con lo poco que se puede controlar en esta vida y descartar todas las posibilidades que te exigen confiar, tener fe y dejarte ir.

Madame Moreau hundió una mano en un bolsillo y, con sus dedos artríticos, me mostró unos granos de trigo secos.

—Siempre los llevo encima —dijo—. Siempre. Cuando se llevaron a mi madre, yo no sabía cómo iba a vivir. En quién iba a convertirme. Y entonces un día, sujetando estos granos de trigo, Pierre me dijo: «Lo que hay dentro de estos granos tiene el potencial de convertirse en muchas cosas». «¿En cosas como un *croissant*?» pregunté yo con mi voz infantil. «Sí, en cosas como un *croissant*, una *baguette* o una comida completa si fueses un

ratoncillo de campo». —Madame Moreau sonrió—. Y a continuación me dijo: «Recuerda siempre que dentro de ti posees una fuerza vital similar que te permitirá convertirte en cualquier cosa que desees».

—Qué bonito —dije.

—Así que ya ves. Pase lo que pase en la vida, si tienes el entorno adecuado para crecer, tu fuerza vital florecerá, *ma chérie*.

Cuando entramos, una idea me asaltó. Todo ese tiempo había pensado que cuando llegué no había encontrado la panadería adecuada en París, pero ahora sabía que en realidad había sido la panadería de la Rue de París la que me había encontrado a mí.

Epílogo

Y así fue como la Boulangerie et Pâtisserie de Compiègne volvió a ser un lugar de sustento y pertenencia con un cierto *je ne sais quoi*. Pierre Moreau siempre se había sentido orgulloso de lo que había creado muchos años atrás, y ahora podía descansar en paz. Sabía que su legado estaba a salvo en manos de Manu, Edith y Hugo.

Las calles adoquinadas susurraban ahora una nueva historia, la historia romántica de un joven que había encontrado el valor necesario para aceptar con los brazos abiertos la vida que realmente quería vivir y una joven que había seguido los impulsos de su corazón y había llenado la panadería no solo de esperanza, sino también de amistades que florecían a partir de las semillas que había sembrado.

La vida en la Rue de Paris había cambiado para todos aquellos que habían abierto su corazón lo suficiente como para dejarse llevar. Los misterios, al final, no eran tan complicados como podría parecer. El ingrediente mágico no era otro que el poder imperecedero del amor.

¡Y las vainas de *vanillao*, claro está!

Agradecimientos

Cuando escribí *La misteriosa panadería de la Rue de Paris* pude por fin unir mis dos grandes amores: ¡Francia y la repostería!

Debo el origen de esta historia a la escritora gastronómica irlandesa Trish Deseine. Hace años tuvo una serie de programas de televisión ambientada en Francia, y en uno de sus episodios visitaba las zonas menos conocidas del París culinario. Se hablaba de una panadería de aspecto común y corriente cuya repostería era una de las más exquisitas de la ciudad y en la que, por alguna razón que se perdía en la noche de los tiempos, nunca se veía a nadie entrar ni salir. Aquella idea se quedó grabada en mi cabeza, y así fue como comenzó el misterio.

Como siempre, quiero aprovechar esta oportunidad para dar las gracias a todos mis lectores por acoger mis historias mágicas en su corazón. Habéis hecho realidad mis sueños, porque gracias a vosotros ahora puedo escribir sobre panaderías misteriosas, librerías perdidas y notas extraviadas sabiendo que cuento con un público dispuesto a acompañarme en estos viajes.

Gracias a todo el equipo de One More Chapter y HarperCollins, y muy en especial a mi editora, Charlotte Ledger. ¡Publicar libros contigo ha sido una de las mejores experiencias de mi vida! Formar parte de este sello es emocionante, porque en él cualquier cosa parece posible y encuentro además la suerte de trabajar con personas de enorme talento.

Finalmente, a mis padres, Maureen y P. J., a mi hermana Tracy y

mi hermano Paul, a Siobhan, Dannan, Eabha y Charlotte, os doy las gracias por vuestro amor y vuestro aliento. Siempre guardaré como un tesoro el tiempo que compartimos juntos en Toulouse hace muchos años… ¡Fue *merveilleux*!



EVIE WOODS (Galway, Irlanda, 1976). Su nombre real es Evie Gaughan. Nació y creció en el condado de Galway, Irlanda, lugar en cuya costa oeste reside actualmente. Estudió *marketing* y trabajó en tareas administrativas antes de decidir dedicarse de lleno a la literatura en su edad adulta. Comenzó a escribir de manera independiente obras como The Heirloom y The Story Collector, antes de dar el salto al reconocimiento internacional.

Es la autora del éxito de ventas internacional *La librería perdida*, que ha vendido más de un millón de copias en todo el mundo y ha sido traducida a más de treinta idiomas. Finalista del premio British Book Awards 2024 a la «Novela más adictiva del año».